SERIE D.C. STARS

Bajo control

Power Play



CHELSEA CURTO

Grijalbo

CHELSEA CURTO

Bajo control

D. C. Stars, 2

Traducción de
Ana Isabel Domínguez Palomo
y Mª del Mar Rodríguez Barrena

Grijalbo

Para quienes piensan que no volverán a encontrar el amor.
Os prometo que vale la pena esperar.
(Y para todas esas a las que os encanta ver
a un portero de la NHL, con su metro noventa,
ponerse de rodillas para buscar la alianza que ha perdido…
Liam Sullivan es para vosotras)

Nota de la autora

Doris Burke, una comentarista deportiva veterana de la NBA, se convirtió en la primera mujer en aparecer como experta en una final televisada de una de las cuatro principales ligas deportivas profesionales de Estados Unidos.

Esto fue en 2024.

Lleva trabajando en la cadena de televisión ESPN desde 1991, y en 2017 se convirtió en la primera comentarista oficial para cubrir los partidos de la NBA durante la temporada.

¿No os parece que hay una tendencia clara?

Bajo control va de hockey, no de baloncesto, pero en esencia va sobre las mujeres en el deporte y sobre el gran esfuerzo que deben hacer para alcanzar los logros que los hombres consiguen a un ritmo mucho más rápido.

Cuando empecé a pensar en esta historia, supe que quería tanto que la trayectoria de Piper en el periodismo deportivo demostrara su compromiso con el hockey como sacar a relucir las conversaciones, reales y degradantes, que los hombres mantienen sobre las mujeres que participan en el ámbito del deporte profesional.

Si buscas en cualquier artículo de ESPN sobre la WNBA (la liga estadounidense femenina de baloncesto) que trate el tema de la contratación como entrenadora de Jessica Campbell por parte de los

Seatle Kraken o *sobre cualquier cosa* relacionada con las mujeres en el mundo del deporte, encontrarás cientos de comentarios despectivos. Verás expresiones como «poco cualificada» y leerás frases como «vuelve a la cocina» y «a nadie le importa».

Soy aficionada a los deportes desde hace mucho. Fui a mi primer partido de la NBA cuando tenía cuatro o cinco años y desde entonces no he parado, y es desalentador ver el desdén que algunos hombres le demuestran a nuestra pasión por los deportes.

Sé que estás a punto de sumergirte en un mundo ficticio, pero no puedo escribir sobre las mujeres en el deporte sin añadirles a estas páginas cierta dosis de una realidad decepcionante.

Dicho esto, he modificado ciertos elementos del hockey para adaptarlos a la ficción y que los lectores lo disfruten. ¿Puede un portero establecer el récord de la liga de más paradas en un partido? No. Pero en este libro sí. ¿Los deportistas se emborrachan y se casan en Las Vegas después de una victoria? No. Pero en este libro sí.

Una temporada de hockey cuenta con ochenta y dos partidos, y *Bajo control* abarca toda la temporada. No puedo incluir cada partido o cada día porque entonces sería un libro *demasiado* largo, así que notarás algunos saltos temporales de un mes a otro para que la historia siga avanzando. También verás algunos nombres de equipos que se parecen a los de la NHL real. Como no quiero meterme en problemas con nadie, he cambiado las ubicaciones. Sé que los Lightning no juegan en Las Vegas, pero no quiero pillarme los dedos con cuestiones de marcas registradas.

Aparte de esto, debo señalar que uno de los componentes principales de la narración es la evolución en la vida sexual de Piper.

Puede parecer una tontería que haya estado casada durante tantos años y no sepa hacer una mamada, pero son cosas que pasan. Es inexperta y, aunque este libro tal vez contenga el mayor número de escenas picantes que he escrito, espero haberlas intercalado con emoción y sentimiento para que podáis ver el crecimiento y el desarrollo de ambos personajes.

Mis mensajes directos en Instagram siempre están abiertos si queréis charlar de algo, ¡y me encanta escuchar todas las locuras que se os ocurren mientras leéis!

¡Disfrutad!

Con cariño,
Chelsea

Advertencias sobre el contenido

Bajo control es una comedia romántica llena de humor, pasión y muchas emociones, pero me gustaría compartir algunas advertencias sobre el contenido por si algunos lectores quieren tenerlas en cuenta:

- Lenguaje explícito
- Múltiples escenas sexuales explícitas
- Consumo de alcohol
- Violencia física (breve, y no entre los protagonistas)
- Comentarios sexistas realizados por personajes secundarios (breves, e incluyendo un comentario sobre sexo no consentido)
- Mención a la infidelidad
- Mención al divorcio
- Mención de cáncer (breve)
- Mención de embarazo (no de la protagonista)

Como siempre, cuídate y protege tu corazón. Si tienes alguna pregunta sobre cualquiera de los temas que acabo de enumerar, puedes escribirme un mensaje en Instagram (@authorchelseacurto en IG).

Plantilla de los D. C. Stars

Maverick Miller – Alero derecho
Finn Adams – Alero izquierdo
Liam Sullivan – Portero
Hudson Hayes – Defensa
Riley Mitchel – Defensa
Ethan Richardson – Delantero centro
Grant Everett – Alero derecho
Connor McKenzie – Centro
Ryan Seymour – Defensa

Brody Saunders – Entrenador principal

Personajes

Mis libros son independientes, ¡pero los personajes de las historias se solapan!

Si este es el primer libro mío que lees, ¡hola! Me alegro mucho de que estés aquí.

Maverick Miller y Emmy Hartwell tienen su propio libro, *Cara a cara*, que es el primero de la serie de los D. C. Stars. Es una historia de amor-odio, con rivales con derecho a roce, como el perro y el gato, llena de bromas y escenas picantes. Es posible que Maverick y Emmy sean mi pareja favorita de todos los tiempos y aparecen en *Bajo control* un montón de veces (*spoiler*: ¡siguen siendo felices!). *Bajo control* empieza justo después del epílogo de *Cara a cara*.

Maven Lansfield, una de las amigas de Piper, aparece a lo largo del libro y ella también tiene su propia historia. *Behind the Camera* es una historia romántica sobre un padre soltero, jugador de la NFL, y una niñera con la que comparte piso. ¡También me encantan estos dos!

No voy a decir nada más sobre los personajes y con quiénes podrían acabar (¡En la sección «Próximamente» se enumeran los siguientes chicos con libro propio!), pero solo añadiré esto: entre estas páginas hay muchas pistas sobre futuros proyectos.

La serie D. C. Stars es la primera que he escrito que planeé como tal, y no puedo evitar dejar pistas ocultas a lo largo de la novela. ¿Quieres una? No todas las que he dejado son para libros de romance deportivo. Algunas sí, pero otras son de géneros muy diferentes.

¡Feliz búsqueda!

1

Piper

Como un hombre más me diga que sonría, le voy a dar un puñetazo en toda la cara y me van a importar una mierda las consecuencias.

Refunfuño sobre la audacia del sexo masculino mientras recorro el pasillo del United Airlines Arena, sede del equipo de hockey D. C. Stars, con un paso tan decidido como me lo permite mi casi metro sesenta de estatura.

El equipo está de descanso después del duro entrenamiento de ayer por la tarde y, sin sus gritos y sus tonterías, el edificio está en calma. Disfruto de este inusual silencio a sabiendas de que dentro de treinta horas, cuando juguemos contra uno de nuestros mayores rivales, esto se convertirá en un manicomio.

Cuando abro de un empujón la puerta de la sala de fisioterapia y me dejo caer en una silla, la tensión que he estado soportando toda la mañana se desvanece.

—Odio a los hombres —le digo a Lexi Armstrong, una de mis mejores amigas y preparadora deportiva de los D. C. Stars—. ¿Podemos eliminarlos de la faz de la tierra? Se me ocurre que

podríamos probar con una cepa agresiva de la gripe masculina. Nos libraríamos de todos de un plumazo y la vida sería muchísimo mejor.

—Bueno —dice alguien con voz grave, y yo doy un salto—, esto es un poco incómodo.

Dirijo la mirada al otro lado de la sala. Liam Sullivan, el portero del equipo, está tumbado sin camiseta en una camilla.

Una toalla le cubre la parte inferior del cuerpo. Con su más de metro noventa de altura, lo pequeña que resulta la tela parece indecente.

No puedo evitar desviar los ojos hacia los tatuajes que no sabía que tenía. Descubro en su torso un par de gorriones y unas flores muy artísticas, y en sus antebrazos, unas hojas de helecho. Son obras de arte inesperadas y tan sensuales que casi parecen eróticas.

Ahogo un chillido cuando me doy cuenta de que lo estoy mirando fijamente y me tapo los ojos.

—Madre mía. Lo siento. No sabía que estabas aquí y mucho menos que estabas aquí y desnudo —digo.

—Hola, Piper.

—Hola. Sí. Me voy. Estás… ahí. Y se supone que yo no debería estar aquí cuando tienes la polla prácticamente expuesta. Es muy poco profesional.

—Tengo una toalla.

—Es más bien un calcetín.

—Te agradezco el cumplido.

Miro entre los dedos y lo veo sonriéndome. Resoplo y bajo las manos, aunque fijo la mirada en algún punto por encima de su hombro, y no en ese cuerpo que yace en la camilla como un dios griego a la espera.

—He venido a ver a Lexi, pero obviamente está ocupada.

—Hielo —dice al tiempo que señala la puerta a su izquierda.

—¿Ha dicho cuánto tiempo va a tardar?

—No.

—¿Estás lesionado?

—El isquiotibial.

—¿Y por qué estás sin camiseta?

—Porque me duele todo el cuerpo y estoy intentando aliviar el dolor.

—¿Te lesionaste en el partido del lunes?

—Me encanta el juego de las veinte preguntas. —Se tapa la cara con un brazo, y me doy cuenta de que está harto de mí. Pero, bueno, siempre está harto de todo el mundo—. Llevo una semana con molestias. Es una forma cojonuda de empezar la temporada.

Asiento, como si supiera lo que es ser un jugador de hockey con dolor muscular. Levanta la pierna y se agarra la parte posterior del muslo, gruñendo como si fuera un tractor arrancando.

Aprovecho que está momentáneamente distraído para observarlo.

Parece que tiene la mandíbula hecha de cristal tallado y lleva el pelo oscuro más largo que al final de la temporada pasada. Tiene una pequeña cicatriz sobre una ceja; la marca de la cuchilla de un patín que lo golpeó en la cara cuando era niño.

Lo sé porque durante mi primer año con el equipo hicimos un trato el día de la prensa. Él se negaba a hablar con los medios de comunicación (una actitud que todavía le dura) y yo necesitaba que alguien hiciera tiempo antes de que el nuevo fichaje se pusiera delante del micrófono y respondiera a los periodistas. Así que Liam y yo llegamos a un acuerdo: si les contaba un detalle sobre su vida

como jugador de hockey, no tendría que hablar con la prensa durante la primera mitad de la temporada. Eligió una historia muy gráfica que incluía puntos de sutura, pero funcionó a las mil maravillas.

Es un sueño ser la reportera suplente en la pista de hielo y la coordinadora de prensa del equipo. He perseguido esta oportunidad durante años: cuando trabajaba en la taquilla del estadio mientras estudiaba en Syracuse, cuando me gradué en periodismo audiovisual con especialización en deportes, cuando hice prácticas en el equipo de la liga amateur de hockey sobre hielo, la ECHL, de Nueva York. Después pasé al equipo de la liga AHL de Filadelfia durante cuatro años y luego aterricé en Washington D. C. con los Stars.

Sin embargo, el puesto me exige una enorme capacidad de adaptación. Tengo que cambiar de chip muy rápido y modificar sobre la marcha las preguntas que me he preparado si un jugador está ocupado tras el partido o se niega a cooperar.

Liam Sullivan es la definición de poco cooperativo.

Me paso los días persiguiéndolo por el pasillo, tirándole de la camiseta, suplicándole y rogándole que les conceda a las cámaras ocho segundos de su tiempo.

Todavía no lo he conseguido, y empiezo a pensar que le gusta que la NHL, la liga profesional de hockey, lo multe por negarse a hablar con la prensa.

O a lo mejor lo que le gusta es molestarme a mí.

—Me estás mirando —murmura sin abrir los ojos.

—No —miento.

—Piper, todas las noches me pongo delante de veinte mil personas. Sé cuándo alguien me está observando.

—Si estuviéramos hablando de cualquier otro trabajo, eso daría muy mal rollo. —Me aliso la falda con las manos y cambio de tema —. Si alguien puede ponerte en plena forma para jugar, esa es Lexi. Es la mejor de la liga. ¿Has visto el trofeo pequeñito que tiene detrás de la mesa en su oficina? Pone «La mejor preparadora deportiva del mundo».

—Anda, y ni siquiera he tenido que pagarte para que digas eso. —Lexi se echa a reír mientras entra en la sala con una bolsa de hielo —. Eres el mejor apoyo.

—Para eso estamos. —Me aparto para dejarle espacio y que pueda hacer su trabajo—. Siento haber venido sin avisar. Creía que como el equipo está de descanso tendrías tiempo para comer.

—Sullivan ha sido una incorporación de última hora a mi agenda. —Le da un golpecito en el hombro—. Boca abajo, por favor.

—¿Para que me tortures? —Liam se sujeta la toalla a la parte inferior del cuerpo y cambia de postura soltando una retahíla de palabrotas—. ¿Contenta?

—¿A que es un rayito de sol? —Lexi le coloca el hielo en la pierna izquierda y sonríe cuando él suelta otro taco—. La alegría de la huerta.

—Un minuto y me lo quitas. Cinco, como mucho —dice él.

—Claro que sí. —Ella le coloca una almohada debajo de la pierna —. Veinte como mínimo, gruñón. Y como intentes levantarte de la camilla, te ato.

—Vaya. —Levanto una ceja, impresionada—. Veo que tienes mano de hierro, Lex.

—No me queda más remedio. Estos chicos están empeñados en ganar la Stanley Cup, y la única manera de que lo consigan es que

estén en mejor forma que nunca. Ir por ahí cojeando por tener el isquiotibial tocado no va a ayudar al Señor Portero aquí presente a mejorar su porcentaje de paradas.

—Mi porcentaje de paradas es la hostia —protesta Liam—. Quedé tercero la temporada pasada.

—Ah, pero no primero. ¿Estás haciendo los ejercicios que te di?

—Mañana y noche.

Hay una razón por la que Liam es portero: se entrega tanto que raya en la obsesión. Vive por y para el hockey, así que si Lexi le ha dado una rutina de ejercicios para que haga en su tiempo libre, estoy segura de que los está haciendo religiosamente.

—Muy bien. —Ella le da una palmadita en la cabeza, y yo contengo la risa al ver un destello de mala leche en los ojos de Liam —. ¿Te importa si Piper y yo hablamos, o preferirías que hubiera silencio mientras te quedas aquí tumbado rumiando tus pensamientos?

—Me da igual. Por lo menos así me distraigo y no pienso en lo fría que está la puta mierda esta.

—Tan elocuente como siempre. —Lexi se deja caer en la silla que yo he dejado libre y le da una palmada a la que tiene al lado—. ¿Va todo bien?

—Me parece una tontería hablar de esto mientras estás trabajando. —Me siento a su lado y suspiro—. Hay cosas más importantes. La pierna de Liam seguramente vale ocho millones de dólares. ¿No deberías centrarte en sus estiramientos?

—¿Haces esto mucho? —me pregunta Liam.

—¿El qué? —replico.

—Fingir que tus problemas importan menos que los de los demás.

Parpadeo, sin saber muy bien cómo responder a la pregunta.

¿Sí? ¿No? Supongo que sí.

Supongo que priorizo a los demás y prefiero ayudarlos a solucionar sus cosas en vez de agobiarme con las mías. Siempre hay alguien en algún sitio que está peor, que envidiaría lo que yo estoy pasando, y me parece mal quejarme de que mi vida profesional está estancada o que la personal es un desastre absoluto cuando el hombre que tengo delante está lidiando con una lesión que podría afectar a su carrera deportiva y a su forma de ganarse la vida.

—A veces —respondo, mirando a Lexi—. Son cosas personales.

—¿Qué ha hecho Steven ahora? —me pregunta Lexi, refiriéndose a mi exmarido—. Te juro por Dios que le voy a cortar los huevos y los voy a colgar de un semáforo.

—Me voy a tomar eso como una señal para largarme. Me niego a oír a hablar de castraciones. Sí, me dejo el hielo puesto. No, no me quedo —dice Liam, y luego baja las piernas por el borde de la camilla y se sujeta la toalla a la cintura, aunque no le sirve de mucho porque no le tapa los increíbles abdominales que tiene—. A ti te veo mañana, pequeñaja.

Desaparece por la puerta del vestuario, y Lexi me mira.

—¿Pequeñaja? Eso es nuevo.

—Es la segunda vez que me llama así. No es nada —le aseguro con la cara como un tomate.

—Nunca había oído a ese hombre decir algo medianamente cariñoso. Mucho menos un apodo.

—Eso no es verdad: la semana pasada le deseó feliz cumpleaños a Hudson, sin poner los ojos en blanco ni nada.

Lexi me coge una mano.

—¿Estás bien?

Esa es otra pregunta que no sé cómo contestar.

Hay aire en mis pulmones. Dinero en mi cuenta corriente. Tengo la próxima comida asegurada y una cama cómoda en la que acurrucarme todas las noches.

En el gran esquema de las cosas, estoy bien.

Bastante bien, la verdad sea dicha.

Pero también estoy triste.

Estoy atrapada en una rutina de la que no sé cómo salir; agobiada, aunque mi vida es anodina; cansada, aunque duermo lo suficiente; perdida, aunque no me he desviado del camino que me he marcado: treinta y dos años, divorciada e intentando empezar de nuevo.

—Steven sigue intentando renegociar los bienes que dividimos en el divorcio. De repente está muy interesado en quedarse con cosas que no quería cuando estaba ocupado acostándose con su secretaria. Y, por si no tuviera bastante con eso, mi jefe ha hecho un comentario tan asqueroso durante nuestra reunión mensual que estoy pensando presentar mi dimisión. —Tuerzo el gesto—. Mierda, perdona. Es mucho.

—Empecemos por el principio. ¿Te he dicho últimamente lo mucho que odio a tu ex? —me pregunta.

Sí, me lo ha dicho. Con todo lujo de detalles, varias veces al día. No me sorprendería que hubiera una diana con la cara de Steven en algún lugar del despacho de Lexie, al final del pasillo.

—No —respondo con sarcasmo—. ¿Me lo puedes recordar?

—El tío es un puto millonario. ¿Qué quiere de ti que no pueda comprarse él mismo?

—Mi piso, que me compré después del divorcio. He tenido que pasarme una hora entera esta mañana escuchando a su abogado explicarle al mío que la luz natural ejerce una influencia positiva sobre la creatividad y… —Lexi hace una peineta con ambas manos y suelto una carcajada—. No va a ganar esa batalla.

—Sigo cabreada porque no nos dejaste rayarle el coche, pero supongo que es lo malo de ser mujeres maduras y con clase.

—No habría servido de nada. La Cybertruck que conduce ya es lo bastante horrorosa, no merece la pena que te arriesgues a una denuncia.

—No te preocupes por Steven. Se irá a tomar por culo dentro de poco y volverá al mismo agujero del que salió. Y si no lo hace, avísame. Me encantaría decirle un par de cosas a ese gilipollas.

—Gracias, Lex.

—Pasemos ahora al otro gilipollas. ¿Qué ha dicho Charlie?

Lexi sabe que mi jefe está entre las personas a las que no aguanto. Que yo irrumpa en fisioterapia para meterme en el despacho de Lexi a quejarme se ha convertido en una cita semanal para nosotras. Una en la que nos desahogamos, también con mis otras mejores amigas (Maven Lansheld y Emerson Hartwell), en privado sobre las alegrías de ser mujeres en un mundillo dominado por la testosterona.

—Fue un comentario sobre mi camisa. —Señalo la prenda que me puse esta mañana, antes de que el día se fuera a la mierda—. Me dijo que me vendría bien desabrocharme el botón de arriba. Y luego añadió, como remate, que sonriera más.

Lexi pone cara de asco.

—Habla con Recursos Humanos. Dudo que seas la primera en presentar una queja contra ese cerdo. Prométeme que irás la semana que viene.

—Te lo prometo —digo.

—Muy bien. Cambiemos a la parte buena del día. ¿Hacemos cena de chicas el viernes? El partido del sábado empieza tarde, y eso nos da margen para ponernos de comida hasta las cejas la noche anterior.

—Sí. —Sonrío—. He reservado mesa en el italiano nuevo del centro. Me vendrá bien desconectar de los últimos dos días.

—Espero que sepas que nos tienes aquí para lo que necesites, Piper. Estos años han sido una mierda, pero tengo la sensación de que pronto te va a pasar algo bueno.

—Muy bien, oráculo. Ya que lo sabes todo, ¿podrías decirle al universo que se dé prisa? Estoy perdiendo la paciencia.

—Claro, ahora mismo hago un par de llamadas.

—Eres la mejor, Lex. Estás libre para comer, ¿verdad? ¿No tienes a ningún otro jugador que necesite tu atención?

—Soy libre como un pájaro. —Sonríe y se levanta—. Podemos llenar el despacho de Charlie de papel higiénico antes de irnos. ¡Ah…! O podemos mandarle una bomba de purpurina que le explote en esa cara de ardilla que tiene, a ver si el muy imbécil se entera de lo que opinamos de él.

—Vaya, ¿tu plan para acabar con él incluye purpurina?

—¿Y por qué no?

Entrelazo el brazo con el suyo, agradecida por tener a una mujer tan feroz de mi lado.

—Acepto, pero solo porque es un capullo mayúsculo y necesito divertirme un poco.

2

Liam

Es fácil conseguir que despidan a alguien?

Maverick Miller, el mejor alero derecho que ha pisado la NHL, levanta la mirada hacia mí mientras se ata los patines.

—Hostia, Liam, ¿quieres que deje de ser tu capitán?

—Para que lo sepas, creo que eres el mejor capitán que ha tenido este equipo.

Maverick sonríe y se pasa la mano por el pelo castaño oscuro.

—Ay, Papi Portero, al final me vas a sacar los colores.

—No soporto ese puto apodo.

He visto los vídeos en TikTok. A los chicos les hace gracia mandarme las recopilaciones que hace la gente; se descojonan con las etiquetas como #thirsttrap y #daddymaterial.

Y, por desgracia para mí, el nombrecito ha echado raíces.

—Deja de hacer cosas que la gente de internet considera que son para morirse y no te llamaré así.

—Morderme la camiseta no es sexy —digo.

—Bueno, yo personalmente no te veo el atractivo. No me gusta ese rollo de cabrón gruñón y melancólico que te traes antes del

partido, con todos esos rituales como comerte la ropa, pero a la gente sí le gusta.

—Que no me como la ropa.

—Oye, llámalo como quieras. Me alegro de que haya un público para todo. ¡Arriba los comecamisetas! —exclama, y frunzo el ceño—. A ver, ¿a quién quieres que despidan?

—A alguien que no merece ocupar un cargo con poder.

—¿Ya vas a empezar con una de tus tramas de venganza? —Maverick abre los ojos de par en par—. Ay, mierda. Un segundo… ¿No irás a por los encargados de la comida que han quitado el puesto de perritos calientes del vestíbulo? Porque yo también estoy cabreado por eso.

—No, no es por los perritos, pero ya hablaremos de eso. ¿A quién se le ocurre quitar un puesto de perritos calientes?

—¡Pecadores! —grita Grant Everett, el suplente de Maverick—. Son una puta panda de pecadores.

—¡Mañana montamos un piquete! —exclama Ethan Richardson, el delantero centro titular—. ¡Que nos devuelvan los glizzys!

—Mira lo que has conseguido, Miller —le digo—. Ethan está usando jerga específica para hablar de perritos calientes, como si fuera un moderno.

—Ya sabes que tengo cierta vena dramática —replica él con una sonrisa—. Por favor, no me digas que quieres que despidan al entrenador Saunders. Sé que perdimos la final el año pasado, pero creo que en esta pretemporada llevamos buen ritmo. Hemos estado imparables en los primeros partidos.

—No, no es el entrenador. Ni nadie del equipo. Es de otro departamento.

Escuché por accidente la conversación entre Piper y Lexi ayer. No era mi intención poner la oreja desde el vestuario mientras estaba en bolas ni pegarme a la pared para oírlas mejor, pero, en cuanto lo hice, no hubo vuelta atrás.

En cuanto Piper mencionó las mierdas que le había dicho su jefe, estuve a punto de ir al despacho del muy imbécil para decirle cuatro cosas.

Pero ya me han puesto suficientes sanciones por negarme a hablar con la prensa al principio de la temporada, así que agredir físicamente a un tío que se cree importante porque decide quién lleva un micrófono en los partidos de hockey es una forma segura de acabar sentado en el banquillo. Tengo que recurrir a otros métodos, y contar con la ayuda de Maverick Miller es mi mejor plan. Si él pide algo, lo normal es que lo solucionen en un abrir y cerrar de ojos.

¿Que la presión del agua en las duchas del vestuario no es óptima? A la mañana siguiente está arreglado. ¿Que las opciones de comida que tienen en la sala para invitados después de los partidos son una mierda? El equipo de cáterin prepara un menú nuevo para la siguiente vez que juguemos en casa.

¿Que decide liderar un proyecto para diseñar un vestuario femenino a fin de que Emerson Hartwell, su prometida, nuestra antigua compañera de equipo y la primera mujer en jugar en la NHL, no tuviera que cambiarse en el almacén de la limpieza? Pues quedó mejor que el nuestro.

Hay un motivo por el que Maverick es el ojito derecho de todo el mundo: tiene un gran corazón y es buena persona.

—¿Desde cuándo hablamos con tantos rodeos en este equipo? —pregunta Maverick mientras se pone la camiseta y se la ajusta sobre

las protecciones—. La mitad de las veces no me entero de qué queréis decir.

—Porque no es asunto tuyo —responde Hudson Hayes, nuestro defensa titular—. Aprende a no meterte donde no te llaman, capitán.

—Y porque eres viejo —añade Grant.

—Y porque prefieres quedarte en casa con tu chica en vez de salir con nosotros como en los viejos tiempos —dice Ethan—. Eres aburridísimo.

—Vaya panda de gilipollas —refunfuña Maverick—. ¿Entonces qué, portero?

Otra forma de referirse a mí, e infinitamente mejor que «Papi Portero».

—¿Qué harías si alguien le hiciera un comentario inapropiado a Emmy? —le pregunto, aunque ya sé la respuesta. Maverick quemaría la casa de esa persona primero, y luego ya harían preguntas.

Cuando jugamos contra el ex de Emmy, Maverick lo dejó hecho un cuadro y, cuando lo expulsaron del partido, salió de la pista sonriendo y luego etiquetó al cabrón en Instagram en una foto de su cara ensangrentada, haciéndole una peineta. Debajo escribió: «Lo que pasa cuando me tocan los cojones».

La sutileza no es lo suyo.

—¿Quién le ha dicho algo? —Se levanta y coge el palo—. Ha sido el segundo entrenador ese que tiene, ¿verdad? Sabía que ese tío era un capullo cuando…

—¡Con todo el equipo! —grita Riley Mitchell, el otro defensa, interrumpiéndolo.

—Que sí, que he caído con todo el equipo, que te den —replica Maverick—. Si se meten con mi chica, se meten conmigo. Y ahora

callaos todos antes de que os mande a patinar por la pista. —Todos cierran la boca al oírlo, y vuelve a mirarme—. ¿Quién ha dicho algo sobre ella?

—Nadie ha dicho nada sobre Emmy, pero gracias por recordarme que no te toque las narices jamás. Me refería a otra persona.

—Ah. —Se relaja y sonríe—. Vale, esto ya es otra cosa. Yo iría directamente a la fuente y le plantaría cara. Es lo que suele funcionar mejor.

Cojo mi camiseta del perchero y me la paso por la cabeza.

—Gracias por el consejo.

El entrenador Saunders entra en el vestuario.

—¡Diez minutos! —grita, y todos nos apresuramos a coger el equipo.

Me levanto para estirarme y calentar un poco antes de salir a la pista. A mitad de las rotaciones de cadera, oigo que mi móvil vibra en la taquilla. Lo cojo y veo que el nombre de mi hermana parpadea en la pantalla.

Si no contesto, seguirá llamando. No le importa una mierda que tenga partido.

Apoyo el teléfono contra mi bolsa de deporte y acepto la videollamada.

—Tengo cuarenta segundos —le digo.

—¿Estás en el vestuario? Gira la cámara para que pueda ver a los chicos guapos del hockey —dice Alana.

—Te casas en cuatro meses.

—Solo estoy mirando. No voy a tocar nada. Todavía tengo ojos.

—Qué asco. La mitad de estos se tiran a todo lo que se menea, y los otros tienen una relación estable, como tú hasta donde yo sé. Y

ninguno es lo bastante bueno para mi hermana pequeña.

—Oh… —Sonríe y apoya la barbilla en una mano—. Ese es mi hermano favorito.

—Soy el único que tienes.

—Aun así, eres al que más quiero, y por eso te llamo. La fecha límite para confirmar la asistencia a la boda era la semana pasada y no he recibido tu respuesta por correo. —Me mira fijamente—. ¿Qué pasa, Li? ¿No quieres pasar cuatro días en un hotel de lujo en España? Sé que te lo puedes permitir, eres un cabrón con pasta.

—Y eso me lo llama la que creó una app de citas que vale tanto dinero que sus tataranietos no tendrán necesidad de trabajar.

—No intentes comparar nuestro patrimonio. El contrato que firmaste en verano es obsceno.

Lo es, sí.

Ocho años, ochenta y cuatro millones de dólares. Es la cifra más alta para un portero en la historia de la NHL, y estoy decidido a demostrar que valgo esa inversión después de que tuviéramos esa final de mierda en la Stanley Cup de hace unos meses.

—Estaba esperando hasta ver el calendario de entrenamientos —miento.

Me muerdo el cuello de la camiseta.

Mierda.

A lo mejor Miller tiene razón.

—Y una mierda —replica—. Hablé con el entrenador Saunders y me dijo que la boda coincide con la celebración de la Copa de las Cuatro Naciones. Estás libre esas dos semanas de febrero, así que puedes venir a mis nupcias perfectamente.

—¿Has hablado con el entrenador Saunders?

—Hemos intercambiado un par de correos. Háblame de él. Es una monada.

—Es un padre soltero que bien podría ser monje. No lo he visto con una mujer en años. Creo que nunca, en realidad.

—A lo mejor le van los tíos.

—A lo mejor. —Suspiro, molesto—. Estaba esperando un poco para mandarte la confirmación.

—¿Esperando? —repite Alana—. ¿A qué? ¿A que los cerdos vuelen?

Puede que la humanidad en general me desquicie, pero quiero a mi familia.

Cuando era pequeño, mis padres sacrificaron su tiempo y su energía durante años para que aprendiera a patinar. Mi madre me llevaba a la pista seis días a la semana. Mi padre no se perdió ningún partido, ni siquiera los que jugué en Ottawa en pleno invierno.

Conforme he ido haciéndome mayor, han empezado a presionarme de otra manera que no tiene nada que ver con mis logros deportivos. No les importa si gano la Stanley Cup o si me paso el resto de mi carrera en el banquillo.

Para ellos es más importante lo que ocurre fuera de la pista de hielo: quieren que siente la cabeza. Que me case. Que deje el deporte profesional para formar una familia.

Ese es el tema de conversación estrella en todas las reuniones familiares; en Navidad, en los cumpleaños, aquella vez en la que cogí un avión y volví a casa para el día de la Madre y me soltaron un sermón de dos horas sobre la falta que me hacía una mujer en mi vida.

La única forma que tengo de aislarme de todo es cada noche en la pista, cuando estoy en la portería siguiendo los movimientos del disco durante sesenta minutos seguidos. Es mi lugar seguro, aunque soy consciente de que mi trabajo siempre está pendiendo de un hilo. Un paso en falso podría hacer que perdiera todo lo que tanto me ha costado lograr, así que no me permito distracciones.

Durante la temporada, me exijo mucho. Nada de sexo. Nada de mujeres. Una copa a la semana y a las diez en la cama.

No me importan una mierda la fama, la atención de la gente o las fiestas. Me gusta ir a lo mío. Me presento en el estadio, juego bien al hockey y luego vuelvo a la tranquilidad de mi piso, con mi gato.

Sé que es un comportamiento neurótico y obsesivo. Los chicos dicen que soy un muermo, que me estoy perdiendo cosas, pero a mí me funciona. Mi vida está dedicada al deporte por el que tanto me he sacrificado, y así me va bien. ¿Qué más da que folle, ni haya conocido a nadie, ni me haya enamorado?

Soy feliz como para no necesitar preocuparme por todas esas cosas extra, pero si tengo que soportar otra ronda de cien preguntas sobre por qué voy solo a la boda de mi hermana perderé la puta cabeza.

—Iré —digo—. No me lo perdería por nada del mundo.

—¿Vendrás con alguien? —me pregunta—. A lo mejor con una chica que quiera hacer un viaje gratis con un deportista y que no tenga ni idea de que tu segundo nombre es Frederick. Necesito saber el número exacto de cubiertos para organizarlo todo.

Puede que sea porque estoy harto de la compasión de la gente al descubrir que no tengo pareja.

O porque estoy harto de responder a la misma pregunta todos los días.

O porque, en el fondo, la pura realidad es que me siento solo. O porque me aterra la idea de que nadie me quiera nunca porque soy demasiado cerrado, demasiado borde, demasiado entregado a mi trabajo, y sé que evitar el tema es más sencillo que reconocer lo que es.

El caso es que, sea por lo que sea, al final suelto una palabra que desearía poder tragarme en el acto.

—Sí.

—¿En serio? No sabía que estabas saliendo con alguien —dice Alana con voz alegre—. ¿No vas a hablarme de ella? ¿Ni siquiera vas a decirme cómo se llama? Al menos dime su signo del zodiaco para que mire si sois compatibles.

Me encojo de hombros.

—Es reciente.

—¿Qué cojones, Liam? ¿Cómo se supone que voy a buscarla en internet si no me das un nombre?

—Es una mujer. —Ofrecer poca información es lo mejor, porque me dará tiempo para solucionar este marrón y hacer como que no he dicho nada—. Una mujer muy simpática.

—Si te aguanta es que es una santa.

—Tengo que irme. Es hora de calentar.

—¡Más te vale comprarme un buen regalo! —exclama Alana, y cuelgo antes de que pueda añadir algo más.

Dejo el móvil debajo de la camiseta de repuesto y cojo el casco.

Ha sido una estupidez mentir, pero ya solucionaré ese problema más adelante. Ahora mismo tengo cosas más importantes que

decidir con quién se supone que estoy saliendo, como ganar este partido.

La prioridad es el hockey.

Siempre lo será, y una novia, ya sea real o imaginaria, nunca va a cambiar eso.

3

Piper

Tengo que contaros una cosa —les digo a mis amigas el viernes por la noche, después de que nos acomodemos en una mesa del Mama Melrose's—. Y me vendría bien algún consejo, porque estoy a años luz de mi zona de confort ahora mismo.

—¿Qué pasa? —pregunta Emerson, a quien todas llamamos Emmy, al tiempo que apoya los codos en la mesa y me mira fijamente con sus ojos verdes muy abiertos. Es la misma expresión atenta que tenía cuando nos conocimos en el instituto y, aunque perdimos el contacto durante un tiempo después de graduarnos, por la vida y por perseguir nuestros sueños, no deja de resultarme increíble que llevemos siendo amigas tanto tiempo—. ¿Es algo sexual? ¿Un fetiche? He visto cosas muy raras, Piper. Tu secreto está a salvo con nosotras.

—No. ¡No! No es tan raro, pero sí muchísimo más vergonzoso. —Hago una pausa y suelto una carcajada por lo bajo—. Pero recuérdame que te pregunte por esas anécdotas después de unas copas de vino.

—Oye —Maven, la fotógrafa del equipo de los Stars, aparta la botella de chardonnay italiano que hemos pedido para mirarme—,

que no te dé vergüenza contarnos nada. Aquí no se juzga a nadie.

—¿Os acordáis de aquella vez cuando estaba dando una clase de Pilates y se me rompieron las mallas por la mitad mientras hacía una flexión en la máquina? —pregunta Lexi, y todas nos echamos a reír —. Emmy me tuvo que llevar unos leggins nuevos para mi siguiente clase, y vosotras me dijisteis que era porque tengo un culo poderoso.

—Y así es —replico—. Aunque lo mío es más personal.

—¿Más personal que enseñarle el tanga al padre soltero tímido que estaba en primera fila? —Suspira—. No volvió, y es una pena. Era muy mono.

—Es sobre lo patética que es mi vida sentimental. Después del divorcio, todo me parecía aterrador. Hablar con hombres. Conocerlos. Abrirme y dejar que alguien nuevo viera las partes de mí misma que todavía estoy aprendiendo a querer. He pasado gran parte de mi vida adulta con pareja, y la idea de empezar de nuevo me ponía los pelos de punta. —Deslizo un dedo por la base de mi copa mientras me armo de valor—. Decidí tomármelo con calma y disfrutar de la soltería, hacer lo que quiera cuando quiera, pero últimamente me siento sola. —Hago una pausa para beber un sorbo de vino—. Muy sola, si os soy sincera. Os veo a todas enamoradas y eso hace que tenga la sensación de que me estoy perdiendo algo importante. De que me estoy quedando atrás. Sé que me partieron el corazón una vez, pero me gustaría creer que puedo encontrar el amor de nuevo.

—Cuando dice eso de estar enamoradas, habla de vosotras, guapas —les dice Lexi a Maven y a Emmy—. No de mí, que soy una solterona.

Suelto una carcajada y me froto los brazos, pero estoy de los nervios.

Me siento desnuda delante de las chicas al contarles esto. Sé que no me juzgarán; nuestra amistad se basa en compartirlo todo, desde historias de citas horrorosas hasta temas de trabajo, pero hay algo muy descarnado, muy humano, en compartir las cosas que más miedo dan. Intimida decirlas en voz alta y lanzarlas al universo, expresar tus miedos y enfrentarte a ellos sin rodeos.

—Es normal sentirse sola —dice Maven con delicadeza—. La sociedad nos dice que debemos alcanzar ciertos hitos como mujeres a determinadas edades o será demasiado tarde, como que si no sentamos la cabeza antes de los veinte, nunca encontraremos el amor ni habrá tiempo para tener hijos. Son gilipolleces.

—Me encanta cuando Mae se pone en plan «muerte al patriarcado». —Emmy sonríe—. Para que conste, sí que son chorradas. Míranos a Maverick y a mí. Tenemos más de treinta años. Que sí, que estamos comprometidos, pero no nos hemos casado. Si estuviéramos en los años cuarenta, el mundo nos daría la espalda.

—No te estás quedando atrás, Piper. Te estás tomando tu tiempo esperando a que aparezca el hombre adecuado —añade Maven.

—Pero ¿cómo voy a encontrar al hombre adecuado si ni siquiera sé moverme en el mundo del amor moderno? Steven y yo nos conocimos en mi primer año de universidad, en el comedor, cuando los móviles todavía no eran táctiles. —Miro una foto de la torre de Pisa colgada en la pared que Maven tiene detrás y ladeo la cabeza—. No tuve que entrar en ninguna página web, ni enumerar cinco lugares a los que me gustaría viajar antes de morir en la biografía de una aplicación. Él se tropezó conmigo, a mí se me cayeron las

tortitas y el resto fue una historia de amor maravillosa hasta que dejó de serlo, y ahora me toca tener que aprender a salir con alguien de nuevo. El año pasado no duré más de cinco minutos con una app de esas descargada.

—Si quieres volver a probar una, yo haré criba para asegurarme de que merecen que inviertas tu tiempo en ellos. No recibirás fotopollas no deseadas —se ofrece Lexi.

—Te agradezco que mantengas los penes a raya. —Le doy unas palmaditas en un muslo—. Pero ¿y el sexo qué? Eso es lo que más me preocupa. Steve y yo lo hacíamos poco. Y las veces que lo hacíamos, era regular. Asumo que como mucho podríamos categorizarlo de mediocre, pero no tengo con qué compararlo porque es el único hombre con el que he estado. Aunque no lo disfrutaba mucho y no creo que se me dé bien. No puedo lanzarme de nuevo a las citas sin saber hacer una mamada en condiciones. ¿Hasta qué punto uso la lengua? ¿Y qué hago con las manos?

Nuestra camarera elige justo este momento para aparecer. Deja la cesta con los palitos de pan en la mesa y nos mira a las cuatro con una sonrisa forzada.

—Perdón por interrumpir —se disculpa—. ¿Sabéis ya lo que vais a pedir?

—¿Te importa darnos unos minutos más? —Maven ojea la carta—. Creo que todavía no lo hemos decidido.

—Claro. —La camarera se da la vuelta para volver a la cocina. Con lo colorada que está, temo que no vuelva—. Tomaos vuestro tiempo.

—Estupendo —gimo—, la he traumatizado. No ha venido a trabajar pensando que los clientes se pondrían a hablar de mamadas entre platos de pasta de veinte dólares.

—Hablando de mamadas: ¿no has pensado en consultar a un terapeuta sexual? —pregunta Lexi.

—¿Qué cojones es un terapeuta sexual?

—Un especialista que te ayuda a lidiar con las dudas que puedas tener con temas íntimos o sexuales. Tengo una amiga de la universidad que tiene la licencia. Trabaja con parejas y personas solteras sin parar.

—¿Hay gente que trabaja de eso? —pregunta Emmy.

—Hoy en día hay gente que trabaja de todo —contesta Maven.

—Te elabora un plan, te da técnicas y deberes para que practiques… —sigue Lexi.

—¿Deberes? —repito—. ¿Se supone que tengo que acostarme con tíos aleatorios para… qué? ¿En nombre de la ciencia?

—¿Acaso no consiste en eso lo de no tener pareja estable? ¿En hacer lo que quieras con quien quieras? —Lexi se echa la melena castaña oscura hacia atrás y se encoge de hombros—. Es libertad sexual, es explorar. A mí me parece divertido.

—Aprecio toda esta positividad sexual y me alegro de que haya alguien que ayude con esas cosas, pero me intimida demasiado hablar con un profesional sobre mi falta de experiencia. Ni siquiera sé cómo le voy a explicar al tío con el que salga que mi ex solo consiguió que tuviera un orgasmo cinco veces en diez años de relación. Eso solo serviría para demostrar que no tengo ni idea de lo que hago en la cama, y ¿quién va a querer acostarse con alguien que no tiene ni idea?

—Vamos a necesitar más alcohol. —Lexi me rellena la copa de vino—. A lo mejor un buen punto de partida es tomarte un tiempo para descubrir lo que te gusta y lo que no te gusta en la cama.

Internet puede ser útil. Si hablar con alguien te resulta incómodo, puedes leer algún artículo. Ya que estamos sincerándonos, yo he aprendido mucho sobre mí misma gracias a las novelas románticas. —Se ruboriza al decirlo, y me recuerda lo mucho que quiero a mis amigas y su vulnerabilidad—. Al leerlas he descubierto que me gustan cosas que creía que no y también he aprendido a través de los personajes. Parece una tontería, pero nunca he estado tan contenta con mi vida sexual.

Suelto una carcajada y bebo de nuevo.

—Qué envidia me da que seas capaz de acercarte a un hombre y conseguir lo que quieres. El fin de semana pasado te sentaste con el chico aquel a la barra como si nada y acabaste yéndote a casa con él. Me gustaría poder hacer eso.

Lexi siempre ha sido así: segura de su sexualidad, capaz de expresar lo que quiere y lo que no. Se ha acostado con muchos hombres, argumentando que si ellos pueden ir por ahí follándose a todo lo que se menea, ella también debería poder hacerlo.

—Tienes que ir poco a poco, cari. No te sientes cómoda con el tema aún porque es algo que nunca has hecho. Necesitas un poco de tiempo, y no pasa nada —me asegura.

—Siempre puedes preguntarnos a nosotras —añade Maven—. Yo te contaré todo lo que Dallas y yo hacemos en la cama para que pienses si a ti también te gustaría.

Dallas Lansheld es el marido de Maven y el mejor pateador de la historia de la Liga Nacional de Fútbol Americano. Vivieron un romance vertiginoso y se enamoraron mientras ella era la niñera de June, la hija de Dallas, que ahora ya es de ambos. Les fue imposible mantenerse alejados el uno del otro, y todavía son inseparables.

A veces, cuando los veo juntos (y también a Maverick y a Emmy), siento una intensa punzada de celos en el pecho, una presión detrás de los pulmones. Y no es porque me atraigan como pareja, sino porque mi relación anterior nunca se pareció a la suya, ni siquiera en nuestros mejores días.

Ahora que veo mi divorcio con tiempo de por medio, me doy cuenta de lo mucho que me molesta. Estoy enfadada y resentida. Siempre he sido más de amor que de guerra, de dar una tercera o incluso cuarta oportunidad cuando nunca debí haber dado la segunda, así que me resulta agotador odiar a alguien como odio a Steven.

Me genera mucho dolor haber perdido tanto tiempo con él. Me decepciona la cantidad de años que pasé con un hombre que nunca me miró como las parejas de mis amigas las miran: como si fueran lo más importante del mundo, como si estuvieran agradecidos por poder respirar el mismo aire que ellas.

Me pregunto si es demasiado tarde para tener algo así.

Me pregunto si todavía tengo tiempo para encontrar un nuevo «felices para siempre».

Durante mi relación con Steven, siempre importé menos que su trabajo, su empresa y de los inversores que lo ayudaban a labrarse un nombre en la competitiva industria tecnológica. Menos que su dinero, sus títulos y sus logros profesionales.

Y menos que Julia, la secretaria de veintitrés años con la que pasaba todo el tiempo libre y a quien encontraba mucho más interesante.

Debe de ser bonito ser la prioridad de alguien, el centro de toda su atención y también su sueño hecho realidad.

No me lo imagino.

—A veces le pido a Maverick que follemos mientras él lleva puesta mi camiseta, para que sepa bien a quién pertenece —dice Emmy, devolviéndome al presente y desterrando el pasado.

—Como si las palabras «El guaperas de Emmy» que lleva tatuadas en el pecho no le dejaran claro a todo el mundo que está felizmente comprometido —bromea Maven—. He tenido que pedirle que se ponga la camiseta para las fotos oficiales porque le gusta ir por ahí a pecho descubierto para enseñarlo.

Emmy suspira y se enrolla un mechón de pelo rojo alrededor del dedo.

—Cómo quiero a ese hombre.

—Oye, las dos empezasteis vuestras relaciones siendo solo amigos con derecho a roce, ¿verdad? —pregunta Lexi, y Emmy asiente—. ¿Y si probaras algo así, Piper? Una relación puramente sexual con el mismo hombre, para enrollarte con él y experimentar.

—¿Y de dónde lo saco? —pregunto—. ¿De Craigslist?

—Solo si quieres que te mate. —Chasquea la lengua y me mira con cara de que espera que lo haya dicho en broma—. Las apps para ligar son el lugar perfecto para encontrar un follamigo. Si pones en tu bio de Tinder algo como «No busco nada serio», los hombres acudirán a ti como moscas a la miel.

—Es verdad —conviene Maven—. Y nosotras podemos ayudarte a montar el perfil.

Sonrío mientras las miro. Me arden las mejillas. Siento que tengo el corazón lleno de amor y, a pesar de no tener pareja y volver cada noche a un piso vacío, nunca me he sentido tan querida.

—No sabéis cuánto os valoro, chicas. Me queréis incluso cuando creo que no me lo merezco. Me habéis demostrado que vale la pena luchar por amor del bueno, del que te da ánimos y te apoya cuando estás de capa caída. Que merece la pena esperarlo en vez de conformarte con algo mediocre. —Me seco una lágrima—. Lo siento. No sé por qué lloro, es que… Gracias. Gracias por estar aquí y creer en mí cuando yo no creía en mí misma.

—Un brindis. —Maven levanta su copa y las demás la imitamos—. Por las mujeres que se levantan más fuertes que nunca después de que las tiren al suelo.

—Por la amistad que no es competitiva, sino colaboradora. —Emmy deja ver una rara muestra de emoción al bajar la barbilla y respirar hondo—. Hay gente que no tiene la suerte de contar con una sola amiga tan buena como vosotras, y yo os tengo a las tres.

—Bueno, las cursilerías ya las habéis dicho vosotras, así que voy a tirar por aquí: por encontrar mejores pollas a partir de ahora —bromea Lexi—. No vamos a conformarnos con un hombre que solo consiga que nos corramos cinco veces en diez años. Hemos subido el listón.

Brindamos y me río hasta que me duelen los costados y hasta que por la cara me caen lágrimas, pero no de tristeza, sino de alegría, por ser tan feliz. Por tener la sensación de que por fin he encontrado el camino que quiero recorrer y por la certeza de que no tendré que hacerlo sola.

4

Liam

LOS REYES DEL DISCO

Maverick
La liga nos ha jodido pero bien programando la mayoría de nuestros partidos los martes por la noche. No saben que tenemos tradiciones?

Hudson
Es como si no les importara tu vida personal

Maverick
Pues que yo sepa, no se trata solo de mi vida personal. La cena del equipo os concierne a todos, y no vamos a dejar de hacerla esta temporada. No cuando nuestro rendimiento ha mejorado desde que nos reunimos una vez a la semana fuera de la pista. Tendremos que pasarla a los lunes

Riley
Odio los lunes

Maverick
Dejarás de odiarlos cuando los pases conmigo Has visto qué suerte?

Hay alguna manera de salirme para siempre de un chat grupal?

Emmy
Si encuentras una, compártela

Grant-ioso
Anda, Emmy vuelve a estar en este grupo? No me jodas!
Supongo que tendremos que cambiar otra vez el nombre a Profesionales del Palo. Eso es inclusivo, no?

Emmy
Por mí no lo cambies, Grant. No entiendo por qué me seguís agregando al grupo si siempre me salgo. Lo odio. Ya no juego con vosotros. De hecho, ahora soy el enemigo

Maverick
Relájate, pelirroja. Antes de que puedas decir que eres el enemigo, tu equipo tendrá que ganar algunos partidos más. Cómo sienta ese 1-6 con el que habéis iniciado la temporada?

Emmy
Esta noche te vas al sofá

Grant-ioso
Oooh, Miller la ha cagado!

Riley
Buscaos una habitación, anda

Por el amor de dios, que alguien me bloquee, os lo pido por favor

Don Facilón

No serviría de nada, Papi. Siempre te encontraremos

Hudson
Usas frases así para ligar, Ethan?

No liga. Se pone perdido de babas y usa la mano derecha

Grant-ioso
Hostia. Por eso nunca te vas a ir del chat Siempre das donde más duele

Maverick
No lleguéis tarde mañana

Don Facilón
Llevaré perritos calientes para honrar a Dave's Dogs. DEP, amigo

Hudson
No ha muerto

Don Facilón
Como si lo hubiera hecho. Los perritos calientes de los demás sitios del estadio son una mierda Los de Frank's Franks son una puta basura

Grant-ioso ha cambiado el nombre del chat a «Profesionales del Palo porque Reyes del Disco no es inclusivo. DEP Dave's Dogs»

Grant-ioso
Es larguillo, pero puede funcionar

Odio este chat

Emmy

Quieres que nos fuguemos juntos, Liam?

Sí

Maverick
Sabéis qué? Ni me ofende. Ojalá seáis muy felices juntos. Tenéis mi bendición

Emmy Hartwell ha abandonado el chat
Has abandonado el chat

—He traído ensalada. —Dejo el cuenco en la isla de la cocina del ático de Maverick y Emmy y me apoyo en la encimera—. Y el aliño.

Maverick sonríe y reajusta la mesa del bufet para hacerle sitio a la ensalada César.

—Me alegro de que hayas venido. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

Me encojo de hombros.

—No sé. Supongo que no me apetecía quedarme en casa.

—Sé que me echas de menos cuando no estamos juntos. —Me pellizca la mejilla y yo le aparto la mano—. ¿Estás bien? Parecías tenso durante el entrenamiento de esta mañana.

—Son los isquiotibiales. Tengo muchas cosas en la cabeza. No es nada grave —refunfuño, pensando en la llamada que he recibido de mi madre esta tarde.

Me regañó por no haberles hablado en absoluto de la mujer que va a ir conmigo a la boda de Alana y luego me interrogó durante media hora sobre una persona que no existe. Ya he empezado a pensar en excusas para cuando aparezca solo. La más creíble podría ser un pasaporte caducado, y estoy dispuesto a pagarle a alguien

para que me haga un documento falso y así poder tenerlo todo cubierto.

—Mierda. ¿Todavía te molestan? Creía que ya te encontrabas mejor.

—Estoy bien.

—Ahora dilo sin poner cara de dolor.

—Que te den.

—Ese es mi chico. —Maverick vuelve a sonreír mientras abre el horno y saca una fuente de cristal que coloca sobre la vitrocerámica —. Me alegro de que no te me estés desmoronando, Sullivan.

—Ya te he dicho que estoy bien. —Cojo un plato de papel del montón y me acerco a la lasaña que ha preparado el chef personal de Hudson—. Gracias por obligarme a venir esta noche, por cierto. Sé que me quejo mucho, pero si tengo que pasar tiempo con gente, me alegro de que sea con vosotros.

—Vaya. —Me rodea la cintura con los brazos y pongo los ojos en blanco—. Es lo más bonito que me has dicho en la vida. Últimamente estás en racha, Papi Portero.

—Que no se te suba a ese melón de cabeza que tienes. —Me zafo y me acerco al puré de patatas que Grant ha preparado con su nueva batidora. No deja de pasarnos fotos suyas con delantal y gorro de chef, y me voy a reir como no esté bueno—. No se va a repetir.

—Aunque no se repita, lo voy a atesorar para siempre. ¡La cena está lista! —grita, y se produce una estampida—. No son sigilosos, ¿verdad?

—No. —Añado dos trozos de pollo a la parrilla y pan de ajo a mi plato y lo aparto todo para hacer sitio a una porción de pizza—.

Panda de gamberros.

El ruido en la cocina aumenta diez decibelios cuando mis compañeros de equipo entran. Algunos han traído a sus parejas y otros han venido solos, pero están todos aquí y es un caos total.

Hay muchos empujones. Alguien lanza un tenedor que acaba chocando con la pared. La mitad de un paquete de servilletas sale volando por los aires. Hace tres años que dejamos de usar platos de verdad y nos pasamos a los de papel, porque cuando los chicos de los Stars andan cerca, las cosas tienden a romperse.

Sobre todo si hay comida de por medio.

—Hola, Liam. —Miro por encima del hombro y veo a Piper sonriéndome. Tiene una gran sonrisa y el jersey azul que lleva resalta el color de sus ojos—. Me alegro de verte vestido y en pie.

—Y yo me alegro de que no estés perdiendo los papeles por verme sin camiseta, Piper.

—Con ropa mejoras.

—Ya me lo imaginaba. ¿Cómo ha ido la castración?

—Ostras. —Ethan nos mira a los dos—. ¿Te va la castración, Pip?

—No. —Se ruboriza y se coloca un mechón de pelo rubio detrás de la oreja. Soy un imbécil por haberla hecho sentir incómoda—. Es una broma.

—No sabía que el Papi Portero fuera capaz de bromear, pero me gusta. —Ethan me da un codazo en las costillas—. Apártate, grandullón. Quiero salsa marinara y ocupas mucho espacio.

—Lo siento —refunfuño—. Ya me voy.

—Dime qué te parece el pollo —me dice Piper antes de que pueda llegar al salón. Levanta la barbilla y me mira con una tímida sonrisa

—. Es la primera vez que uso la parrilla, aunque la tengo desde hace años, así que a lo mejor no está comestible.

Rodeo la isla y paso junto a mis compañeros de equipo.

—Si pillo salmonela, te enviaré la factura del hospital.

—No puedo permitirme pagarte una visita al hospital. Lo máximo que puedo hacer es llevarte agua y galletitas saladas.

Le doy un mordisco al pan de ajo.

—Me parece bien.

—Oye, siento haberos interrumpido a Lexi y a ti el otro día. Espero que no pienses que soy poco profesional.

—Estoy seguro de que, de todas las personas aquí presentes, tú eres la más profesional, pequeñaja —le digo al tiempo que Lexi le echa un brazo por encima de los hombros.

—Ya te digo —conviene Lexi antes de mirar a su amiga—. ¿Vas a ponerte esto mismo para tu cita de después?

—Sí. —Piper se pasa una mano por los vaqueros. Se le marca el escote cuando se coloca mejor el colgante que lleva al cuello. Tengo la sensación de que no debería mirarla tan fijamente, así que aparto la vista—. ¿Lo ves bien?

—Lo veo perfecto —le asegura Lexi, que chasquea los dedos—. Sullivan, tú eres hombre.

—¿Qué me ha delatado?

—¿Primeras impresiones de la ropa de Piper?

Aprieto el plato entre los dedos mientras la miro de arriba abajo.

Lleva la larga melena rubia un poco despeinada, y me pregunto si se ha pasado los dedos por el pelo antes de entrar en la cocina. Esboza una suave sonrisa, casi como si tuviera un secreto. Bajo la mirada a su top, que abraza la curva de sus tetas. Los vaqueros que

lleva puestos hacen que sus piernas parezcan más largas, y me sorprendo a mí mismo al no poder apartar la vista de la franja de piel entre el top y la cinturilla de los pantalones.

Piper Mitchell es un rayo de sol con forma humana, y debe de ser un puto agotamiento estar siempre tan contenta.

Hay algo en ella que me hace pensar que va a salvar el mundo o a morir en el intento. Me gusta un poquito desde que se me presentó con esa actitud tan alegre que tiene, pero siempre he mantenido las distancias.

En aquel entonces llevaba un brillante anillo en el dedo.

Y yo no buscaba distracciones.

Puede que ella ya no lleve un diamante en la mano, pero yo sigo sin buscar a alguien con quien ocupar mi tiempo.

Aun así, no puedo negar que es una puta preciosidad.

Y sé que no soy el único que piensa así. He visto las miradas que le echan mis compañeros a Piper cuando va a los entrenamientos o se pone detrás de la mampara durante los partidos. Sé que tontean con ella y que tratan de llamar su atención. Jamás se pasarían de la raya, pero eso no significa que no la miren.

—La ropa es bonita —mascullo—. Va bien.

Lexi frunce el ceño.

—¿Que va bien? No queremos que vaya bien. Queremos que vaya hecha un pibonazo.

—No le hagas caso al gruñón este —tercia Ethan—. Estás buenísima, Pip. Si te apetece divertirte de verdad y dejar plantado al tío con el que hayas quedado luego, tienes mi número.

—Gracias, Ethan. La verdad es que no me van los jugadores de hockey, pero te agradezco la oferta —replica Piper entre risas—. Y

gracias, Liam. Decir que mi ropa es bonita sigue siendo un cumplido, y me encantan los cumplidos.

—De nada —digo al salir de la cocina, y estoy a punto de chocarme con Emmy.

—¡Oye! —Ella me pone una mano en el centro del pecho—. Ojito, Sullivan.

—Perdona. Me he distraído.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros.

—Por nada.

Se asoma a la cocina y ve el grupito, que sigue hablando después de que los haya dejado.

—Mmm —murmura—. No tires comida sobre mi alfombra nueva.

—Ni se me ocurriría.

—Si tienes ganas de marcha, tírala sobre el traje nuevo de Maverick. Está colgado en el dormitorio. No deja de hablar de él, y si lo vuelvo a oír hablando del dichoso «forro de terciopelo», me voy a poner a gritar.

Se me escapa una carcajada.

—Es un rollo no tenerte cerca, Hartwell. Preferiría estar contigo antes que con tu media naranja en cualquier circunstancia.

Emmy también se echa a reír. Me da un apretón en el brazo y me arranca una sonrisa.

Nos hicimos amigos cuando estaba en el equipo y pasamos casi una temporada entera juntos antes de que la intercambiaran con otro jugador y acabara en Toronto. Poco después, los Baltimore Sea Crabs, un equipo rival de nuestra división, la fichó con un contrato muy lucrativo.

La sigo viendo a menudo, pero poder jugar con alguien que te cae bien es algo especial, sobre todo cuando esa persona es como parte de tu familia. Atravesaría el mismísimo infierno por Emerson Hartwell (como todos los demás) y sé que ella haría lo mismo por nosotros.

—Es insoportable, ¿verdad? Pero hay que quererlo así.

—Sí, por desgracia para todos nosotros. —Le revuelvo el pelo y ella me da un suave puñetazo en el estómago—. Ve a por comida.

Pasa a mi lado.

—Me alegro de que hayas venido, Liam.

Resoplo por lo bajo.

—Yo también, pelirroja.

En la terraza hay menos caos que en el interior del piso.

Menos mal.

Necesito un respiro. Un segundo para relajarme. Un minuto sin videojuegos, sin gritos, sin mis compañeros de equipo pinchándose los unos a los otros.

Respiro hondo y saboreo el silencio, que solo dura unos segundos antes de que la cristalera de la terraza se abra a mi espalda. Me doy media vuelta y veo a Piper de pie frente a los grandes ventanales, rodeándose con los brazos. Frunzo el ceño al verla.

—¡Ah! —Sus ojos se encuentran con los míos y parpadea—. Lo siento. Pensaba que no había nadie.

—¿Estás bien?

—Hoy no he comido ni bebido lo suficiente y eso suele darme migraña. Estoy empezando a notarla y he pensado que un poco de aire fresco me ayudaría. Por favor, qué bien sienta. Dentro hace demasiado calor, y me encanta el otoño en la ciudad.

Señalo la tumbona junto a la pared.

—Siéntate.

Piper se acerca despacio a la tumbona y se deja caer en ella. Me siento a su lado porque me resulta extraño estar a un kilómetro y medio de distancia. Se produce un largo silencio antes de que ella suelte una carcajada y empiece a hablar.

—El pollo estaba malísimo, ¿a que sí? —pregunta.

No tengo el valor de decirle que estaba asqueroso. Poco hecho e incomible. Es evidente que nunca ha usado una parrilla, pero me encojo de hombros y digo:

—He comido cosas peores.

—Lo dices para ser amable.

—Vale, sí. Estaba horrible, pero también he comido cosas peores.

—Eso ayuda. —Cierra los ojos y suelta un suspiro—. ¿Qué haces aquí fuera?

—Esta tarde he recibido una llamada que estaba temiéndome y tengo que decidir unas cuantas cosas —le contesto. No tengo ni idea de por qué le estoy diciendo todo esto. Es imposible que le importe y tampoco es que vaya a darme una solución—. No puedo pensar ahí dentro.

Piper pone los ojos como platos y me mira fijamente.

—¿Te estás muriendo? ¿Tienes los isquiotibiales peor de lo que has dejado entrever? ¿Existe el cáncer de isquiotibiales?

—¿Por qué cojones me preguntas si me estoy muriendo?

—No lo sé. —Mueve una mano arriba y abajo para señalarme—. Estás más taciturno de lo normal.

—¿Soy taciturno?

—He supuesto que lo que te traías entre menos era una situación de vida o muerte. ¿Por qué si no has salido a la terraza a pisotones?

—No he… No he dado pisotones.

—No te mueves con sigilo.

—¿Ir por ahí dando pisotones es el antónimo al sigilo?

—No lo sé. ¿Lo busco en un diccionario?

Se me curvan los labios en una leve sonrisa.

—Me ha llamado mi madre.

—¿Se está muriendo?

—No.

—Entonces ¿no se está muriendo nadie?

—¿Acaso no nos estamos muriendo todos?

—Esa es una cuestión de calado existencial un pelín profunda para abordarla en una terraza, la verdad. Si nadie se está muriendo, ¿por qué tienes cara de mustio?

—Antes has dicho que soy taciturno, a lo mejor es por eso.

Piper suelta una carcajada llena de una ligereza que me recuerda a los últimos días de verano y a quedarme hasta tarde en la cama. Es agradable, relajante… Y también es un sonido que me gustaría oír de nuevo.

—Es que te veo más taciturno de lo normal —repite.

—Le dije a mi madre que iba a ir acompañado a la boda de mi hermana en febrero.

—Ah, pues no es tan terrible. Es algo mucho más manejable que la muerte. ¿Por qué le dijiste que ibas a ir con alguien?

—Porque no me apetecía explicarle por qué voy a ir a España solo. Me gusta estar solo. De hecho, lo prefiero. Pero como alguien más me pregunte cuándo pienso casarme, voy a ponerme a dar voces.

—¿Y por qué no te buscas a alguien que vaya contigo? —sugiere Piper.

—No aguanto a nadie.

—Por supuesto. ¿No tienes amigas? ¿Alguien a quien no le importe interpretar el papel de tu novia durante unos días?

—¿El papel? —Frunzo de nuevo el ceño, sin comprender—. ¿Como una actriz?

—Deberías unirte al club de lectura de novelas románticas que tienen los chicos. Te estoy hablando de poner en práctica una «relación de mentira». Te buscas a una chica que se haga pasar por tu novia durante la boda y luego, cuando volvéis a casa, dejáis de fingir.

—¿Me estás diciendo que hay personas que van por ahí pidiéndole a otras que sean su pareja para algunas celebraciones? Ni de coña pasa eso en la vida real.

—Su pareja de mentira. Yo nunca lo he hecho, pero tengo entendido que sí pasa.

—No pienso fingir que estoy saliendo con alguien. Prefiero ser un mierdas y mentir directamente —digo.

—¿Qué excusa vas a poner? Porque más te vale que sea sólida.

—Un pasaporte caducado. No se puede discutir con inmigración.

—No está mal, Sullivan. Es mejor que la jugada a lo *Este muerto está muy vivo* que seguramente intentarían poner en práctica tus compañeros de equipo.

—Eso sería muchísimo esfuerzo.

—Así que se casa tu hermana… No sabía que tuvieras hermanos y mi trabajo consiste en saberlo todo sobre vosotros. ¿Es mayor o menor que tú?

—Tiene cuatro años menos que yo. Fue peor que un dolor de muelas cuando éramos pequeños, pero la quiero. Conoció a su novio

cuando se mudó a California para crear una aplicación de ligar, se enamoró, le pidió que se casara con ella y luego planeó la boda.

—Parecéis polos opuestos.

—Somos la noche y el día. Estoy seguro de que la boda va a ser la más extravagante del mundo. Siempre ha sido muy extrovertida y le encanta ser el centro de atención. A mí no tanto.

—Ah, tiene sentido entonces que te hayas convertido en uno de los mejores porteros de la NHL. Eso no llama para nada la atención.

—Cállate, pequeñaja —le digo sin rencor, y ella se ríe de nuevo—. ¿A qué hora has quedado?

—Pronto. Seguramente debería irme. —Baja las piernas de la tumbona. Me roza el muslo con el suyo cuando se pone en pie—. ¿Te vas a quedar aquí un rato más, dándole vueltas a tus pensamientos taciturnos?

—No, me voy a casa ya. Me he hartado de ver a estos jugar al Grand Theft Auto y estoy cansado. ¿Qué tal tu cabeza?

—Mejor. Es increíble lo que puede hacer el aire fresco.

Bajo la mirada hacia sus vaqueros cuando echa a andar hacia la cristalera.

—No quería decir que tu ropa es bonita, por cierto. Es… —Dejo la frase en el aire, titubeante. Intento dar con la palabra que encajaría sin parecer un puto baboso—. Preciosa. Es preciosa.

—¿En serio?

—Sí.

—Gracias. —Piper me dedica una de esas sonrisas que le iluminan toda la cara. Se le arruga un poco la nariz y el rabillo de los ojos, y también se le forma un hoyuelo en la mejilla. No tenía ni idea de que un cumplido pudiera hacer tan feliz a alguien y tengo la sensación

de que a ella no le han dedicado muchos—. Pásalo bien esta noche, Liam. Te veo en el avión a Texas dentro de unos días.

Cierra la cristalera con un clic. Clavo la mirada en la Casa Blanca y en el edificio del Capitolio a lo lejos en vez de concentrarme en el hecho de que, por primera vez en mi vida, no me apetece una puta mierda estar solo.

5

Piper

Pues rumbo a Texas. —Lexi sube su maleta al avión chárter y enfila el pasillo—. La tierra en la que todo es más grande.

—¿Por qué me da la sensación de que ese eslogan lo ha inventado un hombre? —Dejo mi mochila de cuero negro en un asiento vacío y me pongo de puntillas para guardar la maleta en el compartimento superior—. Parece que es para compensar lo que les falta en otros aspectos.

—Sin duda. —Lexi se acomoda en un asiento al otro lado del pasillo, en la parte delantera del avión—. Estaba pensando en cenar barbacoa esta noche, ¿te apuntas?

—Puede, depende de cuánto consiga trabajar durante el vuelo. Tengo preparadas las estadísticas de los jugadores para mañana, pero llevo retraso con los dos próximos partidos.

—¿Por qué no te ayuda alguien de tu departamento? No eres la única reportera y estás haciéndoles todo el trabajo de documentación.

—No me importa. —Saco el cuaderno de la bolsa y me lo coloco sobre los muslos al tiempo que le doy unos golpecitos a la espiral del lomo—. Ninguno de mis compañeros es minucioso y, como no estoy

siempre delante de la cámara, esto me ayuda a mantenerme ocupada.

—Aún no estás siempre delante de la cámara —matiza, y yo sonrío por su optimismo—. Podrían echarte un cable de vez en cuando. ¿Has hablado con Recursos Humanos de Charlie el Pichacorta?

—Tus apodos me matan. —Niego con la cabeza, sonriendo—. Sí, fui a hablar con ellos. Me dijeron que lo están investigando y que si vuelve a pasar algo se lo comunique.

—Bien. —Lexi se incorpora cuando ve que los miembros del equipo empiezan a subir al avión, trajeados y con corbata. El entrenador exige atuendo formal delante de la prensa, pero en cuanto entran en el avión, empiezan a quitarse la ropa—. Buenos días, chicos. Estáis muy elegantes.

—Buenos días, señoritas. —Connor McKenzie, el delantero centro, nos saluda con un gesto de la cabeza—. No miréis el golpe que llevo en la cara. Todavía tengo el ojo morado por el partido del lunes.

—Seguro que te lo merecías —replica Lexi, y él le hace una peineta—. Hola, Riley.

El susodicho levanta la mirada de su teléfono. Se ruboriza, la saluda con la mano y sonríe para después tropezarse con su propia bolsa de deporte.

—Mierda. Ay. Hola, Lexi. Piper.

—Buenos días, Riley —le digo, riéndome entre dientes mientras se aleja—. Te juro que todos los chicos del equipo están enamorados de ti.

—Espero que no. Los considero mis hermanos.

—Haz el favor de decirme que como mínimo eres consciente de que a Riley le gustas.

—¿Riley? Es muy mono. Un poco joven para mí, pero mono.

—¿Quién es mono? —Maven se deja caer sin aliento en los asientos que tenemos delante.

—Riley —respondo—. El pobre casi se ha dejado el tendón de Aquiles al tropezarse con su mochila cuando Lexi lo ha saludado.

—Para —protesta ella—. Deberíamos centrarnos en ti y en tu intento de volver a salir con tíos.

—A salir no —la corrijo—. Solo quiero sexo. Sin ataduras. Divertido. Es muy distinto.

—Anda, ¿quién está hablando de sexo? —Maverick se sube las gafas de sol al pelo y se detiene para mirarnos a las tres—. ¿Alguno de los novatos ha metido la pata y tiene problemas? Estos jóvenes de hoy en día… Yo nunca me he comportado así.

—Ni se te ocurra mentirnos, Miller. Sabemos cómo eras antes de que apareciera Emmy. —Maven saca la lengua—. Intentaste ligar hasta conmigo.

—No intenté ligar contigo, estaba poniendo a prueba tu lealtad hacia mi mejor amigo. —Esboza una sonrisa burlona—. Aunque noté que me mirabas mucho cuando nos conocimos.

—Está delirando. —Maven suspira mientras juguetea con su alianza—. Tú sí que usas el tamaño de tu ego para compensar otra cosa.

—Oye, podemos quedarnos aquí hablando de mi po…

—¿Te mueves ya? —dice alguien de repente con voz grave. Miro por encima del hombro de Maverick y veo a Liam, cuyos anchos hombros y gruesos muslos apenas si dejan espacio en el pasillo—. Algunos queremos llegar a nuestros asientos y dormir. Escucharte hablar de tu polla a las siete de la mañana es mi peor pesadilla.

Disimulo la carcajada que se me escapa con una tos y Liam clava los ojos en mí. Lo saludo con una mano y él ladea la cabeza, un gesto más cordial de lo que es habitual en él.

No era mi intención ponerme a hablar con Liam en la terraza el día de la cena del equipo, pero me alegro de haberlo hecho. Es difícil conseguir que se abra, que revele algo de sí mismo, y que me contara lo de la boda de su hermana y ver cómo se le iluminaba la cara al hablar de ella fue lo mejor de la noche.

—Se me olvida lo gruñón que te pones antes de tomarte el café. —Maverick pone los ojos en blanco y deja el pasillo libre, acercándose a los asientos donde está Maven—. Buenos días, grandullón.

Liam deja de mirarme para dirigirse a su capitán.

—No me toques los huevos, Miller —dice con el ceño fruncido mientras avanza por el pasillo, arrastrando la maleta.

—Sí, señor. —Maverick le hace un saludo militar, y esta vez no me molesto en disimular la carcajada—. Es su forma de decirme que me quiere.

Lexi resopla.

—Pues a mí me parece que está planeando matarte.

—Es que así es como demuestra afecto Liam. —Maverick se echa la bolsa de deporte al hombro y se va hacia la parte del avión donde se sientan los jugadores—. Chicas, sed buenas. Yo me voy donde está la fiesta. No montéis jaleo.

Cuando nos deja solas, Lexi se vuelve hacia mí.

—¿Cómo fue tu cita?

—Ah… —Me río y me encojo de hombros en un intento por disimular la incomodidad que siento al pensar en lo que pasó hace

dos noches. Una espera de media hora se alargó a cuarenta y cinco minutos, mientras yo miraba a la puerta cada vez que se abría para nada. Cuanto más tiempo pasaba, más se me encogía el corazón, y me sentí avergonzada y exhausta por haber creído que de verdad podía salir con un hombre y pasármelo bien—. Pues… me dio plantón.

—Estás de coña. —Maven se da media vuelta en su fila y me mira por encima de los asientos—. ¿Que no apareció? Vaya par de huevos.

—No me escribió ni nada. Cuando fui a mandarle un mensaje para asegurarme de que estaba…, bueno, vivo, y no por ahí tirado en una cuneta, descubrí que me había bloqueado.

—Por esto es una mierda salir con tíos. Creen que tienen impunidad para hacer este tipo de cosas —dice Lexi—. ¿Estás bien?

—Sí. —Añado una carcajada para que resulte más creíble y, durante medio segundo, hasta yo me lo creo—. No es para tanto. No voy a perder el sueño por él. —Salvo anoche, cuando me acosté y los pensamientos negativos se agolparon en mi cabeza en un bucle sin fin, autocrítica tras autocrítica, hasta que salió el sol y conseguí centrarme en el día y no en mis defectos.

«No soy lo bastante guapa».

«No soy exitosa».

«Soy demasiado complicada».

«Hay gente mejor que yo por ahí».

Antes no tenía la autoestima tan baja, pero cuando alguien a quien quieres te dice, una y otra vez, que estás muy bien pero que no eres genial, acaba desgastándote. Las palabras se te clavan hasta

el alma una y otra vez hasta que no te quedan más que pedazos de tu ser y una colección de intentos fallidos de seguir adelante.

—No pasa nada. En serio. —Les sonrío a los últimos chicos que suben al avión, con cara de sueño, bostezando y cinco minutos tarde —. No era para mí. Seguramente el próximo tampoco lo será, pero supongo que tendré que pasar por algún que otro bache antes de encontrar a uno con el que pueda divertirme.

Me quito el bolígrafo que me he colocado antes detrás de la oreja y abro el cuaderno en un intento por distraerme del ruido del avión, que ha empezado a avanzar por la pista. Odio volar, y concentrarme en cualquier cosa que no sea la física necesaria para que esta máquina se eleve del suelo y se mantenga en el aire es la única forma de evitar que me dé un ataque de pánico.

—Ya te encontraremos a un tío simpático de Texas cuando salgamos a cenar. Uno al que le queden los Levi's de muerte. —Lexi me mira—. ¿Estás bien?

—Sí. Ya sabes que no soporto el despegue ni el aterrizaje. —Cierro los ojos con fuerza y me agarro a los reposabrazos, intentando respirar hondo—. Se me pasará.

—Piensa en los vaqueros guapos con botas y sombreros que vamos a ver esta noche. Y, oye, si morimos, por lo menos te irás al otro mundo con la imagen de un dios buenorro en la mente.

—Algo es algo. —Se me escapa la risa nerviosa cuando el avión abandona la pista y se eleva. Abro un ojo y suspiro aliviada—. Esto es aterrador. No sé cómo lo aguanta la gente que vuela todos los días. Yo tengo bastante con soportarlo cuarenta y una ocasiones por temporada.

—Ponte a trabajar, guapa. —Lexi me da una palmadita en el muslo —. Así podremos salir esta noche a pasárnoslo requetebién.

Horas más tarde, bostezo y estiro los brazos por encima de la cabeza. Me duele la espalda por el vuelo a Austin y estoy cansada después de un día ajetreado que no da señales de ralentizarse.

Casi no he tenido tiempo ni de respirar. Tan pronto como aterrizamos, nos subimos a un autobús que nos llevó al estadio, donde los chicos hicieron su entrenamiento. Ahora vamos de camino al hotel para reunirnos con el equipo de prensa y repasar la agenda de mañana.

Como sufro de puntualidad crónica, llego antes de la hora y aprovecho para tomarme un respiro fuera de la sala de reuniones. Oigo voces al otro lado de la puerta entreabierta, y luego una carcajada ronca. Me detengo, preguntándome qué es tan gracioso, y me paro para escuchar.

—Os juro por Dios que como tenga que volver a escucharla preguntar otra tontería como que de qué manera se ha visto influenciada la carrera de un jugador de la NHL por sus primeros años de patinaje, voy a perder los papeles —dice alguien, y reconozco por la voz que es mi jefe, Charlie—. No me sorprendería que ya se hubiera acostado con la mitad del equipo. Se les cae a todos la baba cuando la ven pasar, parecen una panda de adolescentes.

Agarro el pomo con tanta fuerza que se me ponen los nudillos blancos. Pego la oreja a la puerta y me acerco más para poder escuchar sin que se den cuenta de que estoy aquí.

Ni loca voy a entrar ahí ahora mismo. No hasta saber de quién están hablando de esa forma tan inapropiada.

—¿A ti no te parece guapa? Estaría preciosa inclinada sobre tu escritorio —replica Doug, su compañero en la cabina de retransmisión de los partidos.

—A ver, no es fea. Podríamos compartirla; seguro que así se relajaba un poco.

—Me hace gracia que piense de verdad que va a acabar con un puesto fijo. Casi me da pena. Hace un montón de trabajo y da lo mismo… Por lo menos lleva faldas ajustadas y tenemos algo que mirar.

—No soporto lo sensible que es —replica Charlie—. La temporada pasada se echó a llorar antes de acabar aquella entrevista con Miller cuando él empezó a hablar de su infancia. Qué vergüenza.

—Siempre he dicho que las mujeres deberían dedicarse al trabajo aburrido: recursos humanos, contabilidad…, y dejarnos los deportes a los hombres.

—Ni siquiera en Recursos Humanos sabrían hacer las cosas en condiciones. Yo llevo años recibiendo quejas y aquí sigo. Les deseo buena suerte si quieren echarme. ¿A quién iban a poner en mi lugar? ¿A ella? Sería un desastre. Tengo casi tanto poder en este equipo como el puto presidente del club, y está clarísimo que no voy a irme a ninguna parte.

—Oye… —Alguien carraspea y se une a la conversación—. Creo que deberíamos centrarnos en el calendario del partido de mañana en vez de hablar de alguien que no está aquí para defenderse.

Me tiemblan las manos mientras me alejo de la puerta dando un paso atrás, y luego otro, y otro más, hasta que ya no los oigo. Hasta que ya no oigo sus risas ni los comentarios horribles que están haciendo.

Hasta que, de repente, lo entiendo todo.

Están hablando de mí.

Soy la única mujer en nuestro reducido equipo. La entrevista de Maverick solo fue posible porque él dijo que solo quería que yo contara su historia, nadie más.

Estos hombres, con los que he trabajado durante años, solo me ven como un trozo de carne sin cerebro.

Siento náuseas. Noto un sabor ácido en la lengua. Aprieto los puños a los lados mientras apoyo la espalda contra la pared y me deslizo hasta el suelo.

Las ganas de llorar, de gritar, de enfrentarme al mundo entero me corren por las venas. Y el impulso está a punto de escapar, de liberarse, pero cierro los ojos y respiro hondo. Entierro la cabeza entre las manos e intento recitar todas las afirmaciones positivas que he aprendido. Trato de concentrarme en todo lo bueno a lo que puedo aferrarme, pero pienso en bucle que todo el trabajo que he hecho no ha servido para nada.

He oído hablar de mujeres que, en el mundillo del periodismo deportivo, se enfrentan a misoginia de este tipo, pero nunca pensé que yo sería objeto de algo tan descarado. Algo tan volátil e intencionado, como si no fuera una compañera de trabajo, sino un cuerpo sin nombre que pueden usar hasta saciarse.

La falta de respeto es tal que dudo que alguna vez me hayan respetado. A partir de ahora, cada día que vaya a trabajar tendré que vivir con la idea de que progresar será imposible, de que un ascenso no tendrá lugar jamás porque las personas que podrían ofrecerme esa oportunidad preferirían morir antes que verme triunfar.

Una lágrima se desliza por mi mejilla cuando soy consciente de que el trabajo que tanto adoro ha quedado mancillado. Sostener un micrófono nunca volverá a ser lo mismo y, mientras me regodeo en mi miseria, sentada en el pasillo de un hotel en el corazón de Texas, sé que eso es lo más triste de todo.

6

Piper

Perdimos en Austin por un solo punto y, después de haber oído las obscenidades que mis compañeros dijeron sobre mí, me dio igual.

El partido se decidió en los últimos segundos. Maverick tuvo la oportunidad de empatar, pero el tiro rebotó en el lado izquierdo de la portería de nuestros oponentes justo cuando acababa el tiempo.

No organicé ninguna entrevista después de la derrota. Si pierden, los chicos prefieren relajarse en el vestuario en lugar de ponerse delante de las cámaras, donde se ven obligados a decir cosas que no sienten, como que «lo hemos dado todo» o que «lo haremos mejor la próxima vez», para contentar a la prensa.

Están muy enfadados.

El vuelo de vuelta a Washington D. C. de anoche fue más silencioso que el de ida. Maverick mantuvo la cabeza gacha en todo momento, Liam se negó a mirar a los demás y Grant, que nunca está de mal humor, se sentó con los brazos cruzados por delante el pecho.

No se escuchó ni un solo comentario gracioso sobre pollas.

Yo incluso evité hablar con mis amigas. Me puse los auriculares y fingí dormir para no tener que explicar por qué no saludé a mis

superiores cuando subieron al avión e intentaron bromear conmigo. Me costó la vida morderme la lengua en lugar de responderles como se merecían, y no tengo ni idea de qué voy a hacer con esta situación. ¿Dimitir? ¿Trasladar mi vida entera y trabajar para otro equipo lejos de Washington D. C.? ¿Aguantarme y fingir que no he oído lo que han dicho de mí?

Aunque sé que no soy capaz de mirar para otro lado.

Me resulta incómodo afrontar el problema, porque no me gusta provocar un enfrentamiento y avivarlo, pero si me ha pasado a mí, le pasará a la siguiente también.

Y a la siguiente.

El ciclo continuará hasta que alguien les pare los pies a esos gilipollas, y me niego a ser cómplice mientras ellos se pavonean y se cuelgan medallitas cuando son lo peor.

Me importa una mierda acabar con la reputación por los suelos.

Para colmo, Helen, la jefa de Recursos Humanos, me ha pedido que vaya a verla a última hora y me he puesto automáticamente en el peor de los casos.

Estoy segura de que van a reprenderme por no haber asistido a la reunión previa al partido. Me regañarán por faltar a un compromiso laboral, algo que no he hecho nunca antes, pero la falsa cordialidad termina donde empieza el acoso sexual.

—Oye —Maven baja la cámara y me mira mientras el equipo termina el entrenamiento—, ¿estás bien?

—Sí. —Cierro el cuaderno de un golpe y lo guardo en el bolso—. Solo es un miniataque de pánico porque tengo que ir al despacho de la mujer responsable de despedir al personal y no sé qué quiere.

—Seguro que no pasa nada.

Maven no estaría tan segura si hubiera escuchado a Charlie y Doug, y justo por eso no se lo he contado a nadie. Porque esos dos tienen poder y yo no soy más que un peón. No les importa quitarme de en medio.

—Nunca se sabe. A lo mejor alguno de los jugadores se ha quejado de mí.

—Pero, por favor, si los chicos te adoran. La mitad de ellos solo habla contigo.

—Ojalá pudiera conseguir que lo hicieran todos. —Señalo a Liam, que está en la portería. En ese momento se quita el casco y se sacude el pelo, frunciéndole el ceño a Ethan, que intenta golpearle un patín con el palo—. Aquel de allí sigue sin acercarse al micrófono, como si le diera alergia.

—No dejes que una uva mala eche a perder todo el racimo.

—Es que precisamente tiene muy mala uva. Me conformo con que sea neutral. —Me levanto del banco donde hemos estado viendo el partido y me cuelgo el bolso del hombro—. ¿Te vas ya?

—Eso tenía pensado, pero te espero si quieres.

—No, tranquila. Mejor voy sola. Así, si tengo que entregar mi acreditación, por lo menos no me verás salir escoltada por los guardias de seguridad.

Maven pone los ojos en blanco.

—Que no te van a echar.

—Ya veremos.

Me despido agitando la mano y respiro hondo de camino al pasillo donde se encuentran las oficinas de administración. Me seco el sudor de las palmas en la camisa, llamo a la puerta de Helen y espero a que me responda.

—Adelante —dice, y respiro hondo una vez más.

—Hola. —Cierro la puerta detrás de mí y me adentro en el despacho de la mujer que controla mi futuro—. ¿Querías verme?

Me señala la silla vacía frente a su mesa y en ese momento veo que en la otra está Bradley, el compañero que cubre la pista igual que hago yo.

—Toma asiento.

—Gracias.

Me acomodo en el borde de la silla de cuero y empiezo a mover una pierna sin parar. Los nervios me consumen. Siento que no puedo respirar aquí dentro, el ambiente es muy denso y la tensión está por las nubes. Me preparo para lo que está por llegar, consciente que esta conversación no va a acabar bien para mí.

—Esta mañana me han informado de unos comentarios que han hecho tus compañeros sobre ti durante el fin de semana. Lo que he oído me ha dejado espantada —dice Helen.

Dios mío. Vuelvo la cabeza hacia la izquierda, sintiendo el pecho oprimido al mirar al hombre que está a mi lado.

¿Bradley los ha delatado?

Charlie y Doug jamás irían el uno contra el otro, y en la sala de conferencias solo estaban con Bradley. Es un hombre callado que tiende a evitar los enfrentamientos. Viene, hace su trabajo y se va.

Nuestra relación es cordial, pero no somos amigos. O no lo bastante como para que se sienta obligado a protegerme de nuestros superiores, y me sorprende que haya sido él quien haya denunciado esta situación a quienes pueden solucionarla.

Me dejo caer contra el respaldo de la silla y miro de nuevo a Helen.

—Me… Me gustaría poder decir que es la primera vez que sucede, pero no es así. Hace poco puse una queja en Recursos Humanos por un comentario de Charlie durante nuestra reunión semanal. Sin embargo, aún no he informado de lo que escuché en Austin. Tenía pensado hacerlo hoy, pero ha sido un día caótico con los preparativos para el partido de mañana. Siento haber esperado tanto tiempo para contarlo —digo con la cabeza gacha.

Helen levanta la mano para detenerme.

—Ni se te ocurra disculparte conmigo, Piper. Soy yo quien debe pedirte perdón —me dice. Contengo el aliento y me enderezo un poco mientras ella sigue—: Lo que dijeron es imperdonable y no tiene cabida en nuestra empresa. Me avergüenza su comportamiento y me repugna saber que lo han hecho durante años. Hemos despedido a Charlie y Doug con efecto inmediato. Además, les hemos enviado a todos los empleados una circular sobre el acoso sexual en el lugar de trabajo, junto con un cursillo online obligatorio.

No sé ni qué decir.

A pesar de todas las gilipolleces que dijo Charlie, sus palabras encerraban gran parte de verdad. Lleva veinte años en el equipo. Lo consideran un dios en todos los estadios que visitamos y hace poco lo incluyeron en el Salón de la Fama del Periodismo Deportivo. Dudo que a alguien le importen más las quejas que se hayan interpuesto contra él en Recursos Humanos.

Hasta ahora, supongo.

—¿Qué significa eso para nuestro equipo? —pregunto.

Sin Charlie y Doug, nos hemos quedado bajo mínimos. Tenemos dos personas menos, un partido dentro de veinticuatro horas y ningún sustituto disponible.

—Ascenderemos a Bradley a comentarista principal en la cabina. Me ha dicho que está dispuesto a hacerlo solo —contesta Helen—. He publicado una oferta para cubrir el otro puesto de comentarista en la bolsa de empleo interna de la liga y, dado el buen rendimiento del equipo la temporada pasada, espero recibir bastantes solicitudes.

—Fui comentarista cuando estaba en la universidad —explica Bradley—. A lo mejor estoy oxidado, pero puedo hacerlo.

—Piper, serás la reportera principal en la pista durante el resto de la temporada —sigue Helen—. He visto el trabajo que has hecho, el esfuerzo y la dedicación que has puesto para conocer los puntos fuertes y débiles de los jugadores. Los conoces como la palma de tu mano, y este debería haber sido tu puesto desde que te contratamos.

—¿Qué? —susurro.

—Si quieres el trabajo, es tuyo. Empezarás delante de las cámaras la semana que viene.

Me invade la sorpresa. No sé si reír, llorar o pellizcarme para convencerme de que no es un sueño, sino la vida real. Todo me da vueltas, pero no importa.

Reportera principal.

Es el puesto que he deseado desde que llegué a Washington D. C. con los ojos brillantes, llena de ambiciones y con muchos objetivos que lograr. Me he pasado años trabajando gratis o por una miseria. He viajado por todo el país con equipos que tenían récords negativos, haciéndoles entrevistas a jugadores que ni siquiera sabían mi nombre. He soportado que me lanzaran camisetas sudadas y tener que explicar, una y otra vez, que no era fan, sino reportera, cuando me quedaba en el túnel durante el descanso.

Los puestos como este son muy codiciados en la liga. La gente prácticamente los hereda y no renuncia a ellos hasta muy avanzada su carrera. Algunos de los reporteros a los que admiro llevan cincuenta años en su trabajo. Es poco habitual conseguir un ascenso así tan pronto, pero sé que puedo hacerlo.

Sé que soy buena delante de la cámara. Mantengo la calma bajo presión y soy capaz de adaptarme a los imprevistos. Dedico horas a investigar porque quiero asegurarme de que hago preguntas distintas a las habituales. Soy curiosa, pero no impertinente. Prefiero que mis entrevistas sean una conversación, no un sermón.

Soy consciente de que habrá quien piense que no estoy lo bastante cualificada, pero me muero por demostrarles que se equivocan.

—Muchas gracias —digo cuando por fin consigo hablar, después de reprimir mis emociones, esas que me hacen «sensible» y «débil»—. Será un honor representar a los Stars, y te prometo que no os defraudaré.

—Sé que no lo harás. Mañana por la mañana te llegará la oferta formal al correo. Los partidos en casa y fuera están incluidos en el contrato, con una posible extensión después de los playoffs. —Helen cruza las manos encima de la mesa y tamborilea con los dedos sobre la madera—. ¿Quieres preguntarme algo?

—Todavía estoy asimilándolo. —Suelto una carcajada incrédula mientras intento procesar los últimos cinco minutos—. Pero seguro que ya se me ocurrirán cosas.

—En ese caso, ya sabes dónde estoy. Mi puerta siempre está abierta —dice Helen, y yo me levanto.

Una vez a salvo en el pasillo, se me escapa un chillido. Antes de que pueda entregarme a la celebración de la que es mi primera victoria en lo que me parecen años, alguien me posa una mano en el hombro. El contacto es titubeante. Miro hacia atrás y veo a Bradley, que frunce el ceño.

—Ya sabías lo que habían dicho de ti. —Aprieta la mandíbula. Retira la mano y retrocede—. No te ha sorprendido cuando Helen lo ha mencionado.

—No, no me ha sorprendido —replico con una sonrisa triste—. Estaba fuera y lo oí. Después de escucharlos, no me atreví a entrar y enfrentarme a ellos. A lo mejor fui una cobarde por salir corriendo, pero…

—No fuiste una cobarde —me asegura Bradley con voz dura y crítica—. El cobarde soy yo. Intenté que pararan, pero no fui lo bastante firme como para que me escuchasen. Me dijeron que fuera a Recursos Humanos y me alegro de haberlo hecho.

—¿Qué? ¿Quién te dijo que fueras a Recursos Humanos?

—Da igual. Lo importante es que yo también te debo una disculpa. Siento mucho lo que se dijo de ti en Texas, sobre todo porque pasó más veces de las que me gustaría admitir. Debería haber hablado antes, y soy tan culpable como ellos.

Llevo más de diez años en el mundo del deporte y nunca he visto a un hombre disculparse por su comportamiento. Al final siempre se reduce a «es que ella es muy sensible» y nunca hay un «la he cagado». O «solo era una broma» en vez de «siento haber dicho algo así».

Que Bradley se disculpe por transgresiones de las que no es responsable me hace ver un rayito de esperanza para el futuro de

las mujeres en la liga de hockey y en otros ámbitos.

—Gracias, Bradley. Has hecho lo correcto, y significa mucho para mí que te arriesgaras.

—Me alegro mucho por ti, Piper. Te mereces el puesto de reportera. Me siento mucho más cómodo en la cabina, comentando las jugadas, que intentando convencer a los jugadores de que hablen conmigo.

—Seguramente me pondré en evidencia en vivo y en directo, pero ya veremos cómo va la cosa. Tengo que irme. Nos vemos mañana.

Doblo la esquina para quedarme a solas y me tiemblan los dedos mientras escribo un mensaje en nuestro grupo.

LAS CHICAS SOLO QUIEREN (DERECHOS FUNDAMENTALES) PASARLO BIEN Y SEXO DEL BUENO

Adivinad quién es la nueva reportera a pie de pista de los Stars

Lexi
NO ME JODAS!

Maven
En serio??

Emmy
Madre mía, Piper! Qué buena noticia!

Maven
Qué ha pasado? Da detalles!

Llevo unos días de locos. Tengo mucho que contaros. Han despedido a Doug y a Charlie.

A mí me han ascendido. Bradley es un héroe.

No me creo que esto esté pasando de verdad

Lexi
Tía, que lloro

Maven
Te lo mereces. Te lo has ganado a pulso

Emmy
Que se jodan Doug y Charlie!

Lexi
Bien dicho. Que les den!

Maven
Vamos a celebrarlo!!!

Emmy
Esta noche no, que juego en Los Ángeles y soy egoísta y quiero que me incluyáis. No os permito que salgáis sin mí

Ni se me ocurriría, Em. Este fin de semana me parece perfecto

Lexi
Sal y cómprate una botella de champán o algo, Piper!

Emmy
Acabo de mandarte dinero para que te des un capricho

Maven

Y yo! Bueno, te lo manda Dallas. De qué sirve casarse con un deportista profesional si no usas sus millones de vez en cuando?

Os quiero mucho a todas <3

Me guardo el móvil en el bolsillo, rebosante de orgullo.

Dios, espero que mi suerte esté cambiando por fin.

Últimamente ya nada me hacía ilusión. No había ni una sola buena noticia, todo era un continuo estar bien sin más, y me encantaría poder pasar página, empezar de cero y tener la oportunidad de triunfar por mí misma.

Me lo merezco.

Esto es lo que he estado esperando, aquello por lo que tanto me he esforzado, la oportunidad por la que me he arrastrado por las trincheras, y voy a darlo todo. Les demostraré a cada uno de los gilipollas que alguna vez han dudado de mí que han cometido un error.

7

Piper

Puedo hacerlo. Puedo hacerlo».

«Creo que puedo hacerlo».

«¡Mierda! ¿Puedo hacerlo de verdad?».

Me arreglo el cuello de la americana rosa que me he puesto esta tarde y me miro en el espejo portátil que he colocado sobre mi mesa en la sala de prensa de los Edmonton Bulls. El color de la prenda es superllamativo, lo bastante intenso como para que se me vea incluso desde el otro lado de la pista, pero no ayuda mucho a calmar mis nervios.

Empieza a flaquearme la seguridad en mí misma. Echo un vistazo al reloj y, cuando veo que me quedan cinco minutos antes de salir a la pista, se me encoge el estómago.

—Oye. —Lexi me da un golpecito en la rodilla—. ¿Estás bien?

—Sí. —Me paso la mano por la coleta alta y me echo un poco de laca en la coronilla para domar los pelos que se han escapado—. Todo bien.

—Ya has hecho esto antes.

—No de verdad. Hice una sustitución de dos segundos durante un partido cuando teníamos el peor récord de la liga hace un par de

años. Esto no es lo mismo: ahora la gente lo va a ver. A los jugadores les importa lo que tengo que decir porque ya me conocen. Suena muy cursi, pero siento que esto es el comienzo de algo nuevo y no quiero meter la pata.

—¿Qué es lo peor que puede pasar si metes la pata?

—¿Que me despidan? ¿Que me convierta en un meme por decir «erección» en vez de «elección»? ¿Que haga el… ridículo delante de fans acérrimos a los que les encanta trolear en las redes?

—Puedes con esto, Piper.

—¿Y si solo me han ascendido porque les daba pena? —susurro—. ¿Y si Charlie tenía razón? ¿Y si solo valgo para ponerme delante de una cámara por mi aspecto y no por mis conocimientos sobre el deporte? Me pasé un montón de años intentando gustarle a un hombre que, al final, no quería saber nada de mí. Este trabajo es lo que más me importa y quiero que todo salga bien.

—Ven, quiero enseñarte una cosa.

Lexi entrelaza nuestros dedos y me da un apretón en la mano antes de ayudarme a ponerme en pie. Me saca de la sala de prensa y me lleva por el túnel del equipo visitante. El rugido de la multitud se hace cada vez más fuerte a medida que nos acercamos a la pista.

—Podrían haberle dado este trabajo a cualquiera, pero te lo han dado a ti. ¿Sabes por qué? Porque te esfuerzas. De hecho, te esfuerzas más que nadie. Porque eres inteligente y porque eres muy válida. Sé que todavía estás aprendiendo a creer en ti misma, y no pasa nada. Pero mientras lo consigues, ni se te ocurra pensar que no hay gente dispuesta a animarte. Mira.

Seguimos hasta el final del túnel, justo donde el suelo se convierte en hielo. Parpadeo hasta que mi visión se ajusta a los brillantes

focos que tenemos encima. Cuando consigo ver con claridad, casi me tropiezo con mis propios pies.

Todo el equipo está agrupado en la misma formación que adoptan después de terminar un partido e interactuar con los jugadores contrarios. Maverick está al principio de la fila y tras él se sitúan los otros diecinueve chicos con sus camisetas de color azul brillante.

Patina en mi dirección con una amplia sonrisa en la cara, extiende el brazo y me invita a que choquemos el puño. Le golpeo el guante con los nudillos, y él me da un tironcito de la coleta con la mano libre hasta que se me escapa una carcajada, que me sale como el estallido de una botella de champán.

—¡Dales caña, Piper! —me grita a la vez que se aleja patinando.

Cada jugador repite el gesto hasta que la fila termina y ya solo queda Liam. Se detiene frente a mí con sus grandes guantes y su intimidante presencia.

—Piper —gruñe.

—Liam —digo.

—Me he enterado del ascenso. Enhorabuena.

—Creía que odias hablar con la prensa.

—No veo que tengas un micrófono en la mano.

—A lo mejor lo llevo escondido en el bolsillo.

—Tu chaqueta es muy rosa.

—Algunos dirían que no lo bastante.

—¿Qué tono es ese? ¿Chicle?

—Casi. En realidad, se llama «A ti qué te importa» —contesto en broma.

Se le escapa un resoplido de risa y, aunque apenas se oye por encima de la música que suena a todo volumen por el sistema de

megafonía, yo lo oigo alto y claro. Se levanta el casco hasta que le queda sobre la cabeza, y veo que tiene una sonrisilla casi imperceptible en los labios.

Nunca hablamos tanto en los partidos.

Lo normal es que me salude con un asentimiento, que me dedique un «hola» seco antes de irse refunfuñando en dirección al vestuario. No debería gustarme tanto que me esté haciendo caso ahora.

—Necesito una dosis extra de seguridad esta noche y la ropa llamativa es mejor opción que un chupito de vodka —le explico—. Estar achispada y tener acceso a un micrófono parece la receta perfecta para saltarme las normas de la Comisión Federal de Comunicaciones.

—Lo vas a hacer muy bien —me asegura, con un tono de voz tan bajo que tengo que inclinarme para oírlo.

—¿Y si no?

Se lo pregunto porque sé que va a ser sincero conmigo. Liam no se anda con rodeos y nunca recurre a las indirectas; su franqueza es una bendición y una maldición a la vez. Te dice exactamente lo que piensa y, de alguna manera, necesito que sea él quien me diga lo que necesito oír.

—Pues te sacudes el polvo y lo vuelves a intentar mañana. O pasado mañana. O al día siguiente, hasta que lo consigas. Pero no tienes nada de lo que preocuparte.

—Vaya, menudo optimismo. No me lo esperaba de alguien que una vez mandó a la mierda a un periodista.

—No me gustaba ese periodista y se puede seguir yendo a la mierda. Lo tuyo es distinto.

—¿Distinto en el buen sentido?

—Tienes tu destino en las manos, pequeñaja.

—Esa no es la perla de sabiduría que quería.

—Ya lo irás viendo. Y mientras tanto, todo te va a ir bien.

Se pone de nuevo el casco y se dirige a la portería. Se deja caer al hielo para estirar. Después levanta la barbilla y me hace un lento gesto con el pulgar hacia arriba que yo interpreto como el mayor cumplido del mundo.

—Directo con Piper en dos minutos —dice alguien en mi auricular. Agarro el micrófono con fuerza—. Entrevista del primer tiempo con Hayes en la pista.

—¿Estás bien? —me pregunta Bernie, mi cámara.

—Sí. —Asiento y desvío la mirada hacia el hielo, donde veo a Liam detener el disco. El reloj de la enorme pantalla marca el tiempo restante y baja de quince a diez segundos. La parada consolida el empate a cero al llegar al descanso—. Estoy bien.

Suena la bocina y me pongo en posición, a la espera de que los chicos rompan el círculo antes de irse al vestuario para el descanso. Bernie levanta el dedo en señal de advertencia y asiento de nuevo.

—¡Hudson! —grito—. ¿Puedo hablar contigo un momento?

—Vaya, Piper. —Sonríe, se acerca patinando y se detiene con tanta brusquedad como para lanzarme esquirlas de hielo a los pies—. ¿Voy a ser tu primer entrevistado? Qué honor.

—Eres el único del que me fío para no liármela a los ocho segundos de empezar este trabajo.

—En eso tienes toda la razón. —Hudson se apoya con gesto indolente en el palo—. Por cierto, lo vas a hacer muy bien.

—Dame un codazo si se me olvida lo que tengo que decir. —Asiento mientras mi cuenta atrás pasa de cinco a uno y esbozo una

amplia sonrisa—. Gracias, Bradley. Estoy aquí con Hudson Hayes, que ha jugado una defensa sólida durante este primer tiempo. Hudson, hace cuatro años, los Stars tenían el peor récord de la liga y estabais en medio de una racha de once derrotas consecutivas. Esta noche habéis mantenido a cero al vigente campeón de la Stanley Cup durante los primeros veinte minutos de juego. Como el segundo miembro más veterano del equipo, ¿qué opinas del crecimiento que habéis tenido en estos últimos cuatro años?

—Ahora todos somos mayores. El hecho de tener más experiencia, en la que incluyo las derrotas, y un líder que las ha sufrido con nosotros es muy importante. Ya hemos estado en lo más hondo del pozo y hemos logrado salir, así que sabemos que, de ser necesario, podemos volver a hacerlo.

—Hablemos del tiro que has realizado a tres minutos del final del primer tiempo. No tenía mala pinta, pero te quedaste corto. Eres más de asistir que de marcar. Cuando se te presenta una oportunidad como esa, ¿cómo decides si vas a pasar o a tirar?

—Si te digo la verdad, se suponía que iba a ser un pase. —Hudson alza la voz por encima del anuncio del número ganador de la rifa, y yo me pongo de puntillas para poder oírlo—. Creía que Richardson estaba mejor colocado que yo, pero el disco quería ir hacia el portero. Casi se alineó a la perfección. En el fondo me da igual quién tire, solo me importa que entre en la portería y que ganemos.

—Una última pregunta y dejo que te vayas al vestuario. Este enfrentamiento entre equipos ya lo vimos la temporada pasada, en la final de la Stanley Cup. Parece que hay cierta tensión entre ambos. Sé que todavía queda mucho para junio, pero ¿qué se siente

al jugar contra el rival al que esperas volver a encontrarte más adelante?

Apoya la barbilla en el palo y me mira desde arriba.

—Sabemos que el hecho de que te vaya bien durante la temporada no es algo de lo que fardar. Puedes jugar bien todo el año y luego cagarla en los playoffs, cuando más importa. Aun así, está muy bien que podamos hacernos una idea de la clase de juego que nos vamos a encontrar más adelante. Los Edmonton Bulls son un buen equipo. Van a tope, y este tipo de juego es justo lo que necesitamos para evaluar cómo nos están yendo las cosas.

—Muchas gracias, Hudson. Le devolvemos la conexión con Bradley, que va a analizar las estadísticas de este primer tiempo.

Bernie me da el visto bueno y relajo los hombros de alivio. Aflojo un poco la mano con la que sujeto el micro y respiro hondo, llenándome completamente los pulmones de aire por primera vez desde hace varias horas.

—No sé por qué estabas tan nerviosa, si lo has hecho genial, Piper —me dice Hudson—. Tienes un talento natural.

—Me ayuda que seas tan buen conversador. Es mucho más fácil hablar contigo que con alguien como Liam.

—Hasta una pared sería mejor que Liam. Sería menos arisca.

Me echo a reír. La tensión que tenía en el estómago se disipa y una pequeña parte de mí piensa que sí puedo hacerlo.

De verdad.

Todos los días.

Y que voy a ser buena.

—Gracias por dedicarme tu tiempo. Te agradezco la paciencia.

—Vas a llegar muy lejos. —Vuelve a chocar los nudillos con los míos antes de girarse hacia el vestuario—. Ah, una cosa. Si Sullivan se pone cabezota y no quiere darte una entrevista, me lo mandas y ya lo pongo yo en su sitio.

8

Liam

En qué piensas, portero? —Maverick me pone una mano en un hombro en el vestuario durante el descanso—. Estás mirando fijamente a la pared.

Sacudo la cabeza.

—En nada.

—Has jugado de puta madre durante el segundo tiempo. ¡Diez paradas y ni un solo tanto! Una pasada. Ya solo nos quedan veinte minutos para poder largarnos de aquí y celebrar nuestra posible victoria contra los actuales campeones de la Stanley Cup en algún sitio chulo. Así que, ¿me harías el favor de concentrarte?

—Sin problemas.

—¿Qué te tiene tan distraído?

«La puñetera Piper Mitchell».

Estaba impresionante recorriendo el túnel micrófono en mano. Saltaba a la vista que estaba insegura cuando la vimos antes del partido, pero luego ya parecía mucho más segura de sí misma después de hablar con Hudson.

Me he pasado toda la noche mirándola por el rabillo del ojo. Esa chaqueta rosa es imposible de ignorar.

Como su risa.

Juraría que puedo oírla incluso desde el otro lado de la pista.

Cuanto más tiempo pasa, más se relaja. Se le han ido relajando los hombros, se le ensancha la sonrisa y se vuelve más real, en lugar de una mueca forzada.

No puedo más.

La he visto dos segundos en su salsa y ya no he podido concentrar- me en ese trabajo que me pagan millones de dólares para hacer a la perfección.

Tengo que centrarme antes de que perdamos el puto partido por mi culpa.

—Nada —contesto.

—Qué mal mientes —masculla él, pero no insiste—. Tú sigue parando el resto de la noche y me importará una mierda lo que estás pensando.

—También sería increíble que marcaras de una puta vez. ¿Cuándo te has vuelto tan buenazo que solo te dedicas a pasar el disco? —replico, y sonríe.

—Ese es mi chico.

Salimos a la pista para el último tiempo. Los abucheos del público local nos dan la bienvenida, pero paso de ellos mientras ocupo mi lugar en la portería.

También ignoro a las mujeres que llevan mi camiseta sentadas en primera fila, aunque golpean el cristal e intentan llamar mi atención. Hago como que no las veo y me dejo llevar por la felicidad de bloquear todo lo que me rodea. Me concentro únicamente en los doscientos metros que tengo delante, no en quién está entre el público.

Siempre se me ha dado bien aislarme, escuchar lo que quiero escuchar y ver lo que quiero ver. Aprendí pronto que mi cerebro no funciona como el de los demás. No veo colores ni formas. Veo soluciones y todas las posibilidades que pueden surgir en cada circunstancia.

Cuando empecé a patinar de niño, aprendí a aplicar esa diferencia en la pista. Cada vez que alguien tiene el disco, anticipo los movimientos que podría hacer. Analizo el posible resultado si gira a la izquierda y luego a la derecha en vez de a la derecha y luego a la izquierda. La mayoría de las veces sé lo que va a hacer el jugador contrario antes de que lo haga, y voy un paso por delante de él.

Eso es lo que hace que se me dé tan bien mi trabajo.

Como en este preciso momento.

Al alero derecho de los Edmonton Bulls le gusta cruzar el centro de la pista. Le gusta recibir un pase en la zona ofensiva y luego lanzar un tiro de revés que…

—¡Buena parada, Sully! —grita Hudson mientras pasa a toda velocidad a mi lado cuando atrapo el disco en el centro del guante.

—Tengo que meterme contigo más a menudo por estar distraído —añade Maverick. Golpea su palo contra el mío mientras el árbitro pita—. Así consigo que se te pase la tontería rápido.

—Vete a la mierda. —Cojo mi botella y me echo un poco de agua en la boca—. Y sal de mi portería.

—¿Has visto el club de fans que tienes detrás? —se burla Maverick —. Creía que estaban ahí por Hudson, pero esa chica lleva una sudadera que dice: «Mi portería está abierta para el grandullón de Sullivan».

—Mejor tú que yo. —Hudson me mira con una sonrisa comprensiva—. Sabes que no soporto esas cosas.

—Ya somos dos —refunfuño.

Ser el centro de atención me pone los pelos de punta.

Sé que forma parte del trabajo.

Sé que es algo que va unido a practicar un deporte de contacto que nos hace parecer duros y fuertes.

Pero la obsesión de algunas fans me parece extraña.

Ethan tuvo una acosadora el año pasado, una mujer que aparecía en todos los partidos fuera de casa, se sentaba cinco filas por detrás de nuestro banquillo y no le quitaba la vista de encima en ningún momento.

Grant recibe mensajes de fans que le preguntan cuánto tendrían que pagar para pasar una noche con él.

Alguien usó fotos de Hudson paseando a sus perros sin camiseta en pleno verano en un vídeo anónimo de TikTok, y todavía no ha averiguado quién se las hizo.

La cosificación es espeluznante, pero los aficionados masculinos son incluso peores.

Después del quinto partido de la final del año pasado, mis publicaciones se llenaron de comentarios en los que me decían que debería suicidarme por no saber hacer bien mi trabajo. Aseguraban que había defraudado a toda mi ciudad y que era una vergüenza. Y cuando descubrieron la cuenta de Alana y dijeron que iban a destrozarla de la misma manera que yo había destrozado los sueños que tenían los aficionados del Stars de ganar el campeonato… casi dejé de jugar.

Sin embargo, este deporte es mi salvavidas y no quiero darles a esos imbéciles la satisfacción de tener poder sobre mí.

Se pueden ir todos a tomar por culo.

—Quedan quince minutos —dice Riley uniéndose a nuestro círculo —. Los de la ofensiva parecen agotados. Creo que si seguimos marcándolos de cerca y nos reservamos las escapadas para los últimos minutos, podremos llevarnos la victoria.

Ethan resopla.

—Estoy tentado de perder el próximo cara a cara solo para confundirlos.

—Casi me apetece jugar con ellos un poco, mandar uno a la jaula y conseguir la superioridad numérica para aplastarles la moral —dice Maverick—. Pero son unos putos campeones.

—Grant ha dicho que si ganamos, nos vamos a un bar country en el centro.

—¿Un bar country en Canadá? —pregunta Hudson—. Parece algo sacado de las novelas de vaqueros que hemos leído en el club.

—Me encantan las novelas románticas de vaqueros —coincide Riley.

Lanzo mi botella a la parte trasera de la portería y me pongo en cuclillas, listo para la siguiente jugada.

—Ahora voy a dejar que me cuelen uno a propósito para no tener que subirme a ningún toro mecánico. ¿Romances de vaqueros? ¿Pero qué os pasa?

—En uno el vaquero se folla a la niñera. Es espectacular —le explica Ethan—. Por no hablar de la relación tan bonita que tiene ella con el hijo del prota.

—Pagaría por ver a Papi Portero sobre un toro —Maverick mira a Hudson, a Riley, a Ethan y a Finn Adams, nuestro alero izquierdo—. Chicos, tenemos que ganar como sea para ver a Liam con sombrero vaquero.

—Te mato —gruño, y el árbitro vuelve a pitar—. Como no os pongáis en vuestro sitio, mando el disco fuera para que nos penalicen por perder tiempo. Así contarán con ventaja y no tendré que escucharos más. Fuera de aquí. Dejadme hacer mi trabajo, putos perros.

Ethan me hace un saludo militar y se dirige hacia nuestros oponentes para el saque de centro.

—Sí, señor.

Maverick ladra y se aleja patinando con más energía que en todo el partido. Hudson y Riley se quedan atrás conmigo y adoptan sus posturas defensivas.

—Sabes que lo único que has conseguido es animarlo a conseguir un triplete, ¿verdad? —dice Hudson entre risas, y pongo los ojos en blanco.

—Por lo menos eso aseguraría el partido —replico—. Estoy cansado.

—Me pregunto si las chicas irán al bar de country. —Riley se desplaza hacia su izquierda, a sabiendas de que los jugadores de los Edmonton Bulls tienden a jugar contra las mamparas más cercanas a su banquillo—. Si está Lexi, la noche siempre es más divertida.

—Si cierras la boca y evitas que esos tíos se acerquen a la portería, te invito a una cerveza en ese dichoso bar para que te diviertas un montón —digo.

—¡Tus deseos son órdenes, portero! —grita Riley, le pasa el disco a Finn por encima de la línea roja y sale detrás de él.

Sé que he hecho un pacto con el diablo, pero cuando Maverick levanta el palo y lanza un tiro precioso que sin duda aparecerá mañana por la mañana en las diez mejores jugadas de ESPN, me da igual todo lo demás excepto la victoria.

—¡Un paradón increíble, portero!

—Menuda parada a un minuto para el final, Sul.

—La jugada del partido es para nuestro Papi Portero. —Maverick se sube a mi espalda y me rodea el cuello con los brazos—. Sabía que solo hacía falta un poco de refuerzo positivo por mi parte para que sacaras las mejores estadísticas de la temporada.

—Estamos en octubre. —Me quito el casco y me sacudo el pelo. Estoy asqueroso, y diez minutos debajo de una ducha bien caliente me parecen el paraíso—. A nadie le importan mis estadísticas en octubre.

—Gran victoria, chicos —dice alguien con voz suave a mi derecha, y me paro en seco. Vuelvo la cabeza despacio y veo a Piper apoyada contra la pared—. ¿Tienes un minuto para hablar de tu actuación, Mav?

—Hola, Pip. —Maverick se baja de mi espalda—. Lo que sea por la mejor reportera en su primera noche oficial con un micrófono.

Piper posa la mirada en mí.

—¿Te importa si hablo contigo a continuación, Liam? Has hecho un partido fantástico, de verdad.

—No voy a dar entrevistas —contesto—. Lo siento.

—Vamos, tío. Es Piper —protesta Maverick.

—No pasa nada. No te preocupes, Mav. No está obligado a hablar con la prensa y no quiero presionarlo. —Ella sonríe—. Que lo pases bien esta noche, Liam.

—¡Ah, te aseguro que se lo va a pasar estupendamente! Se va a venir con nosotros al bar country del centro. Espero que las chicas y tú vengáis también. Tenemos mucho que celebrar —dice Maverick—. Una victoria, tu nuevo trabajo de reportera… Va a ser la bomba.

—Un momento. ¿Vas a ir a un bar de vaqueros? —me pregunta Piper—. ¿Tú? ¿Rodeado de una multitud? ¿En un sitio donde bailan en línea y ponen música country?

Es mi idea del infierno y el último sitio donde quiero estar, pero seguro que sería divertido si ella también estuviera allí.

—Sí. —Me encojo de hombros—. Le dije una tontería a Riley durante el partido y cavé mi propia tumba. No me hace ninguna gracia.

—Por favor, dime que puedo grabarte cantando en el karaoke. Será la mejor noche de mi vida.

—Sigue soñando, pequeñaja. Me voy a quedar durante solo una ronda y como alguien intente subirme al escenario, acabará mal.

—Tenía que intentarlo. A lo mejor cambias de opinión después de un par de copas.

—¿Invitas tú?

Esboza una sonrisa de oreja a oreja.

—Puede ser, si así consigo que te quedes más de ocho segundos.

Maverick nos mira a los dos.

—¿Cuándo os habéis hecho tan amigos?

—No somos amigos —se apresura a decir Piper, ruborizándose.

He descubierto que es algo que le pasa a menudo: cuando me vio sin camiseta en la sala de fisio, cuando la felicité en la cena del equipo, cuando se da cuenta de que se le ha escapado algo que no debía haber dicho…

Está monísima cuando se pone nerviosa, y eso solo me da ganas de provocarla. De ver hasta dónde puedo llegar antes de que me enseñe los dientes.

Maverick gime.

—No tengo ni idea de lo que está pasando y no soporto no enterarme de las cosas.

—No te estás perdiendo nada, Mav —replica ella al tiempo que le hace un gesto al cámara para que se acerque—. Hablemos del partido de esta noche. Has marcado dos tantos, uno de ellos en los últimos treinta y cinco segundos del tercer tiempo. ¿Qué opinas del impulso del equipo ahora que vamos a entrar en noviembre?

Echo a andar con paso pesado hacia el vestuario para dejar que hablen de trabajo, e intento ignorar la sonrisa que asoma a mis labios cuando miro por encima del hombro y veo que Piper me está mirando.

9

Piper

Me muero por pasarme toda la noche en plan cowgirl. —Lexi me coge de la mano y nos abrimos paso entre la multitud hacia la barra —. Creo que quiero convertirme en una definitivamente.

—Bueno, tenías unas botas en la maleta sin saber que íbamos a acabar en un bar country en Edmonton, así que quizá sea una señal de que tienes una nueva vocación en la vida —replico mientras evito por los pelos que me tiren una copa encima—. Renuncia a lo de ser preparadora deportiva.

—Quizá pueda ser preparadora en un circuito de rodeo. Emmy mencionó que un primo lejano suyo tiene un rancho en el oeste. Esa podría ser mi próxima parada después del hockey. —Mira a los chicos de arriba abajo y sonríe—. Si te digo la verdad, lo haría solo por los pantalones vaqueros y las botas. Demos gracias al santo patrón de la tela vaquera. Sabes que nunca haría nada con nadie del equipo, pero los chicos están guapísimos esta noche sin su equipación de hockey.

Me echo a reír al ver que el equipo ocupa todo el espacio de El Porche, el pequeño y oscuro bar en el que entramos hace diez minutos. Casi todos han venido esta noche, incluso el entrenador

Saunders, y van vestidos con camisas a cuadros remangadas hasta los codos y Levi's desgastados.

Grant se ha puesto botas de vaquero, y Ethan, un sombrero que no llevaba cuando salimos del hotel. Maverick se ha atado un pañuelo al cuello, pero en lugar de alguien del oeste, parece un ladrón de bancos tristón que no ha participado en un atraco en su vida, aunque por lo menos se ha esforzado.

Me gusta verlos a todos relajados. Es cierto que hacen mucho el payaso durante los entrenamientos, tonteando y gastándose bromas con serpentinas y cojines de pedos como si estuvieran en el instituto, pero en cuanto el disco toca el hielo y empieza el partido, se vuelven profesionales. Son hombres que saben que tienen un trabajo que hacer y que veinte mil aficionados los observan para asegurarse de que no metan la pata.

Ahora se comportan como si hubieran fichado al salir del trabajo. Creo que puedo decir, sin temor a equivocarme, por su forma de posar para hacerse fotos con una sonrisa, de firmar camisetas y pedir bandejas llenas cervezas como si fueran vasos de agua, que están a punto de pasar al modo fiesta.

—Si conseguimos acabar la noche sin que arresten a nadie y sin prenderle fuego a nada, será un logro. —Apoyo los codos en la barra y le sonrío al camarero—. ¿Me pones un gin-tonic, por favor?

—¡Que sean dos! ¿Dónde está Maven? —grita Lexi por encima del creciente ruido. Está entrando más gente en el abarrotado local, y estoy segura de que se ha filtrado la ubicación de los Stars en las redes. Puede que estemos en terreno enemigo, pero todos adoran a los equipos de la NHL—. Creía que iba a venir.

—Ha dicho que no se encontraba bien. Algo de que le dolía la cabeza y que quería acostarse temprano.

—Tendré que grabar a los chicos en el toro mecánico para que lo vea en el vuelo de vuelta mañana. Diez pavos a que uno se rompe un brazo.

—El entrenador los mata como eso pase, pero ya sabes que al menos uno de ellos lo va a intentar como mínimo.

El camarero nos deja dos copas delante. Cuando saco la cartera para pagar, menea la cabeza.

—Ya está pagado. —Señala con el pulgar por encima del hombro y me inclino para ver de quién se trata—. El tío de la camisa azul quería invitaros.

—¡Ah! —Miro con una sonrisa amable al hombre. Abulta la mitad que los jugadores de hockey y viste de forma totalmente distinta, con corbata, un bolígrafo en el bolsillo de la camisa y una chaqueta de tweed. Parece un contable o un ingeniero. Levanto el vaso en señal de agradecimiento—. Muy amable de su parte.

—Pobrecillo, seguro que cree que sus probabilidades de éxito esta noche se han ido al traste cuando ha llegado el equipo y ahora lo está dando todo. —Lexi choca nuestros vasos para brindar—. ¿Cómo va a sobrevivir?

—A lo mejor puede usar la mano izquierda.

—Gente, Piper Mitchell tiene carácter y todavía ni ha probado el alcohol. —Sonríe y se da media vuelta para ver la escena—. ¿Estás bien? Lo has hecho genial con el micro esta noche, pero me da la sensación de que te estás conteniendo, como si no quisieras celebrar este logro tan increíble. No te habrá dado guerra alguno de los jugadores, ¿verdad? Porque si alguno lo ha hecho, se va a cagar.

Remuevo mi bebida mientras observo a Riley sacarse un rollo de monedas de veinticinco centavos del bolsillo para la gramola que hay en el rincón del bar. La canción cambia de George Strait a Johnny Cash, y las primeras notas de «Walk the Line» resuenan en los altavoces. Titubeo antes de contestar.

No les he contado a las chicas todo lo que ha pasado esta última semana. Es una conversación demasiado intensa como para tenerla por teléfono y, la verdad, todavía estoy procesando los intensos altibajos que he vivido.

Quiero celebrar este gran hito en mi vida porque es lo que merezco, pero no quiero que se vea empañado por unos capullos misóginos, los comentarios que todavía resuenan en mi cabeza y la caída en picado de mi seguridad en mí misma.

A lo mejor puedo empezar por disfrutar de esta noche, aceptar una bebida de un desconocido, bailar en línea al ritmo de la música alta y montarme en un toro mecánico. No hay mejor lugar en el mundo para darle la bienvenida a esta nueva etapa de mi vida que con el equipo que quiero y una de mis mejores amigas.

Suelto el aire. El peso con el que he estado cargando me abandona poco a poco mientras esbozo una sonrisa que pasa de titubeante a descarada, cobrando vida bajo las luces del bar y el olor a cerveza barata.

—Estoy bien. Necesitaba un poco de tiempo para procesar algunas cosas, pero ya me encuentro mejor y me alegro de estar aquí. —Apoyo la cabeza en el hombro de Lexi—. No castigues a ninguno de los chicos, por favor. Han sido todos muy amables conmigo. Lo que han hecho antes del partido… He tenido que contener las lágrimas para que no se me corriera el rímel.

—Son un grupo estupendo, ¿a que sí?

—Pues sí.

Recorro el establecimiento lleno con la mirada, y entonces lo veo.

Liam Sullivan.

Está de pie justo donde me había imaginado que estaría: en un rincón, con una cerveza en la mano y una leve mueca de enfado en el rostro. La camiseta blanca se le ciñe al torso y a los bíceps, y muestra con orgullo los tatuajes que tiene en los brazos. Los vaqueros que lleva puestos se le ajustan un poco a los músculos de las piernas, algo que no veo normalmente.

Cuando levanto la mirada de sus Converse de caña alta a su cara, me quedo sin respiración al ver que me está observando.

Me mira con una expresión oscura y peligrosa, que promete la clase de líos en los que no sé si quiero meterme, pero soy incapaz de apartar la mirada. Ladea la cabeza, en señal de invitación, y nunca en mi vida he sentido tanta curiosidad por alguien.

—¿Me das un segundo? —Me termino la copa de un trago porque necesito valor etílico y dejo el vaso vacío en la barra—. Voy al baño.

—Claro. —Me hace un gesto con la mano y muerde la pajita—. No me va a pasar nada. El chico que nos ha invitado parece tener experiencia en contabilidad y necesito consejo sobre mi plan de pensiones.

—Siempre he pensado que las palabras «plan de pensiones» y «no deducible» son afrodisiacas. —Le doy un beso en la mejilla y me limpio las manos en los vaqueros—. No tardo.

Me cuesta abrirme paso entre la multitud. Tengo que apartar con el codo a unas mujeres que están ligando con Grant y Ethan para

poder llegar al otro extremo de la barra y alejarme del olor a sudor y a cerveza rancia.

—Piper —dice Liam cuando me acerco.

—Liam. ¿Por qué estás ahí solo?

—Porque quiero. —Se lleva la cerveza a los labios, bebe un sorbo y se le mueve la nuez mientras traga sin apartar los ojos de los míos. Me separo la camiseta del pecho porque de repente tengo mucho calor—. ¿Te lo estás pasando bien?

—No me quejo. ¿Y tú?

Se encoge de hombros. Apoya un pie en la pared que tiene detrás y cruza los brazos por delante del pecho, la viva imagen de la pereza y la despreocupación.

—No es la mejor noche de mi vida, pero se me ocurren peores sitios en los que estar.

—Ah. Entonces supongo que no vas a animarte a recrear la escena esa de Dirty Dancing, ¿no?

—Ni muerto.

—¿La has visto?

—Tengo una hermana, pequeñaja. Me he visto todas las comedias románticas que se te puedan ocurrir.

—¿Cuál es tu preferida?

—Cuatro bodas y un funeral. Pero es imposible equivocarse con cualquiera en la que estén Meg Ryan y Tom Hanks.

—Increíble. Nunca me imaginé que estaría hablando contigo de comedias románticas. Menuda sorpresa.

—Son más de las nueve de la noche y estoy en un bar en el que han puesto seis canciones de Dolly Parton en treinta minutos. ¿Seguro que lo de la película es lo que más te sorprende?

—También es verdad, Sullivan. —Imito su postura, apoyándome en la pared, con la cabeza echada hacia atrás—. Siempre he querido recrear la escena en la que Patrick Swayze levanta a Jennifer Grey por encima de la cabeza. Entre otras cosas.

—¿Qué otras cosas?

—Ninguna de la peli. Me refiero a cosas como bailar una lenta en la cocina. Besar a alguien bajo la lluvia. Hacerme un tatuaje a juego con la persona a la que quiero. Comportarme como una idiota perdida. —Suspiro. La única copa que me he tomado me ha soltado la lengua y me he desinhibido un poco—. Tonterías.

—Si para ti son importantes, no son tonterías.

—Muy perspicaz.

—Es sabiduría de bar. —Bebe un sorbo de cerveza y sujeta la botella por el cuello con esa mano enorme que tiene—. ¿No te apetecía hablar con el tío que os ha invitado a Lexi y a ti a una copa?

—¿Cómo sabes que me han invitado a una copa?

—Me pagan millones de dólares por prestar atención a lo que me rodea. Lo veo todo. —Hace una pausa antes de añadir—: Incluido el tío que os miraba a las dos como si fuerais lo último que iba a comer en la vida.

—Venga ya. —Me echo a reír—. Sería por Lexi, pero no por mí. Aunque ha estado bien que me prestaran un poco de atención. Nunca habían intentado ligar conmigo.

—Ese tío te estaba mirando a ti, Piper. La copa para Lexi ha sido por amabilidad, para parecer majo y que ella lo ayudara cuando se acercase a ti. ¿No has reconocido la jugada?

—¿La jugada? Qué va. Hay muchas mujeres guapas aquí. ¿Por qué iba a fijarse en mí?

Liam sacude la cabeza.

—No me lo puedo creer. Tu ex te dejó la confianza por los suelos, y es una auténtica pena. Te jodió pero bien, ¿no?

Me aparto un paso de él, avergonzada, pasando por alto lo que podría haber sido un halago escondido en ese comentario.

—Disculpa… —Echo a andar hacia el pasillo de la derecha porque necesito un poco de espacio y algo de aire, aunque fuera la temperatura ronde los siete grados.

—Piper. —Oigo la voz de Liam, que me sigue mientras echo a andar hacia la puerta trasera del bar—. Espera.

Antes de que pueda decirle que solo necesito un momento, noto que me pone una mano pesada y cálida en la cintura. Engancha los dedos en una de las trabillas de mis vaqueros y tira de mí hacia él. Me giro bruscamente y, cuando me choco con su torso, se me escapa un jadeo por la sorpresa.

—No necesito que me des tu opinión sobre mis pésimas decisiones sentimentales —digo—. Sí, destrozó mi seguridad en mí misma. Muchas veces, de hecho, al ponerme los cuernos, al hundir mi autoestima, al hacerme sentir pequeña e insignificante. Y estoy intentando recuperar esa confianza, razón por la que voy a ir a la barra y a decirle a ese tío que sí me interesa y que si quiere acostarse conmigo.

Liam abre mucho los ojos. Afloja un poco el agarre y mueve las manos despacio hacia mi espalda. Si alguien pasara a nuestro lado, creería que está interrumpiendo un momento íntimo, algo sensual

entre dos amantes. Soy incapaz de controlarme y le miro los labios durante un brevísimo instante.

—¿Quieres acostarte con Contable Contáblez? ¿Tanto te ponen los pantalones chinos? —me pregunta.

—No. Sí. No lo sé. —Resoplo, molesta, frustrada y confusa. Me hace gracia que lo llame así y el evidente desdén que siente por un hombre al que no conoce—. Sí, porque solo me he acostado con un hombre en la vida y quiero pasármelo bien. No, porque no tengo ni idea de qué hacer en la cama.

—¿Cómo que no tienes ni idea de lo que haces en la cama? ¿Qué cojones significa eso?

—¿Qué crees que significa? Mi ex y yo casi no manteníamos relaciones y apenas tengo experiencia. Por mucho que quiera ser el tipo de chica que puede tener un rollo de una noche con un tío al que no conoce, no sé ni cómo sacar el tema porque no sé nada de sexo. Me gustaría encontrar a alguien que pudiera… enseñarme qué hacer sin juzgarme. Una relación con derecho a roce, sin ataduras, porque estoy harta de ser la única de mis amigas que no está explorando su sexualidad. Estoy soltera y quiero pasármelo bien, pero soy incapaz de hacer nada porque me da miedo acabar en un post de Reddit titulado «El peor polvo de la historia».

Me sorprende hasta qué punto he alzado la voz.

Me humedezco los labios con la lengua y cierro la boca de golpe. Ojalá me tragara la tierra, porque no me puedo creer que acabe de admitir todo eso delante de un hombre que seguramente se folla a todo lo que se menea, que podría tener a quien quisiera y al que le basta mirar a una mujer para que esta empiece a desnudarse.

Liam Sullivan sí que no necesita un terapeuta sexual.

—Explica lo de que casi nunca teníais relaciones —me dice, con un tono de voz tan profundo que podría combustionar en el sitio por la temperatura que hay tras sus palabras.

Cada sílaba es seca. Cada vocal es sensual. Parece algo que me susurraría al oído cuando estuviera al borde de un orgasmo, y no tengo claro que pueda volver a mirarlo a la cara jamás.

—Mmm. —Carraspeo. La cabeza me da vueltas y sé que no es por la copa—. Pues eso, que casi no nos acostábamos. Y cuando lo hacíamos, no era nada del otro mundo. Era aburrido. Yo nunca… Él nunca… —Echo la cabeza hacia atrás para mirar al techo en vez de mirarlo a él—. No quiero conocer al hombre de mis sueños y luego preguntarme constantemente si somos compatibles o no, porque él es demasiado amable como para decirme algo.

—A lo mejor puedes encontrar a alguien… Alguien que pueda ayudarte. Aunque has dicho que los jugadores de hockey no somos tu tipo, así que supongo que todos los del bar quedamos descartados.

Juro que hasta la Tierra deja de moverse por lo que acaba de insinuar.

Juro que se acerca un poco hacía mí, hasta que las puntas de sus zapatos rozan los míos.

Juro que baja un poco la mano, casi hasta mi culo, y me estremezco por la expectación de algo que nunca va a suceder.

Aunque lo cierto es que parece que sí podría pasar.

¿Dónde me tocaría? ¿Cómo de impresionante sería? ¿Qué sentiría si esas manos me subieran por las piernas, si me desabrocharan los vaqueros y me apartaran las bragas?

Levanto la barbilla de forma casi imperceptible y lo veo mirándome. Está muy cerca y es tan atractivo que debería ser pecado. Es tan guapo que se me sube el corazón a la garganta, donde me late como un tambor.

Siempre he creído que Liam estaba bueno, pero ahora sé que es el hombre más impresionante que he visto en la vida. Esa mandíbula fuerte, esos rasgos afilados, esos ojos que siguen cada uno de mis movimientos… Ahora mismo soy el centro de su atención y joder si no me paraliza entera serlo.

Nadie me ha mirado así antes.

—Un jugador de hockey podría ser mi tipo —le suelto, desesperada por seguirle el juego, sea cual sea. Estamos tonteando por tontear, son palabras sin peso ni significado, pero quiero seguir adelante—. Si supiera lo que hace.

Unos vítores desde el otro lado del bar nos sacan del trance en el que hemos caído. Liam se aleja de mí como si mi contacto quemara y retrocede hasta que hay unos metros de distancia entre nosotros. Se pasa una mano por el pelo y sacude la cabeza una vez, como si intentara quitarse de encima una telaraña de pensamientos que me muero por saber.

Tengo el deseo egoísta de que sean sobre mí.

—Debería irme antes de que alguno de los dos haga algo que nos meta en un lío —dice con voz ronca, sin apartar la mirada de mí.

—¿Y si quiero meterme en un lío? —susurro mientras me pregunto si estoy malinterpretando todo esto.

Seguro que es así.

Seguro que a Liam le gustan las mujeres que confían en sí mismas. Mujeres despampanantes capaces de entrar en un bar y de

acaparar la atención de todos los presentes. Mujeres que no son nerviosas, tímidas ni inexpertas.

Es imposible que a alguien como él pueda gustarle alguien como yo.

—Pues ya sabes dónde encontrarme —contesta, y una descarga eléctrica me recorre la espalda.

Se aleja, con los músculos de la espalda tensos, los hombros encorvados y la cabeza gacha. Pasa a mi lado, y el roce de su camiseta contra mi brazo es como una caricia fantasma. Lo veo salir por la puerta y desaparecer hacia la oscuridad, presa de una curiosidad insaciable y más excitada de lo que he estado en muchos años.

10

Liam

Me desperezo en el sofá y gimo.

Ha sido una semana y media muy larga con partidos fuera de casa, diferencias horarias y viajes de miles de kilómetros.

La derrota en Texas fue horrible. Jugué bien hasta los dos últimos minutos, cuando dejé pasar un tiro barrido, una jugada ridícula que ya he bloqueado cientos de veces. No sé cómo me pilló desprevenido el alero izquierdo que se acercó a la portería, pero así fue.

Edmonton me ayudó a superar el dolor de la derrota.

La victoria me sentó bien, pero la guinda del pastel fueron los minutos que pasé con Piper en el pasillo de aquel bar, lejos del equipo. Desde que la toqué y sentí el calor que irradia su piel, ha ocupado mi mente por completo y me alegro de poder pasar esta noche tranquilo en casa. Es una buena oportunidad para bloquear el mundo exterior y hacer algo que no sea pensar en ella.

He apagado el móvil, así que no me van a molestar con los mensajes en grupo. Pico de Gato, el gato atigrado que adopté, está acurrucado a mi lado, y no tengo nada que hacer antes de irme a la cama.

Me viene bien tener una noche así, en la que no siento la necesidad de estar concentrado al máximo ni de ser un deportista profesional. Por fin puedo bajar la guardia, tomarme un respiro y descansar después de las primeras tres semanas de la temporada.

Acaricio a Pico, cojo el mando a distancia, ojeo la guía de televisión y busco algo que me apetezca ver. No he avanzado mucho cuando llaman a la puerta.

Pico se despierta sobresaltado y sale disparado hacia mi dormitorio para meterse en el armario, su escondite habitual. Frunzo el ceño y espero, suponiendo que es alguien que se ha equivocado de piso, que vuelve a casa haciendo eses después de haberse tomado unas cuantas copas de más en la hora feliz, con la idea de que si no le hago caso, se irá.

Vuelven a llamar, esta vez con más insistencia. Mascullo una palabrota, desbloqueo el móvil y abro la app que me muestra la cámara del timbre.

Al verla, casi me caigo del sofá.

Piper está frente a mi puerta. Parada en el pasillo, mirando el teléfono, dando golpecitos en el suelo con uno de sus zapatos de tacón negros.

«Pero ¿qué cojones…?».

¿De dónde narices ha sacado mi dirección? Nunca ha estado aquí, y es imposible encontrar mis datos en internet.

La miro fijamente a través de la cámara y luego cierro la aplicación.

Podría no abrirle. Podría encerrarme en el cuarto de baño para que no me oiga respirando al otro lado de la puerta.

Pero si hago eso, seré un gilipollas, y dado que ya voy a decepcionar a mi familia en los próximos meses con una serie de mentiras sobre mi vida personal, necesito todo el buen karma que pueda reunir.

Me paso una mano por la cara y suelto un gruñido. Después me levanto y echo a andar hacia la puerta. La abro, me apoyo en el marco y miro a la rubia bajita que tengo delante.

Ella retrocede de un salto, como si no me esperara, y suelta una suave carcajada.

—Piper —digo.

—Liam. —Parpadea y sonríe. Vuelve a reírse—. Hola.

—Hola. Por favor, no me digas que esto es una entrevista.

—No. He venido por motivos personales. —Se alisa la falda de tubo. Poso los ojos en sus caderas durante un segundo o dos antes de regresar a su cara—. ¿Puedo pasar?

—Eh… —Me froto la nuca, volviendo al momento que la agarré por la trabilla de los vaqueros, al jadeo que se le escapó cuando chocó con mi pecho y estuve muy cerca de cometer una estupidez tan monumental como besarla—. Claro.

Pasa a mi lado y cierro la puerta una vez que está dentro. Enfila el pasillo, acompañada por el taconeo de sus zapatos sobre el suelo de madera. Camina con energía y yo la sigo, sin saber muy bien qué está pasando.

—Vaya… —Echa un vistazo por mi salón antes de acercarse a la pared de cristal y pegar la nariz—. Menudas vistas.

—Bonitas, ¿verdad?

—¿Te importa si me siento?

—No, donde quieras. ¿Te apetece beber algo?

Se acomoda en el sofá, en el borde del cojín, y se pasa las palmas de las manos por los muslos, de abajo arriba.

—¿Tienes alcohol?

—¿Cerveza? ¿Vino? ¿Algo más fuerte? ¿Las tres cosas?

—Whisky, por favor. Solo.

Asiento y abro el mueble bar que mantengo abastecido de licores para la temporada baja. Cojo un vaso, le sirvo un dedo de líquido ambarino y se lo ofrezco.

—Aquí tienes.

—Gracias. —Piper se lleva el vaso a los labios y se lo bebe de dos tragos—. Ah, mucho mejor.

Ya la he visto beber en otras ocasiones: en el bar country, en la gala benéfica para recaudar fondos que organizó el equipo la temporada pasada, una noche que fui a regañadientes a una discoteca con el equipo después de jugar un partido fuera de casa… Fue un horror, pero terminé la velada mejor de lo que la empecé: en una hamburguesería con Piper, con ella comiendo con la nariz manchada de kétchup.

Estaba borracha como una cuba. Se reía sin parar y estuvo a punto de caerse de la silla. Si hubiera sido cualquier otra persona, no me habría hecho ninguna gracia, pero ella me pareció adorable. Fue casi entrañable verla relajada. Normalmente es muy reservada, profesional y serena, y sigue las reglas a rajatabla en todo momento.

Verla bajar la guardia fue lo mejor de aquel viaje. Y de toda la puta temporada, seguramente.

Dudo que ella lo recuerde, pero yo me acuerdo de todo. Del vestido que llevaba. De la forma en la que me agarró del brazo mientras caminábamos por la acera sorteando los montones de

nieve. De que sacó la lengua cuando le dije que no quería comer nada y de la sonrisa de borracha que esbozó cuando cedí y pedí un batido, solo para contentarla.

Hacía años que no me reía tanto como me reí aquella noche.

Más tarde, la acosté en su cama en el hotel y me quedé una hora después de que se durmiera para asegurarme de que no vomitaba, mientras me preguntaba cómo sería reírme así todos los días de mi puta vida.

—Bueno, Mitchell. ¿Estás huyendo o algo? —le pregunto.

Se le suaviza la expresión. Se pasa el pulgar por el labio inferior y luego se lo muerde.

—¿Me ayudarías si ese fuera el caso?

—Depende de la situación. Seguramente.

—Qué majo. No, solo… Solo quería hablar contigo de una cosa. —Suelta el vaso y se retuerce las manos. Me mira con una sonrisa nerviosa que se le queda congelada en las comisuras de los labios y no puedo evitar ponerme en tensión—. Pero creo que antes necesito otra copa.

Le relleno el vaso y me siento frente a ella.

—¿Has comido algo hoy?

—Un sándwich a la hora de comer. Nada para cenar, pero la noche es joven.

—¿Joven? Son las ocho, hora de acostarse.

—No sabía que fueras un viejo.

—Yo no elegí esta vida; la vida me eligió a mí. No te voy a dar más alcohol hasta que comas algo.

—Vale. —Se bebe el segundo vaso más rápido que el primero y me pregunto si debería traerle un poco de agua—. A ver. Quiero

hacerte una proposición.

—Si tiene algo que ver con la prensa, la respuesta es no —digo con brusquedad—. No me interesa.

—No tiene nada que ver con eso. Es sobre la boda de tu hermana.

Sus palabras me pillan desprevenido.

—¿Qué pasa con la boda de mi hermana?

—He pensado que podría ir contigo. En plan novia falsa, como te dije la otra noche, para que tu familia no te dé la tabarra por ir solo. No deja de ser una mentira, pero inofensiva.

—¿Por qué ibas a querer venir conmigo?

—Porque, a cambio, tú podrías ayudarme con un tema.

—¿Qué tema?

—Eso que te comenté la otra noche en el bar. Lo de, mmm…, lo de necesitar ayuda en la cama —confiesa con voz aguda, y la sangre me atruena en los oídos—. Seguro que ya no te acuerdas, pero he pensado que… Uf, mira, déjalo, me parece que interpreté mal toda la situación. Ha sido una idea horrible. No he dicho nada.

Se levanta y echa a andar hacia la puerta, prácticamente corriendo por el pasillo.

Le doy cierta ventaja antes de levantarme y seguirla. Cuando estoy lo bastante cerca como para tocarla, la agarro de la muñeca para impedir que se vaya. Doy un suave tirón y ella se vuelve para mirarme.

Me observa fijamente con las pupilas dilatadas y las mejillas sonrojadas. Doy un paso y ella retrocede hasta pegar la espalda a la pared que tiene detrás.

—Me acuerdo perfectamente. —Pongo una manos en la pared, al lado de su oreja derecha, casi atrapándola con mi cuerpo. Oigo su

respiración agitada, le veo las pecas que tiene en la nariz y las motitas verdes que se mezclan con el azul de sus ojos—. Inténtalo otra vez.

—No estaba de broma cuando dije que quería que alguien me… enseñara qué hacer. Y después del comentario que hiciste, me pareció que a lo mejor estabas un poquito interesado en acostarte conmigo, así que se me ha ocurrido que… —Guarda silencio y mira al suelo—. Confío en ti. Sé que tienes más experiencia que yo y ambos podríamos sacar algo de este acuerdo, pero ahora me doy cuenta de que es una tontería. Es una soberana estupidez y seguramente me costará el trabajo. Por favor, olvida que te lo he pedido.

Se aleja de la pared y pasa a mi lado, de vuelta al salón. Vuelvo a dejar que se aleje un poco antes de seguirla como si fuera un puto perro abandonado.

Me da vueltas la cabeza. No sé si esto va en serio, si es real o si se está riendo de mí para demostrar que los hombres somos lo peor. Y, teniendo en cuenta las imágenes que se me están pasando por la cabeza (ella encima de mí diciendo mi nombre entre sábanas arrugadas mientras yo le recorro el interior de un muslo con una mano hasta descubrir lo mojada que está), le daría la razón.

Soy un animal y me odio por ello.

También me odio porque me interesa mucho más que «un poquito». Me interesa una puta barbaridad. Llevo años interesado.

Cuando la oí decir todo aquello en el bar, mi cerebro estuvo a punto de sufrir un cortocircuito. Solo oía «sin ataduras», «estoy soltera», «quiero pasármelo bien».

Me resulta increíble que estuviera diez años enteros con un tío y que el gilipollas no la tratara en condiciones, que no la respetara en ningún momento ni la hiciera sentirse importante.

Su exmarido es un cabronazo de mierda.

Cuando entro al salón, veo que está paseándose, rodeando el sofá mientras se da golpecitos con los dedos en los brazos.

—Oye —le digo, y ella levanta la mirada—, ¿quieres que pidamos una pizza?

—¿Una pizza?

—Si vamos a follar juntos, necesitas comer algo para pensar con claridad. Sobre todo después de haberte bebido dos vasos de whisky.

El rubor le sube por el cuello y se le pone la cara roja.

—¿De verdad te he pedido que folles conmigo?

—De una forma un poco más educada, pero sí.

—¿Y no me vas a echar de tu casa?

—No.

—¿Eso significa que estás… considerando la idea?

—¿De qué te gusta la pizza? —Cojo el móvil de la mesa del sofá—. ¿Pepperoni? ¿Vegetariana? ¿Suprema?

—Pues… —Piper se sienta de nuevo en el sofá y se tapa la cara con un cojín que amortigua su voz cuando contesta—: Pepperoni con verduras, por favor.

—Ponte cómoda, Piper. Vas a estar aquí un rato y no voy a dejar que sigas escondiéndote de mí.

11

Liam

Tiro la caja de pizza vacía a la basura.

Nos hemos comido casi una entera mientras veíamos una mierda de reality show que a Piper le gusta. Guardo las dos últimas porciones en el frigorífico para que se las lleve a casa cuando se vaya.

Me lavo las manos, cojo la botella de whisky y me sirvo un vaso. No acostumbro a beber la víspera de un partido, pero esta situación lo requiere.

—Vamos a hablar de esto como adultos —le digo cuando me siento a su lado en el sofá—. ¿Por qué has venido, Piper?

Tarda un minuto en contestar y, si tuviera que adivinar por qué, diría que es porque tiene miedo de que la rechace. En cuanto exponga su idea, tendré la oportunidad de negarme. Teniendo en cuenta que sigue sin mirarme, estoy seguro de que la han rechazado cientos de veces a lo largo de su vida.

—Se me soltó la lengua en el bar —dice—. No era mi intención contarte tanto sobre mi vida personal, pero lo hice.

—Es lo que pasa cuando la lengua se suelta. Luego cuesta frenarla.

A Piper se le escapa una carcajada suave.

—Por favor, ten en cuenta que no habría venido si no hubiera tenido la impresión de que estás interesado en lo que tengo que decirte.

—Te dije que sabías dónde encontrarme.

—La verdad es que no lo sabía. He tenido que sonsacarle la dirección a Maverick. Le he dicho que venía a entregarte una caja con material promocional.

—Pero el caso es que me has encontrado.

—Sí. Si te pregunta qué te han parecido los nuevos batidos de proteína que te he traído, síguele el rollo.

Ahora soy yo quien se ríe.

—Vale.

—Después de irme del bar, volví al hotel y estuve pensando en el ridículo que acababa de hacer. Pero, cuanto más lo pensaba, más me convencía de que un… acuerdo entre nosotros podía funcionar. Quiero explorar mi sexualidad y tú estás soltero. —Se incorpora y abre la boca, espantada—. Espera, no tienes pareja, ¿verdad?

—No tengo pareja.

—Gracias a Dios.

—Me halaga que me tengas tantas ganas, Mitchell —digo, y me tira a la cabeza el cojín que tiene en el regazo. Sonrío y lo atrapo sin problemas—. Soy portero, ¿recuerdas?

—Vale, presumido. —Ella también sonríe y retoma el tema donde lo había dejado—. Entonces añadí a la ecuación el dato de que no tienes a nadie que vaya contigo a la boda de tu hermana y pensé que ambos podríamos salir ganando con este trato. Llevarme a mí sería más fácil que encontrar a alguien en una app.

—¿Una app? Por favor. Antes seguiría adelante con el plan de la documentación falsa.

—¿En serio? ¿No te parece maravilloso salir en una foto presumiendo del tamaño pez que has pescado tú solito?

—Prefiero meter la cabeza en un agujero.

—Me habría sorprendido que pensaras lo contrario. ¿Te parece que he invadido tu privacidad al presentarme aquí?

—No. Lo que sería una invasión de mi privacidad es hacerle una foto a mi polla y subirla internet.

Veo que posa la mirada en la parte delantera de mis pantalones cortos y se queda allí. Empieza a ruborizarse desde el cuello hacia arriba, y yo me la imagino automáticamente de rodillas, chupándomela mientras compruebo si es capaz de metérsela hasta la garganta.

«Todo esto es por su puta culpa».

Antes no pensaba estas cosas.

—Yo nunca haría eso.

—Ya lo sé. ¿Por qué me propones esto a mí? Eres una mujer atractiva. Puedes encontrar a un hombre en Tinder, o en cualquier restaurante de esta calle, que esté dispuesto a acostarse contigo. No sería difícil.

—Es por lo que te he dicho antes. Confío en ti y sé que… Bueno, supongo que gran parte de la intimidad se basa en la confianza. No quiero estar con alguien que se ría de mí y, por supuesto, no quiero acabar en internet. Leí un hilo entero de tíos hablando sobre las peores mamadas que les habían hecho y ahora me da miedo volver a meterme algo en la boca.

En mi idea mental de cómo iba a ir esta noche no figuraba que Piper Mitchell se sentara en mi sofá a decir cosas como «mamadas» o «meterme algo en la boca», así que se me escapa una carcajada.

—¿Y qué te hace pensar que puedes confiar en mí? —le pregunto.

Piper es muy buena persona, la clase de mujer que solo ve lo bueno en los demás, aunque no se lo merezcan. Quiero asegurarme de que no me tiene en un pedestal.

—Aquella noche, cuando me emborraché en la discoteca, me desperté a la mañana siguiente sana y salva en mi habitación de hotel. Sé que fue gracias a ti. —Clava los ojos en los míos y sonríe—. No todos los hombres habrían hecho lo mismo.

Joder.

No esperaba que lo recordase. Coño, si casi no se mantenía en pie, ¿cómo es posible que se acuerde de que la metí en la cama?

Me arden las mejillas. No sé cuándo fue la última vez que me ruboricé, pero ahora mismo estoy ardiendo.

—Empecemos por el principio —murmuro para cambiar de tema y alejarme de lo que sea que estoy sintiendo ahora mismo.

—He pensado que podríamos…

—No, desde el principio. Háblame de tu ex.

—¿De Steven? —pregunta con desánimo—. Nos conocimos en la universidad y estuvimos saliendo mientras él trabajaba en una startup tecnológica. Me pidió matrimonio cuando teníamos poco más de veinte años y nos casamos muy jóvenes. Ganó mucho dinero muy rápido porque su empresa despegó pronto, gracias a los contactos de su padre, y después siguió ganando más. Estaba obsesionado con el éxito, con ser el mejor. Dedicaba todo su tiempo, su energía y su atención al trabajo, y a mí me dio de lado.

—Y luego os divorciasteis.

—Vi… Vi un mensaje que no debía ver y él fingió que eran imaginaciones mías. Como si estuviera loca. Luego… —Suelta un gemido—. Siempre me da vergüenza contar lo que sigue.

—No tienes por qué contármelo si no quieres.

—Es importante para la historia. En aquel momento llevábamos casi un año sin acostarnos. Yo quería autoconvencerme de que sí que eran imaginaciones mías y decidí darle una sorpresa durante su descanso para comer. El día anterior había conseguido fichar a un gran inversor y ese tipo de cosas siempre lo ponían de buen humor. Cuando entré en su despacho, lo pillé con la cabeza entre las piernas de su secretaria.

—Puto cabrón.

He jugado con tíos como su ex, hombres que les ponen los cuernos a sus parejas y creen que nunca los pillarán porque se consideran invencibles. Quizá sus esposas o novias saben lo que hacen a sus espaldas y les da igual, pero no me imagino teniendo la vida que todos desean y, aun así, seguir queriendo más. Como si estar en la cúspide de la pirámide no fuera suficiente.

Quieren mojar el churro a todas horas. Pasearse como si fueran dioses solo porque se han hecho un nombre o por la cantidad de dinero que tienen en el banco. No tienen humildad, solo ego. Todo gira en torno a ser el centro de atención.

Durante mis primeras temporadas en la liga follé bastante. Me acosté con una o dos mujeres y me dejé llevar por lo divertido que resultaba ser un deportista que no tenía que esforzarse para ligar, pero pronto dejé de verle el atractivo. Yo no soy así.

Siempre he pensado que los hombres infieles son lo más bajo que existe.

—Fue casi como si quisiera que lo pillara. Resulta que llevaba meses acostándose con ella —sigue—. Me culpó por no satisfacer sus necesidades, pidió el divorcio y aquí estoy. Soy una mujer de treinta años que solo ha estado con un hombre. Es triste, ¿verdad?

—Solo es triste si tú lo decides. A mí me parece que más bien te has librado de un idiota egoísta que no habría sabido dónde tienes el clítoris aunque hubiera un letrero de neón señalándolo.

Piper intenta contener la risa, pero no lo consigue.

—Eso me consuela, por extraño que parezca.

—A veces soy muy considerado. No quiero ser vulgar, pero ¿por qué no ves porno? Hay mucho donde elegir. Es todo falsísimo, pero así te harás una idea.

—Lo he hecho. —Se sonroja más, y mi mente, esta puta mente traidora que tengo, se la imagina con el portátil en la cama, tocándose por debajo de los pantalones cortos, con la cabeza apoyada en la almohada. Apuro lo que me queda en el vaso y me limpio la boca con el dorso de la mano—. Pero ya sé que no es real y no quiero tener que aprender solo visualmente —sigue—. Quiero práctica. Quiero descubrir cómo deben sentirse las cosas y cómo suenan de verdad. Quiero saber si lo hago bien.

—¿Qué…? —Miro el vaso vacío y me tienta la idea de servirme otra copa. Quizá dos. A la mierda el dolor de cabeza que tendré mañana—. Piper, necesito que me expliques todo esto en detalle, para entender exactamente lo que me estás proponiendo.

Se muerde el labio inferior. Entrelaza las manos y respira hondo.

—Me gustaría que mantuviéramos una relación íntima. Quiero que seas mi guía en la cama. Mi entrenador, si quieres que usemos un término deportivo. El sexo es una parte importante, sí, pero también quiero aprender sobre todo lo demás que forma parte de una relación física. Sé que suena muy cursi, pero de verdad creo que mi final feliz, el de verdad, porque me niego a contar el primero, está por ahí en alguna parte. No quiero que se me escape mi alma gemela porque tengo esta inseguridad y tiendo a esconderme. Y aun en el caso de que no me esconda y conozca a alguien…, apenas logré llegar a correrme con el único tío que he estado. Solo… Me he sentido avergonzada muchas veces cuando he tenido relaciones, y eso hace que no quiera repetir la experiencia.

—Si a un hombre le importas, debería darle igual que puedas o no tener un orgasmo —le aseguro—. Y tampoco dejará de intentarlo si no sale bien una vez.

—Pero esto es sobre mí, sobre mi experiencia personal. Perdí mucho de mí misma cuando estaba con Steven, y quiero recuperarlo todo. No quiero ser una persona débil que siempre antepone a los demás. No quiero ser callada ni tímida ni… permitir que me digan cómo debo actuar. Por una vez en la vida, quiero ser egoísta. Quiero divertirme, quiero disfrutar del sexo y quiero ser una mujer que sabe qué cojones quiere y va a por ello. Liam, quiero vivir sin que me importe una mierda lo que los demás piensen de mí y, por algún motivo, creo que tú puedes ayudarme. Para que lo sepas, la otra noche, en el bar, me excité más que en los últimos años, y apenas me tocaste. Eso tiene que significar algo, ¿no?

La miro fijamente y siento una oleada de orgullo.

Tiene las mejillas sonrosadas y hay un brillo en sus ojos que no estaba ahí cuando ha llamado a mi puerta. He visto a Piper Mitchell de muchas formas a lo largo de los años, pero esta podría ser mi preferida.

Decidida. Sincera. Irresistible.

—Si dijera que sí, necesitaríamos reglas. Reglas estrictas y un plan inflexible para los próximos meses.

—¿En qué estás pensando?

—Si voy a ayudarte en la cama, tú vas a ayudarme durante la boda de mi hermana. Tendremos que conocernos lo bastante bien como para que puedas contestar a las preguntas que mi familia pueda hacerte sin que resulte evidente que los estamos engañando.

—Ah, eso es muy fácil. Investigar es mi trabajo. Además, hace tiempo que siento curiosidad por ti. Cuanto más te conozca, mejor.

Eso me pone nervioso y hace que quiera levantar muros que normalmente solo utilizo para mantener alejada a la gente cuando se acerca demasiado, porque mis asuntos son cosa mía y de nadie más. Pero entonces Piper me sonríe. Extiende una mano y me la pone en el brazo. Me acaricia los tatuajes con el pulgar y me derrito un poco.

Soy débil.

—Sí, claro. Sí.

—¿Cuáles son tus otras reglas? —me pregunta.

No tengo ni puta idea de cuáles son mis otras reglas porque no esperaba pasar la puta noche hablando como si tal cosa de sexo con la mujer que me gusta desde hace años.

¿Acaso sé hablar? ¿Soy capaz de formar un pensamiento coherente?

—La comunicación —digo, sacándome algo de la manga. Sin embargo, parece importante. Como si fuera una regla que, de estar pensando con claridad, hubiera sugerido—. No puedes esconderte de mí cuando hablemos de algo en la cama. Necesito que seas sincera sobre las cosas que te gustan y sobre las que no. Si pensabas que algo iba a gustarte y resulta que no es así, me lo tienes que decir.

—¡Vaya! —exclama ella con una carcajada—. Por cómo hablas, suena como si ya hubieras hecho esto antes. ¿En tu tiempo libre haces horas extra como entrenador sexual secreto?

—No me he acostado con nadie en cuatro años. Así que no, no soy entrenador sexual de nadie.

—¿Que qué?

—¿Qué?

—Cómo que no has…, pero… creía que…

—Durante la temporada no me acuesto con mujeres.

—¿Y cuando no estamos en temporada?

—No me ha interesado nadie últimamente.

Cambia de postura en el sofá y estira las piernas antes de cruzarlas por los tobillos.

—¿Te has liado con muchas mujeres?

—Depende de lo que entiendas por «muchas». No era un pichabrava como algunos de mis compañeros de equipo, pero he mantenido relaciones sexuales.

—¿Y eras…? ¿Te han dicho que lo hacías bien?

—Sí —contesto, y se pone colorada—. Sé lo que hago.

—¿Les haces una encuesta de satisfacción? ¿Una escala de valoración del uno al cinco? A lo mejor podría montar una si

aceptas… follar conmigo.

—No soy un niño, Piper. No necesito encuestas ni valoraciones. Soy un hombre y sé escuchar. Escuchar soluciona muchos problemas y no es algo que resulte difícil hacer.

Ella asiente y se humedece los labios con la lengua. Intento quedarme mirándole la boca.

—¿Qué otras reglas tienes en mente?

—Si vamos a hacer esto, tendremos que ser exclusivos el uno con el otro. Nadie más va a follar contigo mientras estés conmigo —respondo—. No me gusta compartir. Lo mío es mío.

—Sin problemas. —Piper me mira con una expresión ardiente e intensa—. Apenas he sido capaz de pedirte esto a ti. No creo que pueda volver a hacerlo.

—Vale. —Me froto el mentón. Acepté unirme al reto del Noviembre sin Afeitarse con el resto de los chicos y la barba me rasca la palma de la mano—. Necesito unos días para pensar esto a fondo. Mi prioridad es el hockey. Es por lo que me pagan. No voy a sacrificar lo que más quiero en este mundo por sexo.

Piper asiente.

—No hay prisa. Gracias por molestarte en considerarlo. Sé que es una locura y no me enfadaré si dices que no. Pero he pensado que valía la pena intentarlo. Estoy haciendo muchas cosas nuevas en mi vida. ¿Por qué no añadir buen sexo a la lista?

—Si te digo que no, ¿se lo pedirás a otro?

—Mmm… —Se da unos golpecitos con los dedos en un muslo y se encoge de hombros—. Pues no lo sé, quizá. Todavía no he llegado a ese punto. Supongo que lo haré. No tengo nada que perder. Mi vida personal no puede dar más pena.

Aprieto los dientes y asiento. Detesto con todas mis fuerzas la idea de que otro tío, como uno de mis dichosos compañeros de equipo, la toque y se regodee de haberlo hecho.

Me tienta la idea de decirle que sí ahora mismo, pero tengo que pensar con la cabeza, no con la polla. Debo sopesar los pros y los contras de aceptar su propuesta antes de meterme en un lío del que no pueda salir.

—Te escribiré con lo que decida.

—Perfecto. —Piper me regala una sonrisa titubeante y se levanta —. Buenas noches, Liam. Gracias por la pizza.

—Llévate las porciones que hay en la nevera para comer mañana.

Su sonrisa se ensancha.

—Vale, gracias.

Se aleja, y cuando oigo que se cierra la puerta del piso, me llevo las manos a la cabeza y suelto un gruñido.

Puede que haya cometido el mayor error de mi vida al permitir que Piper se siente en mi sofá durante dos horas seguidas, porque ya sé que mi respuesta va a ser un puto sí.

12

Piper

Alguien más quiere vino? ¿O queso y galletitas saladas?

—Maven, ¿quieres hacer el favor de sentarte? Llevas una hora sin parar, y eso sin contar lo que te haya llevado preparar esta pedazo de cena. —Lexi le da un tirón del brazo y la sienta en el sofá—. Podemos servirnos las bebidas nosotras solas.

—Perdón. —Maven se ríe y bebe un sorbo de agua—. Sabéis que me encanta recibir invitados, y es la primera vez que viene gente a la casa nueva.

—A mí también me encantaría recibir visitas si viviera aquí. —Le echo un vistazo al salón y admiro la decoración, los muebles, las paredes recién pintadas y las ventanas con vistas a un terreno de más de una hectárea, sin vecinos cerca—. No me puedo creer que lo hayáis construido todo desde cero.

—Me encanta. Siempre he vivido en pisos y estoy muy emocionada por tener jardín. Y porche. Y una calle con árboles. —Maven suspira, feliz y satisfecha—. Es un sueño hecho realidad.

—Es precioso. Merece la pena conducir hasta aquí. —Emmy se acurruca y apoya la barbilla en las rodillas—. Me encantaría vivir en un sitio como este a las afueras de la ciudad. Con espacio para un

huerto con árboles frutales, hortalizas y terreno para construir una pista de hielo.

—¿Maverick y tú no estáis buscando casa? —le pregunta Maven—. Creía que habíais ido a ver una el mes pasado.

—Sí, pero cuando conseguimos pasar más de una noche juntos en casa, sin estar agotados por partidos, lo último que nos apetece es hablar de barrios o comunidades de propietarios. Es como todo lo demás que hacemos: ya llegará cuando le toque y, hasta entonces, la vida es buena —explica Emmy.

—Estoy enamorada de vuestra relación —suspira Lexi—. Me hace muy feliz.

—Tuve que soportar a un montón de ex de mierda hasta dar con Maverick, pero mereció la pena. Después de mi última ruptura, me convencí de que estaba contenta estando sola, de que era lo que quería y de que sería más feliz sin un hombre. Pero cuando estoy con él, me doy cuenta de lo poco que me gusta estar sola en realidad. A veces me asusta lo mucho que lo quiero, porque ¿qué pasa si un día decide que se ha cansado de mí? Hace falta valor para confiar en que alguien no va a romperte el corazón. —Cuando se da cuenta de lo que ha dicho al cabo de un segundo, abre la boca, horrorizada—. Mierda. Lo siento, Piper. No quería decir…

—Sé que no era tu intención. —La rodeo con el brazo y apoyo la cabeza en su hombro—. Maverick no es Steven. Que lo mío acabara mal no significa que tú no puedas ser feliz.

—Vamos a hablar de otra cosa.

—¿Como de la vida sexual de Piper? ¿Has tenido suerte en Craigslist? —bromea Lexi.

—¿Qué? —consigo articular—. No. Para nada. No hay nada que contar.

—Mientes fatal —dice Maven entrecerrando los ojos—. Ocultas algo.

—Ay, vale —gimo, a sabiendas de que al final acabarán sonsacándomelo—. Pues… mmm, tengo novedades sobre ese tema de querer mejorar en el sexo.

—Por fin —dice Lexi mientras coge la botella de chardonnay y se sirve una copa—. Esto es de lo que deberíamos haber estado hablando toda la noche.

—Antes de nada, tenéis que prometerme que lo que diga no saldrá de aquí. No podéis preguntarme nada sobre el tema si no estamos a puerta cerrada. No podéis contárselo a nadie del equipo. Es algo muy privado y muy personal.

Ha pasado casi una semana desde que le propuse a Liam mi idea.

El equipo ha jugado tres partidos, dos fuera y uno en casa, así que sé que ha estado ocupado, pero no me ha dado una respuesta aún y me estoy volviendo loca.

Dar el paso fue difícil, pero debo prepararme para el posible rechazo.

Él mismo lo dijo: no sale con nadie durante la temporada. Y aunque sé que lo nuestro no es una historia de amor ni nada tan profundo, tendremos que invertir tiempo. Es posible que no salga bien pedirle a alguien tan entregado a su trabajo que pase horas lejos de lo que le apasiona.

—Ahí va —Maven, que está en el sofá enfrente de mí, se mueve hasta colocarse en el borde—. Esto es serio, ¿no?

—Mucho —respondo—. Necesito que todas lo juréis por el código de las chicas.

—Lo juramos —dice Lexi, y Maven y Emmy se suman.

Respiro hondo y bebo un sorbo de vino de mi copa.

—Cuando estuvimos en el bar en Edmonton, pasó una cosa.

—Ya no aguanto más estar en otro equipo. Me pierdo todas las cosas emocionantes —protesta Emmy—. Por favor, dime que pasaste una noche de sexo salvaje con algún canadiense guapo. ¿No se supone que existe una postura que consiste en ponerse encima de un toro mecánico?

—Si crees que ahí es donde va a acabar esta historia, te vas a llevar un buen chasco. No hubo guarrerías en toros mecánicos, pero sí me lancé a hacer algo que me cuesta mucho y le conté a alguien que me sentía muy poco inspirada en la cama antes de pedirle ayuda —confieso.

—¿Quién es «alguien»? —me pregunta Lexi—. ¿Se puede saber a quién se lo pediste? ¿Es famoso? ¿Por eso te muestras tan reservada?

—Es Liam —suelto, y las tres me miran boquiabiertas—. Le conté lo de Steven, le dije que casi no lo hacíamos y… Ay, Dios. Le dije que no estoy segura de que un hombre pueda provocarme un orgasmo. No me lo puedo creer.

—Vamos a retroceder un poco. ¿Cómo cojones acabaste contándole todo eso? ¿Qué te dijo? ¿Te ha dicho que sí? —me pregunta Emmy, aunque no tengo respuesta para todo.

—Pasó sin más. Y luego le dije que a lo mejor sí que me gustan los jugadoras de hockey y va y me suelta que ya sé dónde encontrarlo. Así que me planté en su casa y se lo propuse. Le

pregunté que si podía ser mi entrenador y ahora estoy en el limbo mientras espero a que decida si es una buena idea o no.

—Y con entrenador te refieres a…

—Sexo y todo lo que conlleva.

—¿Dijo que sí? —me pregunta Maven.

—Que no, todavía no, y me muero de la vergüenza. Ha pasado una semana. No me ha dicho ni mu. Ni siquiera me mira, y sé que la respuesta va a ser no. ¿Por qué si no iba a tardar tanto en decirme algo?

—¿Podemos fingir por un momento que dice que sí? Vamos a imaginar una realidad en la que accede a ayudarte. —Lexi sonríe—. Te vas a acostar con Liam.

—Este es un espacio seguro, así que sé que no vais a juzgarme. Quiero mucho a mi marido. —Maven deja el vaso de agua en la mesa. Se cruje los nudillos y se ríe—. Pero Liam me da curiosidad. Siempre he pensado que sería el mejor del equipo en la cama. A lo mejor un poquito alocado. Y que a lo mejor sería un poco bruto, pero cuidadoso. Tiene pinta de darle mucha importancia al consentimiento y eso me pone un montón. Y no me parece un tío egoísta, no sé si me explico.

—Cariño, todas sabemos a lo que te refieres —dice Lexi.

—Creo que por eso acudí a él —admito en voz baja—. Es un poco arisco y resulta imposible conocerlo, pero sé que me cuidaría. Sé que estaría a salvo con él. No me verá como una conquista más ni seré un nombre más en su lista. No fardará de ello con los demás chicos del equipo. Y siempre ha sido un hombre decidido; pensé que no pararía hasta conseguir el éxito al cien por cien conmigo.

Aunque no quiero contarles a las chicas que no he sido capaz de dejar de pensar en él desde que estuve en su piso, es la realidad. Vuelvo una y otra vez al momento en el que me acorraló contra la pared y me habló con voz áspera. Aún recuerdo cómo le ardió la mirada cuando le conté mi propuesta.

Liam Sullivan no ha abandonado mis pensamientos, y hay una parte de mí que daría lo que fuera por sentir sus manos en mi cuerpo. Por descubrir a qué sabe, qué sonidos hace. Cómo de meticuloso y cuidadoso sería en la cama, y si es tan bueno como asegura.

Ya sé la respuesta y eso solo hace que lo necesite aún más.

—Pero esto no es ninguna tontería, Piper. ¿Vais a empezar a salir? ¿Se lo vais a contar al equipo? —pregunta Maven, la voz de la razón que mis pensamientos sesgados necesitan.

—No. Vamos a fingir que estamos saliendo para ir a la boda de su hermana, pero no habrá una relación romántica, solo física. Y yo no quiero decirle nada al equipo. No quiero que cambie la forma en la que me ven porque me acueste con alguien o no. He trabajado muchísimo para llegar adonde estoy y no quiero tirarlo todo por la borda.

—No te tratarían de forma diferente —me asegura Emmy—. Mira lo mío con Mav. Estábamos juntos cuando yo formaba parte del equipo y a nadie le importaba. Se alegraron por nosotros y no dejaban de darme la turra preguntándome cuándo iba a darles una sobrina o un sobrino. Como Liam empiece a pasearse por ahí con una sonrisa en la cara, harán preguntas.

—Bien visto. ¿Y él va a acostarse con otras? —me pregunta Maven —. ¿O tú con otros?

—No. Sería una relación exclusiva.

—Tienes que decirnos qué te responde —dice Lexi.

—No voy a hacerme ilusiones. De hecho, ya me estoy despidiendo de la idea. No pasa nada. No estoy pillada por él hasta las trancas. Quizá… —Mi móvil vibra sobre la mesa, interrumpiéndome. Lo cojo y veo que es un mensaje de Liam—. Mierda. Es él.

Deslizo el pulgar por la pantalla, preparándome para lo que está por venir.

Liam
En mi casa. El viernes a las 6 de la tarde

Esto es un sí a lo que te pregunté?

Liam
Sí

Genial. Pues nos vemos entonces!

Me tiemblan las manos mientras miro fijamente el teléfono. No me llega ninguna respuesta, y no sé por qué espero que me envíe otro mensaje. Al fin y al cabo se trata de Liam, un hombre de pocas palabras y menos emociones.

Un hombre que acaba de aceptar ser mi entrenador sexual.

Hostia puta.

—Ha dicho que sí —digo—. Madre mía. Que voy a acostarme con Liam.

—¡Toma ya! —exclama Lexi—. Nuestra chica va a echar un polvo.

—¿Puedes contar todos los detalles? —me pregunta Maven—. Vendería mi riñón izquierdo por saber cómo es en la cama.

—Es un hombre reservado. No estaría bien contar cosas de su vida personal —replico.

—Bueno, vale. No necesitamos todo, pero tendrás que contarnos algo —insiste Lexi.

—Usaremos la escena de Schmidt en *New Girl* para averiguar cómo la tiene de grande —propone Emmy—. Es justo, ¿no?

—Acepto la escena de *New Girl* —digo, y ellas aplauden.

Vuelvo a leer dos veces más el mensaje de Liam. Es seco. Directo al grano y sin andarse con rodeos. No puedo contener la sonrisa, porque es cien por cien él.

No soy de las que mandan dos mensajes seguidos, pero solo por esta vez decido ceder y decirle lo que pienso.

Por cierto, estoy contenta

Aparecen tres puntos y luego desaparecen. Su repuesta tarda dos minutos en llegar y, cuando lo hace, sonrío de oreja a oreja.

No puedo evitarlo.

Liam
Y yo

13

Liam

Piper llama a la puerta de mi casa diez segundos antes de las seis.

Titubeo un momento antes de agarrar el pomo y abrirla de par en par.

—Hola —dice sin aliento y con las mejillas sonrojadas. Se ha puesto un vestido vaporoso bonito que se abre en abanico a la altura de sus caderas y le llega por encima de las rodillas. Doy gracias a los dioses del tiempo por la temperatura más cálida de lo normal que hemos tenido esta semana. Lleva el pelo suelto y su sonrisa, aunque titubeante, es preciosa. Me siento como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago—. ¿Qué tal?

—Bien. —Retrocedo un paso y le hago un gesto para que entre—. Pasa.

Capto su perfume cuando pasa junto a mí. Me pregunto si toda mi casa empezará a oler a flores si sigue viniendo. Supongo que podría haber cosas peores en la vida.

—Gracias. ¿Qué tal la tarde?

—No me quejo. —La sigo, asumiendo de nuevo mi papel de perro abandonado—. ¿Te apetece algo de beber?

—No. El alcohol me desinhibirá, pero quiero estar presente esta noche. —Suelta una carcajada mientras se sienta en el sofá de cuero y deja el bolso a sus pies—. Pero por mí no te cortes.

—Tranquila, no me hace falta.

Se hace el silencio entre los dos, y sé que tendré que ser yo quien lo rompa.

Yo le he dicho que venga. Seguro que tiene ciertas expectativas. Cosas que quiere que haga, cosas que quiere aprender. Además, con su falta de experiencia, es imposible que sea ella quien dé el primer paso.

—Voy a hacerte una pregunta que no quiero hacer, pero tengo que hacerla antes de empezar con esto. ¿Cuándo fue la última vez que te hiciste pruebas? Has mencionado que tu marido era un puto gilip… Perdona. Que te fue infiel, y quiero asegurarme de que no hay…

—Exmarido —me interrumpe, y le tiemblan los labios por la risa—. Pero sí que es un gilipollas.

—Lo siento. No sé cómo se me ha podido escapar un insulto a mí.

—Habrá sido un lapsus. En cuanto a lo de ser infiel, fui a hacerme una analítica en cuanto me enteré de la aventura. Todo dio negativo y no he estado con nadie desde entones.

—Yo tampoco tengo nada que decir en ese sentido.

—Supongo que llevar años célibe es lo que tiene.

Se me escapa una carcajada.

—Cuando lleguemos a la parte sexual de este acuerdo, me gustaría que usáramos preservativo.

—Me parece bien. La seguridad es lo primero, ¿no?

—Exacto. ¿Tienes alguna preferencia al respecto? ¿Látex? ¿Sintéticos? ¿De los que brillan en la oscuridad?

—¿Que brillen en la oscuridad? —Piper estalla en carcajadas, y eso rebaja la tensión que me ha atenazado durante toda la tarde—. Eso no existe, ¿verdad?

—Según Grant, sí. La imagen de la caja parece sacada de otro planeta. Supongo que los usas si quieres que tu polla parezca de otro mundo.

—Madre mía. —Se agarra un costado y empieza a respirar con dificultad por la risa—. Como si en vez de una polla fuera un cohete.

—A ver, en las dos cosas te puedes montar. Ambas te pueden llevar a las estrellas. Y no soy astronauta, pero tengo entendido que para ambas hace falta cierto impulso.

—Me está dando flato de reírme. —Cuando por fin se calma, se seca los ojos con el pulgar—. Creo que debería estar tomando notas, porque no tengo ni idea sobre preservativos con una estética capaz de transportarte a otra galaxia. ¿Qué más tienes que enseñarme, profe?

—A ver, listilla. Lo que voy a decir a continuación a lo mejor me hace parecer un capullo, pero tengo que decirlo. Me gustas como persona.

—Qué bonito, Liam. Tú también me gustas como persona.

El comentario me toca las narices, así que sigo adelante como si no lo hubiera oído para no darle demasiadas vueltas.

—Dicho lo cual, no estamos saliendo. Nuestro acuerdo solo es físico. No soy tu novio. Mi prioridad es el hockey. Cuando nos acostemos, te trataré bien. Te enseñaré lo que quieras aprender. Pero en el mundo real no voy a ir por ahí dándote la mano.

—Dios mío —dice con un tono aburrido—. Ya noto que empiezo a enamorarme de ti. Haz el favor de no ser tan irresistible. Estás haciendo que sea imposible mantenerme alejada de ti.

—El sarcasmo no te sienta bien, Mitchell.

—Pues estás sonriendo.

—No estoy sonriendo. Es una mueca de dolor.

—Perdona, me habré equivocado. Tienes razón en cuanto a que esto es solo físico. Por fin he conseguido el trabajo de mis sueños y estoy centrada en eso. Quiero quedarme en Washington D. C. mucho tiempo y la forma de lograrlo es hacerlo mucho mejor de lo que nadie espera de mí, pero no lo conseguiré si me distraigo. Nos lo pasaremos muy bien, pero se quedará todo en la intimidad hasta que tengamos que ir a la boda de tu hermana. Después de eso podemos cortar con esto y seguir con nuestras vidas.

Sé que Piper está ansiosa por que empiece el juego. Está sentada al borde del sofá y me observa de la misma manera en la que he visto que me miran otras mujeres: como si fuera a marcarme como de su propiedad. Como si yo fuera algo que necesita tener a toda costa.

Y, joder, yo también la necesito a ella.

Ahora que puedo tenerla, ahora que puedo tocarla, me muero por hacerlo.

Los chicos me dicen a menudo que tengo que relajarme, así que eso es lo que estoy intentado hacer. Estoy tratando de dejarme llevar y disfrutar de lo que me rodea.

Me acerco. Piper sigue mis movimientos hasta que me planto justo delante de ella. Extiendo un brazo y le coloco los dedos debajo de la barbilla para levantarle la cara y encontrarme con su mirada.

—Lo de la comunicación iba en serio, Piper. Tienes que decirme en qué piensas y qué sientes. Si hay algo que no te gusta, paramos.

—Te prometo que lo haré. ¿Vamos a tu habitación?

—No. Hoy nos quedamos aquí.

—¿Por qué?

—Tenemos tiempo de sobra. Si lo haces bien, el sexo no solo va de sexo. Va de expectación, de preliminares, de todo lo que pasa antes del plato fuerte. No puedo follarte como te gusta si no sé qué te pone, ¿verdad?

Se le mueve la garganta al tragar saliva.

—No, supongo que no.

—Va a ser un proceso largo. Voy a hacerte preguntas mientras tanto y quiero que me contestes con sinceridad para que pueda conocerte mejor.

Todo esto me parece demasiado rígido y formal. La sensualidad brilla por su ausencia y no se parece en nada a los encuentros que he tenido hasta el momento, pero Piper cuenta conmigo. Y nunca me ha gustado decepcionar a los demás.

—¿Qué clase de preguntas?

—¿Te gusta que te hagan esperar? —le pregunto—. ¿Te gusta que sea rápido?

—Mmm. —Echa la cabeza hacia atrás y mira hacia el techo—. Creo que me gusta que me hagan esperar. Es… lo que hago cuando me toco. Intento prolongarlo. Cuando mi ex y yo lo hacíamos, siempre se limitaba a… metérmela.

—Me cago en todo. —Me pellizco el puente de la nariz y gruño. Es imposible ser tan gilipollas como ese tío—. Vale. Esta noche vamos a empezar por besarnos y tocarnos un poco. Ya está. Yo no voy a

limitarme a metértela, Piper. Cuando lleguemos a ese punto, habré conseguido que te corras por lo menos doces veces antes de follarte.

—Ahora sí que creo que debería estar tomando apuntes. ¿Todos los tíos se comportan como tú?

—Los listos sí.

—¿Por qué?

—Algunos podemos correrno con ver cómo te corres tú. Comerle el coño a una mujer es una de las cosas que más me gustan en el mundo.

Pone los ojos como platos y clava la mirada en la parte delantera de mis pantalones cortos de deporte como hizo la otra noche. Esta vez no la aparta. Examina el contorno de mi polla semierecta y se muerde el labio inferior.

—¿De verdad te gusta tanto?

—Sí.

—¿Por qué?

—Me gusta saber que lo que hago está funcionando, y en ese momento es fácil verlo. —Le toco una mejilla y le acaricio el cuello con los dedos—. Puedo sentirlo. Oírlo. Saborearlo.

—Es sexy —susurra—. Que te guste.

—¿Puedo besarte, Piper?

—Ah, pues… Puede que tampoco se me dé muy bien besar. Steven nunca fue muy cariñoso conmigo y no he besado a nadie en todos estos años. Seguro que meto demasiada lengua. O…

—No me estás respondiendo. ¿Puedo besarte, Piper?

Es su oportunidad de echarse atrás, de huir antes de que empecemos algo que no podamos deshacer. No quiero que se

arrepienta y necesito que esté segura al puto cien por cien de que esto es lo que quiere.

Y de que lo quiere conmigo.

—Sí —susurra tan bajito que no estoy seguro de que lo haya dicho de verdad.

—Sí ¿qué?

—Sí —repite, más alto en esta ocasión—. Puedes besarme, Liam.

No sé cuántos primeros besos he vivido. ¿Unos veintitantos? Nunca me había puesto nervioso con ninguno hasta ahora, porque ella confía en que lo voy a hacer bien. Cuenta conmigo para ofrecerle la diversión que nunca ha experimentado, para estar segura de que aprende y de que el próximo hombre con el que esté no se sienta decepcionado, y nunca me ha gustado fracasar.

—Cierra los ojos —le digo—. Ladea la cabeza.

Sigue mis instrucciones, cierra los ojos con suavidad e inclina la cabeza ligeramente. Tiene las manos en el regazo y está dándose golpecitos nerviosos en el muslo, así que entrelazo nuestros dedos para darle un rápido apretón y que sepa que puede tocarme.

Le pongo la mano libre en la cara y le acaricio la mejilla. Contiene el aliento y me doy cuenta de que casi está temblando. Agacho la cabeza y cuando le beso el cuello casi se me escapa un gemido.

Sabe a sol, joder.

Su piel es cálida y suave, y se le escapa un jadeo silencioso mientras le dejo un reguero de besos por el cuello. No me detengo hasta llegar a la comisura de sus labios.

—¿Segura? —le pregunto por última vez.

Piper vuelve la cara, con los labios a menos de un centímetro de los míos.

—Segurísima.

No necesito oír nada más.

Acorto la distancia que nos separa. Poso la boca sobre la suya y me trago la suave exhalación que deja escapar. Me rodea los hombros con los brazos y me atrae hacia ella, y no puedo evitar sonreír por su entusiasmo.

—¿Se puede…? ¿Puedo hacer ruido? —susurra, apartándose un poco de mí—. ¿O debería quedarme callada?

—Haz lo que te apetezca. A mí me gusta saber que lo que estoy haciendo está bien, así que prefiero oírte, pero no todos los hombres son iguales.

—Vale. —Piper asiente, con una expresión decidida en los ojos—. Pues voy a seguir haciendo ruidos.

Le deslizo una mano por la pierna porque necesito tocarla. Necesito sentirla y averiguar si le gusta o no lo que estoy haciendo. Ella entierra los dedos en mi pelo, me tira de los mechones más largos cerca de las orejas, y me lo tomo como una señal de que puedo darle más.

Le rozo los labios con la lengua, animándola a que los separe. Murmuro un asentimiento cuando abre la boca de inmediato para recibirme, y no puedo evitar preguntarme qué sentiría si me recorriera la polla con la lengua. Seguro que es el nirvana.

—¿Bien?

—Perfecto —murmura, y el halago me pone a mil. Me hace besarla con más ardor, con más ardor, y Piper gime de nuevo cuando le doy un suave mordisco en el labio inferior—. Eso me… me gusta. ¿Lo estoy haciendo bien?

—Lo estás haciendo genial, Piper.

Le acaricio el muslo con el pulgar, por debajo del borde del vestido. Quiero subir más, llegar a sus bragas para saber si está mojada y averiguar si está siendo sincera, si no está intentando inflarme el ego, pero me contengo.

Puedo ser paciente.

—No sabía que enrollarse con alguien pudiera ser así.

—Túmbate —le digo—. Ponte cómoda.

Se aparta de mí y, cuando la miro, no puedo evitar sentirme muy pagado de mí mismo. Me enorgullezco de que tenga el pintalabios emborronado y la mirada nublada, de la sonrisa satisfecha que le curva la boca y de que, con poco más de dos minutos de afecto, ya parezca más radiante que antes.

Piper Mitchell demuestra su amor mediante el contacto físico, y estoy seguro de que también reaccionará bien a las palabras.

Ojalá ese tío que nunca le dio lo que necesitaba se vaya al infierno.

—¿Así? —me pregunta mientras se tumba en el sofá y apoya la cabeza sobre los cojines que tiene detrás.

—Sí. —Le recorro el cuerpo con la mirada: el tirante que se le cae por un brazo. El vestido que le ciñe las tetas. Las pecas que le veo en la rodilla cuando la dobla y el encaje que atisbo en la curva de sus caderas. La devoro con la mirada porque por fin puedo—. Muy bien.

Llevo muchísimos años conteniéndome. He sido disciplinado, he seguido dietas, rutinas de ejercicio y estrictos horarios de sueño.

Pero ¿ahora? Ahora voy a pasármelo de puta madre porque me da la gana.

—¿Liam?

—¿Qué?

—¿Puedes besarme de nuevo? ¿Por favor?

Me coloco sobre ella, sin tocarla, con el torso casi pegado a su pecho. Le acerco la boca a la oreja y le susurro:

—Creo que me va a gustar que me supliques.

14

Piper

No es ninguna sorpresa que Liam bese como hace todo lo demás en la vida: de forma meticulosa, deliberada y casi obsesiva, hasta el punto de que me pregunto si me mintió cuando me dijo que llevaba cuatro años sin mantener relaciones sexuales, porque esto se le da de vicio.

Nunca me imaginé que el mejor beso de mi vida me lo daría Liam Sullivan, pero aquí estamos.

Me consume por completo. Me toca, me anima, me arranca sonidos que no sabía que podía hacer y lo único que quiero es más.

Lo empujo hacia atrás para cambiar de posición, de modo que acaba sentado en el sofá. Sigo mi instinto, me pongo de rodillas y me coloco a horcajadas sobre su regazo. Él me sube una mano por el muslo y la detiene en mi cintura. Cuando me acaricia la piel desnuda con el pulgar, me recorre una descarga eléctrica.

¿Se supone que tiene que ser así?

Solo me está tocando con la mano, pero nunca me había excitado tanto. Es como si fuera consciente de cada centímetro de mi cuerpo y estuviera hipersensible a la presión de sus dedos y a los dibujos que traza sobre mi piel.

Me pregunto es una sensación a la que me acostumbraré con el tiempo. Si, cuando pasemos a la décima o duodécima lección, dejaré de sentir el aleteo de las miles de mariposas en el estómago.

Me pregunto si es cosa suya o cosa mía que esta lenta y sensual demostración de afecto sea lo mejor que he sentido en años.

—Ve más despacio —murmura Liam contra mi boca cuando intento mover las caderas sobre él. Traslada la boca a mi cuello y me da un chupetón que hace que ponga los ojos en blanco de placer y me deja sin respiración mientras le clavo los dedos en los músculos, porque tengo la sensación de que estoy a punto de salir flotando. Me lame la clavícula, y no sé si lo odio o si lo quiero—. Esta noche solo nos vamos a besar.

—¿No quieres? —le pregunto.

A una mujer más fuerte ni se le pasaría por la cabeza hacer semejante pregunta en este momento, pero esa no soy yo.

Todavía no.

Soy la chica que se compra lencería nueva y posa en la cama, suplicando que la toquen, solo para que la rechacen.

No quiero que esto vaya más allá si es algo unilateral.

Se supone que debe ser algo casual, para pasarlo bien. No busco nada romántico, ni velas, ni pétalos de rosa en la cama, pero eso no significa que quiera aprender con alguien que se limita a seguirme la corriente. Con alguien que lo hace por lástima, porque le doy pena.

Mi ego no lo soportaría.

Liam no contesta. Me levanta de su regazo como si pesara lo mismo que un saco de plumas y vuelve a tumbarme en el sofá con cuidado. Se coloca entre mis piernas y me mira.

Hay fuego en su mirada. Tiene las mejillas sonrosadas. Me toca el cuello con una delicadeza que contrasta con la hinchazón de sus labios, que hace unos segundos me besaban con dureza y voracidad.

—La tengo como una piedra, Piper. —Me rodea una muñeca con los dedos y me baja la mano por su abdomen para que pueda sentir su polla tensa contra los pantalones cortos. Me quedo sin aire—. Ni se te ocurra creer que no quiero. O que no estoy disfrutando con esto.

Me aparta la mano, y lo miro parpadeando, dejando que se me note en la cara la pregunta que tengo en la mente. Él asiente una sola vez, animándome, y lo acaricio por encima de la ropa.

—Vaya —susurro. Se la acaricio de arriba abajo, y solo aparto la mano cuando él echa las caderas hacia delante—. ¿Esto es por mí? ¿Solo por besarnos?

Sé cómo funcionan las pollas, pero no tenía ni idea de que algo tan inocente como un beso pudiera provocar semejante respuesta en un hombre.

Cuando besaba a Steve, era algo mediocre, un contacto rápido y silencioso en la boca, que la mitad de las veces ni siquiera atinaba a encontrar.

Y nunca se le ponía dura.

—Sí. —A Liam le sale la voz ronca y descarnada. Está cargada de deseo, y me imagino cómo sonarían sus palabras contra mi cuello o la curva de mi rodilla. Entre mis pechos o mis mulos—. Cuando un tío está metido en el momento, cualquier cosa se la puede poner dura.

—Entonces ¿por qué no vamos a hacer nada más?

—Porque mereces que te folle en condiciones, Piper, y eso significa que tenemos que tomarnos nuestro tiempo para ir preparándote poco a poco. Si lo intentara ahora, seguramente te haría daño y eso es lo último que quiero, ¿vale? —me dice. Asiento y me muerdo el labio para no sonreír mientras añade—: Para que disfrutes de esto, vas a tener que hacerme caso, y yo digo que esta noche no vamos a hacer nada más. ¿De acuerdo?

Hostia.

Me encanta el Liam mandón.

Ya lo he oído gritar y dar instrucciones en la pista o señalar los fallos de sus compañeros de equipo en un partido, pero que me dé órdenes a mí acaba de desbloquear una nueva faceta de mi persona.

Quiero hacerle caso a todo lo que dice. Y también saber qué pasaría si le desobedeciera. Me estremezco cuando una imagen distante de su mano a punto de azotarme el culo me invade la mente, y creo que a lo mejor ya no tengo remedio.

—Vale —susurro con dificultad.

Me roza un pezón con el pulgar y tengo que contener un gemido. Es demasiado. No es suficiente.

—Bien.

—¿Y yo puedo tocarte? Quiero ver cómo eres.

—Hoy no. Aquí lo importante eres tú, ¿recuerdas? —Liam baja la boca hasta mi pecho. Sopla y me derrama aire caliente sobre el vestido, arrancándome un jadeo—. Me pregunto si podría conseguir que te corrieras así, provocándote cada vez más. ¿Crees que acabarías suplicándome?

Sí.

Me pondría de rodillas y prometería darle todo lo que tengo si eso significara encontrar el placer que tanto necesito.

Una sensación cálida y anhelante se extiende por mis entrañas. Es un incendio que empieza con moderación, pero que acaba convirtiéndose en un infierno mientras Liam me acaricia, mientras mantiene la boca a pocos centímetros de mi pezón y siento su aliento caliente sobre mí.

He sentido esto antes, sola en mi cama, levantando las caderas para encontrar la fricción adecuada.

Pero nunca lo he sentido como lo siento ahora. Tan potente. Tan adictivo.

Una experiencia que involucra todo el cuerpo.

—Él nunca lo consiguió —admito—. Siempre me costaba mucho correrme. A veces ni siquiera lo consigo sola.

—No deberías decirme eso, Piper. —Me baja los tirantes del vestido. Siento el azote del aire frío de la casa sobre la piel desnuda, pero Liam no aparta la mirada de la mía en ningún momento—. Siempre me han gustado los desafíos.

—¿Siempre tienes tanta confianza en ti mismo?

—Cuando sé que voy a ganar, sí.

—Pues a lo mejor deberías darte prisa.

Levanta una ceja y esboza una sonrisa, y me preocupa haber dicho algo inapropiado. ¿Ha sido un comentario provocativo? ¿Absurdo? ¿Demasiado atrevido? ¿O me he quedado corta?

Estoy acostumbrada a mantener la boca cerrada. A sonreír en vez de hablar. A asentir en vez de gemir, y no tengo ni idea de si lo estoy haciendo bien.

—Noto que estás dándole vueltas a algo —dice.

—Es que como tú me estás hablando, se me ha ocurrido que debería contestarte, pero ni siquiera sé si te gusta que te hablen y…

—Me gusta que me hablen. Y también que me digan lo que tengo que hacer. —Su sonrisa adquiere un cariz ufano—. ¿Puedo mirarte, Piper?

—¿Mirarme? —Me señala con un gesto de la barbilla y se me enciende la bombilla—. ¡Ah! Sí. Claro.

Baja la mirada por mi cuerpo, desde el cuello hasta las clavículas. Cuando llega a mis pechos, suelta una retahíla de palabrotas que hacen que me sonroje.

—Joder. Tienes unas tetas perfectas. Sabía que ibas a estar preciosa sin ropa.

Me pone una mano en un pecho y me pellizca el pezón con el pulgar y el índice. No me molesto en ocultar un gemido y, cuando baja la cabeza y me chupa, casi me levanto de un salto del sofá.

—Mierda —susurro al sentir que me atenaza una sensación nueva e inexplorada—. Eso me gusta.

Mueve la boca hacia el otro pezón y creo que me voy a morir. En mi lápida tendrán que poner «La mató la boca del portero gruñón en el sofá de su salón», porque Liam está moviendo la lengua siguiendo un patrón que nunca he experimentado antes y luego me muerde, con fuerza, y ya no sé ni cómo me llamo.

Entro en trance, deleitándome con sus manos sobre mi cuerpo y el recorrido que traza mientras me exploran. Cuando me acaricia la parte inferior de un pecho, encojo los dedos de los pies. Cuando me pellizca el pezón de nuevo, añadiendo más presión que antes, le rodeo el cuello con los brazos para no levantar las caderas del sofá.

Cuando me roza la parte delantera de las bragas con la caricia más leve y cruel del mundo, estoy a punto de estallar.

—Creo que necesito más —jadeo—. Creo que estoy cerca. No lo sé. Nunca me he sentido así antes. Estoy… —Tomo aire con fuerza, sin saber lo que necesito ni cómo expresarlo, solo que no quiero que pare jamás—. Liam, por favor.

—Ahí están de nuevo esas dos palabras que tanto me gustan. —Me aparta la mano de entre las piernas y gimo por su ausencia—. Dime lo que sientes.

—Me arde la piel. Siento una… energía ahí dentro. Como si estuviera a punto de alcanzar algo, pero todavía no llego. Me he corrido antes, pero no es… Esto es totalmente distinto. Nunca ha sido tan intenso.

—Porque nunca te lo han hecho bien. Si sigo tocándote, ¿crees que podrás correrte?

—¿Pasa algo si lo hago? Me gu-gusta lo que estás haciendo.

No sé cuál es el protocolo adecuado en estos casos y yo solo quiero hacerlo bien. Mis conocimientos sobre los preliminares son limitados y nunca he llegado al orgasmo sin algún tipo de penetración.

Si pienso que Liam podría conseguirlo usando solo la boca, me cabreo por todo el placer que me he perdido.

—Joder, estaría de puta madre si lo hicieras. Quiero verlo. Quiero oírlo. Piper, no tienes que contenerte en ningún momento y, cuando estés a punto, quiero que te dejes llevar. Piensa solo en lo bien que te sientes, ¿vale?

Asiento y contengo el aliento, pero lo suelto en cuanto vuelve a acariciarme con la boca. Gimo cuando me roza el muslo, mientras

me sube el vestido, como si quisiera ver más de mí.

Cuando creo que va a pasar al otro pecho, me sorprende al besarme de nuevo. Es un beso intenso, apasionado, y casi se dobla sobre mí para acercarse más. No sé dónde acabo yo y empieza él, solo que esto me parece perfecto.

Levanto las caderas, porque una necesidad irrefrenable me recorre entera y me atenaza la columna vertebral. Liam presiona el pulgar contra la parte delantera de mis bragas, acariciándome el clítoris sin dejar de besarme, y estallo.

Me tiembla todo el cuerpo mientras me elevo, inundada por una sensación desconocida pero bienvenida al mismo tiempo. Liam me provoca otro orgasmo mientras traza un círculo lento y tortuoso con el pulgar sobre el clítoris.

—Córrete en condiciones, Piper —me susurra—. Eres tan buena que te lo mereces.

No sé cuánto tardo en recuperarme. ¿Cinco minutos? ¿Cinco años? Cuando por fin dejan de temblarme las piernas y se me ralentiza la respiración, abro un ojo y me lo encuentro mirándome fijamente.

—Hola —susurro con timidez y observo con un asombro feliz que aparece el asomo de una sonrisa en la comisura derecha de sus labios—. Me temo que estoy muerta.

Desliza una mano hacia abajo por mi pierna y me besa la rodilla.

—¿Vas a atormentarme desde el más allá, Mitchell?

—Creo que sí. Tú tienes la culpa de que me sienta así.

—Y ¿cómo te sientes?

—Ni siquiera sé si puedo hilar dos frases ¿y me preguntas cómo me siento?

—Es la oportunidad perfecta para la encuesta de satisfacción. Lo tienes fresco en la cabeza.

Se me escapa una carcajada.

—¿De verdad quieres que haga una encuesta de satisfacción?

—Me parece que me lo prometiste.

—Ha quedado muy claro cómo lo has hecho. Me he corrido en tu sofá.

—Mmm —murmura Liam—. Pues sí. ¿Qué te ha gustado?

Empiezan a arderme las mejillas por esa pregunta tan directa.

—¿Va a hacer una sesión de control al final de cada clase?

—Si eso te ayuda a averiguar lo que te ha funcionado y lo que no, podríamos hacerlo. No vas a herir mis sentimientos.

—¿No te sentirías mal si no me corriera?

—No. Nos tomaríamos un descanso y lo intentaríamos de nuevo. Y si no terminaras, tampoco pasaría nada.

—¿Hay que correrse siempre? He follado más veces de las que he tenido un orgasmo. No me cuadran las cuentas.

—No es un requisito, pero un hombre siempre debería intentar que su chica termine. Nosotros lo conseguimos con nada, así que no deberíamos ser la prioridad.

—Ah. —Mi sonrisa se desvanece—. Entonces, cuando estemos juntos, ¿siempre voy yo primero?

—Siempre. —Me mira y frunce el ceño—. ¿Estás bien?

—Sí. Estoy descubriendo todo lo que me he perdido, y es humillante. Tengo treinta y dos años. Incluso he estado casada, por el amor de Dios, y no sé cómo funciona un orgasmo. Liam, mi ex solo consiguió que me corriera cinco veces en diez años. Nada más. Lo excusé y ahora creo que fue porque no me encontraba atractiva,

porque no quería perder el tiempo enseñándome y porque yo era mala en la cama. Él tenía experiencia antes de conocerme, así que sé que no es culpa suya.

—No hagas eso —dice Liam con fiereza—. No te culpes por que él fuera un puto desastre. Solo he tardado diez minutos en descubrir que te gusta que te chupe las tetas. No hace falta tener un título en anatomía para saber qué excita a una mujer, y eso me deja claro que era un vago. Que era un capullo y un puto egoísta.

—Eso es porque tú eres un dios del sexo. —Respiro hondo, porque la conversación y las dulces oleadas de placer me han dejado sin aliento—. Eres una anomalía.

Él suelta una carcajada y me toca la rodilla.

—Eso lo dices porque sigues tocada por el orgasmo. Habla con sinceridad, Mitchell.

—Me ha resultado agradable besarte. Y lo que has hecho con la lengua.

—«Agradable» —repite. Se pasa el pulgar por el labio inferior y frunce el ceño, como si estuviera enfadado con el mundo—. El tiempo es agradable. Una ducha caliente es agradable. No quiero que mi forma de tocarte sea «agradable». Quiero que sea una puta locura.

—Ha estado bien —digo sin pensar—. Genial. Ha sido el mejor beso que me han dado en la vida.

—¿Y qué me dices de donde te he tocado? ¿Me he pasado?

—Eso también me ha gustado mucho. —Voy bajando la voz mientras intento hacer acopio de valor y procesar que el hombre que tengo delante está poniéndome bien el vestido, alisando la tela con las manos y mirándome con una expresión esperanzada que hace

que el corazón me dé un vuelco—. Me ha gustado mucho cuando… —Trago saliva y me llevo una mano al pecho—. Cuando me has tocado aquí.

Hace un gesto con la cabeza y se sienta sobre los talones.

—Bien. Lo volveré a hacer la próxima vez. ¿Hay algo que no te haya gustado?

«Que no me metieras los dedos. Que no haya podido tocarte. Que no deje de imaginarme tu polla y de preguntarme si sabría qué hacer con ella».

—Me ha gustado todo.

—Me estás subiendo el ego.

—Cuatro años de clausura y no has perdido el talento. Te mereces un premio. Quizá alguna estrella.

—Me basta que te corras como premio, pero siempre me ha motivado el refuerzo positivo. ¿Qué has aprendido esta noche?

—No me había dado cuenta de que me ibas a hacer un examen. —Suelto una carcajada nerviosa—. Mmm, supongo que mis pechos son más sensibles de lo que creía. Nunca me imaginé que me iba a gustar que me acariciaras con la boca.

—¿Te da asco mi boca, pequeñaja? Di la verdad.

—Claro que no, no es eso. Sé cómo funciona la anatomía, pero siempre supuse que Steven no me tocaba por ninguna parte porque no me gustaría.

—¿Te tocas las tetas cuando te masturbas?

—No, pero voy a empezar a hacerlo. —Me arden las mejillas, y carraspeo—. ¿Quieres que…? —Dejo la frase en el aire y lo miro. Su erección es más que evidente detrás de la delgada tela de los pantalones cortos, y no puedo apartar la mirada. No puedo dejar de

fantasear con tocarlo y hacer que él pierda la cabeza—. ¿Quieres que te eche una mano?

—No sabes lo mucho que quiero aceptar esa oferta. —Liam echa la cabeza hacia atrás. Se le estiran los tendones del cuello mientras mira al techo y flexiona la mano a un lado—. Pero vamos a dejarlo para la próxima vez.

—¿Así que habrá una próxima vez?

Me siento embriagada por las secuelas de sus caricias, tan cuidadosas y atentas. Eufórica por lo poderosa que me siento. Desorientada por descubrir por fin lo que se siente al estar con alguien que también quiere estar contigo.

Sin embargo, lo más importante es que me siento viva, como si hubiera despertado de un letargo de tristeza y dolor. Por primera vez desde hace muchísimo tiempo, estoy viendo destellos de mí misma, de ese yo que desapareció hace demasiado tiempo, y me gusta lo que veo.

—Eso ha sido la pretemporada, Piper. La temporada es larga, con muchos partidos. Muchos entrenamientos. —Liam me acaricia la mejilla con los dedos, y suspiro por el contacto. Una vez, y ya lo ansío. Soy una planta y él es el sol, y su calor me enloquece. Me coge la barbilla con los dedos, y le apoyo la mano en el brazo, atraída hacia él como por un imán—. Tú y yo nos lo vamos a pasar muy bien.

—Siempre me ha gustado pasármelo bien, y tengo la sensación de que me he estado perdiendo muchas cosas durante mucho tiempo. —Suspiro, y es una exhalación salvaje que me sacude los pulmones —. ¿Puedo pedirte un beso antes de irme o es muy de… novios? No quiero cruzar la línea.

—No estás cruzando ninguna línea. —Se le iluminan los ojos y se inclina hacia delante hasta dejar la boca a pocos centímetros de la mía. Luego captura mis labios con un beso suave y lento—. ¿Me escribes cuando llegues a casa?

—¿Te preocupa mi bienestar? Eso va más allá de la cama, Sullivan.

—Puede que sí, pero lo voy a hacer de todos modos. Te he dicho que te iba a tratar bien, y esta es la lección número uno. Siempre debes mandarle un mensaje a tu proveedor de orgasmos cuando llegues a casa para que sepa que estás bien. Y quizá también una foto de tus tetas.

Suelto una carcajada, ligera y libre.

—Me lo apunto.

—Bien. La semana que viene habrá examen.

—¿En serio? A lo mejor puedes traer los condones que brillan en la oscuridad y yo me pongo lencería a juego. Así veremos quién ilumina más.

—Sería divertido. —Me da otro beso en la frente antes de que me separe de él. Me levanto y estiro los brazos por encima de la cabeza, con una agradable sensación por todo el cuerpo—. Lo digo en serio, Piper —insiste—. Avísame cuando llegues a casa.

¿Esto es lo que se siente cuando alguien te cuida?

Si Liam es capaz de demostrarme tanto afecto después de solo una noche juntos, ¿cómo me tratará el hombre de mis sueños? ¿Se enorgullecerá de que lo vean conmigo en público? ¿Me besará como si no hubiera un mañana delante de una multitud?

Liam me está dejando claro que hay hombres buenos en el mundo y, por primera vez en mucho tiempo, tengo esperanza.

—Lo haré. Lo prometo. —Le dedico un saludo militar, me aseguro de que no voy a enseñarle nada a nadie en el pasillo y me dirijo a la puerta—. Buenas noches, Liam.

Él no dice nada más mientras me alejo a toda prisa, pero puedo sentir la intensidad de su mirada sobre mí incluso después de haberme marchado.

15

Piper

Cuál es tu color preferido?

Liam
La verdad es que nunca lo he pensado. Por qué?

Porque alguien con una mente curiosa que interpretará el papel de tu novia falsa quiere saberlo
Seguro que es algo aburrido, como el gris

Liam
Me atrevo a decir que el tuyo es el rosa

Qué me ha delatado?

Liam
La chaqueta que te pusiste anoche otra vez Creo tengo el color grabado en las retinas, Mitchell

Si lo necesitas, te puedo recomendar algún oftalmólogo

Liam
imagen

Los condones que brillan en la oscuridad EXISTEN!!!!

Liam
Fui a comprar leche, pero me desvié para comprar preservativos. Ya puedes decir que lo has visto todo

Esto me ha alegrado el día!

Liam
Tan poco hace falta?

No. Es que me fascina todo este fenómeno y el razonamiento que hay detrás
Vas a ir a la Noche Familiar?

Liam
Qué remedio…

Vas a llevar a alguien?

Liam
Veo que hemos vuelto al juego de las veinte preguntas
Voy solo

Oh! Qué pena. Nadie debería ir solo

Liam
Si lo piensas bien, todos estamos solos

Veo que has vuelto al existencialismo
Bueno, pues yo voy a ir y como soy tu amiga, no estarás totalmente solo
Por lo menos físicamente. A nivel metafísico ya no sé

Liam
Nunca me había imaginado leer un hilo de mensajes hablando de condones que brillan en la oscuridad y de metafísica

Eres portero, Sullivan. Tengo que ayudarte a no bajar nunca la guardia

Liam
Tan considerada como siempre, pequeñaja

La Noche Familiar es una de las cosas que más me gustan de trabajar para los D. C. Stars.

El club abre el estadio para que los jugadores traigan a sus seres queridos durante un par de horas. Es una noche relajada, con juegos y premios, durante la que se puede ver a los chicos comportándose con normalidad, lejos de los gritos de los aficionados.

La tradición lleva años en marcha, desde que Brody Saunders la implantó en su primera temporada como entrenador. Le gusta decir que la camaradería no se construye durante los entrenamientos, sino fuera de ellos. Eventos como este le dan al equipo la oportunidad de relajarse en su día libre y de disfrutar del tiempo con sus familias durante una racha de partidos en casa.

—¿Por qué no estás en la pista? —Maven se inclina sobre la mampara y me mira fijamente—. Pareces muy triste aquí sentada sola.

—Si por triste te refieres a contenta, pues sí. Estoy tristísima. —Me río y apoyo los codos en las rodillas—. ¿Es que no se puede ver la pista de hielo tranquilamente desde las gradas sin que te molesten?

—Sí se puede, pero tú siempre haces cosas con el equipo. La temporada pasada participaste en el concurso de comer perritos calientes y casi te ahogas. Por favor, no me digas que prefieres la carne procesada al patinaje sobre hielo.

—No sé patinar. Nunca he aprendido.

—¿Qué? Llevas años trabajando para equipos de hockey. Te pasas casi todos los días pegada a la pista de hielo.

—La palabra clave aquí es «pegada» no «en». Mi trabajo me mantiene bien plantada en tierra firme, y no tengo ninguna queja.

—¿Cómo es posible que nunca hayas aprendido a patinar?

Titubeo un momento antes de contestar.

Podría contarle aquella vez que Steven intentó enseñarme. Lo frustrado que acabó al ver que yo no entendía la física que sustenta los movimientos. Los gritos cuando dijo que no podía estar con alguien incapaz de darlo todo y la decepción en su cara cuando me caí y no fui capaz de levantarme.

Aunque hayan pasado diez años, no he vuelto a pisar el hielo desde entonces.

En vez de contárselo, sonrío y me encojo de hombros, fingiendo indiferencia.

—Siempre entrevisto a los chicos en el túnel. Ser experta en patinaje no forma parte de los requisitos de este trabajo —replico.

—¡Déjame enseñarte! Es muy fácil cuando le coges el truco y…

—No hace falta, Mae. No quiero acabar tirándote. Me divierto mirándoos a vosotros.

—¿Estás segura? Puedes sujetarme por la cintura. Podemos hacer un tren. Ya sabes que el equipo se unirá.

—Estoy segura. Date un par de vueltas más y luego cuando necesites un descanso, nos tomamos algo en la sala.

Me lanza un beso, y miro hacia la pista, sonriéndoles a todos los que se están divirtiendo.

Grant y su hermana, que es patinadora artística, están dando vueltas alrededor de todos los demás. Ethan no para de hablar con una mujer que no parece muy interesada en lo que le está diciendo. Hudson se ríe con sus perros mientras se deslizan por el hielo; y Maverick y Emmy están entretenidos con una especie de juego del pilla-pilla. No consigo entender las reglas, pero creo que Emmy le está dando una paliza. Sin embargo, y a juzgar por su sonrisa, él parece contentísimo de perder.

—¿Alérgica al hielo? —pregunta una voz grave, y sonrío al ver a Liam delante de mí.

—Algo así —respondo—. ¿Te estás tomando un descanso?

—Sí. Jugar al pilla-pilla con las sobrinas de Riley me está matando. Esas chicas son implacables.

—Deberían conocer a Emmy.

—Voy a darle un toque a ver si juega unas cuantas rondas con ellas. —Apoya el palo en la mampara y se levanta la camiseta que lleva su número, el 32, para secarse el sudor de la frente—. Seguramente sea más rápida que yo.

—Ya te digo yo que es más rápida que tú.

Su sonrisa burlona me deja entrever que sabe que tengo razón.

—¿Por qué no estás socializando con los demás? Este parece el ambiente que te va. Gente. Conversaciones. Mucho ruido.

Creía que nuestra primera conversación a solas después de que me besara hasta dejarme sin sentido la otra noche sería incómoda,

pero esto es muy natural. Como si fuéramos dos amigos charlando, y no me siento incómoda en absoluto.

No ha cambiado nada, y me alegra mucho que no vaya a tratarme de forma distinta después de haber tenido un orgasmo en su sofá.

—Te lo estás pasando fenomenal, ¿verdad? —me burlo.

—¿Qué me ha delatado?

—Tu ceño fruncido deja claro que para ti esto es una pasada. No estoy socializando con todo el mundo porque no sé patinar.

—¿No sabes patinar? ¿Has pisado alguna vez una pista de hielo?

—Una vez. No acabó bien.

Liam murmura algo, pero no me pide detalles.

—¿Quieres aprender?

—No hace falta. Estoy muy bien aquí arriba.

—Daré un par de vueltas contigo. Será un buen respiro después de que esas crías de siete años me hayan dado una paliza.

—Eso no es el cumplido que crees, Sullivan.

—No pretendía ser un cumplido, Mitchell. —En sus labios aparece una sonrisilla—. Vamos, pequeñaja.

—Podría ser peligroso. Podrías caerte. ¿Y si acabas con un hombro dislocado y no puedes jugar? Me sentiría muy culpable.

—Piper, cuando entreno levanto el doble de tu peso con las piernas. A menos que planees convertirte en Hulk, tendrás que esforzarte mucho para tirarme al suelo.

Los periodistas de los equipos rivales lo llaman «el muro» por una buena razón. Sus anchos hombros, sus marcados bíceps y sus piernas de acero me indican que sería casi imposible desequilibrarlo.

Mi cerebro me muestra una imagen suya levantándome del suelo. Echándome sobre un hombro y llevándome por un pasillo

interminable sin hacer el más mínimo esfuerzo, mientras la mano que tiene en mi muslo se cuela debajo de la ropa. Tiene la otra en mi culo, dándome un apretón.

La fantasía es increíble, y lo bastante subida de tono como para que apriete los muslos y trague saliva en un intento por sacarme ese pensamiento de la cabeza.

—¿Me prometes que no te reirás de mí? —le pregunto.

—No. Pero no me reiré tan fuerte como para que lo oigas.

—Qué cabrón —digo, pero me levanto y me acerco a él—. No tengo patines.

—¿Qué número calzas?

—Un treinta y siete.

Liam levanta un dedo y atraviesa la pista. Siempre estoy muy concentrada en el juego y él siempre está en la portería, inmóvil a menos que el disco se acerque a él, así que se me olvida lo guapo que está cuando patina.

Lo hace con facilidad. Como si se deslizara por el aire o caminara sobre el agua.

Podría pasarme horas viéndolo moverse.

Vuelve al cabo de un minuto y levanta un par de patines blancos que están rayados en la punta.

—Ya no tienes excusas.

—¿Eres mago? ¿De dónde los has sacado?

—Le decimos a la gente que traiga un par extra para poder donarlos a la organización benéfica con la que ayudamos a la comunidad. A ver si te quedan bien.

Me quito las zapatillas deportivas a regañadientes y me pongo los patines. Me los ato y me levanto. Pierdo el equilibrio y estoy a punto

de caerme.

—Por desgracia, me quedan bien. ¿Debería ponerme un casco? ¿Y unas protecciones? La última vez que intenté moverme por el hielo me caí unas dieciocho veces.

—¿Nada más? Deberías haber llegado a veinte.

—Creo que veinte habrían arruinado mi amor por este deporte.

Me tiende la mano y, en esa fracción de segundo, decido pasar de todo y probarlo, porque ¿de qué sirve mi vida si me paso el tiempo mirando desde la barrera? ¿Si me pierdo todas las cosas buenas que suceden a mi alrededor por miedo a fracasar?

Sé que estoy en un lugar seguro. Que es una oportunidad para aprender sin repercusiones, así que acepto su mano.

Tiene callos en la base de los dedos. Su palma es cálida incluso con la baja temperatura de la pista, y su agarre es firme y suave, como si pudiera atraparme sin dificultad y levantarme antes de que toque el hielo si me cayera de bruces.

Me rodea la cintura con un brazo por delante y me coloca la otra mano en la parte baja de la espalda para guiarme. Puedo sentir su calor a través del jersey de lana, y su cercanía me da una seguridad que no tenía la primera vez que me puse los patines.

—Estupendo —murmura mientras avanzamos en línea recta. Tropiezo en la primera curva, pero su agarre no flaquea—. Lo estás haciendo muy bien.

—Parezco un cervatillo, ¿verdad?

—Más bien una cría de jirafa. Estás cargando todo el peso en la parte superior del cuerpo hacia delante, y eso te hace perder el equilibrio. Distribúyelo uniformemente. Relájate y deslízate con cada paso, como si estuvieras empujando el hielo.

Escucho sus pacientes instrucciones. Decido concentrarme menos en los nervios y más en usar el suelo como punto de apoyo, y eso me ayuda. El cambio hace que todo resulte un poco más fácil.

La primera vuelta es horrible. Tardamos casi diez minutos en completarla. Los niños nos adelantan y uno incluso me señala y se ríe. La mirada severa de Liam lo ahuyenta, y no puedo contener la sonrisa pese a lo mal que está yendo todo.

—El perro de Hudson se mueve más rápido que yo. —Miro hacia el golden retriever que se está deslizando sobre la barriga y me echo a reír—. Y tiene más gracia, la verdad.

—Tener cuatro patas es una ventaja injusta.

—¿Podrías ponerte unos patines en las manos y equilibrar la balanza, por favor?

—Compárate con la hija de Seymour. Es incapaz de mantenerse erguida.

—Liam, es una niña de un año que no puede ni limpiarse el culo sola. Ser mejor que ella es una crueldad.

Se ríe y empezamos otra vuelta.

—Alguien sugirió un día que hiciéramos una carrera a gatas durante el intermedio. ¿Te imaginas el caos?

—Creo que sería lo más peligroso y lo más entretenido que podría pasar en este estadio. —Saludo a Maven, y ella me hace un gesto de aprobación con el pulgar, sin levantar la cabeza, que tiene apoyada en el hombro de Dallas—. ¿Cuántos años tenías cuando aprendiste a patinar?

—Cuatro. Crecí en Chicago. Mi padre me apuntó a un campamento infantil de los Blackhawks un verano y ya no hubo vuelta atrás.

—Naciste para triunfar. Yo, sin embargo, estoy aquí haciendo el ridículo mientras me humillan unos niños que tienen veinte años menos que yo.

—No estás haciendo el ridículo. Estás aprendiendo, que no es lo mismo. —Me levanta por debajo de los brazos cuando ve que pierdo el equilibrio de nuevo. Chillo al hacer un giro brusco y ver que casi nos chocamos con la mampara—. Todos damos pena la primera vez que hacemos algo.

—Se me daría mucho mejor si la primera experiencia que tuve sobre el hielo hubiera sido así. Habría salido con ganas de ir a clase de patinaje, no de esconderme de la pista de hielo.

Lo veo apretar los dientes.

—¿Tuviste un mal profesor?

—Fue malo en muchas cosas. Gracias por ser paciente conmigo.

—No hace falta que le des las gracias a alguien por hacer lo correcto.

—Supongo que lo hago por costumbre. —Veo que empieza a alejarse y cedo al pánico—. ¡Eh, para! Vuelve. ¿Adónde vas?

—Quiero que lo intentes sola. Voy a patinar delante y tú vas a intentar alcanzarme.

—¿No te has dado cuenta de que los niños me están adelantando? ¿Y si me caigo?

—¿Qué más da si te caes? —Se detiene veinte metros por delante de mí—. Puedes hacerlo, Piper.

Hay magia en sus palabras de ánimo. No las había oído antes y, durante medio segundo, en este mundo de engaño y fantasía, en una realidad en la que me levantan en vez de derribarme, sé que puedo hacerlo.

Así que me muevo.

Avanzo arrastrando los pies, con más confianza en cada paso cuanto más tiempo logro mantener el equilibrio. Maverick y Emmy pasan a mi lado, sonriendo y animándome. Grant saca el móvil y empieza a grabarme, coreando mi nombre y levantando el puño a modo de celebración.

Hasta Liam tiene una sonrisa en la cara.

O más bien un asomo de una sonrisa, y nunca lo he visto tan guapo, con esta serena alegría mientras retrocede con disimulo poco a poco para obligarme a seguir patinando, para demostrarme a mí misma que soy capaz de hacerlo, que soy fuerte.

—¿Cómo se frena? —le pregunto, lanzándome hacia él.

—Dobla las rodillas y gira los patines hacia un lado —contesta.

Intento seguir sus instrucciones, pero pierdo el centro de gravedad. Me inclino hacia delante, consciente de que estoy a un tris de estrellarme, y juro que veo mi vida pasar por delante de los ojos.

Antes de poder hacer algo remotamente parecido a frenar, choco con Liam, lanzándolo al hielo mientras yo caigo con él.

—¡Mierda! Joder. ¡Ay, no! —Se me doblan las piernas y caigo sobre su abdomen—. ¿Estás bien? ¿Estás vivo? ¿Estoy viva? ¿Me he cortado una mano?

—Estás bien —me asegura Liam, y abro los ojos. Está tendido en el hielo como una estrella de mar, con los brazos estirados y las piernas abiertas—. Al contrario que mi culo.

—¿Te sentirás mejor si finjo que el choque ha sido una venganza por burlarte de mi americana y no porque he sido incapaz de entender tus instrucciones cuando me las has gritado?

—En ese caso, te lo mereces. No estaba preparado para que te abalanzaras sobre mí al estilo Hulk, Mitchell. —Gime y se impulsa con los codos—. Podrías tener futuro en la NHL con esos movimientos defensivos.

—¿Te has golpeado la cabeza? ¿Por qué no llevas casco? Esto es una demanda en potencia.

—Estoy bien. Solo me he hecho daño en la nalga izquierda, nada más. Menos mal que mañana estaré de rodillas durante el partido, y no sentado.

No puedo evitarlo: me echo a reír por lo absurdo de la situación. Por nuestras posiciones. Por el gesto que hace cuando se levanta y se toca el culo, como si estuviera comprobando que sigue igual. Por mis patéticas habilidades para patinar y por la seguridad de que nunca, nunca jamás, volveré a hacer esto.

—Qué fracaso. —Lo miro parpadeando. Liam me devuelve la mirada, todavía con el asomo de sonrisa y sin ninguna prisa por apartarme de él—. ¿Qué hacemos ahora?

—Nos levantamos y lo intentamos de nuevo.

—Ese es un punto de vista muy positivo viniendo de un tío que se pasa la vida frunciendo el ceño.

—A lo mejor es que estoy pasando página. Tu valentía y tu incapacidad para detenerte me han inspirado.

—Qué gracioso, si hasta sabe ser sarcástico. —Apoyo las manos en su torso y me pongo de rodillas—. Mi sitio está junto a la pista. Es el lugar más seguro.

—Una vuelta más y luego nos tomamos algo. —Liam me acaricia el borde del jersey con el pulgar y me roza la piel desnuda, dejando una cálida estela a su paso—. Considéralo parte de tus clases.

—Vale —susurro, incapaz de añadir nada más. No sé a qué clases se refiere exactamente, pero estoy dispuesta a ser la alumna más aplicada del mundo—. Pero solo si invitas tú.

Aparta la mano, y ya echo de menos su caricia.

—Aunque tu primer profesor fuera una mierda, ahora me tienes a mí, Piper. Sé cómo cuidar de una mujer.

Una vuelta más se convierte en dos y luego en tres. Con cada vuelta que damos, cada vez me resulta más obvio y doloroso lo diferente que es de mi ex.

Y, a juzgar por la sonrisa arrogante con la que me mira, él también lo sabe.

16

Piper

Hola! Tienes planes para esta noche?

Liam
Depende de quién lo pregunte

Yo! Cambia eso tu respuesta?

Liam
Es posible. Si hay otras personas involucradas, tengo planes

Y si no hay nadie más involucrado?

Liam
Soy todo oídos

He pensado que deberíamos conocernos antes de la boda de tu hermana, así que te invito a mi casa
No en plan cita ni nada de eso!
Es en plan dos amigos hablando tranquilamente de las cosas que les gustan y las que no

Liam

Ya estás garabateando mi nombre por todo tu diario, verdad?

Me has pillado
Bebes café? Cuál es tu comida favorita? Qué prefieres, el desayuno o la cena?

Liam
Sí. Bocata de albóndigas. El desayuno

Genial! Ya lo sé todo sobre ti!
Seguro que es fácil convencer a la gente de que estamos saliendo cuando no tengo ni idea de cómo te gusta el café
Seguro que con ocho terrones de azúcar y extra de vainilla

Liam
Solo

Mecachis, casi

Liam
Entendido. Pásame tu dirección. Iré después del entrenamiento de fuerza

Podríamos apRovechar para otra clase? Que no implique patinaje sobre hielo, sino a ti de rodillas?

Liam
Un orgasmo y ya has aprendido a decir lo que piensas?
Me alegro de que mis dedos te hayan ayudado a recuperar cierta confianza

Voy a esconderme
Hasta luego!

LAS CHICAS SOLO QUIEREN (DERECHOS FUNDAMENTALES) PASARLO BIEN Y SEXO DEL BUENO

Maven
Cena esta noche? June está en casa de una amiga y Dallas juega fuera. Me aburro

Emmy
Estoy en Pittsburgh con un plato de pasta del servicio de habitaciones

Lexi
Te acompaño en el sentimiento

Emmy
No te gusta Pittsburgh?

Lexi
No me gusta la pasta del servicio de habitaciones. Te ahorraré los detalles

Emmy
Qué agradable

Esta noche estoy ocupada. Lo siento!

Lexi

Vale, y lo sueltas así, sin más? Con qué estás ocupada?

Maven
O con QUIÉN estás ocupada?

Emmy
O es el número de Liam o son treinta y dos hombres

Lexi
Espero que sean treinta y dos hombres. Sería un buen giro de guion

Siento decepcionaros, chicas. Solo es un hombre

Lexi
Y te está decepcionando?

... sin comentarios
Pero os aseguro que NO me está decepcionando

Lexi
Coño. El Papi Portero está que se sale

He descubierto que Liam siempre llega temprano.

Miro por la mirilla y lo veo en la puerta de mi piso a las siete en punto, de pie en el pasillo con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones de chándal, como si llevara una hora esperando.

—Hola —lo saludo al abrir la puerta. Lo miro de arriba abajo y frunzo el ceño al ver que tiene el pelo húmedo y ondulado. Un mechón rebelde se le riza en la frente, y me dan ganas de apartárselo—. ¿No tienes frío?

—Peso casi cien kilos. Si llevara abrigo, estaría sudando.

—Pues te pido perdón por la temperatura que estás a punto de sufrir aquí dentro. Va a parecerte una sauna. —Retrocedo un paso para que pueda entrar—. Puedes dejar los zapatos donde quieras.

—Dios, Mitchell. Esto parece un puto terrario. ¿Eres un lagarto o qué? —Frunce el ceño y se lleva las manos a la sudadera que tiene puesta. Se levanta el bajo y se la quita por la cabeza, tras lo cual la tira al suelo—. Me voy a derretir.

—Abre una ventana y saca la cabeza. Se te pasará. —Sonrío cuando vuelve a fruncir el ceño—. ¿Qué tal en el gimnasio?

—Un infierno. Muy parecido a la temperatura que hace aquí.

—¿Y cómo tienes el culo después de la caída del miércoles?

—Con un puto cardenal. Anoche me dolió mucho durante el partido. ¿Y tu rodilla?

—Bien. Tengo peor el ego. Lexi lo grabó todo, y es humillante. —Cierro la puerta y echo el pestillo—. ¿Has cenado?

—He comprado un bocata después de salir del gimnasio. No puedo estar mucho tiempo después de entrenar sin repostar.

—¿Quieres que te enseñe el piso?

—Claro. Si podemos hacer una parada en la Antártida por el camino, te lo agradecería mucho.

Le doy un codazo y lo llevo por el pasillo hasta el salón.

—Aquí es donde paso casi todo el tiempo. No tengo despacho en casa, así que hago gran parte de mi trabajo en el sofá.

—Es colorido, algo que no me extraña teniendo en cuenta tu vestuario. —Mira la estantería de la esquina y a la planta cuyas hojas cuelgan por dos estantes. Toca la pila de posavasos que compré en un viaje en solitario a Italia nada más firmar los papeles del divorcio y luego le echa un vistazo a las mantas dobladas sobre la otomana —. Muy tú.

Es la primera vez que invito un hombre a mi piso, y me pregunto cómo será a través de sus ojos.

Me mudé aquí después del divorcio y usé el dinero del acuerdo prematrimonial para crear un hogar que fuera totalmente mío, donde no hubiera ningún fantasma del pasado.

Hay pintura nueva en las paredes: amarillo, azul, fucsia y verde. Los armaritos y los cajones de la cocina tienen nuevos acabados. Alicaté la ducha y puse una lámpara moderna en mi mesita de noche.

Es mi refugio. Un lugar repleto del amor del que no disfruté durante tantos años y que cobra vida con fotografías mías y de mis amigas, con las postales que tengo en la puerta de la nevera y que he ido comprando en los sitios a los que he viajado, con marcapáginas en los libros que señalan las escenas que espero vivir algún día.

Al igual que yo, mi piso es un proyecto en proceso. Irá mejorando con el paso del tiempo, pero es mío.

—Mi última casa era de estilo moderno. Monocromática y llena de líneas rectas. Me parecía muy estéril. La detestaba —digo.

Liam se fija en la estantería.

—¿Te gusta leer?

—Sí. —Sonrío y paso el dedo por uno de los lomos—. Me encanta evadirme con un buen libro. Hace que tenga esperanza en el mundo, ¿sabes? Es una pena que no formes parte del club de lectura de los chicos. Me encantaría escuchar tus opiniones sobre el romance oscuro.

—Soy disléxico. —Encoge los hombros al decirlo, y parece que su estatura casi se reduce a la mitad—. Tardo mucho en leer, y me cuesta imaginar cosas de forma creativa. Nunca sobreviviría en un club de lectura.

—No tenía ni idea.

—Me gusta pensar que lo disimulo bien.

—¿Y los audiolibros? Podrías probar el contenido en un formato diferente.

—¿Eso cuenta como leer? Los chicos seguramente dirían que estoy haciendo trampa.

—No dirían eso en absoluto. Liam, los audiolibros son lectura, y es una manera de conseguir que las historias sean accesibles para todo el mundo.

—Ah. Pues entonces a lo mejor pruebo con uno.

—¿La dislexia es el motivo por el que no te gusta hablar con la prensa? —Me siento en el sofá y le hago un gesto, invitándolo a ponerse cómodo donde le apetezca—. Nunca concedes entrevistas.

Elige el sillón más cercano a la chimenea y se sienta en el borde.

—No me gusta hablar con la prensa porque tuve una mala experiencia durante mi primer año en Minnesota.

—¿Qué pasó?

—Un periodista imbécil empezó a meterse con mi familia. Me preguntó si el cáncer de mama de mi madre había dado señales de reaparecer. Sacó a relucir a mi hermana y su antigua costumbre de salir de marcha. Luego mencionó a mi padre y su trabajo como cartero como si fuera algo indigno. Tuve la sensación de haberme convertido en un saco de boxeo. Desde entonces no he vuelto a confiar en nadie con un micrófono.

Casi se me parte el corazón.

Sabía que debía haber una razón para su desdén.

Liam no es un gilipollas. Es un hombre sincero y reservado. No es sociable, cierto, pero tampoco es mezquino. Saber que alguien se

mostró condescendiente con él en nombre del periodismo hace que me hierva la sangre. Me dan ganas de averiguar el nombre de ese capullo y de asegurarme de que nunca vuelva a trabajar en la liga profesional.

—Siento mucho lo que te pasó, Liam. No estoy excusando su comportamiento, porque lo que te hicieron fue asqueroso, pero no todos somos así. Yo nunca te haría preguntas tan invasivas.

—Eso no cambia lo que sucedió. —Aprieta los dientes y me dan ganas de abrazarlo. Quiero decirle que no pasa nada. Quiero prometerle que, mientras esté en el equipo, no revelaré jamás ningún detalle personal que quiera mantener en secreto—. Así que ahí lo tienes. La razón por la que nunca volveré a ponerme delante de un micrófono.

—¿Tu madre está bien? —le pregunto con delicadeza.

—Sí. Lleva seis años en remisión.

Me inunda el alivio.

—Me alegro de oírlo, y siento mucho haber sacado un tema tan personal.

—No es culpa tuya. —Levanta la barbilla y me mira a los ojos—. Dijiste que querías pasar la noche conociéndonos mejor, ¿no?

—No tenemos por qué. Ya lo iré averiguando sobre la marcha, y…

—Es una buena idea. Estar cuatro días con mi familia va a ser difícil si no sé cómo te gusta a ti el café. A ver si lo adivino: con leche, seis terrones de azúcar y un toque de avellana.

—No bebo café. La cafeína puede provocarme migrañas, así que solo tomo infusiones de manzanilla e hibisco.

—¿Con qué frecuencia tienes migrañas?

—Depende. A veces me paso dos o tres meses sin tener ninguna. Otras veces tengo una a la semana. No hay una regla fija.

—¿Tomas medicación para tratarlas? —me pregunta.

—Medicamentos sin receta. Los que la necesitan son demasiado caros como para tomarlos regularmente, incluso con el seguro de salud que tengo. Voy a sesiones de acupuntura y también al quiropráctico, pero tengo que vigilar los gastos.

Frunce los labios y me mira fijamente, evaluándome de tal modo que me siento expuesta.

—Tengo una pregunta delicada.

Acerco las rodillas al pecho y me abrazo las piernas.

—Dime.

—Tienes dinero, ¿verdad? Tu ex es millonario.

—¿Cómo sabes que es millonario?

—Esa información la encuentra cualquiera en internet si quiere. —Hace una pausa y una expresión airada le nubla los ojos—. Tiene la nariz torcida.

—¿Verdad? Eso lo acompleja mucho.

—Sería una pena que alguien se la enderezara de un puñetazo.

Echo la cabeza hacia atrás y suelto una carcajada.

—Por favor, deja la violencia física para la pista de hielo. En cuanto al dinero, firmamos un acuerdo prematrimonial. Yo era joven e ingenua y creía que estaríamos juntos para siempre. No me molesté en buscar una forma de protegerme en caso de divorcio. Acabé con lo justo para permitirme una casa propia, pagar algunas deudas, ahorrar un poco y nada más. Mi sueldo casi no me da para seguir pagando la asistencia sanitaria que tengo, pero me niego a pedirle

que aumente la manutención estipulada. Encontraría la manera de usarlo en mi contra.

Liam se levanta. Se acerca al sofá y se sienta a mi lado. Siento el roce suave de su mano en el codo y lo miro cuando me da un delicado apretón.

—Hazme un favor, Mitchell. Asegúrate de que el próximo hombre del que te enamores no sea un idiota con cara de necesitar un puñetazo.

—Me gusta que eso sea lo mínimo que se le exige a los hombres en la actualidad. Trato hecho, Sullivan. —Le sonrío—. ¿Alana es tu única hermana?

—Sí. No habría sobrevivido a dos como ella. Tiene mucho carácter. Creo que te caerá bien.

—Estoy deseando conocerla, aunque sea con mentiras de por medio.

—¿Y tú? ¿Tienes hermanos? ¿Mascotas?

—No. Soy hija única. Uf, ¿esto es lo que hace la gente durante una primera cita? Qué aburrido.

Se encoge de hombros.

—No lo sé. Hace años que no salgo con nadie.

—Nunca imaginé que lo de la cama sería la parte fácil. Esto es insoportable. ¿Tienes mascotas?

—Tengo un gato.

—¿Cómo? ¿Dónde estaba cuando fui a tu casa?

—Escondido. Odia a la gente. En eso se parece a mí. —Liam sonríe y se rasca la barba—. Se llama Pico de Gato y lo encontré cuando fui de viaje de estudios a Costa Rica. No dejaba de

seguirme, así que volví más tarde y me lo traje a casa. Solo entiende español, pero nos las apañamos.

—¿Hablas español?

—Con fluidez, sí.

—Vaya, he aprendido más sobre ti en cinco minutos que en todo el tiempo que llevo con los Stars.

—Soy un aburrido. Voy a entrenar. Vuelvo a casa. Como y duermo, y repito el ciclo una y otra vez. No hay casi nada que valga la pena saber. ¿Hablas algún otro idioma?

—Sé lengua de signos. Tengo un primo sordo, así que aprendí cuando era joven.

—Alana también sabe lengua de signos. Podéis hablar mal de mí sin que yo lo sepa.

Se hace el silencio entre nosotros y suspiro. Alargo un brazo y jugueteo con los flecos del borde de la manta.

—No sé qué otras preguntas hacerte —admito—. Supongo que habrá alguna página web con una lista, pero me da miedo mirarla. Seguro que me agobio.

—Tienes mi número. Puedes escribirme si de repente sientes curiosidad por algo.

—Supongo que te importa mucho la opinión de tu familia sobre tu vida personal, por eso aceptaste lo de la relación falsa. Que estemos cómodos el uno con el otro y nos conozcamos bien seguro que facilita las cosas.

Liam emite un murmullo, y creo que he dado en el clavo.

—No me avergüenza no tener pareja. Es que estoy harto de tantas preguntas. ¿Cuándo voy a tener hijos? ¿Por qué no he sentado cabeza? ¿Con quién estoy saliendo? —Entonces es él quien

suspira, pero no me parece que lo haga por frustración—. Tengo veintinueve años. El hockey es el amor de mi vida ahora mismo. No siempre va a ser así, pero quiero disfrutar de esto mientras pueda.

—No hay nada malo en querer vivir el momento. Tienes mucho tiempo para descubrir lo que quieres en el futuro.

—Gracias por la charla motivacional. —Se inclina y me agarra el tobillo con los dedos. Me acaricia la pantorrilla con el pulgar y me arranca un suspiro—. ¿Quieres seguir hablando, Piper? ¿O prefieres hacer otra cosa?

—Otra cosa —le contesto, reuniendo el valor para decirle lo que quiero y preguntándome cómo va a reaccionar.

Liam me recorre el cuerpo con mirada ávida.

—¿Lista para otra clase?

—¿Qué tienes en mente?

—Vamos a repetir lo que hicimos la última vez. El sexo, aunque solo sea por placer, puede ser emocional, y no quiero ir demasiado rápido. Vamos a tomárnoslo con calma para asegurarnos de que te sientes cómoda.

—Podemos ir despacio —me oigo decir, aunque creo que estoy teniendo una experiencia extracorporal. Me muero por sentir su boca sobre la piel y ya estoy fantaseando con cómo hará que me corra esta noche—. La paciencia es una virtud, ¿no?

Me tira de la pierna con la fuerza suficiente como para moverme y cojo aire de forma entrecortada. Acabo con la espalda pegada al sofá mientras él me recorre el muslo con la mano y juega con las costuras de mis pantalones cortos.

—Estos son una puta distracción —murmura con voz ronca y áspera.

—Pues quítamelos. No me gustaría que te desconcentraras, profe.

17

Liam

Piper es tan suave como recuerdo.

Disfruto de ella mientras voy subiendo la mano hasta metérsela por debajo de los pantalones cortos y llegar a la parte superior de la cadera. Le rozo la cinturilla de las bragas, desesperado por saber si son también de encaje, como las que llevaba el otro día.

Azules, tal vez. O rosa fuerte.

Tiro del elástico y lo suelto, y se me escapa un murmullo cuando ella sisea por la sensación. Le acaricio la marca que he dejado con el pulgar, casi tentado de romperle de un tirón los putos pantalones cortos de seda para poder ver lo perfecta que es sin ropa.

—¿Te ha dolido? —le pregunto, porque quiero averiguar más cosas sobre ella, y porque quiero que ella averigüe más cosas sobre sí misma—. ¿Me he pasado?

—No. —Sacude la cabeza y el pelo rubio se le alborota. Me acaricia la espalda y se pega a mi piel con manos cálidas—. No te has pasado.

—Vale. —Le separo las piernas y ella me rodea la cintura—. Porque esta noche vamos a hacer las cosas un pelín diferentes.

—¿Vamos a usar los dedos? —Se le ilumina la cara de emoción—. ¿O piensas hacerme esperar y torturarme otra vez?

—Si te hago esperar es porque esto va de averiguar lo que te gusta. Lo que te lleva al límite y lo que te hace sentir bien. ¿Dónde estaría la gracia si nos saltáramos las partes que pueden ser tan buenas como el plato principal?

Le aparto la mano de los pantalones cortos y se la pongo en el abdomen. Suelta el aire, un suspiro entrecortado que hace que la energía vibre en mi interior.

Joder, la de cosas que quiero hacerle.

Hace unas semanas quise follármela contra la pared del bar, ponerla de rodillas y atarle las manos a la espalda, arrastrarla al baño y sentarla en el lavabo para poder comerle el coño, saborearla a placer, porque estoy seguro de que es dulce como el caramelo, hasta que gritara mi nombre para que todos lo oyeran.

Y cuando la vi con los patines puestos, con los ojos como platos y una expresión confiada mientras seguía todas mis instrucciones…

Eso fue lo que más me gustó.

Se me está agotando el control.

Estoy intentando hacerlo bien. Estoy intentando ir despacio para que no se ponga nerviosa ni se cohíba cuando conozca al próximo tío con el que quiera acostarse, pero verla así no me ayuda en absoluto.

—No tienes que ir con cuidado conmigo. No voy a romperme, Liam. ¿Por qué estás siendo tan cuidadoso?

—Ya sabes lo que dicen: los chicos buenos siempre terminan los últimos. Y es verdad. —Subo por su cuerpo hasta llegar al pecho. Le pellizco un pezón, encantado de descubrir que no lleva sujetador—.

Estoy demasiado ocupado viendo cómo te corres como para preocuparme por ganar.

Se le escapa lo que me parece una carcajada. Pego la boca a la suya y ella levanta la barbilla para salir a mi encuentro.

—¿Vas a correrte esta noche? —susurra, y la pregunta es una puta perversión—. Y si lo haces, ¿puedo mirar?

—¿Quieres mirar?

—Sí. —Me toca una mejilla. Me acaricia la barba con el pulgar y me tira del labio inferior hacia abajo—. Quiero verte la cara. Quiero ver lo grande que la tienes y lo dura que se te puede poner. Quiero ver cómo te gusta que te toquen para poder hacerlo yo así también. Quiero ver si lo pones todo perdido.

La cojo de la barbilla y le cambia la respiración. Esboza una sonrisa muy parecida a la mía, como si me estuviera retando a jugar con ella, pero no sabe que no tiene ninguna oportunidad contra mí.

—Los únicos sitios que voy a poner perdidos son tu garganta o tus tetas —replico.

Abre los ojos todavía más, y me preocupa la posibilidad de haberme pasado.

Aunque en la vida real odio hablar con la gente, siempre me ha encantado hablar en la cama y ser el tío que explica, paso a paso, lo que va a hacer y que dice exactamente lo que ve, lo que saborea y lo que oye.

Para alguien que, según me ha contado, seguramente esté acostumbrada a estar callada, a lo mejor resulto demasiado vulgar. Demasiado atrevido. Cuando digo «coño», se ruboriza.

Sin embargo, se incorpora sobre los codos y me besa como si fuéramos a morir mañana, así que sé que no es tan inocente como

se cree.

Tiene fantasías. Deseos. Cosas que quiere intentar, pero que le da miedo expresar en voz alta, y voy a averiguarlas por mis cojones.

—Al dormitorio —me dice contra la boca, y asiento.

Me levanto sin ponerle fin al beso y la cojo en brazos. La llevo por el pasillo, evitando por poco que se golpee la cabeza con un marco de fotos.

—¿Qué habitación?

—La de la izquierda. No… —Baja la barbilla y me besa en el cuello. Me acaricia la garganta con la lengua y casi pierdo el equilibrio—. A mi izquierda.

—¿Esta?

—No. La siguiente.

—Hay tres puertas más, Piper. ¿Es la del medio o la del final?

—¿Qué más da? Elige una habitación, Liam. Cualquiera. Nos las apañamos con lo que encontremos. Como si acabamos en la ducha, a mí me da igual.

—¿Crees que no te voy a follar en todas las habitaciones y contra todas las paredes?

—¿Contra la pared? ¿Y eso cómo se hace?

—Ya me encargo yo de la logística. Tú solo tienes que aguantar.

Piper suspira contra mi cuello, su aliento cálido y su risa dulce.

—No me gusta que tú hagas todo el trabajo. Sé que soy la alumna, pero me da la sensación de que la balanza no está muy equilibrada. Comparte la carga, Sullivan.

—¿Quieres hacer parte del trabajo? —Por fin doy con el que creo que es su dormitorio y casi rompo la puerta para abrirla. Me acerco

a la cama y la siento en el colchón antes de retroceder un paso—. Enséñame cómo te tocas.

—¿Qué? —pregunta, parpadeando—. ¿De qué manera me ayuda eso a aprender lo que tengo que hacer con un hombre?

—Porque voy a observarte y decirte las cosas que te gustan. Es posible que no te des cuenta de que te gustan porque todavía no las has experimentado. Voy a ayudarte a leer tu cuerpo.

—Estoy empezando a creer que eres una especie de encantador de mujeres —murmura mirando a cualquier parte menos a mí. Espero, dejándola que decida si es algo que quiere hacer—. Vale. Pero no te puedes reír de mí.

—Nunca me reiría de ti.

Se le suaviza la expresión y asiente.

—¿Esta noche nos quedamos con la ropa puesta o nos la quitamos?

Me palpita la polla al imaginármela desnuda y abierta para mí. Me tienta la idea de ceder y mandarlo todo a la mierda, ser imprudente y despreocupado, pero quiero hacerlo bien.

Ella se lo merece.

—Puesta. —Hablo con voz ronca. Estoy tan excitado que tengo que colocármela bien debajo del pantalón de chándal. Su sonrisa burlona es una provocación, y haría cualquier cosa por verla ahogarse con mi polla—. La próxima vez nos la quitamos.

Piper se tumba boca arriba y levanta los brazos por encima de la cabeza. Se le sube la camiseta y le veo la parte inferior de las tetas.

—¿Cómo lo…? ¿Qué debería…? ¿Dónde…?

—Tócate como lo haces cuando estás sola. Como si yo no estuviera aquí. —Hago una pausa y me quito la camiseta, que tiro al

suelo. Ella gime cuando me ve el torso desnudo, y me recorre el cuerpo con la mirada sin ningún pudor. Me importa una mierda que me esté comiendo con los ojos; flexiono los músculos, alardeando—. Pero voy a darte un poco de inspiración.

—También me estás inspirando para que vaya al gimnasio mañana. —Vuelve a reírse y se relaja contra el montón de almohadas que tiene detrás. Dobla las rodillas y separa los muslos, dejándome ver su entrepierna—. ¿Vas a acercarte a mí mientras lo hago?

Me muevo antes de que pueda terminar la pregunta.

Lo último que quiero es que se sienta rechazada. Como si lo estuviera haciendo por mí en vez de por sí misma. Me arrastro sobre el colchón y vuelvo a ocupar el espacio entre sus muslos.

—¿Qué quieres, Piper?

—A ti.

Joder, qué peligro tienen esas palabras…

—¿A mí?

—Sí. Bésame, Liam.

Aunque sea duro en la pista de hielo, cuando la tengo debajo, pronunciando mi nombre como si fuera importante, como si fuera mucho más que un jugador de hockey que detiene un par de goles cada noche, soy un puto blandengue.

Le daría cualquier cosa que me pidiera, sin importar lo que sea.

Así que la beso.

Con más delicadeza en esta ocasión, hasta que ella empieza a gemir de forma entrecortada desde lo más profundo de su garganta. Hasta que me clava los dedos de una mano en los músculos del

cuello, animándome para que me acerque más, y se mete los dedos de la otra por debajo de los pantalones.

—Hace tiempo que no hago esto —susurra. Me aparto y la miro. Tiene los ojos cerrados y la boca un poco entreabierta—. He visto vídeos para averiguar qué me podría gustar, pero todavía no lo sé.

—¿Has probado con juguetes? —Le acaricio una rodilla con el pulgar—. A veces hacen maravillas.

—No. Quizá debería. —Arquea la espalda, con los pezones duros contra la camiseta. No puedo verlo, pero puedo oírlo: el húmedo movimiento de su dedo. El ritmo que adopta y su gemido silencioso —. Nunca he llegado al orgasmo en pareja.

—Porque necesitas más estimulación. Te gusta que te toquen en algún lugar más sensible. —Le rodeo la muñeca con los dedos y le saco la mano del pantalón corto mientras ella aparta la que me había puesto en el pelo y la deja sobre el abdomen. Pongo el pulgar sobre el suyo, guiándola hacia el clítoris, y hago presión sobre el punto que le gustó la otra noche. El gemido que se le escapa es más fuerte en esta ocasión. Cierra las piernas con fuerza contra mis caderas, y sonrío—. Ahí está, Piper. Eso está mejor, ¿verdad?

—Joder, no es que esté mejor, es que es perfecto. ¿Cómo…? —Cierra los ojos con fuerza y jadea. Echa la cabeza hacia atrás y se muerde el labio inferior—. ¡Liam! ¿Puedes…? Necesito… —Se aferra a las sábanas—. Quiero tus dedos dentro de mí otra vez, pero no consigo un buen ángulo.

—Espera. —Aparto el pulgar y gime mientras levanta las caderas al perder el contacto. Le doy un tirón de los pantalones y se los bajo por las piernas hasta que se le quedan en los tobillos. Se los quito y los tiro al suelo con mi camiseta—. Dios.

—¿Qué pasa? —Abre los ojos de golpe y me mira—. ¿Qué he hecho mal?

Meneo la cabeza mientras echo mano de todo el autocontrol del que dispongo para no tocarme, para dejar las manos sobre ella y no agarrármela, porque esto no es para mí.

Sin embargo, verla con el tanga blanco hace que me cueste un huevo portarme bien.

Cuando veo la mancha húmeda en la parte delantera del tanga, su excitación clara y evidente, me invade un ansia que no he sentido antes.

Quiero envolvérmelo en un puño. Quiero guardármelo en el bolsillo y averiguar a qué sabe. Quiero frotármelo contra la polla hasta mancharlo con mi semen.

—No has hecho nada malo. Eres perfecta, Piper.

Se derrite al oír el elogio y separa más las piernas. Se mete los dedos por dentro del tanga, y empiezo a pensar que no debería haberle quitado los pantalones cortos, porque ahora veo demasiado. Oigo demasiado. Imagino que es mi polla la que se la está follando, no su dedo índice, y la observo con asombro mientras dobla la muñeca para llegar más profundo.

—¿Puedes…? —Piper hace una pausa para tomar aire—. ¿Podrías acariciarme el clítoris mientras yo…?

—¿Mientras te metes los dedos? —termino por ella, y se pone roja como un tomate.

—Creo que eso me ayudará.

Me acerco y me quedo suspendido sobre ella. Me inclino hacia delante, con una mano apoyada en el colchón junto a su cabeza y

acariciándole el muslo con la otra, tras lo cual le rozo la cadera y bajo por el abdomen.

—¿Recuerdas lo que hablamos la última vez? —le pregunto al oído en voz baja—. No pienses en eso. Yo no estoy aquí. Tú disfruta sin más, ¿vale?

Asiente mientras sigue explorando. Se coloca la mano libre en el pecho y la veo tocarse las tetas. La veo pellizcarse un pezón a través de la camiseta y acaba gimiendo de gusto.

—Uf —susurra—. Eso me gusta mucho.

Mantengo la boca cerrada para que se deje llevar sin ninguna distracción. Me fascina verla cambiar la velocidad y el ritmo, más rápido durante unos segundos, luego más lento.

Se toma su tiempo, demorando el placer. La oigo jadear y vuelvo a presionarle el clítoris con el pulgar.

—Oh. —Piper se retuerce en la cama—. Me gustan las dos cosas a la vez.

—¿Sí? —Gruño mientras trazo círculos sobre su tanga. Grita mi nombre, y el sonido se me clava en la polla, una descarga de adrenalina que me la pone durísima—. ¿Estás a punto, Piper?

—Creo que sí —susurra al tiempo que asiente—. Es como la última vez.

—Lo estás haciendo de maravilla, cariño, me muero por verte estallar.

Eso la catapulta hacia el abismo.

Le tiemblan las piernas y todo el cuerpo. Una gota de sudor le cae por la mejilla. Levanta las caderas y, una vez terminado el orgasmo, se queda sin fuerzas.

Sigo tocándola y solo paro el pulgar cuando ella me lo suplica. Suspira cuando recupera el aliento, tras lo cual abre un ojo y me mira.

—¿Cómo estás? —le pregunto al tiempo que me meto el pulgar en la boca, y gimo al detectar un rastro de su sabor.

—Muy contenta. —Se echa a reír y se saca la mano del tanga. Tiene los dedos húmedos y los miro como si fueran mi última comida —. ¿Se puede saber por qué nunca es así cuando lo hago sola?

Me aparto de ella y me pongo de pie para estirar las piernas, que se me han acalambrado.

—Te gusta la penetración, pero lo que de verdad te gusta es que te toquen el clítoris. ¿Mi sugerencia? Consigue un vibrador pequeño que puedas usar mientras echas un polvo. Así podrás tener a un tío dentro y seguir disfrutando.

Me mira parpadeando, con una expresión aturdida.

—¿A los hombres les gusta que las mujeres usen juguetes? ¿No se considera una infidelidad ni nada por el estilo?

Me encojo de hombros.

—A ver, hace tiempo de la última vez, sí, pero a mí me gusta cuando lo hacen. ¿Por qué no? Quiero que te corras. ¿Qué más da que lo hagas con mis dedos o con un chisme que vibre?

—Qué pena que tu polla no vibre.

—La única característica especial que tiene es que brilla en la oscuridad.

Piper estalla en carcajadas y se pone de costado, sonriéndome.

—¿Todos los orgasmos son así de estupendos?

—Aunque no te lo creas, creo que no he tenido un orgasmo así, de modo que no puedo darte una respuesta definitiva, pero imagino

que pueden serlo. Si lo haces bien.

—No hay duda de que tú lo estás haciendo bien, listillo. —Estira las piernas. Tiene un brillo en la mirada que antes no estaba—. Bueno, Liam, ya me has visto. ¿Puedo verte yo a ti?

18

Piper

El cuerpo de Liam es un estudio artístico sobre belleza masculina, y me tiene tan distraída que mi audacia postorgásmica empieza a tambalearse.

Esas facciones marcadas, el vello oscuro en el pecho, los músculos cincelados desde los hombros hasta el abdomen: todo en él es asombroso, y podría pasarme horas y horas mirándolo.

—Ven aquí —dice con sequedad. Me falta poco para abalanzarme hacia él sobre la cama—. ¿Quieres verme?

—No, ya he tenido suficiente —bromeo, pero pierde toda la gracia cuando se baja los calzoncillos por los muslos.

Su polla queda a la vista y a mí casi se me sale la lengua de la boca.

La tiene larga y gruesa, varios centímetros más grande que la de Steven y que la de cualquier otro hombre que haya visto en la pantalla de mi portátil. Le brilla la punta con líquido preseminal, y me asalta una nueva oleada de confianza mientras lo examino, porque no quiero perderme nada.

«Eso lo he provocado yo», me digo.

Está excitado por mí.

De todas las mujeres del mundo, soy yo la que se la ha puesto dura como una piedra.

A lo mejor no soy tan mala en la cama como creo.

Me siento sobre los talones. Así de cerca, veo la tensión en su mandíbula, percibo el calor de su mirada y el suave aliento que exhala cuando se la coge con una mano. Pasa el pulgar por el líquido preseminal y usa la humedad para cubrir toda su longitud, acariciándosela de arriba abajo.

—Tienes cara de querer preguntarme algo —dice con voz tensa—. ¿En qué estás pensando?

En un montón de cosas.

No bromeaba cuando le dije que Steven me la metía sin más. Nunca he visto a un hombre tocarse y me pregunto si hay un ritmo determinado. Si prefieren un tempo o hay algo que les guste más.

—¿Cuánto tardas en correrte? —le pregunto.

—Depende de si estoy haciendo cálculos mentales para evitar correrme. —Traga saliva—. Observarte mientras te masturbabas me ha dejado tocadísimo, y no me avergüenza decir que me ha puesto muy cachondo. No voy a aguantar demasiado.

—¿Te gusta mirar?

—Sí. A veces más que tocar. —Liam me atraviesa con la mirada mientras se masturba, y yo no sé dónde mirar. Quiero averiguar lo pesada que se nota en la mano y cuántas veces tendría que acariciarlo para que se corriera. ¿Le gustaría que usara la boca?—. Aunque creo que a lo mejor solo me gusta mirarte a ti.

Esa admisión en voz baja, sea verdad o no, me infunde valor. Me agarro el borde de la camiseta para quitármela y tirarla al suelo con

el resto de la ropa, que está amontonada en un rincón. Liam gime cuando me ve los pechos.

—Piper… —Pronuncia mi nombre como si fuera un gemido, una súplica con apenas un hilo de voz. Se le mueve la nuez mientras echa la cabeza hacia atrás y gruñe—. No hace falta que hagas eso.

—Mírame, Liam —le digo, y él baja la cabeza y abre los ojos de golpe. Clava la mirada en mis tetas mientras yo me las junto, masajeándomelas—. Lo hago porque quiero.

—Joder.

—¿Te gusta lo que ves? —le pregunto.

—Pensé en ti en la ducha la otra noche —confiesa con voz ronca, arrastrando las palabras, como si estuviera un poco achispado y ebrio por verme—. La realidad es mucho mejor.

Yo también he pensado en él. Seguramente más de lo que debería, porque somos amigos, pero no puedo evitarlo.

He pensado en unas manos grandes que se deslizan por debajo de mis muslos y me arrastran hasta el borde de la cama. En unos dedos que me penetran, dilatándome, seguidos de su gruesa polla. He pensado en los dos alcanzando el éxtasis a la vez, disfrutando del placer y con la respiración acelerada.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte? ¿Quieres que te hable mientras te tocas? ¿Que me quede callada? ¿Que me toque en otra parte?

Sacude la cabeza. Se le marca la vena del antebrazo por debajo del tatuaje de una hoja de helecho. El sudor le resbala por el cuello y le cae en el hueco de la garganta. Tengo ganas de lamerlo.

—Esto es suficiente.

—¿De verdad?

—Sí. Esto es perfecto. En serio, no voy a durar mucho.

Nunca he sido perfecta ni me he sentido suficiente. Sonrío, mareada por su atención y la intimidad del momento.

—Es el cumplido más grande que me han hecho en la vida. Casi tan grande como tú de hecho. Madre mía, mírate. ¿Vas a follarme con eso? Voy a salir disparada hacia las estrellas.

Empieza a reírse, pero acaba gimiendo. Se acaricia con más brusquedad a medida que va perdiendo el control. Me mira fijamente todo el tiempo, con una expresión rebosante de deseo y de anhelo, y estoy aprendiendo que así es como deben mirarme en la cama. No como si estuviera pidiendo demasiado o molestando.

—Estoy a punto —masculla, y le observo la mano.

—¿Te gusta apretar fuerte? —le pregunto, y asiente—. Bajas hasta el fondo y giras en la parte superior. ¿Qué me dices de la punta?

—Me gusta todo, joder. —Cierra los ojos con fuerza. Se le tensan los hombros y mueve la mano cada vez más rápido, desesperado por alcanzar el placer—. ¡Joder, Piper! Me voy a correr.

—En mis tetas —le digo—. Puedes usarme.

—Siéntate derecha.

Me apresuro a ponerme en posición, porque no quiero perderme absolutamente nada.

Segundos después siento su cálido semen en el pecho. Oigo su gemido, ronco y alto. Sus movimientos van cesando poco a poco hasta que no le queda nada dentro. Cuando termina, respira hondo y casi se cae.

—Vaya. —Toco su semen con los dedos. Obviamente sé lo que es y ya lo he tocado antes, pero nunca de esta manera. Nunca en un

lugar tan visible, como si me estuvieran marcando—. Eso ha sido lo más excitante que he visto en la vida.

—¿De verdad? —Liam usa el pulgar para seguir extendiéndomelo por el pecho. Me rodea los pezones y me pinta la piel de un tono que nunca había tenido—. Joder. Te he puesto perdida. Así estás perfecta.

—¿En serio?

—Sí. Ahora te imagino con mi semen en la cara, en la garganta y en el culo.

Se me acelera el corazón al imaginarme también todo eso.

—¿Dónde sueles correrte?

—Donde cae mientras estoy tumbado en la cama, con una toalla al lado.

—No parece muy erótico.

—No lo es, no.

—¿Y cuando estás con una mujer?

—Vamos, pequeñaja, que no tengo tan buena memoria. —Hace una mueca mientras se la acaricia una vez más—. Supongo que en un preservativo. Correrte en las tetas de una mujer exige una conversación previa. Imagínate que no te aviso de lo que va a pasar.

—Seguramente te habría dado una buena patada.

—Y me la habría ganado.

—Límpiate tu primero. —Señalo la puerta que tiene a la derecha —. El cuarto de baño está por ahí.

Lo veo alejarse, andando con torpeza, con los pantalones bajados hasta las rodillas y ese culo esculpido en todo su glorioso esplendor. Cuando se cierra la puerta, me tumbo boca arriba y miro al techo.

Se me acelera el corazón y sonrío al pensar en cómo ha ido la noche.

Me invade una oleada de calor mientras me toco el pecho, todavía con esa parte de él como recordatorio.

Nunca había imaginado que el orgasmo masculino pudiera ser atractivo. Steven se quedaba tumbado. Hacía un ruidito o dos, se la meneaba un par de veces y terminaba.

Pero Liam…

Liam es una obra de arte.

He memorizado los movimientos de sus manos para probarlos yo misma la próxima vez que estemos juntos. Intento recordar sus gruñidos para saber si lo que le estoy haciendo funciona.

Cuando se abre la puerta del cuarto de baño, salgo del trance. Liam se ha vuelto a poner los pantalones y parece más recompuesto que hace unos minutos.

—El grifo gotea —dice.

—Ya. Llevo un tiempo diciéndome que tengo que llamar a los de mantenimiento, pero siempre se me olvida.

—La próxima vez que venga me traigo una caja de herramientas.

—¿Sabes arreglar un grifo?

—No, pero YouTube sí.

Me echo a reír.

—Me da que podría acabar con el cuarto de baño inundado.

Liam levanta una toalla.

—Te he traído esto para que te limpies.

—Gracias. —Extiendo el brazo para coger la toalla humedecida, pero no me la da—. Puedo…

El colchón se hunde bajo su peso. Estruja la toalla y una gota me cae sobre los pechos.

—Me gusta esta parte. La de cuidar.

—¿De verdad?

—Sí. Siempre me ha gustado asegurarme de que la gente está bien.

—Odias a la gente.

—No a toda. —Me mira—. Tolero a algunas personas.

—¡Ah! —Me echo a reír cuando se acerca a las axilas—. Supongo que soy una de las afortunadas.

—¿Tienes cosquillas?

—Sí. En los pies también. Si me los tocas, grito.

—Tomo nota. —Aparta la toalla y se inclina para coger mi camiseta —. Creo que ya está.

—Gracias. —Me pongo la prenda—. ¿Te vas ya?

—¿Quieres que me vaya?

Miro mi cama con anhelo.

Me muero de ganas de que me abracen. De que me muestren afecto físico que no sea sexual después de hacer cosas tan íntimas.

Suena tonto y cursi y, Dios no lo quiera, romántico, pero siempre he sido más feliz cuando voy cogida de la mano de alguien. Cuando sus brazos me rodean. Las caricias me tranquilizan. Calman la preocupación que me provoca la idea de pedir demasiado.

—Claro. Lo que tú quieras.

—Piper. ¿En qué hemos quedado sobre la comunicación?

—Que tengo que ponerla en práctica. —Suspiro—. ¿Crees que podrías quedarte unos minutos? ¿A lo mejor tumbarte conmigo?

—No ha sido difícil, ¿verdad?

—No sé qué decirte. Me sudan las palmas de las manos.

Liam me las levanta y me las limpia con la esquina limpia de la toalla.

—Así está mejor.

Las emociones me invaden de golpe y siento ganas de llorar.

Entre los orgasmos alucinantes, la sensación de saciedad que nunca había experimentado, la adrenalina que me ha provocado ver a Liam y la anticipación de lo que sucederá la próxima vez que estemos juntos…

Todo me da vueltas en la cabeza y necesito un momento.

Me seco los ojos.

—Lo siento. No quiero que esto acabe siendo incómodo.

—Ya te dije que el sexo es emocional. —Señala las almohadas con la barbilla—. Túmbate.

Me pongo de costado y clavo la mirada en la pared. El edredón cruje a mi espalda, y luego Liam me rodea la cintura con un brazo. Me pega a su torso, y siento su cálido aliento en el cuello.

—¿Es normal pedirle a alguien que se quede después de un polvo?

—Depende de lo que cada uno prefiera. Algunas personas están deseando marcharse. Otras necesitan un poco más de tiempo. No hay una respuesta correcta o incorrecta.

—Es bueno saberlo. —Suspiro y me relajo entre sus brazos—. ¿Vas a hacer algo divertido este fin de semana?

—No. Tenemos cuatro partidos en los próximos siete días, así que voy a aprovechar cualquier oportunidad que tenga para quedarme tranquilo y relajarme.

—¿Tienes planes para Acción de Gracias?

—Espero que los Titans mantengan la racha de victorias de la temporada, y mi equipo de la fantasy league también. Voy a ver el partido. Nada más.

Me doy media vuelta entre sus brazos, porque quiero mirarlo mientras hablamos.

—¿Todos los deportistas profesionales son amigos? ¿Hay algún club guay al que pertenezcas y al que tengas que entrar con una contraseña? ¿Algo como «capullo»? ¿O «muchimillonario»?

Sus carcajadas hacen que me tiemble el pecho.

—Por sorprendente que parezca, no. Algunos compartimos al mismo representante. Muchos nos movemos en los mismos círculos. Intento ser cordial con todas las personas a las que conozco, pero no somos colegas. Sí fui a la universidad con Colton Clark, que juega al baloncesto en Orlando.

—Ese tío es un fenómeno.

—Tú lo has dicho. Es más joven que yo, pero hemos hecho algunas cosas de publicidad para la uni.

—¿Quién es la persona más famosa que tienes en tus contactos?

—Tienes muy buena opinión de mí. Ya te he dicho que soy aburrido.

—Venga ya. Seguro que hay alguien impresionante.

—Puede que tenga el teléfono de Ella Wright. O por lo menos el de su publicista. Quizá lo haya borrado.

—¿Has hablado con la artista pop más conocida del mundo? ¿Cómo?

—En una gala benéfica hace un par de años. Es muy simpática. Y hace música pegadiza también.

—Y yo que me creía guay porque tú y yo hemos cruzado algunos mensajes. Ahora vas y me superas con lo insuperable. —Resoplo—. Deja que vuelva a mi agujero de donnadie.

—Eres muy guay, rubia. Y desde luego que eres alguien.

—Anda, me has cambiado el apodo. —Le toco el torso y trazo el contorno de sus músculos—. ¿Qué ha pasado con «pequeñaja»?

—No sé. —Se encoge de hombros y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja—. No quiero que creas que te estoy insultando por tu altura ni llamándote insignificante. Se me ha ocurrido cambiar.

—Si midieras metro setenta y la tuvieras pequeña, seguramente me ofendería. Teniendo en cuenta que eres un gigante con un pollón, te lo voy a permitir.

Estalla en carcajadas, y es el sonido más bonito que he oído en la vida. Quiero embotellarlo para poder oírlo de nuevo. Quiero contarle todos los chistes habidos y por haber para verlo esbozar una sonrisa de oreja a oreja.

—Mira, me has alegrado el día.

—¿Más que el orgasmo?

—Pues casi, casi.

—No sabía que alabar tu polla lo cambiaría todo, pero me alegro de haberte ayudado.

—No es porque hayas alabado mi polla, aunque lo agradezco, por cierto. —Se aparta un poco y me coge la barbilla con los dedos—. Es que estás ganando confianza. Hace dos semanas no me habrías dicho algo así. Ahora mírate: ya tocas las pollas.

—Ojalá. Cierta persona no me deja tocar nada todavía.

—¿No dijiste que la paciencia es una virtud?

—Que sí, que sí. ¿Te estoy quitando demasiado tiempo? Pico seguro que te echa de menos.

—Lo dudo. Apuesto a que está dando gracias por haberse librado de mí.

—De eso nada. Seguramente seas el mejor padre gatuno que existe.

—Es el mayor elogio que podría recibir, de verdad. Que le den a la Stanley Cup.

Se me escapa un bostezo.

—Voy a cerrar los ojos. Me has dejado agotada.

Liam me pone una mano en la cadera y me da un apretón.

—Que duermas bien, Piper.

Se me relajan los músculos y noto pesadas las extremidades. Me voy quedando dormida poco a poco y justo cuando estoy sumiéndome en la inconsciencia, sueño que Liam me besa en la frente.

19

Piper

Steven
Piper, te he mandado un montón de mensajes al correo. Vas a contestar a alguno?
No quiero tener que recurrir a mi abogado, pero al final tendré que hacerlo.
Puedes dedicarles cinco minutos de tu día tan poco ajetreado y leerlos?

Vas a ir mañana a casa de Maverick y Emmy para celebrar el día de Acción de Gracias?

Liam
Sí. Es mejor que cocinar para uno

Te gusta cocinar?

Liam
Sí. Pero no un pavo entero. Pico y yo no podemos comer tanto

He oído a algunos chicos decir que tienen chefs personales. Hudson se quejaba el otro día de que el suyo había dimitido. Tú no tienes?

Liam

No. La cocina es una buena forma de desconectar después de un largo día en la pista de hielo

Te gusta atravesar cosas con cuchillos, verdad?

Liam
Es una buena válvula de escape para la ira. Mejor atravesar cebollas que a alguien que me cabree

Oh, oh. Quién te ha cabreado?

Liam
Todo el mundo
Esta noche ha sido el gilipollas de Ethan Richardson. Ese chico tiene más energía de la que le conviene. Hemos tenido que patinar veinte vueltas más después del entrenamiento porque Grant y él no dejaban de hacer el payaso

Tienes veintinueve años y llamas «chico» a un compañero de equipo? Ok, boomer

Liam
Me siento como si tuviera cien

Cuándo es tu cumpleaños?

Liam
El 27 de junio. Y el tuyo?

El 19 de agosto

Liam

Alana intentará hacernos una carta astral para ver si somos compatibles. Dile que es una tontería y lo dejará

Jamás insultaría a una mujer aficionada a la astrología
Vamos a llevarnos de vicio!

—¡Perdón por llegar tarde! —exclamo en el vestíbulo de la casa de Maverick y Emmy. Me quito los zapatos y sacudo mi abrigo con cuidado para que no se me caiga el postre—. ¡He traído tarta!

—¡Pip! —Ethan me levanta en brazos y me hace girar—. Por fin estás aquí.

—Sé que solo me saludas porque quieres comida.

—Culpable. —Me deja en el suelo—. Estamos en etapa de crecimiento. Sabes que no podemos estar diez minutos sin comer.

—Lo dices en serio, ¿verdad?

—Totalmente en serio, pero me alegro de que hayas venido. No es lo mismo si no estamos todos, y ya estaba preocupado por si te había pasado algo.

—Pues aquí estoy, vivita y coleando. —Le doy una palmada en un hombro y lo sigo por el pasillo—. Esta mañana no me encontraba bien. El último viaje me ha dejado hecha polvo.

—No ha sido el viaje, ha sido Dakota del Norte. Hacía un frío de cojones. —Me mira con una sonrisa por encima del hombro—. Aunque es mejor que Florida. Ese sitio es una pesadilla.

—Por lo menos hará calor cuando vayamos la semana que viene.

Doblamos la esquina para entrar en la cocina y los saludo a todos con la mano. Está el equipo al completo, todos bebiendo y disfrutando de los aperitivos que hay en la isla. Se oye la tele a todo volumen desde el salón, retransmitiendo el partido de los Titans, y

ya me siento más animada porque estoy rodeada de mis personas preferidas.

—Hola, cari. —Lexi me besa en la mejilla y me ofrece un vaso de agua—. Feliz día de Acción de Gracias, calabacita.

—Feliz día de Acción de Gracias, Lex. —Dejo la tarta en la encimera y la abrazo con fuerza—. Madre mía, estás estupenda. ¿Cuántos días a la semana haces pilates?

—Seis. A mi salud mental le ha venido de maravilla durante estos últimos meses. Estoy agotada por tener que ir del estadio a las clases todas las tardes, pero últimamente me siento más positiva y centrada. Debe de estar funcionando.

—Me alegro mucho por ti. Tenemos que llevar al equipo a otra clase. La semana de agujetas mereció la pena solo por haberlos visto sufrir en las máquinas.

—Fue la leche. No hay nada como ver a un grupo de tíos hechos y derechos a punto de llorar. Sobre todo cuando tú has contribuido a su derrota. —Me sonríe—. Hoy estás radiante.

Me toco las mejillas, que tengo coloradas por haber venido andando con el frío que hace.

—Gracias. Es casi hipotermia.

—Me refiero a que pareces feliz. ¿Cuál es tu secreto?

—¿Estar divorciada y haberme librado de una mierda de relación? —bromeo—. No tengo ninguno, la verdad. El trabajo va bien. El equipo está jugando bien. Anoche me tiraron los tejos en el supermercado, así que diría que las cosas empiezan a mejorar.

—¡No me digas! ¿Era guapo?

—Sí. No era mi tipo, pero con lo mal que me fue con el último que creía que lo era, no voy a descartar nada. Lo he visto antes en el

pasillo de las especias.

—¿Y no lo has saludado?

—Teniendo en cuenta que me paso la mitad del tiempo sintiéndome poca cosa, no estoy segura de tener el valor para interactuar con él. Pero tal vez debería intentarlo. Eso dice mi psicóloga.

—Así me gusta. —Me rodea con un brazo y me besa en la mejilla —. ¿Alguna noticia del capullo de tu ex?

—Sí, por desgracia. —Suspiro y apoyo la cabeza en su hombro—. Ayer me estuvo escribiendo por la mañana. Pasé de él. No me apetece remover la mierda, ¿sabes?

—Si quieres que desaparezca, solo tienes que decirlo. Conozco gente que puede encargarse del tema.

—¿Encargarse? ¿Estás hablando de un sicario o qué?

—Bueno, más o menos. Un amigo de un amigo es amigo de la hija del presidente, y su guardaespaldas es un francotirador profesional. Podría hacer que pareciera un accidente y nadie haría preguntas.

—Gracias por preocuparte por mí, pero creo que de momento voy a mantener a cero mi lista de asesinatos. —Echo un vistazo por la cocina y le sonrío a Connor, que le está ofreciendo uvas a Riley—. Sé que Maven está en el partido de los Titans, pero ¿se puede saber dónde está Emmy?

—Intentando evitar que Maverick se ponga un disfraz de pavo hinchable, pero de momento va perdiendo.

—Menudo espectáculo. —Me río y le doy un apretón en la cintura —. Voy a dar una vuelta. Ahora vuelvo.

Todos los chicos me saludan con sonrisas de oreja a oreja y besos en la coronilla. Grant me incluye en un vídeo que está grabando para

redes. Hudson me distrae con una conversación sobre novelas románticas que dura un cuarto de hora. Oigo que Ethan se queja de no sé qué puesto de perritos calientes del estadio e intento parecer interesada, pero acabo muy confundida.

Cuando por fin salgo de todo el caos, acabo en el comedor vacío y respiro hondo. Me masajeo las sienes porque siento el inicio de una migraña en la frente. Cuando levanto la mirada, me quedo sin aliento al ver lo que hay delante de mí.

—Vaya… —susurro.

En el centro de la estancia hay una larga mesa con velas encendidas. Está cubierta por una primorosa mantelería y en el centro han colocado un precioso ramo de caléndulas.

Estoy acostumbrada a que este sitio esté vacío y a que se use para jugar minipartidos de hockey durante las cenas del equipo. Las paredes están marcadas por los golpes de los discos blandos que los chicos se lanzan unos a otros. El tablero con las puntuaciones es una pizarra blanca situada junto a la puerta. El pobre Hudson está en la parte baja de la clasificación.

—Estaba doblando las servilletas —dice Liam a mi espalda.

Me río y me doy media vuelta. Lo veo apoyado en la pared, mirándome.

—¡Venga ya!

—Es verdad. ¿Crees que alguno de esos idiotas es capaz de quedarse quieto el tiempo suficiente para hacerlo?

—No. Solo tú eres capaz, Liam.

—Feliz día de Acción de Gracias, Piper.

—Feliz día de Acción de Gracias. —Lo miro de arriba abajo y levanto una ceja—. ¿Qué son esos calcetines que llevas? ¿Eso es un

extraterrestre?

—Menudo insulto. Es Pico.

—¡Ah! —Me acerco y veo que tienen la cara del gato estampada —. ¿Te los ha comprado él?

—¿Por qué crees que soy tan rico? No es porque sea un buen portero. Es porque mi gato tiene pulgares oponibles.

—Joder, me he equivocado de trabajo.

—Es un nicho muy lucrativo. —Liam se endereza y me supera en altura—. ¿Estás bien? Hace un segundo vi que te agarrabas la cabeza.

—Perfectamente. —Lo miro con una sonrisa alegre—. Llevo toda la mañana encontrándome mal. Agotada, ¿me entiendes? Me duele un poco la cabeza, pero de momento voy bien.

—¿Necesitas…?

—¡Aquí estás! —lo interrumpe Emmy al entrar en el comedor. Me abraza con fuerza—. Me preocupaba que estuvieras jugando a algún videojuego, porque soy consciente de lo mal que se te da el Call of Duty.

—No es mi fuerte.

Mira a Liam.

—Vamos a empezar a servir la comida dentro de nada. Sé que no te gustan los empujones, así que ya sabes.

—Te agradezco la ventaja.

Emmy me mira y luego observa a Liam de nuevo.

—¿Os estáis portando bien?

—Si por portarnos bien te refieres a admirar las servilletas que ha doblado Liam, pues sí, eso estamos haciendo —respondo—. Aunque ya sabes que poner la mesa a veces puede acabar en orgía.

—Mmm. —En ese momento se oye un estruendo procedente de la cocina y masculla un taco entre dientes—: ¡Joder! Sabía que no debíamos sacar los platos de verdad. Maverick y yo hemos apostado cuántos van a romperse esta noche.

—Dime qué número has elegido tú y me cargaré unos cuantos para que ganes. —Liam se mete las manos en los bolsillos de los vaqueros mientras echa un vistazo hacia la cocina—. ¿Quieres que te ayude?

—No hace falta, pero gracias. Me alegro de que los dos hayáis venido.

Cuando Emmy desaparece, miro a Liam con una sonrisa avergonzada.

—Puede que les haya contado a las chicas lo nuestro. La culpa la tuvo el vino. —Me tapo la cara con las manos para ocultar una expresión de «por favor, no me odies»—. De ahí esa insinuación tan poco sutil.

—Genial. Ahora Maverick va a empezar a darme la lata a todas horas.

Hago una mueca.

—Lo siento. No les conté detalles, solo les dije que te hice una propuesta.

—No pasa nada. Ya suponía que se lo dirías tarde o temprano. Son tus mejores amigas, y no estaría bien mantenerlo en secreto con ellas. Si Maverick dice algo, le doy para el pelo.

—Me gustaría verlo. Todas sabían que me apetecía explorar mi sexualidad, y habría sido imposible ocultarles por qué ando raro cuando por fin follemos. ¿Qué iba a decirles? ¿Que me duele el culo de montar en bicicleta?

Él resopla.

—No voy a cambiarte de sitio ningún órgano, Piper.

—¿Estás seguro? En cuanto a mis amigas, las obligué a jurar que guardarían el secreto. Y ninguna violaría jamás el código de las chicas.

—¿El código de las chicas? —Liam frunce el ceño—. ¿Qué coño es eso?

—Reglas tácitas entre chicas, como no salir con el ex de una amiga, sujetarle el pelo si vomita, convencerla de que no se corte el flequillo cuando está borracha y cree que le quedaría bien un nuevo peinado o no contarle el secreto de tu amiga a tu novio porque ella te ha pedido que no lo hagas. —Contengo una carcajada al ver su expresión de desconcierto—. Ese tipo de cosas.

—Mujeres… —murmura entre dientes—. Joder, mira que sois complicadas.

—Mira quién fue a hablar, don Ceño Fruncido.

—Mira quién se está inventando ahora apodos ingeniosos.

—¿Por eso no quedas con nadie durante la temporada? ¿Porque somos complicadas?

—No salgo con nadie porque me distrae y necesito estar concentrado. Por eso no te he dicho que vengas a mi habitación cuando jugamos fuera de casa. Esta parte de mi vida es lo primero durante la temporada. No necesito un orgasmo para sobrevivir.

—Ah. —Me toco una mejilla. Es cierto que no me ha pedido que vaya a su habitación cuando estamos fuera. Supuse que era porque se encontraba cansado por los entrenamientos o por el desfase horario, pero su razonamiento tiene sentido—. Qué interesante.

—¿Alguna otra pregunta sobre mi vida personal antes de hincarle el diente a las batatas, pequeñaja?

—Un millón. No podré hacértelas todas, qué pena.

—Contestaré una gratis cuando estemos comiendo las judías verdes gratinadas —dice mientras echa a andar hacia la cocina—. Pero porque odio las putas judías verdes.

Me acomodo en la silla, con el estómago lleno después de una comida deliciosa. La mitad de los platos procede de los restaurantes más populares de la ciudad, y creo que no me entra ni un bocado más.

—Estaba buenísimo. —Lexi deja la servilleta sobre el plato y gime —. Creo que voy a salir rodando.

—Dame diez minutos y estaré listo para la segunda ronda —dice Ethan.

—Mañana tenemos partido —le recuerda Hudson—. Si vomitas, no me hará ninguna gracia.

—Vale, papá. —Ethan pone los ojos en blanco—. Algunos somos jóvenes y tenemos un metabolismo más rápido que el tuyo.

—Como tengamos que dar más vueltas por tu culpa, te estampo contra la mampara —le advierte Riley, que lo mira desde el otro lado de la mesa—. ¿Es que no eres capaz de callarte?

—Tranquilos, niños. —Maverick le da unos golpecitos a su copa de vino con un cuchillo y se levanta. Se ha quitado el disfraz de pavo hinchable a mitad de la comida y parece muy mosqueado por haber tenido que ponerse la ropa normal—. Me gustaría decir unas palabras.

—Uy, cuando el capi quiere hablar, lo llevamos crudo —susurra Grant, y todos se echan a reír—. Vamos a estar aquí una hora.

—Con ese comentario te has ganado diez vueltas más antes del partido de mañana, Everett. Todos sabéis que no soy serio, pero quiero serlo durante unos minutos. En primer lugar, gracias por haber venido. Cuando pienso en motivos por los que estar «agradecido» me vienen a la mente unas cuantas cosas. La primera es mi chica, Emmy. La vida que compartimos y la carrera profesional que podemos desarrollar juntos. Cariño, me encanta que me des una paliza durante los partidos, nadie lo hace como tú. —La mira con una sonrisa de oreja a oreja—. Luego estáis todos vosotros. No podría elegir un grupo de jugadores mejor con los que compartir el duro entrenamiento y los partidos. Estáis ahí, día tras día, animándome. Poniéndome en mi sitio cuando digo tonterías. Ayudándome a mejorar como capitán y como jugador. Sé que todavía no hemos ganado la copa, pero estamos cerca. Lo presiento, y no me gustaría ganarla con otra gente.

—Joder, tío. —Grant coge la servilleta y se suena la nariz—. No habías dicho antes que hoy íbamos a hablar de cosas profundas.

—Se suponía que veníamos a comer pavo y a jugar a videojuegos, no a que nos dejes hechos polvo. Cabrón. —Ethan se seca las lágrimas—. Esto no mola, Miller.

—Lo superarás. —Maverick vuelve a mirar a Emmy. No estoy segura de haber visto nunca a nadie tan feliz—. Sé que nos divertimos y lo pasamos bien, pero quiero que nos pongamos serios un momento. Quiero que todos compartamos algo por lo que estamos agradecidos. No hace falta que sea importante, pero, Ethan, te juro por Dios que como nombres las tetas de alguien, te estrangulo.

—Nos estás poniendo en un aprieto, capi. Así que tú vas primero —dice Riley, y todos murmuran en señal de acuerdo.

—Es fácil. Estoy agradecido por el amor de mi vida. Por la familia que pronto intentaremos formar y por la oportunidad de ser padre. Es algo que no tuve durante mi infancia y poder ser padre con mi persona preferida hace que me sienta como un cabrón con suerte.

Acto seguido, empiezan a decir uno por uno una razón por la que están agradecidos.

Hudson hace una reflexión personal y profunda.

Ethan no menciona las tetas de nadie, pero sí da las gracias por sus tres motos.

Grant me sorprende cuando habla de la organización benéfica con la que colabora para ayudar a las chicas a entrar en el mundo del deporte.

Cuando llega mi turno, titubeo.

—Me han pasado muchas cosas estos últimos años por las que estoy agradecida, pero si tengo que reducir la lista, elegiría las nuevas oportunidades, el crecimiento personal y la confianza. Me queda mucho camino por recorrer, pero después de haber sufrido la inseguridad de no saber qué me deparaba el futuro con un divorcio que puso mi vida patas arriba, estoy orgullosa de lo lejos que he llegado. —Me río y me froto las manos en la falda—. Vaya, creo que me he ido al terreno personal y siento haber compartido demasiado. Ethan, por favor, sálvame con las tetas de alguien.

—¡Ay, Pip! Por fin hablas mi id…

—Déjalo ya. —Maverick pone los ojos en blanco—. Te voy a decir lo mismo que le dijimos a Emmy. Formas parte del equipo, Piper. Si

alguien te hace daño, se las verá con nosotros. Y creo que no saldrá bien parado.

—Eres el último, Papi Portero —dice Riley—. ¿Vas a decirnos una razón por la que estás agradecido?

—Por tener paciencia —contesta Liam.

—Vaya, menuda reflexión. —Ethan esboza una sonrisa burlona—. Seguramente sea lo más profundo que he oído en la vida. ¿Te importaría explicarte, Sullivan?

—No.

—Déjalo, sabes que nuestro portero es un hombre de pocas palabras.

A mi alrededor se anima la conversación sobre el partido del día siguiente, pero no les presto atención.

Estoy demasiado ocupada mirando a Liam e intentando comprender en qué ámbito de la vida pone en práctica la paciencia exactamente.

20

Piper

No me puedo creer que estemos ya en diciembre —protesta Lexi, que está sentada a mi lado en el sofá de su salón—. Este año se me ha pasado volando.

—Echo de menos mis días de fotógrafa en la NFL, no en la NHL. Era muy agradable terminar la temporada en febrero. —Maven suspira y bebe un sorbo de agua—. Solo llevamos dos meses de temporada y todavía nos quedan semanas por delante. Estoy agotada.

—Tengo moratones en lugares que no sabía que se podían magullar. —Emmy se frota un brazo, y le veo una marca morada sobre la muñeca—. Las dichosas protecciones no evitan que me haga daño.

—Y yo aquí deseando que todo vaya más despacio. Me encanta mi trabajo. —Apoyo la barbilla en una mano y sonrío—. Me lo he pasado bien durante todos los años que llevo cubriendo el hockey sobre hielo, pero este es el mejor con diferencia.

—Un brindis por nuestra superestrella reportera a pie de pista. —Lexi levanta su copa y todas la imitamos—. Por derribar a esos

cerdos sexistas y haberte quedado con el trabajo que te corresponde por derecho.

Bebo un sorbo de vino y suelto una carcajada.

—Sois las mejores animadoras. Gracias por ser mi apoyo.

Cuando les conté a las chicas toda la historia de mi ascenso, se enfadaron mucho como era de esperar.

Hubo lágrimas.

Cabreo.

Muchos gritos y planes para arruinar la vida de mi antiguo jefe.

Fue difícil pasar por esa situación, pero su apoyo me ayudó.

—Hablando de diciembre, ¿cómo te va con Liam? —me pregunta Lexi—. ¿Ya os habéis acostado?

Casi escupo el vino.

—Madre mía, Lex. ¡La próxima vez avisa! Estaría bien que hubiera una transición antes de meternos de lleno en mi vida sexual.

—¿Alguna vez he sido sutil? Ese no es mi estilo.

Liam no puso objeciones para que hablase con las chicas sobre nuestro acuerdo, pero no estoy segura de querer hacerlo.

No me apetece contarles lo grave que es su voz. O que me muerde el labio inferior y la cara que pone justo antes de correrse, mitad asombro, mitad deseo desenfrenado.

Me parece mal compartir partes de su vida privada con otras personas, sobre todo después de que me contase su mala experiencia con un periodista.

Es mi amigo y no me gusta pensar que lo estoy traicionando al revelar esos detalles como si tal cosa.

—No —contesto al final—. Vamos despacio.

—¡Ostras! —exclama Emmy con una sonrisa burlona—. Creo que no he conocido a ningún hombre que piense con la cabeza en vez de con la polla cuando se trata de sexo.

—A veces, esperar es más divertido —dice Maven con una sonrisa pícara—. Te ayuda a desearlo de verdad.

—No sabía que iba a gustarme lo de la espera, pero estoy aprendiendo mucho sobre mí misma.

—¿Como qué?

—Bueno, he descubierto que me gustan los preliminares, algo que antes nunca había tenido en cuenta. No voy a salir corriendo en busca de un rollo de una noche mañana, pero me resulta empoderador sentirme más segura de mí misma. Estoy recuperando las piezas de mí que se había quedado otra persona y que ahora por fin son mías.

—Joder, me encantan las mujeres —dice Lexi—. Somos muy fuertes, ¿verdad?

—Me sorprende que hayas mantenido una actitud tan positiva durante los últimos años —añade Emmy—. Sé que no todo es de color de rosa, pero has pasado por un infierno, Piper. Descubres que el hombre al que amas te está engañando… Si me pasa a mí, habría acabado en la cárcel por mi reacción. Te divorcias. Tu jefe era un cerdo de lo peor y decía cosas horribles sobre ti. Y mírate. Estás radiante. Podrías haberte rendido, pero no lo hiciste. ¿Se puede saber cómo lo has conseguido?

—Mientras mi mundo se derrumbaba, fue como si mi cerebro supiera que no era el final de mi historia. Que solo era el final de un capítulo. ¿Volvería a repetirlo todo si tuviera la oportunidad? Dios, no. Divorciarse de un adicto al trabajo egocéntrico que se niega a

asumir la responsabilidad de sus actos es agotador. Pero que Steven me pusiera los cuernos fue lo mejor que me pudo suceder. ¿Os imagináis que me paso cuarenta años casada con un hombre que me consumía el alma y que no me aportaba lo que yo necesitaba? ¿Que nunca me decía que lo estaba haciendo bien o que estaba orgulloso de mí? Puedo vivir sin sexo, pero no puedo vivir sin que me abracen, y él nunca quiso abrazarme. —Hago una pausa para respirar—. Me alegro mucho de haber desperdiciado solo diez años de mi vida, y no medio siglo.

—Yo también me alegro. Y la siguiente parte de tu historia va a ser todavía mejor —me asegura Maven.

—Ya lo es. —Me río, desesperada por contarles algo bueno de mi vida para variar—. He tenido más orgasmos con Liam en un mes que en toda mi relación con Steven.

—¡No me jodas! —grita Lexi—. ¡Bien hecho! Esa es nuestra chica.

—Nunca pensé que podría alegrarme por el número de orgasmos de mi amiga, pero aquí me tenéis, extasiada. —Maven aplaude—. Te mereces cien más.

—Vale. Ya está bien de hablar de mí. Que alguien más cuente algo divertido. ¿Ya tenéis los vestidos para la gala? Queda una semana —digo.

—Yo ya tengo el mío —contesta Maven—. Pero puede que no vaya. Últimamente estoy muy cansada y pasarme toda la noche de pie en una fiesta me parece horrible.

—Te encantan las fiestas. —Emmy frunce el ceño—. ¿Estás mala?

—¿Mala? No. —Hace una pausa y se lleva la mano al abdomen—. Estoy embarazada.

De repente, ya no oigo por el oído derecho.

Los gritos son ensordecedores.

Lexi casi derriba a Maven, y yo rompo a llorar. Emmy la abraza, lanzándose sobre ellas y, al verlas, grito que no le hagan daño al bebé.

Cuando se calma la situación, todas somos un mar de lágrimas. No sé quién está llorando más, si la futura madre con las hormonas revolucionadas o sus tres mejores amigas.

—Detalles —digo—. Necesitamos la historia completa.

—Dallas y yo llevábamos intentándolo un tiempo. No tuvimos éxito, así que decidimos hacernos pruebas. El médico nos aseguró que todo era normal y nos aconsejó que tuviéramos paciencia. Bueno, después de siete meses de paciencia, cuando ya creíamos que no iba a suceder y empezábamos a mirar agencias de adopción, me hice una prueba. Dio positivo.

Me echo a llorar otra vez.

—Me alegro mucho por ti.

Sé que a Maven le encanta la maternidad.

Siempre está entusiasmada con su carrera profesional y no para de apoyar a Dallas, pero estaba destinada a ser madre. Adora a June, y no me cabe la menor duda de que sentirá lo mismo por el siguiente Lansheld.

—Nosotros también nos alegramos mucho. Dallas está con algunos de los chicos en casa de Mav esta noche y ha pensado darles la noticia. Queríamos hacer un gran anuncio en la cena del equipo la semana que viene, pero yo no podía esperar más. Quería que lo supierais. Sois mis hermanas y espero que me sigáis queriendo cuando me acueste a las ocho y no pueda salir porque

estoy muy cansada. No quiero ni pensar cómo voy a estar en abril y mayo. Seguro que me quedo dormida de pie.

—Podemos hacer como en *Este muerto está muy vivo* cuando salgamos a cenar —dice Lexi—. Asustaremos a mucha gente. Va a ser genial.

A Emmy le llega un mensaje y se echa a reír.

—Creo que Dallas se lo ha contado a los chicos. Maverick me acaba de enviar una foto y tiene los ojos rojos e hinchados de llorar. —Levanta el móvil para que veamos la pantalla, y nos reímos al ver la foto—. Mira que es puto blando.

—¿Qué pone debajo de la foto? —pregunta Lexi, que entrecierra los ojos mientras mira la pantalla—. «Ven a casa. Voy a follarte de todas las formas posibles hasta que te quedes embarazada. Me da igual que los chicos sigan aquí». Vaya, y luego dicen que el romanticismo ha muerto…

—¡Uf! —Emmy se pone tan roja como su pelo y se esconde el móvil debajo de un muslo—. Olvidadlo.

—¿De todas las formas posibles? ¿Lleváis la cuenta? —bromea Maven—. Explícate.

—No necesitas explicación ninguna, dado tu estado.

Antes de que pueda unirme a las bromas, mi móvil vibra en la mesa del sofá. Lo cojo y me sorprende ver el nombre de Liam.

Nos escribimos de vez en cuando. A veces me pregunta cómo estoy después de acabar el entrenamiento. Se interesa por mi día a día y por si he comido lo suficiente. Hace unos días, cuando le dije que todavía no había almorzado, se presentó en mi despacho con las protecciones puestas y la camiseta sudada, me dejó un bocadillo en la mesa y se fue sin decir nada.

Otras veces me manda fotos. Me envió una borrosa de Pico, su gato atigrado, que echó a correr nada más ver el móvil. Y otra del cielo nocturno cuando me dijo que saliera para ver la luna llena.

Todos los mensajes son breves. Cuatro o cinco palabras como mucho. Si se tratara de otra persona, pensaría que lo hace con segundas, porque está aburrido y le apetece entablar conversación o porque quiere ver si pico y quedamos para enrollarnos.

Con Liam significan algo, y tengo suerte de contar con un amigo como él.

Liam
Supongo que te han dado también la noticia, no?

Un momento
Estás en casa de Maverick?
Pasando el rato con gente?
Estás malo o algo?

Liam
Ahora soy la alegría de la huerta, Mitchell

Ah, ya! Esto es como los secuestros en los que te quitan el móvil, no? Es imposible que este sea el Liam Sullivan que conozco
Parpadea dos veces para pedir ayuda

Liam
imagen

Lo siento. No estoy muy familiarizada con tu dedo corazón

Liam

Pues más vale que te vayas familiarizando con él, porque pronto te lo voy a meter

Primero solo. Luego con otro más. Y luego con otros dos

Sé que la tengo más grande que el capullo con el que estabas antes, así que habrá que ir acostumbrándote

Suelto un chillido y se me cae el móvil. Maven me mira, preocupada.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—¡Sí! —casi grito—. Temas del trabajo. Uno solo. Un tema del trabajo. ¿Me habrá sentado mal algo que he comido? No lo sé. Voy al baño. —Me levanto de un salto y enfilo el pasillo casi a la carrera. Le echo el pestillo a la puerta y vuelvo a leer el mensaje después de apoyarme en la pared. «Pronto te lo voy a meter».

Es el siguiente paso en nuestras clases, y lo he estado deseando desde que me hizo correrme acariciándome con el pulgar.

¿Cómo será cuando por fin me penetre?

Me estás enviando mensajes sexuales delante de tus compañeros de equipo?

Liam

No. Estoy en el ascensor de camino a mi coche con mi secuestrador

Se me escapa una carcajada.

Dile a tu secuestrador que mire hacia otro lado. No quiero que lea la siguiente parte

Liam

Está mirando al techo y no presta atención Parece un tío agradable

De verdad crees que puedo con tres dedos?

Liam
Puedes con lo que te dé, Piper

Me abanico la cara. Me arde todo y tengo la sensación de que me estoy asando.

Y cuándo va a ser eso?

Liam
Ansiosa?

No. Es para mirar mi agenda y asegurarme de que estoy libre

Liam
Las próximas semanas estaré ocupado. La gala benéfica. Navidad.
Qué tal antes del viaje a Las Vegas?

Me vas a hacer esperar hasta finales de diciembre?
Qué crueldad

Liam
La paciencia es una virtud y tal

Te odio y tal

Liam
No, no me odias

«Pues no, no te odio», pienso, con el móvil pegado al pecho, una sonrisa boba en la cara y el corazón latiéndome con fuerza.

21

Liam

Siempre he odiado la gala benéfica navideña que organizan los Stars.

Todos los años sucede lo mismo: dos semanas antes de Navidad, me veo en el bar de un hotel de lujo, pasándolo fatal mientras bebo un refresco con lima porque al día siguiente tengo un partido.

Hay demasiada gente, demasiados apretones de manos y demasiadas conversaciones sobre lo que podría haber hecho mejor en el último partido, como si Joe Robertson, el abonado con barriga cervecera que nunca ha pisado la pista de hielo, fuera alguien de quien debiera aceptar consejos.

Además, aquí hay muchísimo ruido.

—Oye —Hudson me da un codazo en el costado, y lo miro parpadeando—, ¿estás listo para la subasta?

—No.

—Yo tampoco. Odio esta parte de la noche.

—Ya somos dos —refunfuño entre dientes—. ¿Por qué no puedo extender un cheque y ya está? No necesito que se peleen por mí un montón de mujeres que tienen críos pequeños.

—Por lo menos lo han cambiado un poco. ¿Te acuerdas de cuando el premio era ir a donde quisiera el mejor postor? Ahora es una noche en el estadio con todos los jugadores, una buena cena y nada más.

—Todavía no me puedo creer que el tío aquel estampara a Riley contra la pared, le lamiera la oreja, le preguntara si podía mearse encima y luego se sacara la polla antes de que Riley pudiera contestar. Que no voy a criticar a nadie por sus gustos, pero esa clase de cosas son repugnantes sin consentimiento.

—Es casi peor que los clubs de fans en los partidos fuera de casa. —Hudson se echa a reír—. ¿Has venido con alguien esta noche?

—Ya sabes la respuesta.

—Ajá. Sullivan, el solitario. Tal y como te gusta.

—¿Y tú?

—Sí. Se llama Alyssa. Empecé a salir con ella hace un par de meses y las cosas van bien. Me gusta mucho, tío.

Hudson no se parece a ningún otro deportista que haya conocido. Pocas veces se muestra agresivo en la pista, y el buen corazón que se aprecia cuando hablas con él es genuino.

Es muy buen tío. Es empático al máximo y quiere con locura a sus perros, a sus amigos y a su familia, que vive en Georgia.

También es un romántico empedernido, y ha sido así desde que lo conocí. Cree en los cuentos de hadas y en los finales felices, en el amor a primera vista y en todas esas tonterías. Es un hombre serio en lo que respecta a las relaciones; sale con mujeres con el propósito de tener un futuro con ellas y nunca ha tenido un rollo de una noche.

Creo que se desmayaría si una mujer se acostara con él y se marchara sin volver a ponerse en contacto.

—Me alegro por ti, Hud.

—Gracias. —Señala entre la multitud—. Ahí está.

Miro en la dirección que me indica. Antes de que pueda averiguar si se refiere a la morena o a la pelirroja, me fijo en un destello rubio. Giro la cabeza medio grado hacia la derecha y allí, justo al otro lado del salón de baile, está Piper, mirándome directamente.

Es la primera vez que la veo esta noche y es como un puñetazo en el estómago.

El vestido plateado le marca todas las curvas y el pelo le cae por la espalda como cintas de sol. Cuando se inclina para dejar su copa en la bandeja de un camarero, casi se me para el corazón.

La parte trasera del vestido es incluso mejor que la delantera, con un escote pronunciado que deja ver mucha piel.

Es preciosa.

Es espectacular, y yo casi tengo la mandíbula desencajada.

Se me seca la garganta. Me sonríe, una sonrisa de oreja a oreja, alegre y que me noquea al instante, así que me meto la pajita en la boca y bebo un buen trago, deseando haber elegido algo más fuerte.

No la estoy mirando como si fuese una amiga.

No la estoy mirando como un hombre que tiene claras sus prioridades y al que no le interesa nada serio.

La estoy mirando como si mi corazón estuviera a punto de dejar de latir. Como si mi final se acercase, y es la primera vez en la vida que me arrepiento de ser un deportista profesional.

Si fuera médico o profesor o cualquier otra cosa menos un portero estrella al que le pagan millones de dólares por ser muy bueno en su trabajo, le pediría salir. La cortejaría y le demostraría cómo debe tratarla un hombre dentro y fuera del dormitorio.

Pero no lo soy.

Así que levanto la mano en un patético saludo. Ella desvía la mirada al espacio vacío que tengo a la izquierda, y asiento, invitándola a acercarse.

—Oye —Hudson me da un codazo en el costado. Parpadeo y salgo del trance—, ¿estás bien?

—Genial… —gruño—. Estoy genial.

—Voy a por mi acompañante. ¿Nos vemos luego?

—Sí. Me parece bien.

No sé a qué se refiere ni a qué le he dicho que sí. El contoneo de las caderas de Piper me distrae demasiado, como también lo hacen el escote de su vestido, el colgante que descansa entre sus pechos, los tacones que le dan altura y el pintalabios rojo brillante que lleva.

Quiero emborronárselo con el pulgar. Quiero que me pinte la polla, un recuerdo de haberme corrido en su boca y de haberla obligado a tragar.

Aprieto el vaso con tanta fuerza que no sé cómo no se rompe.

El modelito que lleva es de infarto.

También es indecente a rabiar, la verdad, y saber lo que hay debajo de esos finos tirantes y esa tela sedosa es un peligro para mi salud.

Todos los hombres de la sala la miran mientras se acerca a mí como una especie de diosa. Incluso mis compañeros de equipo se

vuelven para observarla. Quiero partirle el cuello a Grant porque la mira más de la cuenta, aunque yo estoy pecando de lo mismo.

—Hola —dice cuando se acerca, y ojalá se hubiera quedado lejos.

Ojalá no estuviera aquí, porque ahora que lo está, huelo su perfume. Veo la sombra de ojos azul oscuro que lleva en los párpados. Percibo el calor que irradia, y no sé por qué coño quiero acurrucarme a su lado en mi cama y mantenerla allí.

Después de haber oído sus gemidos cuando se corre, esos sonidos que se le escapan cuando la toco y su forma de encoger los dedos de los pies cuando le pellizco los pezones con fuerza, me gusta todavía más.

Piper Mitchell me tiene obsesionado, y la próxima vez que la toque, no seré tan cuidadoso.

—Pequeñaja —la saludo, en busca de normalidad.

—¿Cómo va la noche?

—¿Tú qué crees?

Ladea la cabeza y me mira fijamente.

—Espantosa, según veo. ¿Podrías…? —Me toca una de las comisuras de los labios con los dedos, levantándola en una sonrisa falsa, y sonríe—. Así. Mucho mejor.

—No me hagas parecer demasiado simpático. No soportaría otra conversación de media hora con un tío que jugó en una liga de aficionados hace veinte años y que se cree cualificado para darme consejos que no le he pedido sobre mi técnica.

—Vamos, Liam. Hasta tú sabes que unos años jugando pachangas los domingos superan con creces tu experiencia en la NHL. Deberías hacerle caso, está clarísimo.

Resoplo.

—Antes le hago caso a Grant. Por lo menos él conoce las reglas sobre levantar el palo.

—Casi me da pena la persona que puje por Grant en la subasta y gane. Tendrá que aguantar su energía nerviosa durante horas.

—No me recuerdes lo de la subasta.

—¡Ay, no! ¿Has tenido una mala experiencia? Si te digo la verdad, me parece que la idea en sí es ridícula. Si hiciéramos esto con mujeres, la gente se indignaría, pero con chicos guapos que juegan al hockey, no pasa nada, ¿no? Es un doble rasero.

—Vaya… —Me tiemblan los labios por la risa—. ¿Crees que soy guapo?

—¿Me explicas por qué te has quedado solo con eso de todo lo que he dicho? —Pone los brazos en jarras, y me pregunto si lleva ropa interior. Es imposible que la lleve con lo ajustado que le queda el vestido—. ¿Me estás escuchando?

—Claro que sí. Estás hablando de hockey, ¿verdad?

—No tienes gracia.

—Y ¿por qué sonríes?

Piper resopla y se apoya en la barra a mi lado.

—No estoy sonriendo.

—Pues parece que sí.

—Supongo que mi chaqueta rosa te ha dañado la vista más de lo que pensaba. ¿Por qué no pujáis entre vosotros? Parece la forma más lógica de estar completamente seguros de que nadie acaba con un imbécil.

—La directiva del equipo no lo permite. Las pujas tienen que venir de otra parte: de los abonados de temporada, de algún crío con la

tarjeta de crédito de sus padres… He pensado que el año que viene puedo pillar un virus gástrico y evitarme todo esto.

—Es un buen plan. —Suelta una carcajada suave y saluda a alguien que está al otro lado del salón de baile—. Debería socializar. ¿Nos vemos después de la subasta?

—Si antes no me saco los ojos.

—Vale. —Echa a andar hacia un grupo de personas que está junto a la barra, en el lado izquierdo del salón de baile—. Ánimo, Liam.

Hago todo lo que está en mi mano para no mirarle el culo mientras se aleja y fracaso estrepitosamente.

Me sudan las manos.

Las luces son tan intensas que desearía haberme quitado la chaqueta antes de subir al escenario.

—El siguiente es Liam Sullivan —anuncia el maestro de ceremonias. Mi nombre resuena hacia la multitud y todos aplauden. Los miro con una mueca y los saludo con la mano. Mi actitud dista mucho del exuberante carisma que han demostrado mis compañeros de equipo, pero lo hago lo mejor que puedo. Tienen suerte de que no me haya largado cuando Emmy pagó cuarenta mil dólares para ganar la puja por Ethan y cabrear a Maverick—. La puja inicial comenzará en cinco mil dólares.

—¡Cinco mil! —grita un hombre entre el público, y empiezo a juguetear con mis gemelos.

—¿Seis mil?

—¡Seis! —dice otra voz grave.

—¿Siete mil?

—¡Siete! —dice una mujer, y me protejo los ojos con la mano mientras intento localizarla.

Está en la primera fila con un grupo de chicas. La veo levantar su copa de champán y no puedo contener una mueca de desagrado.

—Siete —repite el maestro de ceremonias—. Es hora de ponerle emoción. ¿Diez mil dólares?

—¡Diez! —dice el primer hombre.

—¡Once! —añade la mujer, y me limpio las manos en los pantalones.

—¡Doce! —añade una nueva voz.

Es una voz que reconozco, y giro la cabeza hacia la derecha, sorprendido al ver que Piper sostiene una paleta con los brazos cruzados por delante del pecho.

Esbozo una lenta sonrisa. Veo una expresión decidida en sus ojos, una postura afilada como una navaja y una firmeza en la voz que nunca le había oído.

Tienes que ser asertivo para trabajar en su campo. Piper demuestra su agresividad cuando intenta convencer a alguien para que entre en la sala de prensa, cuando le cambia la voz al hablar con un hombre que se considera superior a ella solo porque es mujer.

Sin embargo, nunca la he visto así: despiadada. Como si estuviera esperando para atacar, y eso me encanta.

—¡Trece! —dice la primera mujer, que se echa el pelo hacia atrás como si fuera un juego de niños.

Piper frunce el ceño.

—¡Veinte mil!

El público empieza a chillar y a vitorear, emocionado. Empieza un toma y daca entre ambas, y es como ver un partido de tenis.

Cuando la puja alcanza los treinta y cinco mil, no sé quién va a tirar la toalla antes.

—¿Treinta y seis? —pregunta el maestro de ceremonias a la mujer de la primera fila.

Ella consulta con sus amigas en voz baja antes de negar con la cabeza.

—Vendido a la rubia fogosa que está a la izquierda del escenario —anuncia el maestro de ceremonias, y me invade una sensación de alivio.

Prácticamente me bajo corriendo del escenario, ansioso por alejarme de los focos. Avanzo entre la multitud y paso de algunos de los chicos que intentan llamar mi atención. Cuando por fin llego hasta Piper, estoy casi sin aliento.

—¿A qué ha venido eso, si se puede saber? —le pregunto.

—He oído a esa mujer hablando con sus amigas en el aseo y no me ha gustado lo que ha dicho sobre ti. —Piper remueve su bebida y frunce el ceño—. Que yo a tope con la idea de que las mujeres nos apoyemos las unas a las otras, pero cuando se comportan como unas cabronas y describen cómo pretenden aprovecharse de ti esta noche, ni de coña.

—¿Me estás defendiendo, Mitchell?

—Pues sí, fíjate. —Levanta la cabeza con gesto desafiante—. Eres mi amigo, y no voy a permitir que se aprovechen de ti.

—No le habría prestado la menor atención de haber ganado.

—¿Por qué no?

—No creo que a mi novia falsa le hubiera hecho mucha gracia y no me parece bien sonreírle a otra mujer cuando estoy demasiado ocupado pensando en los gemidos que se escapan cuando te corres.

Piper toma aire de golpe.

—Pero si ya los has oído.

—Es que se me han quedado grabados.

—Sí bueno, pues yo te tengo grabado mientras te la meneas.

—A la mierda con esperar hasta fin de mes. Ven a mi casa esta noche. Te debo una clase.

—¿Estás seguro? Mañana tienes partido. —La tensión entre nosotros aumenta cuando da un paso hacia mí. A ojos de cualquiera que pase cerca, somos dos personas charlando, pero ambos sabemos que lo último que vamos a hacer cuando nos vayamos es hablar—. No quiero fastidiarte la rutina.

—Resulta que he estado jugando de maravilla desde que te besé la primera vez.

—En ese caso supongo que no deberíamos luchar contra el destino, ¿no? Así que tendré que irme a tu casa y correrme de nuevo en tu sofá.

Se me escapa una carcajada.

—Perdón por el inconveniente. ¿Estás lista para irte?

—Joder, estoy lista desde que me mandaste el mensaje aquel hace una semana. ¿Tú estás listo? No me gustaría que te perdieras toda la emoción de la gala.

La miro con seriedad.

—Me muero de ganas de inclinarte sobre el lavabo desde que te vi por primera vez esta noche. La única emoción que quiero sentir ahora mismo es tu coño. Vámonos. —Echo a andar hacia la salida, pero me paro para mirarla por encima del hombro—. ¿Tienes treinta y cinco mil dólares?

—No. —Piper sonríe y se acerca a mí contoneándose. Es la viva imagen del sexo y pone a prueba mi puta paciencia—. Pero tú sí.

—¿Me estás utilizando por mi dinero, Mitchell?

—Te estoy protegiendo, Sullivan. Son cosas distintas. Y mira, ahora vas a verme desnuda. Diría que al final te sale rentable.

Sonrío de la misma forma que lo hace ella.

—Sigue protegiéndome, pequeñaja. Me gusta cuando defiendes mi honor, pero me va a gustar todavía más cuando grites mi nombre al correrte.

22

Liam

LOS REYES DEL DISCO

Maverick
Papi Porteroooooooooooooo
Dónde te has metido?

Grant-ioso
Liammmmmmm. Vuelveeeeeee

Don Facilón
Nos vamos a un karaoke jajaja

Hudson
Quédate donde estás. Aquí no estás a salvo

Don Facilón
A todo el mundo le encanta el caraoque!

Riley
Mira, el campeón de ortografía!!!!!!

Don Facilón

Q t falle un pez

Grant-ioso
Seguro que Liam nos echa tanto de menos como nosotros a él

Has abandonado el chat
Don Facilón te ha añadido al chat

Don Facilón:
Pds correr, xo no pds scondrt, hijo d puta

Hudson
Un diez por el esfuerzo, Richardson

—¿Qué tipo de música te gusta? —Piper apoya la cabeza en el asiento y me mira mientras nos dirigimos a mi casa—. ¿Heavy metal? ¿Gongs? ¿Cánticos de monjes?

—¿Gongs? Eso no se lleva, ¿verdad?

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. Puede.

—Los gongs no están en la lista, te lo creas o no. No escucho mucha música. Cuando voy al estadio, me gusta poner música clásica a todo volumen. Me relaja. El resto del tiempo escucho cualquier cosa menos country. No soporto el puto country.

—Pues el otro día parecía que te lo estabas pasando muy bien en el bar country.

—Te lo habrás imaginado. Fue el infierno en la tierra.

—Es de muy mala educación por tu parte insultar así a Dolly Parton, pero bueno.

Tamborileo con los dedos sobre el volante. Las calles están tranquilas para ser viernes por la noche y sé que no tardaremos

mucho en llegar a mi casa.

—¿Cuánto has bebido? —le pregunto.

—Lo suficiente como para tener el valor de pujar más de treinta mil dólares por ti a sabiendas de que ibas a ser tú quien pagara. —Suelta una carcajada y cierra los ojos—. Lo suficiente como para ser consciente de dónde estoy. Como mucho, estoy un pelín achispada. ¿Por qué?

—Esta noche vamos a dar un paso más, y quiero asegurarme de que quieres hacerlo de verdad.

—Soy mayorcita, Liam. Estoy en pleno uso de mis facultades mentales y puedo tomar mis propias decisiones, y te necesito.

Enfilo mi garaje y aparco el Range Rover. La miro y le pongo la mano en la rodilla para darle un apretón.

—¿Lista? —le pregunto, dándole una última oportunidad para echarse atrás.

Los dos sabemos que en cuanto entremos en mi casa, voy a hacer lo que me dé la gana con ella.

—Lista —contesta. Salgo del coche para rodearlo a toda prisa y abrirle la puerta. Le tiendo la mano, saca las piernas y se baja de un salto—. Qué caballeroso.

—Seguramente sea lo último caballeroso que haga por ti esta noche.

—Eso no es verdad. Algunos dirían que no hay nada más caballeroso que tu cruzada por mis orgasmos. —Me sonríe, y resoplo —. ¿Qué has querido decir con eso de un paso más?

—La última vez te tocaste tú, pero esta noche voy a hacerlo yo. Te voy a tocar en todos los sitios en los que no te he tocado aún, y tú me la vas a chupar.

Casi tropieza mientras entramos en el ascensor.

—A veces se me olvida lo directo que eres. Vale. Sí. Qui-quiero todas esas cosas. Pero ¿me irás guiando? ¿Y te asegurarás de que lo entiendo? Tendrás que darme instrucciones.

—Por eso soy tu entrenador, Piper, para que podamos hacerlo juntos.

Llegamos a la última planta y recorremos el pasillo antes de detenernos delante de mi puerta.

—Qué corona más bonita. —Señala la decoración que colgué a principios de semana. Las ramas de hojas perennes están adornadas con luces led y bastones de caramelo, y se puede ver a un kilómetro de distancia—. Yo creía que eras más Grinch que esto, pero me alegro de haberme equivocado.

—Las vendía la nieta del dueño porque su colegio estaba haciendo una colecta y no pude negarme. Parece como si la Navidad hubiera vomitado sobre ella, ¿no?

—Por decirlo suavemente.

—A mí me gusta.

—Vaya, pues resulta que tienes corazón.

—Soy una caja de sorpresas.

Acerco mi llavero de proximidad a la puerta y la abro. Piper pasa a mi lado y entra, y yo respiro hondo para mantener la cordura antes de cerrar.

Piper empieza a andar de espaldas. Sus zapatos de tacón resuenan contra el suelo y no aparta la mirada de mí. Se quita el abrigo y lo tira a un lado, sin molestarse en ver dónde cae. El tirante izquierdo del vestido se le cae por el hombro y no se lo vuelve a colocar.

—Estás lejísimos —dice con voz un poco ronca, pero dulce a la vez. Como si le diera miedo que fuera a irme, cuando lo único que quiero es estar aquí con ella.

Me acerco, porque no necesito que me lo repita. La levanto del suelo con un solo movimiento y la pego a la pared. Se le entrecorta la respiración y se aferra a mi pelo, dándome un suave tirón que me hace soñar con la sensación de esa mano alrededor de mi polla, acariciándome despacio hasta que me corra en su palma.

—Llevo toda la noche preguntándome si llevas bragas. —Le subo el vestido por las piernas hasta que la tela plateada se le arruga en la cintura. Le subo la mano por la pantorrilla y la rodilla, y no me detengo hasta que llego a la curva de su muslo y sigo subiendo—. Dios. No llevas, ¿verdad?

—Me estropearían el efecto del vestido. —Echa la cabeza hacia atrás, y el pelo le cae sobre los hombros. El otro tirante también se le cae y se le queda a la altura del codo, de modo que se le ve la curva de las tetas. Tiene la piel sonrojada y le cuesta respirar. Casi no la he tocado, pero ya está excitada—. ¿Vamos a hacerlo aquí?

—No. —La aparto de la pared, y me rodea la cintura con las piernas—. En mi cama. Quiero extenderte sobre ella para verte entera.

Me pone la mano en la mejilla y me acaricia la barba que no me he molestado en afeitarme. Es patético que me derrita contra ella con tanta facilidad, como si estuviera hambriento de contacto humano. Años sin que nadie me toque me tienen a punto de suplicar. Tiemblo cuando me roza la nariz con la suya antes de besarme, despacio y con suavidad.

La forma en la que me acaricia la boca con la lengua para provocarme y sus gemidos cuando le bajo el vestido y le acaricio el pecho me resulta embriagadora. Cuando empieza a moverse con más seguridad y me muerde el labio mientras me araña la espalda, pierdo el equilibrio y casi tropiezo con la alfombra del pasillo antes de recuperarme en el último momento.

Suelta una carcajada traviesa y siento que el sonido despierta algo salvaje en mí que ansía tratarla como nadie lo ha hecho antes, que ansía asegurarse de que acaba exhausta y sin sentido, y que es todo por mí.

Abro la puerta del dormitorio de un empujón. Me acerco a la cama, la dejo caer sobre el colchón y me inclino para encender la lámpara. Ella me mira y, con la luz de la luna que se cuela por la ventana, parece que en sus ojos brillan estrellas que rivalizan con las del cielo. Su mirada reluce con motas plateadas y grises, y alarga los brazos hacia mí sin decir nada.

Me quito los zapatos y la chaqueta del esmoquin, apartándolo todo de una patada. Mientras me desato el nudo de la corbata, se me pasa la idea por la cabeza de pedirle que me deje atarle las manos, para torturarla hasta que esté a punto de gritar mi nombre y solo entonces dejar que se corra.

Piper me observa sin perder detalle y me recorre con la mirada de los pies a la garganta, y luego las manos cuando hago una bola con la corbata y la tiro al montón cada vez mayor de ropa. Su atención se detiene en mi torso cuando me desabrocho la camisa, y al quitármela, murmura en señal de aprobación.

—Siéntate en el borde de la cama —susurro, y se apresura a obedecerme, a moverse, a poner los pies en la moqueta y a esperar

la siguiente orden—. Qué bien se te da escuchar.

Esboza una sonrisa, pero luego aprieta los labios y levanta la barbilla.

—¿Y tú llevas ropa interior?

—Alguien me dijo hace poco que tengo un pollón. —Me desabrocho los pantalones y me bajo la cremallera—. Me pareció arriesgado llevarlo suelto a un evento tan elegante.

Su risa reverbera en el dormitorio, disolviendo el último resquicio de duda entre nosotros y provocándome una descarga en la espalda.

Joder, quiero hacer que se corra.

No he querido nunca nada en la vida como quiero eso.

Pero ahora también quiero oírla reír otra vez. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que escuché un sonido tan bonito, tan despreocupado, tan alegre, y quiero un trocito de su felicidad.

—Le hubieras podido sacar un ojo a alguien… —Esboza una sonrisa de oreja a oreja, orgullosa de su comentario—. Bueno, ¿entonces qué, hay calzoncillos o no hay calzoncillos?

Me quito los pantalones y los aparto con los pies, quedándome en calzoncillos negros. Le relampaguean los ojos de anticipación al darse cuenta de lo dura que la tengo.

—Hay. Siento decepcionarte.

—Vaya. —Se pasa la lengua por los labios y quiero sentirla sobre la polla, la quiero trazando círculos sobre la punta y lamiéndomela desde abajo—. Parece que estoy demasiado vestida para la ocasión. ¿Debería…? ¿Quieres que me…?

—Quítate la ropa y túmbate en la cama. —Abro el cajón de la mesita de noche de un tirón, en busca de un rotulador—. Ponte cómoda.

Se levanta y empieza a quitarse el vestido. Se lo baja hasta la cintura y luego por los muslos, moviendo las caderas hasta que lo deja caer a sus pies y se queda totalmente desnuda.

Menos mal que la he obligado a quedarse con la ropa puesta hasta ahora. No sé si habría aguantado las primeras veces que estuvimos juntos si la hubiera visto entera.

Todo en ella es cautivador, desde sus turgentes tetas hasta el ombligo; es toda piel suave y caderas que me muero por agarrar cuando me la folle por detrás.

—Me da vergüenza. —Se cubre el pecho y el abdomen con las manos—. Bueno, es que supongo que últimamente todo me da vergüenza. Sé que no debería esconderme de un hombre, pero nunca me ha gustado mi aspecto sin ropa; seguramente porque tampoco le ha gustado nunca a nadie. Creo que podría tener las tetas más grandes, que podría tener menos barriga, y sé que mis muslos se tocan.

—Oye —Le coloco un dedo bajo la barbilla y le echo la cabeza hacia atrás para que me mire—, voy a darte una miniclase. ¿Te interesa?

Traga saliva y asiente.

—Sí.

—Si te quitas la ropa delante de un hombre y no se arrodilla ante ti, sal de ahí de inmediato. No me importa si estás desnuda. Tú sal corriendo.

—¿Y arriesgarme a que me acusen de exhibicionismo? —susurra, y me echo a reír—. Esta miniclase tiene pinta de ser seria.

—A lo mejor es la más importante que te doy. Más vale que el tío acabe con la boca abierta hasta el suelo cuando te vea desnuda. Si

ves que no, es que no merece la pena. Eres demasiado buena como para perder el tiempo con más imbéciles —digo, convencido de cada sílaba de lo que le estoy diciendo.

Se sienta en el borde de la cama y va retrocediendo por el colchón hasta que puede estirarse, doblar las rodillas y separar las piernas, ofreciéndome un primer plano de su coño. Lo tiene húmedo y rosado, y es una puta preciosidad.

—¿Te has quedado ya con la boca abierta?

Pues sí, y también tengo la sensación de que el corazón se me ha salido del pecho. Que lo tengo en algún sitio cerca de los pies, y que no voy a ser capaz de recogerlo en la vida.

—Ahora mismo no sé ni cómo me llamo —consigo decir. Me siento en la cama a su lado y la beso en la frente—. Se me está yendo la cabeza.

—¿Por eso tienes un rotulador?

—No. Voy a averiguar los puntos que más te gusta que te toquen. Voy a marcarlos para que no se me olviden y para que a ti tampoco se te olviden si quieres tocarte cuando yo no esté contigo. —Le rodeo con un círculo el pecho izquierdo y aprovecho para pellizcarle el pezón—. Voy a descubrir todo lo que te gusta, Piper. Y en cuanto lo haga, voy a follarte como él no te folló nunca.

23

Piper

Hora de la muerte: 22.37.

Causa de la muerte: Liam diciéndome «voy a follarte como él no te folló nunca».

Me hace sentir tan deseada, tan necesaria, que podría explotar por la pasión de sus palabras.

Sus caricias son una tortura, una provocación, mientras mueve el rotulador hacia el otro lado. Dibuja un círculo alrededor de mi pecho derecho y arqueo la espalda. Su risa es pecaminosa, un sonido excitante que me deja claro que solo está empezando.

En cuanto cierra la boca alrededor del pezón, no puedo evitar retorcerme.

—Eres la mujer más guapa que he visto en la vida. —Me coge el pezón entre los dientes y juro que veo borroso. Y que dejo de ver del todo cuando me lo chupa—. Y pensar que llevabas todo esto escondido debajo de la ropa en el trabajo… Unas tetas fantásticas. Un coño precioso. Estoy deseando memorizar cada puto centímetro de tu cuerpo.

Agarro las sábanas con fuerza, como si fuera cuestión de vida o muerte, porque necesito estabilizarme. Es demasiado, pero al mismo

tiempo no es suficiente.

—Eso me gusta —susurro, en un intento por expresar abiertamente las cosas con las que disfruto, para que un hombre las vuelva a hacer. Para ir acostumbrándome a decirlas porque es lo que me gusta—. Cuando me tocas con la boca.

—¿Sí? —Liam hace lo mismo en el pecho izquierdo. Me muerde y me chupa el pezón con más fuerza, hasta que logra arrancarme un gemido.

—¿Puedes bajar más? ¿Por mi estómago?

—Mírala, que ya hasta pide lo que quiere. —Empieza a bajar la boca por la parte inferior de mi pecho y sigue por el tórax—. Eso es un sobresaliente por mi parte.

—Más abajo. —Le entierro los dedos en el pelo y le empujo la cabeza con suavidad. Una insinuación para decirle dónde quiero que me toque—. Por favor.

Me besa el ombligo y me lame la piel por encima del hueso de la cadera.

—Estoy muy orgulloso de ti, Piper.

Yo también estoy muy orgullosa de mí misma.

Separo las rodillas y Liam me pasa el rotulador por la pierna izquierda. Me marca la parte interna del muslo y se aleja, colocándose entre mis piernas mientras se tumba boca abajo.

—Quiero correrme, Liam, y quiero que sea contigo.

—Cariño, solo va a ser conmigo. —Tira el rotulador, me acaricia la pantorrilla y va subiendo hasta que me separa con los pulgares y empieza a explorarme meticulosamente para hacerme estallar—. Asegúrate de decir mi nombre bien alto cuando te corras.

Es la primera vez que estoy así de expuesta delante de otra persona. Me siento vulnerable bajo su escrutinio, con las partes más íntimas de mi cuerpo al descubierto como si nada, y no tardo en descubrir que me encanta.

Mi timidez se desvanece cuando lo oigo murmurar «perfecta» e «increíble». El placer me nubla la mirada al sentir que baja el pulgar derecho hacia mi clítoris y que empieza a trazar círculos alrededor. Se me encogen los dedos de los pies y se me corta la respiración. Me agarra la parte interior del muslo con la mano izquierda, pero luego la sube hasta el abdomen para ejercer presión.

—Dios —susurro.

—Aquí no hay ningún dios, Piper. Estoy solo yo, y no voy a salvarte. Voy a devorarte.

Levanto las caderas, pidiendo más sin cortarme, ansiosa por que cumpla su amenaza.

—Sigue. Un poco más fuerte.

—¿Así? —pregunta al tiempo que añade más presión.

—Perfecto. Así es perfecto.

—¿Quieres correrte así primero? ¿O quieres que te meta los dedos hasta que te corras en mi mano?

—¿Las dos cosas? —balbuceo ante esa pregunta tan directa. No sé qué opción me parece mejor—. ¿Pueden ser las dos cosas?

—Qué codiciosa eres. —Me besa la rodilla y aumenta la velocidad de sus caricias. No me ha penetrado todavía, y solo pienso en lo mucho que va a gustarme cuando por fin lo haga—. Pero sabes que te daré todo lo que me pidas.

Sí, lo sé.

Si le dijera que parase, lo haría. Si le dijera que quiero tocarlo, me dejaría.

Aunque sea más fuerte y más grande, aquí mando yo.

Me pellizca un pezón con la mano libre al tiempo que me da una ligera palmada en el culo. Se me escapa un jadeo y siento una descarga eléctrica en las venas. El orgasmo me atraviesa, un placer delirante que me catapulta al cielo. Es el más intenso que he tenido en la vida, una experiencia que me recorre todo el cuerpo, que hace que se me salten las lágrimas y que me deja las piernas temblorosas.

Tardo un minuto en recuperarme. El éxtasis se calma cuando detiene los dedos. Se inclina hacia delante, con el cuerpo sobre el mío, y me besa. Gimo, deseándolo, y él me chupa el labio inferior antes de apartarse.

—¿Adónde vas? —le pregunto.

—No pensarás que he acabado, ¿verdad? —Tira de mi brazo con delicadeza hasta dejarme sentada sobre las sábanas. Acto seguido se coloca detrás de mí y apoya la espalda en las almohadas, tras lo cual me pega la espalda a su torso—. Quiero que estés cómoda para la siguiente parte.

—¿Va a dolerme?

—A lo mejor al principio, pero iremos despacio.

—Vale. —Trago saliva y me relajo contra él. Me pesan las piernas, y él me las separa con delicadeza—. Confío en ti.

Me rodea la barbilla con una mano y me vuelve la cabeza para besarme. Me dejo llevar, y él aprovecha para mover un dedo y metérmelo, muy despacio. Cierro los ojos con fuerza.

—Respira, Piper —me dice contra la boca—. Así.

El malestar solo dura unos segundos antes de dar paso a otra cosa, otra sensación que me llena y me resulta nueva. Es muy distinto de cuando me toqué delante de él, y me molesta mucho menos de lo que pensaba. Es exquisito.

—Joder —susurro, casi abrumada por la plenitud de su invasión—. ¿Y esto es solo un dedo?

Me roza la nariz con la suya y luego siento que la sensación crece, una invasión profunda que llega a un lugar que nadie había tocado nunca. No mientras practicaba el sexo. Él es el primero.

—Solo uno.

—Dios —jadeo—. Pero ¿cómo se me ocurre pedirte que me folles? Voy a morir. Espero que el cielo sea bonito, porque mi tiempo en la tierra casi ha terminado.

Liam entierra la cara en mi cuello y se ríe mientras me deja un reguero de besos por la clavícula y la garganta.

—No voy a follarte esta noche, corazón. Pero cuando lo haga, estarás lista. Vas a metértela entera y vas a estar preciosa mientras tanto.

Yo no lo tengo tan claro, pero ese es un problema para la Piper del futuro, algo de lo que preocuparme más adelante, cuando llegue el momento, porque ahora mismo quiero disfrutar de esto: de la sensación de su dedo al entrar y salir de mí, de las intensas caricias de su otra mano sobre mi clítoris. Entre la penetración y los lentos círculos, el deseo despierta de nuevo en mis entrañas y sé que voy a correrme otra vez.

Se me escapa un grito y le rodeo el cuello con un brazo para girarle la cabeza y que pueda besarme de nuevo.

—Dijiste dos dedos —jadeo—. ¿Podemos intentarlo?

—¿Estás segura?

—Por favor —le suplico.

—Si quieres parar, si te duele, ¿me lo dirás?

—Como pares, voy a ser yo la que te haga daño a ti.

Él vuelve a reírse, se aparta de mí y me besa en la mejilla.

—No voy a parar, pero solo si abres los ojos y miras.

Abro los ojos de par en par y clavo la mirada entre mis piernas. Su mano es grande; sus dedos, gruesos; y me está agarrando por la cara interna del muslo. Me tortura durante unos segundos, haciendo el amago de acariciarme antes de acercarse siquiera, y descubro que es lo más maravilloso del mundo.

Tiene el dedo índice mojado y me pregunto qué sentiría al ver su polla de la misma manera. O sus labios y su lengua. Dios. Quiero que me haga de todo.

Presiona con dos dedos y gimo mientras me penetra con suavidad, pero con firmeza hasta el primer nudillo y luego hasta el segundo. No tardan en desaparecer en mi interior por completo, momento en el que me besa en la oreja.

—Qué apretada estás, joder, Piper. Haces fuerza contra mí —susurra—. Hostia. Es como si fuera el único que te ha tocado así.

Es que es el único que me ha tocado así.

Coloco una mano sobre el muslo me la roza con la muñeca cada vez que se mueve. La cambio al abdomen y de forma instintiva bajo los dedos hasta el clítoris.

Quiero ayudarlo a llevarme al límite. Quiero participar, y cuando me toco al mismo tiempo que él curva los dedos en mi interior, siento un placer que empieza en la base de la columna vertebral y que no había experimentado en la vida.

—Liam. Liam. Me corro —digo con frenesí, y él me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Pues córrete —dice con voz suave y grave—. Estoy deseando verlo.

Intento aguantar, pero soy incapaz. Mi segundo orgasmo se acerca. Me invade, como una ola que rompe, y gimo su nombre mientras me desintegro en mil pedazos.

Liam me sorprende al apartarse de mí y dejarme apoyada contra las almohadas. Estoy sin aliento y creo que soy incapaz de moverme cuando el colchón se hunde y sus manos vuelven a mis piernas, pero esta vez se coloca entre ellas.

—¿Qué haces? —susurro, desorientada.

—Todavía no te he probado. —Me presiona el clítoris con el pulgar, y mis caderas se levantan por voluntad propia—. Y lo necesito.

Noto el repentino lametón de su lengua y, joder…, esto me gusta más que los dedos. Tengo el cuerpo sensible, estimulado por el placer, pero ni de coña puedo correrme por tercera vez.

—No sé si…

—Me da igual. Quiero comértelo aunque no te corras. Eres mi nueva comida preferida.

Intento llegar de nuevo, intento buscarlo, pero todo es en vano. Me siento frustrada y decepcionada, enfadada porque esto me gusta muchísimo, pero no puedo hacer nada al respecto.

—Lo siento, de verdad. —Le toco la mejilla y él me mira, con los labios húmedos y los ojos entrecerrados—. No voy a poder. No es por ti, es…

Me besa la rodilla.

—No es necesario que te disculpes.

—No quiero que tú hagas todo el trabajo y…

—Piper, esto no es un trabajo. Lo hago porque me gusta, no porque esté obligado. Si quieres tomarte un descanso, nos tomamos un descanso. Por fin te he saboreado, así que estoy satisfecho para el resto de la noche.

—Quiero hacerte lo mismo, pero sé que no se me dará bien.

—Vamos a colocarnos donde haya más espacio. ¿Puedes ponerte en el suelo?

—Sí. —Trago saliva y me deslizo hasta el borde de la cama. Me tiemblan las piernas al levantarme y me tambaleo hasta el centro de su dormitorio—. ¿Quieres que me siente?

—De rodillas estaría genial —contesta detrás de mí, y me dejo caer al suelo—. ¿Has hecho alguna vez una paja?

—No creo que puedas llamarlo así. Fueron unos cuantos movimientos rápidos y ya está.

Liam engancha los dedos en el elástico de los calzoncillos y se los baja por las piernas para quitárselos. Me relamo los labios al verle la polla desnuda.

—Empezaremos por ahí.

Asiento y avanzo despacio de rodillas sobre la moqueta para acercarme a él. Le apoyo las manos en los muslos, le miro la polla y luego enfrento su mirada.

—¿Qué hago?

—Escúpete en la mano y luego rodéamela con los dedos.

Dudo medio segundo antes de escupirme en la palma de la mano y agarrarle la polla. Veo unas gotas de líquido seminal en la punta y se las extiendo con el pulgar.

—¿Así?

—Perfecto —contesta con voz ronca—. Así es perfecto. Acarícialа de arriba abajo. Puedes… Joder, Piper.

Al principio voy despacio porque quiero acostumbrarme a la sensación de tenerlo en la mano. Su peso, su calidez y la vena que va desde la punta hasta la base. La saliva proporciona lubricación y me ayuda a realizar mejor los movimientos mientras me familiarizo con la mecánica del asunto.

Cuando encuentro el ritmo, añado un giro con la mano, como lo vi hacer la última vez, y lo oigo sisear.

—¿Me he pasado? —pregunto, y me pone los dedos en la nuca.

—No, es increíble —responde, y sonrío por el elogio—. Aprieta un poco más.

Lo aprieto más fuerte, y él echa las caderas hacia adelante al tiempo que se le tensan los muslos. Levanto la mirada y me maravillo al verlo con los labios entreabiertos. Me está acariciando el pelo con el ceño fruncido.

Se la beso en un lateral y lo recorro con la lengua hasta el glande.

—Yo también quiero saborearte, Liam.

—Dios. Vale. Métetela en la boca, pero nada de dientes. Es como chupar un polo o una piruleta. Como si estuvieras sorbiendo, más o menos. Coño, es una comparación pésima, pero… hagas lo hagas, será estupendo.

Agradezco la descripción visual y abro la boca para meterme la punta y apoyármela en la lengua. Tiene un sabor salado con una nota dulce. No estoy segura de que me guste, pero la sensación me encanta. Respiro hondo y la aprieto con los labios para empezar a chupar como si tuviera un polo en la boca, no una polla monstruosa de veintitrés centímetros.

Me dan arcadas, se me llenan los ojos de lágrimas, y él acaba sacándomela de la boca, llevándose un hilo de saliva.

—Bien. Muy bien, Piper. —Me limpia con un pulgar las lágrimas de las mejillas—. Vamos a intentarlo otra vez, pero ahora respira por la nariz. Relaja la mandíbula.

Me inclino hacia delante y me la vuelvo a meter en la boca. Se la chupo y se la lamo, con cuidado de no usar los dientes. Le doy un lametón en el glande y siento que me agarra la nuca con más fuerza.

—Uf, joder —gime—. Mierda. Usa más la lengua y… me cago en la puta. Lo estás haciendo muy bien. Intenta usar también la mano.

Se la aferro por la base y me sorprendo a mí misma al metérmela un poco más en la garganta al tiempo que giro la mano.

—¿A los hombres les gusta así? —Me la saco de la boca y se la lamo hasta arriba—. ¿A ti te gusta?

—Me importa una mierda lo que les guste a los demás. Esto es lo que me gusta a mí, Piper: es mi polla la que tienes en la boca, ¿lo entiendes? No le vas a hacer una mamada a nadie más. Por lo menos no hasta que yo haya terminado contigo.

Oh.

Me gusta esta faceta de Liam. Esta parte de él a la que no le da miedo ser agresivo, posesivo, brusco; la parte que no se corta antes de decir lo que piensa. Sé que hasta ahora ha sido muy cuidadoso conmigo, y le agradezco que esté dispuesto a enseñarme, a asegurarse de que me sienta cómoda en todo momento, pero también tengo mis necesidades.

—Pues entonces no te cortes conmigo —lo reto—. Fóllame la boca como quieras, Liam. Demuéstrame cómo te gusta, porque sé que no

es tan despacio.

Mis palabras desbloquean algo en él, un rincón de sí mismo que ha mantenido oculto y, nada más decirlo, veo que se produce un cambio. En cuanto cedo el control, aprovecha la oportunidad para hacerse con las riendas.

—Quédate quieta. —Se enrolla mi pelo en la muñeca y me mira a los ojos, tras lo cual le hago un gesto con la cabeza para dejarle claro que estoy bien. Que quiero hacer esto. Que no quiero que me traten como a una niña buena, sino como a una mujer capaz de mancharse un poco—. Ahora no pares hasta que me corra en tu garganta.

Esta vez me muevo entusiasmada, lamiéndolo y chupándolo con vigor mientras dejo que las lágrimas me caigan por las mejillas, casi sin aire.

Sus gemidos roncos y los envites de sus caderas me animan. En un momento dado me la meto hasta el fondo de la garganta, y él me inmoviliza la cabeza.

—Me voy a correr —gruñe, y eso es lo que hace.

Siento la calidez de su semen y espero hasta oír su gemido final, hasta que deja de moverse y me suelta el pelo.

Me la saco de la boca, asegurándome de no desaprovechar ni una sola gota.

Trago y lo miro, sintiendo una calidez en el pecho al comprobar que él me está mirando.

—¿Cómo lo he hecho? —le pregunto en voz baja—. ¿Ha estado bien?

—Ha sido perfecto. Increíble. —Liam me acaricia una mejilla—. ¿Se puede saber cómo cojones has acabado en mi cama?

—Técnicamente estoy en el suelo. Y supongo que fue por desesperación —bromeo—. Fue por una propuesta patética que te solté de repente, ¿recuerdas?

—Verte aceptar tu sexualidad no es patético en absoluto.

—¿Volverías a acostarte conmigo después de lo de hoy?

—Sin dudarlo —contesta—. Ha estado genial para ser tu primera vez. Y, oye, puntos extra por no haberme mordido.

—Ahora me da miedo volver a hacerte una mamada. —Me río y me limpio la boca con el dorso de una mano—. ¿Te importa si me aseo un poco antes de irme?

—¿Quieres quedarte a dormir? —Me rodea la cintura con un brazo y me ayuda a levantarme—. Es tarde.

—¿No sería una invasión de tu espacio?

—No.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Por qué tenías un rotulador en la mesita de noche?

—Porque hago el crucigrama del domingo en la cama.

—¿Y usas un rotulador? ¿Eres un asesino en serie?

—Que yo sepa, no.

—No oigo mucho entusiasmo en tus respuestas.

—¿Quieres que las grite?

—No me disgustaría.

Liam se echa a reír y tira de mí hacia el cuarto de baño. Me mira por encima del hombro y en ese momento siento un vuelco en el universo. Como si algo estuviera cambiando, aunque de momento no consigo averiguar qué es.

Y cuando me sonríe, también lo siento en el corazón.

24

Liam

Me despierto en una cama vacía.

A juzgar por la luna que entra por la ventana, todavía es de noche. Me acerco al lado donde Piper se quedó dormida hace unas horas. Estaba acurrucada junto a mí, con la mano sobre mi torso y una pierna encima de mí, roncando con suavidad.

Mientras tanto, yo… la miraba sin más. Como un auténtico bicho raro.

Es un comportamiento preocupante de cojones, y preferiría morirme antes que decirle que sé cuántas pecas tiene en la nariz.

Veintitrés.

Tenía el pelo mojado y estaba desmaquillada después de la ducha. Su piel estaba caliente, suave. Era tan agradable tenerla en mis brazos que…, joder, no sé.

Hace años que no tenía a una mujer en mi cama. Hace años que no abrazaba a una y ha estado genial no estar solo, no quedarme dormido pensando en el trabajo o en los partidos que tenemos esta semana o en si he alcanzado el objetivo de proteínas del día.

Quería disfrutar de la simplicidad del momento, porque nunca puedo disfrutar de cosas como esta.

Las sábanas todavía están calientes y me pregunto si se ha escapado porque le daba miedo que las cosas se pusieran incómodas.

No la culpo.

Pasar de no tener relaciones con hombres a hacerle una mamada a uno y quedarse a dormir con él es un salto enorme.

Me siento y echo un vistazo por el dormitorio en busca de algún rastro suyo. Clavo los ojos en su vestido, hecho una bola en el suelo, y eso me da esperanzas de que todavía siga aquí. Aparto el edredón de una patada, me levanto y cojo a tientas unos calzoncillos de la cómoda antes de salir al pasillo para buscarla.

—¿Piper? —digo.

La cocina está vacía, al igual que la habitación de invitados. El salón también está desierto, pero me fijo en un destello de color al otro lado de los cristales. Miro la puerta corredera de la terraza y me doy cuenta de que está entreabierta.

Me acerco y la veo. Está apoyada en la barandilla, envuelta en una manta, mirando al cielo nocturno. Tiene el pelo revuelto y enredado, y los calcetines que lleva puestos le quedan enormes.

Empujo la puerta y salgo. El aire de diciembre me muerde la piel y me hace desear haberme puesto una sudadera antes de salir del dormitorio.

—Hola —digo.

—¿Te he despertado? —Se vuelve para mirarme, apoyando la barbilla en el hombro y con una sonrisa en los labios—. Pensaba que no había hecho ruido.

—No. Me he despertado y he visto que no estabas. No sabía si te habías ido corriendo.

—¿Por todas las patadas que das mientras duermes?

—Yo no doy patadas.

—El moratón que tengo en la espinilla dice lo contrario —replica ella, de manera que pongo los ojos en blanco y su sonrisa se ensancha—. ¿Vienes conmigo?

Cruzo la terraza y apoyo los brazos en la barandilla.

—¿Llevas algo debajo de esa manta tan grande?

—Una camiseta tuya. Me ha parecido más apropiado que el vestido de fiesta o ir desnuda.

—El administrador del edificio podría haberse quejado de tu desnudez. —Le hago un gesto con la barbilla—. ¿Qué camiseta?

—No lo sé. Una que he cogido de un montón que olía a limpio, no como la camiseta sudada con la que te veo casi siempre. —Se separa la manta del cuerpo y me enseña la que ha elegido. Es una camiseta vieja de la universidad que le llega hasta las rodillas. Tiene mi apellido en la espalda, y estoy seguro de que me gustaría mucho ver «Sullivan» escrito debajo de sus hombros—. Es cómoda.

—Es una de mis camisetas de la suerte.

—Bueno, pues espero que te ayude a ganar mañana. U hoy, supongo. Madre mía, te estoy desajustando el horario de sueño, ¿verdad?

—El partido no es hasta las ocho. No tengo que estar en el estadio hasta las cuatro. Puedo dormir por la mañana. —Bostezo y le doy un golpecito en la muñeca—. Hazme sitio, rayo de sol. Me estoy congelando.

—¿Rayo de sol? —Ella abre la manta y me coloco a su lado. Nuestros cuerpos se rozan y empieza a hacer calor—. ¿Me has puesto otro apodo?

—Es que te pega. Eres radiante. Cálida. Haces feliz a la gente.

—¿Espanto a los nubarrones? ¿Te hago feliz, Liam?

—Sí, me haces feliz. Y no hay mucha gente que me haga feliz.

—Creo que debería hacerme una placa o algo. «Hago feliz a Liam Sullivan». Y debajo añadiré: «Me he tragado su semen. A lo mejor esa es la clave de la felicidad».

Se me escapa una carcajada sin querer. No puedo evitarlo cuando ella me sonríe con una expresión traviesa en los ojos. No puedo evitarlo cuando la veo ganar confianza cada vez que estamos juntos.

Me lo paso en grande cuando estoy en la pista de hielo. Participar en un intenso partido de hockey es emocionante por la adrenalina, por lo mucho que nos jugamos y por la velocidad del juego.

Esta es una emoción distinta.

Y podría convertirme en un adicto como no me ande con ojo.

Sin embargo, y por primera vez en la vida, lo último que quiero es andarme con ojo.

—Mírala, qué graciosa. Dos orgasmos…, perdón, tres, que el de la ducha se me ha olvidado, y ¿ya te crees humorista, Mitchell?

—Te he hecho reír, ¿no?

—Me he tragado un bicho y me he atragantado. Algo parecido a lo que hiciste tú antes con mi polla.

Los dos nos reímos y me da un codazo en las costillas.

—Ojo por ojo, ¿eh?

—Para ojos los tuyos, que son bien bonitos.

—Qué cursi. ¿Quieres sentarte? Estaba encantada mirando las estrellas antes de que alguien saliera y me interrumpiera. Esa tumbona que tienes en el rincón me está llamando.

—A veces salgo aquí, pero no cuando estamos a tres grados y se me están congelando las pelotas. —La llevo hasta la tumbona y me siento, tras lo cual separo las piernas para dejarle sitio y que se acomode entre ellas. Lo hace y se apoya en mi torso. Acto seguido, le quito la manta y me la echo por la espalda para que nos tape a los dos—. Me gusta mirar el cielo nocturno. Me ayuda a calmar la mente.

—¿Qué te parece la temporada hasta ahora?

—¿Esto es oficial o extraoficial?

Piper me pellizca una rodilla.

—Solo estoy en modo entrevista en el estadio. Esto es curiosidad personal.

—Creo que tenemos muchas posibilidades de llegar lejos en los playoffs. Somos lo bastante buenos como para ganar el puto campeonato, solo tenemos que mantenernos concentrados durante los próximos meses.

—Opino igual. Boston va a ser un rival difícil, pero creo que podéis con ellos. ¿Tienes algún ritual antes de los partidos? Solo os veo en el túnel. ¿Qué pasa a puerta cerrada en el vestuario?

—Me como una barrita energética y escucho música clásica antes de cada partido.

—¿Una barrita? ¿De qué tipo?

—Mientras lleve chocolate, me da igual.

—Vaya. No voy a mentirte, me sorprende. Pensaba que comerías naranjas o algo así.

—También como naranjas, pero no forman parte del ritual.

Piper guarda silencio un momento y luego dice:

—Por cierto, gracias por enseñarme la mejor forma de dormir acurrucados. Ya sé dónde tengo que poner las manos cuando un hombre me rodee con los brazos.

—No hacía falta que me lo pidieras.

—La verdad es que no. ¿Seguimos conociéndonos un poco más? ¿De qué otra manera se puede aprovechar el tiempo de madrugada?

—Suéltalo. Sé que tienes preguntas dándote vueltas en la cabeza.

—¿Por qué no publicas casi nunca en redes?

—Ah, así que has estado fisgando.

—No te hagas ilusiones.

—Paso mucho de las redes y no creo que los fans deban tener acceso a mi vida fuera de la pista de hielo. Ya me tienen durante ochenta y dos partidos por temporada, y con eso basta. Si un fan quiere hacerse una foto conmigo cuando estoy en público, lo haré. Pero pensar que les debo actualizaciones constantes sobre mi día a día porque animan a mi equipo me pone los pelos de punta.

—Tienes toda la razón. Yo dejé de publicar con frecuencia después del divorcio, porque no quería que la gente supiera lo que hacía y me criticara. Sé que Steven me vigila, y me da la impresión de que está esperando a que haga algo malo para aprovecharse y hacer una montaña de un grano de arena.

—¿Se puede saber por qué te casaste con ese tío?

—No siempre fue así. Antes era mucho más amable, pero el dinero lo cambió. En la empresa se vio obligado a comportarse como un capullo para ascender, y al final esa personalidad se trasladó a su vida personal. Con el paso del tiempo me di cuenta de que ya no éramos compatibles. Lo habría dejado de todas formas si no me

hubiera puesto los cuernos, y algunos días me cabreo por no haber dado el primer paso antes de llegar a ese punto.

—Es un gilipollas —murmuro entre dientes, y ella asiente con un murmullo.

—¿Qué quieres hacer cuando te retires?

—Ser entrenador, creo. Aunque no estoy seguro de que se me dé bien. Mi estilo seguramente consista en gritarle a la gente cuando haga algo mal, pero me gustaría participar en la formación de la próxima generación de jugadores.

—Me lo imagino. Te visualizo soplando el silbato con mucha agresividad.

—¿Hay otra forma de hacerlo? —Hago una pausa y me pregunto qué debería preguntarle—. ¿Cuál es tu mayor miedo?

—Vaya. —Deja de reír y echa la cabeza hacia atrás hasta que nuestras miradas se cruzan—. Qué pregunta más difícil, Sullivan.

Me encojo de hombros.

—Mucho más interesante que preguntarte por las patatas que más te gustan.

—Pues nunca me lo he planteado… Mmm. Supongo que las bolitas fritas, seguidas de las alargadas. En cuanto a mi mayor miedo… —Guarda silencio y suelta el aire. Su aliento se condensa por el frío y la abrazo más fuerte—. Estar sola. Lo único que quiero es que me quieran. Me refiero en plan romántico. Tengo amigas que me quieren, padres que me quieren, compañeros de trabajo que me quieren. Pero me refiero a… esa obsesión que te consume por esa persona que es tu salvavidas. El tipo de amor que te dejaría con el corazón destrozado si tu pareja muriese. Postrada en la cama durante semanas porque no sabrías de qué forma seguir adelante.

Es curioso que pensara que tenía eso con mi ex. Porque no era así en absoluto.

—¿Te volverías a casar? —le pregunto, y asiente.

—No querría un bodorrio como el de la última vez. Dios, qué horror. La ceremonia fue en una iglesia en pleno verano, a treinta y seis grados y sin aire acondicionado. Con trescientos invitados, de los que conocía a unos treinta. No me gustó nada. Pero sí, me volvería a casar. Si conociera al hombre adecuado.

—No creo que vayas a acabar sola.

—Podría pasar. Nunca he sido la persona preferida de nadie. Nunca he sido la prioridad de nadie. Estuve casada con un hombre durante años y siempre ocupé el segundo lugar. A lo mejor ese es mi destino: ser casi perfecta, pero nunca lo bastante buena —dice en voz baja.

—Eres mi persona preferida.

—Tú no tienes preferidos. De hecho, casi todo el mundo te cae mal.

—Tolero a algunos, ¿recuerdas? Ahora tengo una persona preferida que está muy encima de todas las demás.

—¿En serio?

—Ganas por goleada.

—Bueno… —Inclina la barbilla y empieza a tiritar debajo de la manta—. Tú también eres una de mis personas preferidas.

—¿Una de ellas? Supongo que tengo que esforzarme más.

—Lo estás haciendo… —Se interrumpe con un grito—. ¿Qué cojones es eso?

Miro hacia el lugar que está señalando y resoplo al ver a Pico acechándonos.

—Es Pico.

—¡Pues en la oscuridad parece un puto león!

—Le encantará saber que piensas tan bien de él. —Pico salta a la tumbona y nos mira fijamente—. Te di de comer. No puedes seguir teniendo hambre. —Mueve el rabo y yo pongo los ojos en blanco—. Está bien. ¡Una porción más y ya! Tus ojos suplicantes no siempre van a funcionar.

—Vaya —susurra Piper—. Eso me ha puesto muchísimo.

—¿El qué? ¿El español?

—Sí. ¿Qué le has dicho?

—Que aunque ya le he dado de comer, voy a ponerle un poco más. Y, luego, que no siempre va a engañarme con esos ojitos. Míralo: como si se estuviera muriendo de hambre. Imbécil.

Pico nos mira con desdén, tras lo cual regresa a la puerta de la terraza para volver a la calidez del piso.

—Es monísimo.

—Genial. Solo me faltaba que os compinchéis contra mí…

—La próxima vez que venga le traeré una cesta con chuches. Me va a adorar. —Bosteza y cierra los ojos—. Creo que voy a volver a la cama. Hace frío y estoy cansada. Supongo que hablar contigo es tan aburrido que me duermo.

—Ya era hora. No siento la nalga izquierda. —Salgo de detrás de ella y me levanto. Una vez en pie, me agacho para cogerla en brazos —. Aunque me pase la vida en la pista de hielo, eso no significa que me guste pasar frío.

—Puedo andar, ¿sabes? —protesta Piper, que esconde la cara en mi pecho y vuelve a bostezar—. He salido a la terraza yo sola.

—Sí, pero yo no estaba. Ahora sí estoy, y así es como vas a volver al interior.

—Qué mandón. Oye, ¿yo te cuento mis cosas y tú no me dices cuál es tu mayor miedo? No me parece justo.

—No me gustan las alturas —digo cuando entro en el salón.

—¡Pero si te has apoyado en la barandilla!

—Porque estoy familiarizado con las vistas.

—Hemos estado en la terraza de Maverick y Emmy.

—No miro hacia abajo. Solo hacia fuera.

—Ah, vale. Engañas a tu mente para que piense que no estás tan alto. —Me da unas palmaditas en la cabeza y sonríe—. Qué listo, Sully.

Me gusta que me llame así, aunque sea el mismo nombre que usan la mitad de los chicos. Me lleva a pensar que se siente lo bastante cómoda conmigo como para usar un apodo absurdo, y eso me parece importante.

La dejo en mi cama y me siento a su lado. Ella se tumba de costado y me tira del brazo, pidiéndome que la abrace. La beso en la cabeza y apoyo la barbilla en el hueco de su cuello, aterrorizado por la idea de confesarle mi mayor miedo, que no tiene nada que ver con las alturas.

Mi mayor miedo es lo mucho que me divierto con ella. Lo relajado que me siento cuando está cerca y lo mucho que deseo que lo que tenemos, que va creciendo conforme vamos pasando más tiempo juntos, no termine nunca.

25

Liam

Alana
Sigo esperando el nombre de tu acompañante!

Para ponerte a buscar cosas sobre ella?

Alana
Soy mala persona por querer asegurarme de que mi hermano mayor reciba un buen trato?
Y si te rompe el corazón?

No tienes que preocuparte por eso.
Me meto en un túnel, pierdo la cobertura

Alana
Te estoy viendo en la tele antes del partido ahora mismo, gilipollas!!!!

Piper
Oye, estaba pensando…

Qué?

Piper
Sé que los encuentros sexuales en habitaciones de hotel no forman parte de nuestras clases, y respeto que quieras tu espacio cuando jugamos fuera
Pero te apetece salir esta noche?
Como amigos!! No es una cita!!
No me apetece nada meterme en la locura que va a ser Nochevieja en el Strip de Las Vegas y se me ha ocurrido que podríamos comernos una hamburguesa después del partido

Me apunto a la hamburguesa

Piper
Bien! A lo mejor te convenzo de que te tomes otro batido

Has dicho muy pronto que no es una cita, pequeñaja

Piper
No quiero que pienses que te estoy usando en otros términos a los que acordamos ni nada parecido. A puerta cerrada, recuerdas?

No lo he pensado

Piper
Vale, bien!

Voy a echarme una siesta. Hablamos después del partido

Piper
Vas a jugar genial, Sully! Nos vemos ahí fuera!

El público de Las Vegas es implacable.

Siempre lo es, pero con el alboroto añadido de las fiestas navideñas y los preparativos del partido, que seguramente han durado todo el día, están como una moto.

Llevan toda la noche gritando sin parar. Golpean la mampara e intentan distraerme con abucheos y burlas.

Por desgracia para ellos, estoy jugando a tope y no me distraen sus mierdas. He parado todos los tiros en dos periodos y medio, y voy camino de batir el récord de más paradas en un partido de la NHL.

—Estás que te sales esta noche —dice Maverick durante una pausa publicitaria—. ¿Crees que puedes batirlo?

—Ya te he dicho que no me importa el récord. —Aprieto mi botella de agua y me seco el sudor de la frente. Nunca he tenido un ritmo cardiaco tan alto y si no fuera por la adrenalina que me late en los oídos, estaría preocupado—. Solo quiero ganar.

Y una ducha caliente.

Y a Piper en mi cama.

Ha estado en mi casa en varias ocasiones desde la gala benéfica. A veces solo se pasa unos minutos, mientras hace recados, y es tiempo suficiente para que la pegue a la pared y le meta tres dedos.

De vez en cuando se queda más tiempo y acaba con las rodillas enrojecidas por arrodillarse en el suelo y chupármela sin parar hasta que me corro en su boca y se traga lo que le doy con una sonrisa de oreja a oreja.

Se quedó a dormir a principios de esta semana.

Fue algo que pasó sin más. Nos quedamos dormidos viendo una película y la desperté en mitad de la noche para llevarla a la cama. No iba a ponerme en plan capullo y echarla.

—Le faltan doce —anuncia Riley, que me saca del ensimismamiento mientras echa un vistazo al cuaderno de estadísticas que hay abierto en el banquillo. El entrenador es de la vieja escuela y prefiere llevar las estadísticas a mano en vez de digitalmente—. Con trece harás historia.

—Ya vale —dice el entrenador—. Dejadlo hacer su trabajo y vosotros haced el vuestro. Vamos ganando de uno, pero ya sabemos lo rápido que pueden cambiar estos partidos. Alguien puede tener una racha de suerte y se acabó. Necesito que estéis atentos. Centraos en vuestro hombre. Richardson, has llegado tarde al último cara a cara. Tienes que mover el palo más deprisa. Reacciona. No anticipes.

—Sí, señor —dice Ethan, demostrándole al entrenador el respeto que se merece.

—Hayes. El número treinta y ocho casi consigue escaparse. Vigila tu lado izquierdo.

Hudson asiente, y sé que su mente está trabajando a toda velocidad.

—Miller —añade el entrenador—, ¿se puede saber dónde está tu agresividad esta noche? Es como si tuvieras la cabeza en otra parte, y no es propio de ti.

—Lo siento, entrenador. —Maverick se seca la cara con una toalla —. Estoy distraído.

—Más te vale tener una buena razón. Ese tiro de muñeca durante nuestra última posesión ha sido muy flojo.

—Tienes razón. Emmy está entre el público esta noche y siempre juego un poco ido cuando la tengo cerca. No puedo dejar de mirarla. —Nos mira a todos una sonrisa avergonzada—. Y, además, hemos

decidido mandarlo todo a la mierda y casarnos esta noche, y no quiero salir con la nariz ensangrentada en las fotos. Me mataría.

—No me jodas. —Grant se pone de pie de un salto—. ¿Es en serio?

—Sí. —Maverick se mete una mano en el patín y saca una bolsita con dos anillos dentro—. Los he llevado encima durante todo el partido. Quería tenerla cerca antes de ponerle el anillo en el dedo más tarde.

Los chicos enloquecen. Alguien le echa una botella de agua en la cara a Maverick y otro le salta encima. En un abrir y cerrar de ojos, el tiempo muerto pasa de ser un momento para organizar las jugadas a una celebración, pero a ninguno de mis compañeros parece importarle.

—Madre mía. —El entrenador pone los ojos en blanco, pero sonríe y tira de Maverick para abrazarlo—. Qué listo eres, cabrón.

—Voy a estar centrado los próximos diez minutos, entrenador. Lo prometo. Vamos a ganar para que pueda casarme con mi chica.

Me quito el guante para estrecharle la mano.

—Enhorabuena, tío.

—Gracias, colega. Por cierto, tú también te vienes. No quiero oír ninguna excusa sobre que estás cansado o que quieres pasar el resto de la noche en tu habitación. Eres mi amigo y quiero que estés.

—No me lo perdería por nada del mundo —le aseguro—. No oirás ni media protesta.

—Claro que no. —Maverick sonríe y me da un beso en la mejilla—. Ahora ve a por ese puto récord.

La ofensiva de los Lightning es más agresiva después del tiempo muerto, como si supieran que es ahora o nunca y lucharan por mantenerse con vida. Empiezan a lanzar a puerta sin ton ni son, cada tiro más torpe que el anterior. La fatiga va haciendo mella en todos (lo veo también en nuestros chicos), y sé que si puedo aguantar un poquito más, si soy capaz de mantener la concentración unos minutos más, lo tengo en el bote.

Aprovecho un parón en el juego para beber un poco de agua. Estiro la espalda y veo a Piper detrás de mí. Está pegada a la mampara en el sitio de costumbre, con un cuaderno en la mano en el que escribe a toda prisa. Pasan unos segundos mientras la miro fijamente y luego ella levanta la cabeza y me ve.

Me saluda con una mano y levanta el pulgar. Le devuelvo el saludo con un gesto de la cabeza, porque no quiero caer en el pozo que puede abrirse si la miro durante demasiado rato, sobre todo cuando está en su salsa.

Piper cobra vida en la pista, es la viva estampa de la determinación y de la emoción por el deporte. Me doy cuenta de que le encanta su trabajo de verdad, de que irradia confianza con un micrófono en la mano, una confianza que sigue buscando en otras partes de su vida.

Suena el silbato y vuelvo a la realidad. Destierro de mi mente las imágenes de su cuerpo desnudo entre mis sábanas. Me olvido de su perfume y de las marcas de sus uñas en mi espalda para concentrarme en el trabajo que tengo que hacer.

Ahora que el récord está cerca (a cuatro paradas), lo quiero con desesperación.

He conseguido convertirme en uno de los mejores porteros de la liga a base de sangre y sudor después de que me eligieran en la sexta ronda de los novatos hace ocho años. Me he deslomado trabajando, no me he metido en líos y nunca he alardeado de mis logros como jugador.

Sin embargo, poder decir que soy yo quien sale en los libros de historia sería una puta pasada.

Los siguientes cinco minutos pasan volando. Me duelen los músculos. Me escuecen los ojos por el sudor, pero no me atrevo a desviar la atención del disco ni un solo segundo.

Paro un tiro de revés. Un lanzamiento rápido que casi se me cuela por debajo de la rodilla izquierda. Un increíble tiro con efecto que hace que junte las piernas haciendo la mariposa mientras echo todo el cuerpo hacia delante y agarro el disco de mi área antes de que otro jugador de los Lightning tenga oportunidad de lanzar a puerta.

El comentarista le dice a los espectadores que solo falta un minuto, y empiezo a repetir el abecedario por lo bajo, como hago siempre, pronunciando las letras y contando cada segundo a medida que nos acercamos al final del tiempo reglamentario.

Hago otra parada (la setenta y uno) justo cuando suena la bocina, suelto el palo y me dejo caer en el hielo. Lo siento frío contra mi cuerpo acalorado y, antes de que pueda recuperar el aliento, mis compañeros se me echan encima.

—¡Vamos que nos vamos! —grita Riley.

—Qué pasada de partido, Sully —dice Hudson desde algún lugar cerca de mi oreja.

—Creo que Richardson acaba de romperme las costillas. —Me echo a reír, sintiéndome superorgulloso.

—Eres el mejor portero de la liga. —Maverick me da un empujón en el hombro y se aparta un poco—. No querría a nadie más protegiendo a nuestro equipo.

—Gracias, chicos. —Gimo cuando por fin me pongo de pie. Casi me fallan de nuevo las piernas, pero Grant me rodea con un brazo por la izquierda. Hudson hace lo mismo por la derecha, ayudándome a mantener el tipo de la misma manera que yo los he ayudado a aguantar durante la agotadora última hora—. Voy a necesitar veinte minutos en la ducha como poco. Puede que alguien tenga que limpiarme el culo. Tengo las piernas destrozadas.

—Te quiero con locura, portero, pero a limpiar culos no llego. —Grant hace un mohín con la nariz—. Puede que dentro de setenta años.

—Dios, espero estar muerto para entonces.

Patinamos despacio hacia el banquillo donde me recibe el resto de mis compañeros. Les estrecho la mano a todos y saludo con gesto tímido a los aficionados después de que el comentarista anuncie a la multitud que acabo de superar el récord global de paradas. El árbitro me da el disco que lo ha hecho oficial y me asalta una oleada de emoción que pocas veces he experimentado.

Salgo de la pista tan deprisa como me lo permiten mis agotadas piernas, porque no quiero que nadie me vea así de vulnerable, exhausto y al borde del llanto porque llevo un montón de años jugando al hockey sobre hielo y es la primera vez que algo lleva mi nombre.

Agacho la cabeza y enfilo el túnel hacia los vestuarios del equipo visitante, con la esperanza de escapar antes de que la prensa empiece a atosigarme. Sé que el entrenador va a pedirme que hable

con los periodistas, y voy a rellenar otro cheque y a pagar la puta multa, porque quiero mantener este momento libre de lo que sea que intenten preguntarme.

Antes de que pueda llegar muy lejos, Piper se coloca a mi lado.

—No voy a darte la brasa para que me concedas una entrevista —dice mientras avanza casi a la carrera para mantenerse a mi altura con sus cortas piernas—. Maverick se encarga.

—Estupendo.

—Oye. —Me toca el codo, y me detengo—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. —Me quito el casco y me paso una mano por la cara —. Es que… —Hago un gesto vago para abarcar lo que nos rodea mientras intento dar con las palabras adecuadas—. No sé…

—Ay, Liam. Estoy orgullosísima de ti. —Se abalanza sobre mí para darme un fuerte abrazo. Le apoyo el mentón en la coronilla y suelto el aire mientras le coloco con torpeza una mano en la nuca con el guante puesto. Es maravilloso tenerla entre mis brazos—. Es normal que estés emocionado. Has hecho algo increíble.

—Gracias. —Carraspeo—. Yo también me siento orgulloso.

—No le debes a nadie una conversación —replica mientras se aparta y me toca una mejilla. No parece molestarle en absoluto que le haya manchado la ropa con mi sudor y mi olor, y eso también me deja al borde del colapso emocional—. Pasa de la prensa. Pasa de los periodistas. Vive este momento como te dé la gana. Es tuyo y de nadie más. Pero el día que decidas hablar de él, será mejor que la primera entrevista me la concedas a mí.

—Te prometo que serás la primera, pequeñaja. —Suelto una risilla —. Sé que dijimos que íbamos a pasar una noche tranquila, pero creo que las cosas han cambiado. Los chicos no van a dejar que me

esconda. Y si le añades todo el tema de Maverick y Emmy, me sorprendería que me dejaran volver a mi habitación antes del amanecer.

—¿Qué quieres decir con lo de todo el tema de Maverick y Emmy?

—¿No te has enterado? Van a casarse esta noche.

—¿Que se van a qué? —pregunta, casi a voz en grito—. ¿En serio?

—Maverick ha estado jugando toda la noche con las alianzas en un patín.

—Pues claro que sí. Es un romántico. —Resopla y pone los brazos en jarras—. Mi amiga tiene muchas unas cositas que explicar. —Se da media vuelta hacia la pista, pero se detiene a mitad del túnel—. Nos vemos esta noche de todas formas, ¿no?

—¿Por qué? ¿Necesitas algo de mí, Piper?

Me recorre la camiseta y las protecciones con la mirada. Se ruboriza, y me pregunto qué está pensando.

—Un par de cosas. ¿Crees que podrás echarme una mano? —me pregunta.

—Siempre estoy dispuesto a ayudar. —Los chicos empiezan a entrar en el túnel y el ruido aumenta. Alguien tiene una botella de champán, y no tengo ni idea de dónde la han conseguido—. Te veo pronto, pequeñaja.

—Estoy muy orgullosa de ti, Liam —dice.

Viniendo de ella, eso significa mucho más para mí que el dichoso récord.

26

Piper

No puedo llegar a las gradas para preguntarle a mi mejor amiga por su boda sorpresa porque el resto del equipo entra corriendo en el túnel con una nevera portátil llena de Gatorade y una botella de champán. Adivino lo que va a pasar antes de que el pobre Liam se dé cuenta y cuando se da media vuelta, le echan el cubo de líquido naranja por la cabeza.

Espero con curiosidad por ver cómo va a reaccionar. Me sorprende cuando se limpia los ojos y suelta una carcajada. Eso anima a los chicos, que estallan en vítores.

—¡La hostia, Sully! —grita Maverick—. Ha sido una pasada. ¡Eres el puto amo de las porterías! —Le da un beso a Liam en una mejilla, y se me escapa una risilla cuando lo veo poner los ojos en blanco—. Un partido increíble. El mayor número de paradas de la historia de la NHL. Una victoria que nos pone en la cima de la Conferencia Este. Menudo subidón, coño.

—Cuatro minutos y estamos, Miller —le digo, y me hace un saludo militar.

—Deja de manosearme. —Liam se lo quita de encima de un empujón, pero veo la sonrisa que intenta ocultar sin éxito—. He

hecho mi trabajo. Ya está.

Dios, me encanta verlo así, tan feliz. Irradiando alegría mientras lo rodean las personas que lo apoyan. El amor por el deporte y los chicos que lo han ayudado a llegar hasta aquí.

Liam se entrega de corazón a todo lo que hace, y presenciar que tanto trabajo da sus frutos me llena de un orgullo inmenso.

Me encanta alegrarme por mis amigos y, ahora mismo, estoy loca de felicidad por él y por todo lo que ha logrado.

—Has hecho mucho más que tu trabajo. —Riley le echa un brazo por encima de un hombro—. Eres uno de los mejores de todos los tiempos.

—¡Hora de celebrarlo! —Grant se quita el casco y lo lanza contra la pared. Me recuerdo que tengo que recogerlo del suelo después de la entrevista con Maverick para dárselo a uno de los aficionados que espera fuera del túnel. Hay un grupo reunido, con la esperanza de conseguir algo de los chicos, y me encanta alegrarle la noche a alguien—. Vamos a calentar motores en un club antes de la boda, luego nos vamos a ver cómo un par de tortolitos intercambian votos, ¡y después nos vamos a quemar la ciudad al Strip! El vuelo de mañana es por la tarde, así que podemos estar de juerga toda la noche.

—Como aparezcas borracho en el avión, el entrenador te comerá vivo —le advierte Ryan.

—Solo se vive una vez, Seymour. Me importa una mierda.

—¿Al Strip? ¿En serio? Creía que iríamos a una capilla para la boda y luego a tomarnos unas cervezas —dice Liam—, no a un club de música electrónica.

—Tío… —Hudson le pone a Liam una mano en el pecho—. Ya sabes que yo nunca soy de los que animan a que nos emborrachemos, pero tienes que participar en todas las actividades. Tenemos un huevo de cosas que celebrar.

—Vale. —Liam se quita la camiseta, me mira a los ojos y me la lanza—. Pero solo si Everett paga. Ya no tiene sueldo de novato y por fin se puede permitir invitarnos a algo en condiciones.

—¡Joder, sí! —Grant levanta un puño—. Te voy a comprar una botella en la sección VIP del club en el que acabemos.

Liam se abre paso a empujones hacia los vestuarios.

—Me arrepiento de todo.

—¿Listo, capi? —pregunto, y Maverick se acerca a mí. Le hago un gesto a Bernie, el cámara, para que se acerque, y lo veo levantar un dedo, advirtiéndome de que nos queda un minuto antes de salir al aire, así que asiento—. No puedo creer que te vayas a casar —digo por lo bajo, y él sonríe de oreja a oreja.

—Yo tampoco. Todavía espero que algún día Emmy entre en razón y se dé cuenta de que puede encontrar a alguien muchísimo mejor que yo. —Suelta una carcajada y adopta una expresión emocionada —. La quiero con locura. La he visto hace seis minutos, pero ya la echo de menos. No me imagino pasar el resto de mi vida sin ella. Estábamos dando un paseo antes de venir al estadio y la miré y le dije que quería que nos casáramos hoy mismo. Emmy pensó que estaba de coña, así que me metí en una tienda de regalos que había en una esquina y compré dos anillos cutres, la llevé a la oficina donde solicitas el certificado de matrimonio, pedí uno y aquí estamos. A pocas horas de casarnos.

Es difícil no emocionarse al oír la pasión que rebosan sus palabras, la profunda alegría que Emmy le brinda y el hecho de que sin ella Maverick estaría incompleto. Nunca he creído mucho en las almas gemelas, pero estos dos estaban destinados el uno para el otro.

Era a esto a lo que me refería cuando hablaba con Liam la otra noche. En cada vida, en cada realidad, en cada versión de su historia, Maverick va a elegir a Emmy. Ella es la única, la prioridad, el objetivo.

La dueña de su corazón.

Si Emmy desapareciera mañana, él arrasaría medio mundo para encontrarla. Y, si no la encontrara, preferiría marcharse antes de seguir adelante sin ella.

Siento una punzada en el alma porque, aunque me alegro muchísimo por ellos, también siento mucha envidia. Deseo con desesperación lo que ellos tienen, pero al mismo tiempo me aterra la idea de intentarlo de nuevo y fracasar… otra vez.

¿Podré aprender a confiar? ¿A tener fe? ¿A creer que merezco amor y que soy suficiente?

—¿No quieres una celebración grande? —le pregunto, desterrando mi confusión interior—. Con lo que te gusta ser el centro de atención.

—La quiero y quiero casarme con ella esta noche. Me importa una mierda la celebración, y a ella también.

Se me llenan los ojos de lágrimas y me las seco.

—Me alegro mucho por los dos. Gracias por querer a mi mejor amiga como se merece.

—Diez segundos —dice Bernie, y me abanico la cara.

—Contrólate, Piper —bromea Maverick, alborotándome el pelo—. Tenemos que demostrar un poco de profesionalidad.

Me echo a reír cuando conectamos en directo, sosteniendo en alto el micrófono.

—Muchísimas gracias, Bradley. Estoy aquí con Maverick Miller después de una emocionante victoria en el tiempo reglamentario contra los Las Vegas Lightning, en la que Liam Sullivan ha batido el récord de la NHL de paradas en un partido. ¿Qué tipo de crecimiento está experimentando el equipo en este momento y cómo os ayuda esto a largo plazo?

—Vamos a por todas. Obviamente, todos queríamos ganar la Stanley Cup el año pasado y no fuimos capaces de hacerlo. Sin embargo, puede que perderla fuera lo mejor que nos ha pasado. Nos hemos visto obligados a madurar, a dejar de tomarnos las derrotas como algo personal y a averiguar cómo podemos mejorar gracias a ellas. No somos el mismo equipo de la temporada pasada y, si conseguimos mantener esta inercia, creo que en junio disfrutaremos de una posición estupenda.

—No podemos hablar de esta noche sin mencionar la actuación de Liam. Habéis jugado juntos durante años. ¿Cómo ha sido verlo hacer la parada número setenta y uno?

—Dios. —Maverick se pasa la mano por el pelo húmedo y sonríe —. Sully es una bestia. Cuando hay una victoria en juego, no quiero a otro defendiendo mi portería. Juego con el corazón. No se regodea. No se convierte en el protagonista. Es un tío de pu… puñetera madre, y verlo hacer historia ha sido increíble.

—Una última pregunta, Maverick. Vais a entrar en el nuevo año con el mejor récord de la Conferencia Este y el segundo mejor de la

liga. ¿Qué confianza os da eso de cara a los cuatro partidos fuera de casa que tenéis a principios de enero?

—El trabajo no ha terminado —contesta—. Los récords no significan nada ahora mismo. Nos gusta la química que tenemos entre nosotros, pero hasta que no levantemos la copa por encima de nuestras cabezas, todavía nos queda mucho que hacer.

—Gracias, Mav. Disfruta de la noche —le digo, y Bernie apaga la cámara—. Sabes que me repatea hacer este tipo de preguntas, pero es lo que los aficionados quieren oír.

—No pasa nada, Pip. Haces algunas de mis preguntas preferidas. —Se quita la camiseta y me la da—. Te vienes con nosotros, ¿verdad?

—No me lo perdería por nada del mundo.

—Bien. —Sonríe y se aleja hacia el vestuario—. Tengo que ducharme antes de ver a mi chica. ¡Nos vemos en el autobús!

Me despido con la mano y empiezo a recoger todas las cosas que los chicos han ido dejando. Añado guantes y jerséis a mi montón, además del casco de Grant. Pesa bastante, y sé que estoy a punto de hacer muy felices a unos cuantos niños.

—Es mi parte preferida de la noche —dice Lexi, que me quita parte de la carga—. Un día de estos tenemos que conseguir que los chicos vuelvan a salir y firmen todo después de terminar el análisis del partido con el entrenador. No me importaría que apestara menos, eso sí. Es que es asqueroso.

—Maverick y Hudson firman cosas de vez en cuando. Se escabullen y, cuando vuelven al autobús, dicen que han ido al baño. —Veo a un niño esperando junto a la barandilla. Tiene el cuerpo inclinado hacia el túnel, con la mano extendida y una expresión

esperanzada en la cara. Me acerco a él y le pongo un par de guantes en las manos—. Aquí tienes, colega.

—Gracias. —Pone los ojos como platos—. Me encantan los Stars. De mayor quiero ser portero como Sully.

—Seguro que serás estupendo. ¿Vives en Las Vegas?

—No. En Maryland. Mi madre ha venido por trabajo y he venido con ella. Vi que jugaban los Stars y le supliqué que me trajera al estadio. Siempre vamos a los partidos en Washington.

—Tenemos un campamento de verano infantil, y Liam va a participar. Deberías apuntarte. —Me las apaño para meterme una mano en el bolsillo y sacar una de mis tarjetas de visita—. Dale esto a tu madre y dile que me mande un mensaje de texto si tiene alguna duda, ¿vale?

—Vale. —El niño asiente, y creo que podría estar a punto de echarse a llorar—. Muchísimas gracias.

—Muchísimas de nada.

Me acerco a la pista y veo a una niña pequeña con un jersey rosa de los Stars. Reconozco la camiseta de Emmy de cuando estaba en el equipo, una edición especial que los de publicidad hicieron por el día de los Enamorados, y me voy directa hacia ella.

—Hola —digo al tiempo que me agacho para estar a la misma altura—, ¿cómo te llamas?

La mujer que está a su lado coge a la niña en brazos y le acaricia el pelo.

—Vas a tener que hablar despacio para que pueda leerte los labios. Es sorda.

—¡Ah! —Me pongo de pie y suelto las cosas para dejar las manos libres.

«Hola —digo signando—. ¿Cómo te llamas?».

La niña mira a su madre, que sonríe y asiente. Usa las manos para deletrear despacio.

«Lucy».

«Hola, Lucy. —La saludo con la mano—. Me llamo Piper. ¿Te gusta el hockey?».

—Quiere jugar en la NHL algún día, como Emerson Hartwell —explica su madre, que habla y signa al mismo tiempo.

«Emmy es una de mis mejores amigas. Es un sueño muy bonito. Toma. —Me agacho y rebusco entre los jerséis hasta encontrar la que busco—. Es de Maverick Miller. Emmy y él son muy amigos, y le encantaría que te lo quedaras».

Lucy se lleva la camiseta al pecho y sonríe.

—¿Cuándo aprendiste la lengua de signos? No mucha gente la conoce —dice la mujer.

—Mi primo es sordo. Crecí signando.

—Muchas gracias por parar y dedicarnos un poco de tiempo. Le has alegrado el año.

—No hay de qué. —Miro a Lucy con una sonrisa.

«Si alguna vez pasas por D. C., tienes que venir a un partido, ¿vale? Veré si Emmy también puede ir».

«Vale. —Lucy me devuelve la sonrisa—. Gracias».

—Me llamo Madeline —dice la mujer.

—Piper. Encantada de conocerte.

—Nos encantaría ir a D. C., pero no estoy segura de que podamos hacerlo. Soy chef en un restaurante aquí en Las Vegas y, como madre soltera, no tengo mucho tiempo para viajar. Pero gracias por la invitación.

—No tiene fecha de caducidad. Seréis bienvenidas cuando queráis. —Sonrío y le entrego una de mis últimas tarjetas de visita.

«Adiós, Lucy. Ha sido un placer conocerte».

Reparto el resto de la equipación de los jugadores entre los aficionados que esperan y cuando regreso al túnel, estoy agotada.

—Necesito una ducha —dice Lexi—. Huelo a tío sudado.

—Es asqueroso. —Meto las manos bajo un dispensador de desinfectante y me las froto en un intento por quitarme parte de la peste—. Vas a salir esta noche, ¿verdad?

—Pues claro que voy a salir esta noche. Me he traído un vestido precioso. ¿Qué te vas a poner tú?

—He metido algunos vestidos y faldas en la maleta. Nada apropiado para una boda, pero veré si puedo encontrar algo.

—Esa es la ventaja de una boda en Las Vegas. No hace falta emperifollarse. —Lexi se echa a reír—. Hola, Liam. Buen partido el de esta noche. Has estado increíble.

Él la saluda con un gesto con la cabeza y una gota de agua procedente del pelo mojado por la reciente ducha le cae por la frente.

—Gracias.

Lexi nos mira a los dos y luego clava sus ojos en mi y me regala una sonrisa pícara.

—Os dejo un minuto a solas.

Cuando desaparece, le sonrío a Liam.

—¿Qué pasa?

—Se te dan bien los niños.

—¿De verdad?

—Sí. He estado viéndote repartir las cosas. Tu forma de signar… —dice, ladeando la cabeza—. Es preciosa.

—Ah. Gracias. Estoy un poco oxidada, pero intento ver vídeos en YouTube para mantenerme al día. Nunca se sabe cuándo lo vas a necesitar, como acabas de ver con Lucy. —Me encojo de hombros—. Si con esto consigo que alguien se sienta incluido y cómodo, quiero ser capaz de hacerlo.

—¿Quieres tener hijos?

—Mmm. —Aprieto los labios—. La verdad es que no estoy segura. Me gustan los niños, pero no tengo claro si quiero ser madre. Todavía estoy aprendiendo a confiar en la gente, y eso requeriría mucha confianza.

—Es comprensible.

—¿Tú quieres tener hijos?

—Sí. Creo que sí. Me veo siendo padre. —Se mete las manos en los bolsillos de los pantalones—. Pero eso todavía queda lejos.

—¿Has venido para preguntarme sobre mi futuro como madre?

—No. —Liam resopla—. He venido para idear un plan de escape para que podamos escabullirnos esta noche y no tener que quedarnos en un club hasta las cuatro de la madrugada. Es posible que me muera si sigo despierto cuando salga el sol.

—Nadie se dará cuenta si nos vamos. Podemos decir que tengo hambre y nos largamos.

—Me gusta cómo funciona tu cerebro.

—Gracias. —Sonrío—. Lexi y yo vamos a arreglarnos juntas, así que seguramente nos reuniremos con vosotros en el club. Todavía tengo que buscar a Emmy y echarle una buena bronca. ¿Nos vemos luego?

—Me parece bien.

—Resérvame un baile, Sullivan —le digo, y me rozo con él al pasar antes de echar a andar hacia el autobús del equipo—. Me voy a llevar una decepción si no consigo unos minutos a solas contigo en algún rincón oscuro.

—¿Quieres otra clase, rayo de sol? ¿Esta vez sobre exhibicionismo?

—Puede. —Le doy un golpecito en el pecho y me alejo tranquilamente—. Tendrás que averiguarlo.

27

Liam

Incluso desde el otro extremo del club, soy incapaz de apartar los ojos de Piper.

No he podido dejar de mirarla desde que entró con una minifalda y unas botas altas. Juraría que la música se detuvo cuando cruzó la puerta con el pelo suelto y el escote y las mejillas relucientes por el iluminador. El maquillaje refleja las luces estroboscópicas cada pocos minutos y desvía mi atención de las conversaciones que intento mantener.

—¿Estás bien? —Hudson chasquea los dedos delante de mi cara, y parpadeo. Aparto la mirada de ella, que está en la pista de baile, con los brazos por encima de la cabeza y las caderas moviéndose al ritmo de la música junto a Lexi—. Tienes la mirada perdida.

—Lo siento. Me ha parecido reconocer a alguien. —Bebo un sorbo de cerveza y me limpio la boca—. ¿No bebes?

—Alguien tiene que llevarnos a la capilla y luego de vuelta al hotel —contesta por encima de la música atronadora, y asiento—. Ni de coña voy a confiar en Everett o Richardson para que encuentren el camino.

—Sería un juego divertido, la verdad. Oye, ¿cómo te va con esa chica de la gala? ¿Alisha? ¿Eliza?

—Casi aciertas, era Alyssa. Cortamos. Me dijo que estaba siendo un pesado. En cuanto me distancié un poco para darle espacio, dejó de devolverme las llamadas. Dejó de querer quedar conmigo. —Se encoge de hombros, pero se nota que está decepcionado y que intenta disimular—. Supongo que no era mi destino.

Me inclino hacia él para que pueda oírme mientras le digo:

—Ya la encontrarás.

—Gracias, tío. Voy a por agua. ¿Quieres algo?

—No. Me termino esto y luego me doy una vuelta.

Hudson asiente y se va a la barra, aunque se para un segundo para disculparse con una mujer de pelo largo y castaño por chocar con ella y luego desaparece entre la multitud. Ni siquiera tengo un segundo de respiro, porque Grant lo reemplaza a mi lado.

—Portero —dice, arrastrando la lengua, mucho más borracho que los demás—. Tómate un chupito conmigo.

—¿Eres capaz de mantenerte de pie?

—Shhh. ¿Quién necesita mantenerse de pie cuando alguien puede llevarme? —Levanta la botella de vodka que tiene en la mano y me da un golpecito en la barbilla—. Abre la boca, grandullón.

Sé que la única forma de deshacerme de él es complacerlo, así que me agacho. Abro la boca y me bebo el generosísimo trago que me echa en la boca.

—Y ni siquiera es de los buenos.

—¡Es que Maverick ha comprado todas las botellas buenas! —grita antes de alejarse para molestar a otro compañero de equipo—. Búscalo a él.

Pongo los ojos en blanco y busco a mi capitán entre la multitud. Lo veo en una mesa en la sección VIP, con Emmy y Piper a cada lado. Debe de estar agotada de tanto bailar. Me acabo la cerveza, dejo la botella en el extremo de la barra con un montón de otras vacías y echo a andar hacia ellos.

—Aquí está mi chico. —Maverick se sube por encima de Emmy para abrazarme—. Trae el culo para acá. Vamos a hacer una cata de chupitos.

—¿Cómo que una cata de chupitos?

—Ya sabes, chupitos de diferentes tipos. —Emmy coloca cinco vasitos en fila—. No puedes negarte. Soy la novia y quiero que te unas.

—La madre que te parió, Emerson Hartwell. —Miro a Piper—. ¿Quieres compartir el banco, pequeñaja?

—Claro. —Le da una palmadita al espacio que tiene al lado y me siento. Tengo el muslo pegado al suyo, pero no se aparta—. Me estaba preguntando dónde te habías metido.

—¿Me has estado buscando? —le pregunto al oído por encima del ruido, y se encoge de hombros.

—Es posible. —Le relampaguean los ojos y coge dos vasos antes de darme uno—. Por Liam. El poseedor del récord de la NHL por el mayor número de paradas en un partido.

Refunfuño por el brindis y la atención, pero me bebo el chupito de un tirón.

—Este sí es de los buenos.

—Fantástico, ¿verdad? Tequila de primera calidad. Entra muy bien. —Maverick nos invita a tomarnos el siguiente chupito como si fuera un vendedor de alcohol—. Ahora el vodka.

—Este es por Maverick y Emmy —brinda Piper—. Por una vida llena de felicidad.

Seguimos bebiendo y durante los diez minutos siguientes acabo tomándome más chupitos que en los últimos cinco años. Dejo el último vaso y me recuesto en el asiento, con el alcohol ya haciendo efecto. Lo siento en la sangre, en la cabeza, en los bordes de mi visión, que empieza a ser borrosa.

Hace mucho tiempo que no me emborracho.

Sé cuándo parar de beber. Conozco mis límites y sé cuándo estoy a punto de sobrepasarlos. Me doy cuenta de que estoy empezando a achisparme, y que no tardaré en pasar a estar borracho, pero esta noche creo que voy a disfrutarlo.

—No sabía que aguantabas el alcohol tan mal. —Piper me da un golpecito en la rodilla—. Te has sonrojado.

—¿Quieres que veamos quién puede beber más, Mitchell?

—¿Qué se lleva el ganador?

—¿Qué quieres?

—A ti. —Se echa el pelo hacia atrás y sonríe—. ¿Qué te parece?

Me tienta la idea de besarla ahora mismo.

Emmy y Maverick están en su propio mundo. Podría decirles que estoy entrando en combustión espontánea y ni siquiera me mirarían. La única que me mira es Piper.

Me gusta tener su atención. Me gusta saber que me está mirando. Me gusta que se acerque a mí y tamborilee con los dedos en mi muslo.

Joder, qué guapa es.

¿Siempre ha sido tan guapa? Creo que sí.

Por eso me he pasado cuatro años mirándola. Porque es guapísima.

Mierda. Estoy más borracho de lo que pensaba.

—¿Quieres bailar?

—¿Sabes bailar? —me pregunta.

Echo un vistazo hacia la pista de baile. Hay cientos de personas, todas moviéndose a su manera. Algunas están dando saltos. Otras tienen los brazos en alto. Otras mueven las caderas.

Fuera de la pista de hielo soy un pato mareado. Soy incapaz de encontrar el ritmo aunque me vaya la vida en ello, pero no voy a dejar que eso me impida tocarla esta noche.

—Seguro que puedo aprender —contesto y cojo la botella de tequila que hay en medio de la mesa—. ¿Quieres otro chupito antes de que salgamos ahí fuera y hagamos el ridículo por mi culpa?

—Sí, seguramente me vendrá bien —responde al tiempo que coge la botella y desenrosca el tapón—. Pero no quiero desperdiciar un vaso.

Levanto una ceja.

—¿Qué se te ha ocurrido?

—Abre la boca —contesta con una voz ronca que no le había oído antes, y abro la boca de golpe. Noto el respingo que me da la polla dentro de los vaqueros. Piper se levanta y le pongo una mano en una cadera para ayudarla a mantener el equilibrio—. Qué chico más obediente eres, Liam.

Me arde la piel cuando me desliza los dedos por la mandíbula y la barba. No estoy seguro de haber estado tan excitado en público antes, y no sabía que me ponía que me elogiaran.

Estoy tan cachondo, tan nervioso por no saber lo que va a hacer, que solo atino a mirarla con deseo.

—Eres muy listo. —Apoya la botella contra mis labios y la inclina, llenándome la boca de tequila—. ¿Qué puedes hacer para pasar el alcohol de tu boca a la mía?

Tiro de ella hasta que se me sienta en el regazo, hasta que se le sube la falda por los muslos y puedo tocarle la piel desnuda. Sin apartar los ojos de ella, le sujeto la barbilla y le echo la cabeza hacia atrás. Ella se retuerce y deja escapar un suave gemido cuando me inclino hacia delante y le muerdo el labio inferior.

Entreabre los labios, y la agarro de la nuca mientras le vierto el tequila en la boca.

—Trágatelo —le susurro cuando puedo volver a hablar—. Igual que hiciste con mi semen. —La pasión le ilumina los ojos, y no desvía la mirada a la vez que se le mueve la garganta y saca la lengua para enseñarme que tiene la boca vacía—. Muy bien.

Se baja de mi regazo y se pone de pie. Me tomo mi tiempo mientras la recorro con la mirada de abajo arriba y me doy cuenta de que tiene los pezones duros y las mejillas ruborizadas. Me percato de que lleva la falda un poco torcida.

«Está preciosa».

Me tiende la mano y la acepto para entrelazar nuestros dedos y dejar que me saque del reservado. Estaba en lo cierto: Maverick y Emmy ni siquiera levantan la mirada cuando nos alejamos, con el suelo un poco inestable bajo mis pies.

Suponía que Piper me iba a llevar a la pista de baile; en cambio, se dirige hacia una zona en penumbra del club, lejos de mis compañeros de equipo y del ritmo machacón de la música. Una vez

allí, se apoya en la pared, me rodea el cuello con los brazos y tira de mí hacia ella.

—¿No me habías dicho algo sobre una clase de exhibicionismo? —susurra, y miro a mi alrededor para ver lo que nos rodea.

En la penumbra casi no se nos ve, pero algo me dice que Piper desearía ser el centro de atención, y voy a seguirle el juego para darle lo que quiere.

—¿Quieres una? —le pregunto mientras le acaricio los brazos con los dedos y se los levanto por encima de la cabeza, sujetándolos con una mano—. ¿O es el alcohol el que habla?

—Estás más borracho que yo —replica, y sé que tiene razón.

Noto que mis inhibiciones se desvanecen. Mi capacidad para tomar decisiones se está esfumando y quiero tomar una antes de que se me olvide, antes de llegar al punto sin retorno.

Me inclino para apoderarme de su boca con un beso y siento su sonrisa contra mis labios. Gime cuando uso la lengua, los dientes, cuando le subo la mano libre por la cintura y me detengo en sus costillas.

A lo mejor he estado demasiado reprimido en el pasado. A lo mejor debería haberme dejado llevar un poco más, pero me alegro de no haberlo hecho.

Porque, de lo contrario, no podría tener esto, aquí y ahora, con ella.

No deseo a nadie más.

—Tócame, Liam —susurra al tiempo que vuelve la cabeza para que pueda besarle el cuello. Para que pueda pasarle la lengua por la garganta y verle bien el escote—. Por favor.

Deslizo la mano hasta la cinturilla de su falda. La bajo más hasta que se la pongo en el muslo y luego vuelvo a subir hacia las caderas. Meto los dedos por debajo de la tela y cuando subo un par de centímetros más, me la encuentro sin ropa interior, mojada y lista para mí.

—¿Estás sin bragas? ¿Y enrollándote conmigo en el rincón de un club donde cualquiera puede ver cómo te meto los dedos? Estoy empezando a creer que me necesitas una barbaridad, Piper. —Le mordisqueo la oreja y la penetro con dos dedos—. Porque es verdad, ¿a que sí?

—Sí. —Gime y echa la cabeza hacia atrás—. ¿Por qué nunca ha sido así antes?

—Porque no estabas conmigo. Estabas con uno que no tenía ni puta idea de lo que te gustaba ni de cómo hacer que te corrieras. Seguro que él no sabía que cuando hago esto… —digo mientras doblo los dedos y esbozo una sonrisa ufana al verla morderse el labio inferior para no gritar mi nombre—, te dan ganas de suplicar. O que si hago esto… —sigo al tiempo que le suelto los brazos para acariciarle el clítoris con la otra mano, frotándoselo en círculos tal como le gusta—, terminarás corriéndote en mi mano.

—Liam —gime, con los ojos cerrados y la respiración agitada.

—Córrete, rayo de sol. Sabes que quieres —digo, y arrastro las palabras. No sé si es por el alcohol o por ella, pero me importa una mierda—. ¿Por mí?

Piper se tensa en torno a mis dedos. El orgasmo la asalta tan deprisa que casi no tengo tiempo de reaccionar. Le saco los dedos y la sujeto de modo que no se caiga al suelo. La abrazo contra mi

pecho y la acaricio mientras se le escapa un gemido ahogado que me acaricia los oídos.

—Esto… —jadea— se te da demasiado bien.

—¿Qué pondrías en tu encuesta de satisfacción? —La beso en la frente y le aparto el pelo de la cara. Ella levanta la barbilla y me mira con los ojos nublados, pero también con una sonrisa complacida—. ¿Satisfactorio? ¿En la media?

—Bien. Diría que estás bien.

—Supongo que tendré que llevarte al baño e intentarlo de nuevo. —Le coloco bien la falda. Es posible que esté viendo doble; a lo mejor me han salido otro par de ojos—. ¿Estás bien?

—Creo que estoy volando.

—Creo que estás borracha.

—Creo que eres guapo. —Me toca la nariz—. Y creo que necesito otra copa.

—¿Quién necesita otra copa? —Grant aparece de la nada con otra botella de licor—. No te preocupes, Pip. Tengo contactos. Pero bebe rápido. ¡Ya casi es la hora de la boda!

Gruño y lo aparto de un empujón.

—Puto incordio.

Piper se echa a reír y se tambalea sin moverse del sitio.

—Esto es divertido. Vamos a divertirnos más, Sully. ¿Quieres divertirte conmigo?

A la mierda con ser responsable.

Cuesta mucho querer hacer algo inteligente cuando me está mirando así.

Satisfecha. Feliz. Guapísima a rabiar.

Me duele el pecho y me lo froto con la mano.

—Tú primero —digo sin saber cómo coño puede mejorar todavía más la noche.

28

Liam

LOS REYES DEL DISCO

Hudson
Buenos días a todos! El autobús para el aeropuerto sale al mediodía!

Maverick
f32ytf8hdhjgfds

Hudson
Eso qué es?

Grant-ioso
dise k ezta muerdo

Hudson
Sigo sin entenderlo

Don Facilón
Joder, t veo muy alegre x la mañana. Q cojones t pasa?

Hudson

Tú lo llamas alegría, yo lo llamo estar sobrio y sentirme genial. Salí a correr al amanecer y la verdad es que me ha encantado

Grant-ioso
estás mal d la cabeza

Voy a matar a quien haya dejado las cortinas de mi habitación abiertas.

Gimo e intento incorporarme, pero me duele la cabeza como si me hubieran dado con un bate de béisbol. Varias veces.

Tengo la garganta más seca que un desierto y cuando intento abrir los ojos y orientarme, me duele todo el cuerpo.

—Dios. —Me presiono la frente con los dedos para aliviar el dolor del cráneo—. Esto es un nuevo círculo del infierno.

—Me estoy muriendo —gimotea alguien a mi lado, y me incorporo de golpe.

Ruedo hacia la derecha y me caigo de la cama, aterrizando de cara en una moqueta que huele a mierda directamente. Se oye otro ruido, y me incorporo despacio para mirar por el borde del colchón, momento en el que descubro a Piper acurrucada en la cama.

Tiene el pelo revuelto; las mejillas y los brazos, relucientes por el iluminador y una marquita rosa debajo de la oreja. Solo lleva un calcetín, el otro pie lo tiene desnudo, y está abrazando una almohada contra el pecho.

Tiene pinta de sentirse exactamente como yo: como si le hubiera pasado por encima un camión.

—Estás en mi cama —digo.

—No. —Se da media vuelta y se tapa la cara con un brazo—. Tú estás en mi cama.

Echo un vistazo por la habitación.

Hay una maleta rosa contra la pared. Un par de zapatos de tacón debajo de una silla. Un sujetador colgado de una lámpara y cuatro cuadernos sobre el escritorio.

No hay equipación de hockey. No hay patines. No hay palos.

Definitivamente no es mi habitación.

—¿Por qué he dormido aquí?

—No lo sé —gime ella—. No recuerdo nada después de la boda de Maverick y Emmy.

Es como si me echaran un cubo de agua fría por la cabeza.

—¿Maverick y Emmy se han casado?

Piper busca algo a tientas en la mesita de noche. Coge su móvil y toca la pantalla antes de girarlo hacia mí.

Veo una foto de Maverick y Emmy besándose debajo de un arco. Otra del equipo aplaudiendo y vitoreando. Una mía, con un brazo alrededor de Piper y su cabeza sobre mi pecho. Y la última es de Emmy a caballito sobre Maverick, sujetando entre los dientes un cartel de «Recién casados».

—Hostia.

—¿Tan borracho estabas? —me pregunta.

Como una puta cuba.

Solo recuerdo fragmentos: música alta y luces intermitentes, el interior de una limusina con asientos de cuero. Nos reíamos y bailábamos… Creo.

Después de eso todo está borroso, son recuerdos inconexos que no consigo encajar.

—Según parece, mucho. —Me rasco el mentón y me detengo al sentir algo frío en la mejilla. Me aparto la mano izquierda para

mirármela. Tengo un anillo plateado en el dedo anular. Se me hiela la sangre—. ¿Qué cojones tengo en la mano?

—Dedos, seguramente.

—¿Qué cojones tengo en el dedo?

—No lo sé. ¿Piel? ¿Una uña? ¿De verdad necesitas una clase de anatomía cuando tengo la sensación de que me estoy muriendo? —Piper se incorpora, y entonces lo veo.

También lleva un anillo de plata en el dedo anular, y casi dejo de respirar.

—Piper —digo despacio—, has dicho que Maverick y Emmy se casaron.

—Acabas de ver las fotos, Liam. Grant cantó una canción de Adele. Ethan nos invitó a todos a perritos calientes. Fue precioso, en serio. Bueno, tan precioso como puede serlo una boda en Las Vegas.

—Entonces ¿se puede saber por qué llevas una alianza en el dedo? ¿Y por qué llevo yo una también?

Levanta la mano y se queda mirando el anillo con el ceño fruncido y la boca entreabierta. En cuanto asimila lo que ve, se le escapa un grito ahogado.

—¿Nos…? Es imposible que… ¿Te…? —Niega con la cabeza—. Oh, no. No, no, no, no, no. ¿No nos habremos…? ¿Cómo hemos…? ¿Qué cojones? Se suponía que no iba a casarme otra vez. Esto significa que volveré a divorciarme y… Mierda. Soy el puto Ross Geller.

Me pellizco el puente de la nariz. Necesito agua, diez aspirinas y dormir durante días. Es imposible que esto esté pasando.

—¿Qué es lo último que recuerdas de anoche?

—Los perritos calientes que Ethan repartió cuando salimos de la capilla con Maverick y Emmy. No sé si dijo algo sobre un tal Dave.

Después de eso, ni idea. ¿Qué coño ha…? No me puedo creer que permitan que la gente se case borracha. No es ético, y seguramente ilegal. Voy a ponerles una demanda que se van a cagar.

—Es su puto modelo de negocio. ¿Quién estaba más sobrio anoche? Yo desde luego que no.

—Pues… no estoy segura. Lexi desapareció en algún momento. Dios mío, espero que no la hayan asesinado y esté tirada por ahí en un callejón. —Guarda silencio un momento para hacer memoria—. Vale. Espera. ¡Espera! Intentamos hacer una pirámide humana, pero fuimos incapaces de mantener el equilibrio porque estábamos demasiado borrachos.

—¿Y de qué manera nos ayuda eso a averiguar quién estaba sobrio?

—Así sabemos quién no lo estaba.

Suelto un taco entre dientes y cojo mi teléfono, con la esperanza de que algo me ayude a recordar lo que pasó anoche. Veo que mi pantalla de bloqueo ha cambiado y que en vez de la foto del equipo del comienzo de la temporada, ahora hay una de Piper en cuclillas en la acera, con los brazos alrededor de mis pantorrillas mientras intenta levantarme. Yo tengo los brazos extendidos en cruz, el pelo alborotado, los dos botones superiores de la camisa desabrochados y los zapatos desatados. Y entonces lo veo: la sonrisa que tengo en la cara.

Casi no me reconozco.

Joder.

Parezco un idiota, pero feliz, y no sé cuándo fue la última vez que sonreí así.

—¿Estás bien? —me pregunta Piper, y la miro parpadeando.

—¿Eh?

—Parece que hayas visto un fantasma.

—Estoy bien. —Me paso la mano por el pelo y abro el chat del equipo para leer los mensajes de las últimas doce horas—. Hudson está sobrio. El cabrón ha salido a correr esta mañana.

—Ah, es verdad, se pasó la noche repartiendo agua. Cuando intenté tirársela por la cabeza, me levantó como si fuera un saco de patatas y me dejó en una silla muy cómoda.

No me gusta la idea de que mi compañero de equipo le haya puesto las manos encima. Sé que lo hizo para cuidarla, pero me da igual.

Despierta en mi interior algo que me disgusta, y aprieto los dientes para librarme de la sensación.

—¿En qué habitación estamos? —pregunto.

—Pues… —Se da media vuelta y mira el teléfono del hotel—. En la seiscientos treinta y seis.

Busco el nombre de Hudson en mi móvil, lo llamo y espero a que conteste.

—¿Qué pasa, tío? —responde después de dos tonos.

—Habitación seiscientos treinta y seis. Ahora mismo —le digo entre dientes y luego arrojo el móvil a la cama. La realidad de la situación comienza a extenderse delante de mí, y me pongo en pie —. Joder. Joder.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa? No puedo estar casado. No salgo con nadie, no me lío con nadie, y desde luego que no me caso. ¡Joder! Debía de estar completamente borracho. ¿Y sin acuerdo prematrimonial? ¿Sin comunicado de prensa? Mi representante me

va a matar. —Camino de un lado para otro de la habitación, de la ventana al otro extremo—. A saber las pintas de idiota que tenía anoche y los vídeos que habrá en redes. No tengo tiempo para gilipolleces inmaduras como esta. Faltan menos de cuatro meses para los playoffs y ahora estoy casado. No me lo puedo creer. ¿Sabías lo que estaba pasando antes de que supuestamente intercambiáramos los votos? —Me paso una mano por la boca, y tuerzo el gesto al sentir el frío del metal—. ¿Esto es una especie de broma? ¿Formaba parte de tu plan cuando me propusiste que folláramos?

—¿Estás diciendo que he planeado esto?

—No sé lo que estoy diciendo, Piper. Solo intento entender cómo pasamos de besarnos en un puto club a ser marido y mujer. No fue idea mía, así que debió ser de alguien.

Piper parece hecha polvo. Le tiembla el labio inferior y, en cuanto las palabras salen de mi boca, sé que me he pasado. He sido demasiado cruel, demasiado agresivo, me he parecido demasiado a su ex, que es una mierda de tío, y me encantaría poder borrar los últimos dos minutos.

Quiero meterme en un agujero y esconderme, porque ella no se merece mi actitud. Y mucho menos, que la culpe por algo que sé que también es una sorpresa para ella.

Joder.

—Si crees que te propuse que me ayudaras en la cama porque mi objetivo a largo plazo era casarme contigo, eres el hombre más engreído del mundo. Te lo propuse porque confiaba en ti. Porque somos amigos, aunque ya no estoy tan segura.

—Piper…

—Voy a ducharme. —Se quita la sábana de encima y baja las piernas por el borde de la cama. Cuando se levanta y echa a andar hacia el cuarto de baño dándome la espalda, me doy cuenta de que lleva mi camiseta, la de repuesto que siempre meto en el equipaje de mano por si me pierden la maleta en algún aeropuerto.

Me quedo mirando las letras bordadas en su espalda, mi número debajo de sus omóplatos, el borde que le tapa los muslos y le realza el resto de las piernas.

Está perfecta.

Es peligroso que ande así por ahí.

Porque es posible que me convenza de que este asunto del matrimonio es una idea de la hostia.

—Lo siento. No quería…

—Empezaba a pensar que podía estar lista para volver a salir con alguien, pero después de oír lo que acabas de decir, prefiero seguir soltera. Sé quién soy y no consiento que me llamen manipuladora.

Cuando cierra la puerta del baño con suavidad en vez de dar un portazo, me dan ganas de enterrar la cara en una almohada y gritar. Quiero arrodillarme y pedirle perdón por lo que le he dicho.

Durante los últimos años solo he estado seguro de dos cosas: el hockey y ella.

Y ahora, como el patético gilipollas que soy, he perdido una.

Me sorprendo al oír que llaman a la puerta, y corro para abrirla de un tirón.

—¿Café? —Hudson sonríe y me ofrece una bandeja con vasos de poliestireno—. He pensado que a lo mejor necesitas un poco de cafeína para reanimarte.

—Entra. —Le quito la bandeja y echo a andar furioso hacia la zona de estar de la habitación—. Y siéntate.

—No sé cómo le gusta el café a Piper, así que…

—No bebe café —mascullo y lo miró enfadado—. Le da dolor de cabeza.

Hudson levanta una ceja.

—Es interesante que sepas eso de ella.

—Cierra la boca. ¿Cómo sabes que Piper está aquí?

—Os traje de vuelta.

—¿En serio?

—Sí. —Hudson se sienta en el sofá y desenvuelve un cruasán. Le da un mordisco y gime mientras traga—. ¡Dios, qué rico!

—¡Hayes! —le suelto—. Necesito que te concentres en mí, no en el puto bollo.

—Lo siento, ya sabes que la comida es mi kriptonita. Vale, sí: no encontrabais el ascensor, así que os traje hasta la puerta.

—¿Bebiste?

—Una cerveza.

—Necesito que me cuentes exactamente lo que pasó anoche —le digo, aunque no quiero oírlo.

—¿Toda la historia?

—Con pelos y señales.

—Estuvimos en el primer club hasta la una más o menos. Luego nos fuimos a la capilla donde se casaron Maverick y Emmy. Una ceremonia muy bonita. —Arranca otro trozo de dulce y lo agita en el aire—. Luego… A ver… Estuvimos por ahí un rato antes de entrar en otro sitio. Serían casi las tres de la madrugada. Nos quedamos allí hasta las cinco más o menos y luego volvimos al hotel.

—He dicho con pelos y señales. ¿Dónde está mi boda? —Levanto la mano y Hudson no se sorprende al ver la alianza en mi dedo—. Porque te aseguro que no me acuerdo de ella.

—¿No te acuerdas? —me pregunta con el ceño fruncido.

—Si lo recordara, no estaría a ocho segundos de sufrir un ataque de pánico, ¿no te parece?

—Tú eres el único culpable, tío.

—¿Cómo dices?

—Después de que Maverick y Emmy se casaran, Piper y tú decidisteis jugar a ver quién podía beber más. No recuerdo las reglas, pero el ganador decidía el castigo del perdedor. Bueno, tú ganaste, y cuando ella dijo que eligieras algo ridículo, tú le soltaste: «Vamos a casarnos también. Estamos rodeados de mucho amor». Me dejaste pasmado, tío, porque estabas muy contento. No parabas de acercarte y de felicitar a las parejas que iban a la capilla para casarse. Les dabas abrazos y les decías que el amor es lo mejor. Aunque seas un antipático cuando estás sobrio, resulta que borracho eres muy cariñoso, Sully. ¿Quién iba a decirlo?

Entierro la cabeza en las manos.

No soy impulsivo. No soy espontáneo. Me gusta trazar planes con mucha antelación y no desviarme de ellos en lo más mínimo.

Esto no es propio de mí, y me prometo a mí mismo que no voy a volver a beber en la puta vida.

Sobre todo porque he culpado a Piper de algo que solo es culpa mía.

—¿Alguna posibilidad de que no sea legal? —pregunto—. ¿De verdad hubo una ceremonia o me rajé después de proponerlo?

—Pues yo fui testigo. Hubo un oficiante. Se firmaron los papeles. A mí me pareció bastante real.

—¿Por qué nos dejaste hacer algo tan ridículo? Sabes que no salgo con nadie. Sabes que no me interesa tener una relación, sobre todo durante la temporada. Y por el amor de Dios, sabes que Piper pasó un infierno con el imbécil de su exmarido.

—Eres un adulto capaz de tomar tus propias decisiones. Te pregunté varias veces si de verdad querías hacerlo y dijiste que sí. Repetidamente. Cambié la pregunta para ver si estabas limitándote a asentir con la cabeza sin oír las palabras porque estabas demasiado borracho, y otra vez respondiste que sí. Esto no es culpa mía.

—Podrías haber intervenido y haber hecho algo —protesto—. Habernos traído al hotel. Habernos alejado de la capilla. Cualquier cosa.

—No es mi responsabilidad mantenerte a raya, Liam.

Suelto el aire y me presiono los ojos con las palmas de las manos.

—¿Cuánta gente lo sabe?

—¿Del equipo? Solo yo. Los demás estaban borrachos. Es imposible que lo recuerden.

—Vale, vale. ¿Cómo lo arreglo?

—Esa es una pregunta complicada —contesta y cuando levanto la cabeza, veo que me mira con expresión titubeante—. ¿Seguro que quieres la respuesta?

—Por supuesto.

—Pues o sigues casado, o buscas un abogado y empiezas el proceso de anulación.

Su respuesta me arranca una carcajada.

—¿Por qué coño iba a seguir casado?

—No lo sé. ¿Porque en el fondo a lo mejor querías casarte? ¿Cómo es el refrán ese? ¿«Los borrachos y los niños siempre dicen la verdad»?

Levanto la barbilla y lo miro enfadado.

—Estoy haciendo la mejor temporada de mi carrera. No tengo tiempo para jugar a las casitas con nadie.

—Con Piper —me recuerda—. No es cualquiera.

—Hola, Hudson —dice ella en voz baja, apareciendo en el momento menos oportuno.

Me digo que no debo mirarla, pero tengo que verla. Tengo que saber que no me odia por lo que le he dicho, porque yo me odio a mí mismo.

Miro por encima del hombro y ahí está, con el pelo mojado. Lleva unos vaqueros y una camiseta de los D. C. Stars que no le queda tan bien como la mía.

Está mirando a Hudson con una sonrisa y me ignora por completo.

Eso me revuelve más que la resaca.

—Hola, Pip. —Hudson se levanta y la abraza, y me cabrea que ella le devuelva el gesto, que respire hondo y le apoye una mejilla en el torso—. ¿Cómo estás?

—Como si me hubiera atropellado un camión. Me duele mucho la cabeza y no sé si es migraña o el alcohol.

—Las dos cosas, seguramente. —Él se ríe y la estrecha de nuevo, soltándola al cabo de un momento—. No sabía que no bebías café. Podría haberte traído otra cosa.

—¿Cómo sabes que no bebo café?

—Liam me lo acaba de decir.

—Ah, pues sí. No bebo café. —Se sienta en el sofá—. Anoche fue una pesadilla, ¿verdad?

—Pesadilla es decir poco. Cuidar de un equipo de jugadores de hockey entero, en Las Vegas, sin que nadie se pierda, le roben o se pelee no es tarea para débiles. —Se sienta a su lado y sonríe—. Hablando de anoche, Liam y yo hemos estado comentando vuestra situación.

Ella se pone tensa y apoya las manos en los muslos.

—Sé que Liam está ansioso por librarse de esto, y yo también. Llamaré a mi abogada cuando aterricemos en D. C. para que lo ponga todo en marcha. Ya no seré una mujer de treinta y dos años con un divorcio a cuestas, sino una mujer de treinta y dos años con dos divorcios a cuestas. Será gracioso ponerlo en las felicitaciones de Navidad de este año.

Está siendo sarcástica para hacerse la dura y la valiente, pero hay tristeza en sus ojos y un deje de derrota en su sonrisa. Irradia el miedo del que me habló, el de quedarse sola, y para colmo ahora soy otra persona que está intentando abandonarla.

—Hayes me ha sugerido una alternativa —digo de repente, y sus ojos por fin se clavan en mí—. Ha dicho que podríamos seguir casados.

Nunca he sido de los que solucionan los problemas de los demás, pero esta situación despierta en mí el deseo de ser el mejor. No quiero ver a Piper tan afectada, ni tan enfadada con el mundo. Ella es el sol, la felicidad y todo lo bueno que existe.

No es… No es la persona que tengo delante ahora mismo.

—Seguir… casados —repite, pronunciando las palabras despacio. Frunce el ceño—. ¿Por qué vamos a seguir casados cuando acabas

de gritarme porque…?

—¿Le has gritado? —la interrumpe Hudson, que se pone en pie y me mira desde arriba—. Sé que estás enfadado por el tema, pero eso no te da derecho a…

—¡No le he gritado! —le suelto, poniéndome también en pie y enfrentándome a él—. Nunca le gritaría. Estaba frustrado y levanté un poco la puta voz, pero ¡no le he gritado! En la vida haría algo que pudiera…

—Los dos estáis gritando ahora mismo y tenéis que parar. Sentaos —nos suelta Piper, y los dos la obedecemos—. Liam, no hay ninguna razón lógica para que sigamos casados. Sé que vamos a fingir que estamos saliendo para la boda de Alana, pero eso no significa que tengamos que…

—Un momento —la interrumpe Hudson—, ¿vais a fingir que estáis juntos para ir a una boda? ¿Qué gilipollez es esa?

Piper me mira. Niega de forma disimulada con la cabeza y entiendo lo que quiere decir.

—Es una historia muy larga —refunfuño— que no te voy a contar ahora.

—Estáis en vuestro derecho de tener secretos, vale. No me meto. En cuanto a todo este follón de la boda, hay dos opciones. La primera, llamáis a vuestros abogados y que ellos se encarguen de la anulación. Está muy claro que ninguno de los dos se encontraba en pleno uso de sus facultades, por lo que no debería ser difícil justificarlo. La segunda, como he dicho, es que sigáis casados.

—¿Y qué ventaja tendría eso? —pregunta Piper.

—Mi seguro médico —respondo despacio y, por primera vez desde que me desperté, siento que por fin puedo pensar con claridad—. El

seguro que tenemos los jugadores es infinitamente mejor que el tuyo.

Ella parpadea.

—¿Y por qué iba a querer yo que me incluyas en tu póliza? Esa no es una razón lo bastante lógica como para seguir casados.

—Podrías usarlo para la medicación para las migrañas, para tener acceso a profesionales que pueden ofrecerte un diagnóstico y un tratamiento. Quiroprácticos, acupuntores, masajistas… Nuestro seguro lo cubre todo. Y si no lo cubre, puedo pagarlo de mi bolsillo.

—Por supuesto que no. No voy a deberle nada a nadie porque se ofrezca a pagar mi tratamiento médico.

—Si te ayudo porque puedo, no significa que estés en deuda conmigo. Lo hago porque es lo correcto —le digo, furioso por que haya vivido pagando por la amabilidad de los demás—. Piénsalo, Piper. Tendremos que mantener la farsa por mi familia, seguir casados no va a suponernos un gran inconveniente.

—¿Y qué hacemos, me voy a vivir contigo? ¿Te presento por ahí como mi marido? —Se echa a reír y se toca la alianza, momento en el que vuelve a ponerse seria de golpe—. No quiero que mi segundo matrimonio sea una farsa, Liam. Si me caso de nuevo, será porque quiero a mi marido, porque él me quiere a mí, porque queremos pasar el resto de nuestras vidas juntos, no porque estuviéramos borrachos. Y ese no es nuestro caso. Me has dicho que no quieres una relación. ¿Por qué voy a cargarte con algo tan innecesario?

—Yo en este tema le doy la razón a Liam —tercia Hudson con delicadeza—. Has pasado por un divorcio muy complicado, Piper, pero me parece que esto podría beneficiarte. Fija una fecha límite: el final de esta temporada, el final de la próxima temporada… La que

decidas. Y, cuando hayas exprimido la situación al máximo, sigue tu propio camino.

—Necesito pensarlo. —Piper se muerde el labio inferior. Se retuerce las manos y clava la mirada en el suelo—. Hay muchas cosas que digerir, y ahora mismo estoy hecha una mierda.

La mirada de Hudson desde la otra punta de la estancia me dice que mantenga la boca cerrada y no proteste.

Así que eso hago.

—Buena idea, Piper —conviene él, antes de mirarnos a uno y a otro—. Si me decís que estáis bien, me voy para asegurarme de que el resto del equipo sigue con vida.

—Sí, vete. —Piper baja la barbilla—. Gracias por venir y explicarnos todo. Creo que no hace falta decir que esto va a quedarse entre nosotros tres por el momento, ¿verdad?

—Mis labios están sellados —le promete Hudson.

—Yo también me voy. Te dejo un poco de espacio —digo. No quiero marcharme así, pero sé que es lo mejor. Ella necesita pensar, y yo también—. Siento mucho lo que te he dicho, Piper.

—Gracias —murmura ella.

Hudson espera a que recoja mis cosas. Cuando salimos al pasillo, suelto un gruñido.

—Este es el peor día de mi vida.

—Ya encontrarás una solución.

—Vaya forma de mierda de empezar el año, ¿no?

—No sé qué decirte. —Sonríe y me da una palmada en el hombro —. Creo que es posible que este vaya a ser el mejor año hasta ahora.

—Eres demasiado optimista —refunfuño.

—No. Es que veo cosas que tú no ves.

29

Piper

Estoy contentísima de haber vuelto a casa.

El vuelo desde Las Vegas fue horrible. Cuando Lexi y Maven me preguntaron qué me pasaba, me puse los auriculares, les dije que no me encontraba bien y fingí echar una siesta.

Les mentí a mis amigas mientras escondía la alianza debajo de la camiseta, en la cadena de mi colgante.

No sé por qué la he guardado. No soy tan ilusa como para pensar que hubo algún sentimiento detrás de que decidiéramos casarnos borrachos. Fue cosa del alcohol, no del corazón, y no es el comienzo de una historia de amor épica.

Sin embargo, a pesar de que es un error, estoy considerando la propuesta de Liam de seguir casados.

Lo que me dijo del seguro médico es cierto. Cuando le pregunté a Emmy por la cobertura que tenía, me dijo que la NHL es generosa con lo que incluye en la póliza de los jugadores.

Podría ver a todos los especialistas que necesitara. Podría conseguir medicamentos con receta para las migrañas. Podría darme el lujo de una serie de tratamientos que nunca me permito por lo caros que son.

Y, pese al arrebato de la otra mañana, Liam Sullivan no es el peor hombre con el que podría haberme casado por accidente.

Me he pasado toda la tarde en el sofá escribiendo los pros y los contras. La lista es larga y, después de horas sopesándolo, he llegado a la conclusión de que sería una tontería no aprovechar la situación en la que nos encontramos.

Llaman a la puerta y me sacan del debate interno que mantengo. Frunzo el ceño y miro la hora.

Es demasiado tarde para que las chicas vengan de visita. Maven se acostó hace horas. Emmy está en Calgary porque juegan un partido fuera de casa y Lexi ha quedado para tomarse una copa con un jugador de béisbol de las ligas menores.

Durante medio segundo temo que sea Steven, pero experimento un gran alivio cuando a través de la mirilla veo a Liam, de pie con las manos a la espalda.

No cruzamos palabra durante el vuelo de regreso. Cuando aterrizamos en Washington D. C., me vine a casa en un Uber antes de que pudiera sacar el tema de lo que había pasado.

Sigo muy enfadada con él. Por lo que dijo. Por su reacción.

Y porque no puedo odiarlo, aunque lo intente.

Respiro hondo mientras abro la puerta y miro fijamente a mi marido.

—Hola —me saluda mientras levanta la cabeza y me recorre con la mirada. Se detiene en los pantalones cortos que me he puesto después de una ducha de veinte minutos, y lo veo apretar los dientes—, ¿puedo pasar?

—¿Vas a volver a acusarme de haberte obligado a sacarte conmigo?

Suelta un hondo suspiro y niega con la cabeza.

—No.

Aferro con fuerza el marco de la puerta y lo miro de arriba abajo, como él ha hecho antes conmigo.

Tiene los hombros encorvados y la camisa arrugada. Estoy bastante segura de que lleva el abrigo del revés y el gorro se le está cayendo.

Tiene un aspecto horrible y casi se me parte el corazón.

—Entonces puedes pasar.

Asiente y pasa al recibidor, donde ocupa demasiado espacio. Cierro la puerta detrás de él y me entrega un ramo de flores.

—Te he traído tulipanes. No sé qué opinión tienes de las rosas, así que he optado por algo un poco más neutro.

—Las rosas están al final de mi lista. Las peonías son mis preferidas. Pero me gustan los tulipanes. ¿Por qué me traes un ramo?

—Para pedirte perdón.

Se me corta la respiración.

—Nadie me ha regalado flores nunca.

—Siento mucho que la primera vez sea en estas circunstancias. Lo pagué contigo en Las Vegas. Mi reacción estuvo fuera de lugar.

—Estuvo muy fuera de lugar.

—No voy a mentir: cuando descubrí que nos habíamos casado, me cabreé mucho. Sabes cuáles son mis prioridades. Sabes dónde pongo mi atención y en qué me centro.

—Liam, me has dejado muy claro que la única relación que te interesa es con el hockey. ¿Que si me hiciste pensar que haberte casado conmigo era lo peor que te había pasado? Efectivamente.

Pero elijo creer que estabas molesto por la idea del matrimonio en general, y no por haberte casado conmigo en concreto.

—Piper, sabes que no me gusta la gente en general, pero tú eres la excepción. —Levanta la cabeza y me mira con una expresión ardiente que me provoca cierta opresión a la altura de las costillas—. Creo que te has convertido en una de mis mejores amigas, y no debí tratarte así. No soporto haberlo hecho. Lo que hay entre nosotros dejará de tener sentido cuando encuentres al hombre con el que quieras sentar cabeza, pero, hasta entonces, no quiero que creas que para mí has sido un error. Porque no lo eres.

—Hace cuarenta y ocho horas estabas furioso por haberte casado conmigo. ¿Qué ha cambiado? —lo desafío.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—Esta mañana no teníamos entrenamiento, así que salí a correr para despejarme. Me despisté y acabé delante del Banco de Alimentos de Capital Area. Había un enorme cartel en la ventana que decía «Se necesitan voluntarios». Entré; no sé muy bien por qué. Pasé unas horas clasificando donaciones de alimentos para personas que no pueden permitírselo o estudiantes de secundaria que trabajan a tiempo parcial mientras van a clase. Y me di cuenta de que me estaba comportando como un puto egoísta. —Encoge los hombros y baja la cabeza—. Tengo millones de dólares. Aunque mañana me rompiera una pierna y no pudiera volver a jugar en la vida, no tendría que preocuparme nunca por el dinero. Me sienta mal la presión que me supondrá el haberme casado borracho, pero a cuatro manzanas de aquí hay alguien que se acostará con hambre y sin saber qué le pondrá de desayuno a sus hijos por la mañana. Eso

sí que es presión. La reacción que tuve con todo este lío entre nosotros es inexcusable.

No sé qué decir. No sé qué parte de su historia me llama más la atención: que me considere una de sus mejores amigas, su generosidad o su capacidad para admitir que se ha equivocado.

Quizá sea todo.

—Bueno, veo que ha sido un día lleno de emociones —susurro al cabo de un momento, y él se frota la nuca—. Ha sido un detalle muy bonito que te pasaras la mañana allí.

—Falta me hacía. Me ayudó a aclararme las ideas.

Me acerco el ramo a la nariz y se me escapa una sonrisa.

—Deja el abrigo en la percha y pasa al salón. Voy a poner las flores en agua.

Echo a andar hacia la cocina mientras los pasos de Liam se alejan hacia el salón. Me entretengo desenvolviendo las flores, cortando los tallos y colocándolas en un jarrón. Seguramente sea un poco mezquino por mi parte alargar esto, pero quiero hacerlo sudar un poco.

Satisfecha con el resultado, coloco el jarrón en la isla y me voy al salón. Liam está en el sofá, mirando la foto enmarcada que tengo en la mesa de centro.

—¿Son tus padres? —me pregunta, señalando la imagen, que es de cuando yo era pequeña.

—Sí. —Me siento a su lado en el sofá y cruzo las piernas. Me pongo una manta sobre las rodillas y me acomodo—. Judy y Elijah Mitchell.

—¿Dónde viven?

—En Florida. Se jubilaron hace un par de años y se mudaron al sur en busca de un clima más cálido. ¿Tus padres siguen viviendo en Chicago?

—Sí, en la casa en la que crecí. He intentado que se muden a alguna propiedad con mucho terreno fuera de la ciudad, pero no quieren. Son muy testarudos.

—Eso me suena. —Apoyo el codo en un cojín y lo miro—. Gracias por las flores. Son preciosas.

—Sé que no solucionan el problema —refunfuña. La conversación pasa de ser trivial a centrarse en la situación en la que nos encontramos—. No pretendo quitarle importancia.

—Precisamente he estado pensando en el problema. —Busco el cuaderno en el que he estado escribiendo todo el día y lo levanto para que pueda verlo—. He hecho un par de listas muy extensas de pros y contras.

—Has estado muy ocupada. ¿Cuál es el número uno en la lista de contras?

Hago una mueca.

—Lo gruñón que eres. Seguido muy de cerca por las patadas que das mientras duermes.

—Lo acepto.

—Antes de decirte lo que yo opino, quiero saber qué crees tú que debemos hacer.

—Le he dado muchas vueltas. La anulación lo borraría todo. Nadie se enteraría, excepto el cabrón de Hudson, y podremos fingir que nunca ha ocurrido. Seguir casados significa que acabaremos divorciándonos cuando estemos listos para seguir adelante, y eso es mucho más difícil de ocultar. Sin embargo, la otra cara de la moneda

es que tendrás acceso a mi cuenta bancaria, a mi seguro médico y, por mucho que me duela decirlo, a mi apellido.

—¿Qué quieres decir?

—En esta ciudad todo el mundo sabe quién soy. Si dices que eres la mujer de Liam Sullivan, conseguirás cosas a las que antes no tenías acceso. Es un privilegio asqueroso, porque soy como cualquier otra persona que hace su trabajo, pero ahí está.

Siento un cosquilleo en el pecho cuando pronuncia esa palabra.

«La mujer de Liam Sullivan».

—¿Qué significaría eso para nuestra vida personal? No vamos a vivir juntos, ¿verdad? Solo es un acuerdo estrictamente legal para obtener beneficios médicos.

—Exacto. Tú vives tu vida y yo la mía. Si quieres que sigamos con las clases de sexo, seguimos, pero no sé si eso complicaría más las cosas. Por mi parte no espero nada de ti…, bueno, salvo el viaje a España para la boda —añade, como si se le acabara de ocurrir—. Pero si quieres echarte atrás, lo entenderé.

Ahora soy yo quien va a pecar de egoísta, porque no me imagino dejando las clases a estas alturas. Casi hemos llegado a la línea de meta, y fantaseo todos los días con cómo sería el sexo con Liam.

Hasta ahora todo ha sido alucinante. Ha puesto el listón muy alto para otras futuras relaciones porque es meticuloso, persistente y generoso; no está contento hasta que me ve satisfecha. Me desarma por completo que se ocupe física y emocionalmente de mí.

También está el detalle de los orgasmos que han puesto mi mundo patas arriba.

Y otros detalles más pequeños, pero más importantes: su forma de abrazarme después de que nos aseemos, los besos que suele

darme en la frente y cómo me rodea con esos brazos fuertes y firmes hasta que vuelvo a la tierra.

Sé que la gente mira a Liam Sullivan y ve a un deportista profesional, pero para mí es mucho más.

Es un hombre amable y considerado. Cariñoso y tierno. Una persona con un corazón tan grande que no tengo que preocuparme por la imagen que tiene de mí.

También es mi mejor amigo. Y, en lo más profundo de mi alma, estoy segura de que sin importar cómo acabe todo esto, al final no habrá rencores ni enfados. No será como mi primer matrimonio. No desearé poder recuperar los días, las semanas o los meses.

Me hará tan feliz como lo soy ahora y eso es un gran regalo.

Le echo un vistazo al papel, a sabiendas de que no importa lo que haya escrito en la columna de los contras. Ya he tomado una decisión.

—No quiero la anulación —digo despacio. Él levanta la cabeza y me mira—. Vamos a seguir acostándonos. Vamos a fingir que salimos juntos. Un matrimonio de conveniencia parece pan comido.

La sonrisa que esboza Liam es lenta y bonita. Se inclina sobre los cojines y me rodea la muñeca con los dedos, tirando de mí un poco. Me inclino hacia él y casi me choco con su pecho, con la boca a pocos centímetros de la suya.

—Quiero que estés segura —murmura—. No me digas que sí solo porque creas que es lo que quiero oír. No me digas que sí porque temas que esto vaya a traerte mala suerte en el futuro. No me digas que sí porque creas que a los hombres les importará el número de divorcios que lleves a la espalda. Dime que sí solo porque de verdad

quieres estar legalmente unida a mí, Piper, porque quieres ser mi mujer y aprovechar todo lo que puedo darte por ahora.

—Liam, sé que tienes acceso a cosas que yo no, pero esa no es la única razón por la que quiero que seas mi marido. —Me humedezco los labios y veo que sigue el recorrido de mi lengua con la mirada—. Nunca me he divertido tanto como desde que estoy contigo. Me siento libre, como si ya no fuera a tener miedo cuando vuelva a salir con otros. No queda mucho para que cumplamos todos los términos de nuestro acuerdo ni para ir a la boda de tu hermana, y me apetece ser egoísta. Quiero divertirme un poco más.

—Esto quedará entre nosotros. —Me roza la nariz con la suya, y cierro los ojos—. No se lo diremos a nadie más. Ni a tus amigas. Ni al equipo.

—Me parece que se supone que tenemos que besarnos para hacerlo oficial. —Le clavo las uñas en el muslo—. Marido y mujer, y tal.

—Parece que eres tú la que controla esta lección. ¿Qué más puedes enseñarme, Piper?

Antes de que pueda responder, Liam se apodera de mis labios.

Es un beso lánguido, lento y sensual, hasta que tiro de la manta del sofá y me siento a horcajadas sobre su regazo. Me pone una mano en la espalda y la baja hasta agarrarme el cuello. Lo siento duro debajo de mí y la presión de esa polla tan grande me resulta una tortura. Y entonces noto el roce frío del metal en mi piel.

Joder.

Sigue llevando la alianza.

—¿Qué te parece, mujer? —me pregunta mientras me desliza los labios hacia el mentón—. ¿Te parece lo bastante oficial?

Las palabras se me atascan en la garganta. No puedo hablar, porque estoy demasiado cautivada por el recorrido de sus manos y cuál será el próximo destino de sus labios.

Solo atino a asentir mientras me sumerjo en el placer de saber que quizá he tomado la mejor decisión de mi vida.

Casarme por segunda vez es mucho más divertido.

30

Liam

Me he esforzado mucho para llegar a mi posición de portero titular, pero está bien tener una noche libre de vez en cuando. Está bien tomarse un respiro entre tantos partidos seguidos, sentarse en el banquillo y ver jugar a mis compañeros en vez de seguir el disco durante sesenta minutos. Son mucho más divertidos que el caucho vulcanizado.

Y tener la noche libre mientras jugamos contra el peor equipo de la liga es un lujo.

Estoy agotado por la última semana y media: Las Vegas, Piper, casarme, tres partidos, dos victorias y una derrota.

Piper.

Dormimos juntos por accidente una vez, y luego otra hace dos noches. Nos quedamos hasta tarde hablando de todo y de nada en particular. Tonterías. Cosas profundas. Cosas graciosas. Le conté mis primeros días como jugador universitario. Ella compartió historias sobre su primer contacto con el hockey y lo rápido que se enamoró de este deporte.

Cuando viene a verme y nos sentamos juntos, Pico se acurruca entre los dos. Ella lo acaricia mientras a mí me pasa un pie por la

pantorrilla, con una sonrisa en los labios, y entretanto yo le cuento las dificultades que tuve que superar para traerme a este gato terco a Estados Unidos.

Todo me resulta *facilísimo*, pero así son las cosas con Piper.

Suena la bocina al final del segundo tiempo y me levanto con el resto de los chicos. Me tomo mi tiempo para patinar hasta el túnel, agradecido por no tener que pasar el descanso en la camilla de fisio por sentir las piernas doloridas.

—Cabrón —refunfuña Maverick al pasar a mi lado—. Ojalá pudiera tener la noche libre.

—Con lo mal que estás jugando, es como si la tuvieras —tercia Hudson, y sonrío.

—Que te den, Hayes —replica Maverick, pero sin rencor. Esos dos son amigos de verdad y pincharse el uno al otro es prácticamente su forma que expresar cariño—. Quizá podrías intentar hacer una asistencia en el tercer tiempo en vez de quedarte atrás repeinándote mientras el resto estamos en la zona de ataque.

—Y me lo dice el tío que más se mira en el espejo de todas las personas que conozco —digo, y Hudson me sonríe.

—Sabía que estabas de mi parte, Sully.

Salgo de la pista y echo un vistazo por el túnel en busca de Piper. No la he visto durante el primer descanso y he supuesto que estaría entrevistando al entrenador, pero sigo sin dar con ella.

Ahora tampoco la encuentro. Frunzo el ceño y vuelvo a mirar a mi alrededor.

—¿Has visto a Piper? —le pregunto a Hudson, que niega con la cabeza.

—No, desde el partido de anteayer no.

—Disculpa. —Alguien me pone un micrófono en la cara y vuelvo la cabeza hacia la izquierda. Un chico que no puede tener más de veinte años me mira parpadeando. El polo que lleva tiene una mancha en el cuello y no veo chapa identificativa, solo una pegatina con el nombre «Dusty»—. ¿Puedo hacerte unas preguntas?

—Uy, no —suspira Hudson—. Qué error, chaval. Nunca le preguntes a Liam Sullivan si puedes hacerle unas preguntas. No te va a gustar la respuesta.

—¿Quién coño eres? —le pregunto de mala manera.

—Pues… soy el… reportero suplente para el partido de esta noche.

—¿Qué cojones es un reportero suplente?

—Quizá debería hablar con otra persona —balbucea Dusty.

—No, vas a hablar conmigo. ¿Dónde está Piper?

—No… No lo sé. Normalmente soy el técnico de sonido, pero hace una hora recibí un mensaje de mi jefe diciendo que tenía que cubrir el puesto de reportero a pie de pista esta noche.

Lo rodeo y me voy al vestuario a toda prisa. Ignoro a mis compañeros de equipo, abro la puerta de un empujón y me dirijo a mi taquilla. Me quito los guantes con ayuda de los dientes y cojo el teléfono. No hay notificaciones de llamadas perdidas, ningún mensaje ni ninguna comunicación de ella, y eso me preocupa muchísimo.

Anoche me pasé a verla para dejarle la cena de camino a casa después de mi entrenamiento de fuerza. Parecía estar bien cuando me fui, bromeó conmigo y me llamó «calientabanquillos» por el partido de esta noche.

Busco su información de contacto, me llevo el teléfono a la oreja y espero a que responda.

—Contesta —murmuro—. Vamos, rayo de sol. Contesta. —Como no lo hace, me dan ganas de partir el teléfono por la mitad. Echo a andar furioso hacia la sala de fisioterapia y entro.

—¿Liam? —Lexi levanta la vista de la pizarra que tiene en el regazo—. ¿Algún problema con los isquiotibiales?

—¿Dónde está Piper? —le pregunto.

—Dijo que tenía migraña y que no podría venir esta noche. Eso fue hace un par de horas, pero no he sabido nada de ella desde entonces.

Suelto una retahíla de tacos entre dientes y vuelvo al vestuario. Me siento en el banco frente a mi taquilla y miro al suelo mientras me pregunto qué cojones se supone que debo hacer.

—Oye —Hudson me da una palmada en el hombro, y lo miro—, ¿qué pasa?

—Piper no ha venido. Lexi dice que tiene migraña. Nunca falta al trabajo, así que si está enferma, debe de estar muy mal.

—Vale. —Se sienta a mi lado—. ¿Has probado a llamarla por teléfono?

—Sí. No contesta.

—Inténtalo otra vez. Tenemos unos minutos antes de volver a la pista. Si tampoco responde, mándale un mensaje.

Sé que es un buen consejo, así que le hago caso. Tampoco contesta la segunda vez, y me cuesta no ceder al pánico.

—¿Qué le digo? —pregunto.

—Pregúntale dónde está y si necesita algo. Con suerte, tendrás una respuesta al final del partido.

Mis pulgares vuelan por la pantalla mientras escribo el mensaje.

Hola. No te veo en el estadio
Lexi me ha dicho que tienes migraña

Necesitas algo? Puedo pasarme después

Bloqueo el móvil y lo guardo debajo de una camiseta. Si el entrenador me pilla con él, me hará dar vueltas por la pista hasta caer rendido.

—Hecho.

—Solo te queda esperar, tío.

—¿Por qué se te da tan bien todo esto?

—¿El qué, comunicarme con la gente? —bromea Hudson—. Dale las gracias a mis padres. Tenían una relación estupenda. Hablaban de todo. Crecí aprendiendo a compartir lo que sentía en vez de dejar que se convirtiera en algo tóxico e irreparable porque dos personas no quieren sincerarse la una con la otra.

—Parece horrible —digo.

—En cierto modo lo es. La verdad duele a veces.

No he faltado ni un solo día a los entrenamientos. No he faltado por enfermedad ni por cansancio. No he abandonado un partido antes de tiempo en la vida, pero esta noche me lo estoy pensando.

Este deporte es toda mi puta *vida*, pero ¿de qué sirve esa vida si alguien a quien quiero me necesita y no puedo estar a su lado?

Echo la cabeza hacia atrás y gruño.

Le dije a Piper que es mi mejor amiga, y no mentía. Soy más feliz cuando la tengo cerca. Todo es más llevadero, y su ausencia se nota.

Al igual que mi atracción por ella.

He intentado resistirme. Ahora más todavía porque estamos *casados*, pero cada vez es más difícil negarlo y ocultarlo.

La cabeza me está pidiendo a gritos que vaya a ver cómo está. Que mande a la mierda el hockey y me asegure de que se encuentra bien, porque de repente esperar veinte minutos más me parece demasiado tiempo para averiguarlo.

—¿Y si me voy antes? —digo en voz baja—. ¿Y si me pierdo el tercer tiempo?

—Te sancionarían —me recuerda Hudson.

—Me importa una mierda.

—¿Quieres irte?

Lo único que quiero es saber que está bien.

Estoy seguro de que lo está. Lo más probable es que haya apagado el teléfono y se haya quedado dormida. Seguro que no quiere que la moleste.

—No. —Me levanto y cojo los guantes—. Todavía tenemos trabajo que hacer en la pista.

Me mira con una lenta sonrisa.

—Te gusta.

—A todo el mundo le gusta Piper.

—Pero a ti te gusta *de verdad*. Te preocupas por ella. También te preocupas por tu trabajo y no sabes cómo equilibrar ambas cosas.

Aprieto los dientes.

—Eres un cabrón muy observador. Da igual si me gusta. Nunca seremos otra cosa más que amigos.

—Claro. —Él también se levanta y sonríe con gesto burlón—. Seguro.

El tercer tiempo se me hace eterno. No dejo de mirar el reloj, y cada vez que lo hago veo que solo han pasado unos segundos. Doy

golpecitos con un patín, deseando estar en la portería en vez de en el banquillo, dándole vueltas y vueltas a la cabeza.

Cuando suena el pitido final, soy el primero en levantarme. Patino hacia el vestuario como un loco. Me quito la equipación y me quedo plantado con el torso desnudo y la mirada clavada en el teléfono, pero no veo respuesta de Piper.

Me froto la cara con una mano y suspiro.

«Está bien», me digo.

Está perfectamente.

Sin embargo, cuando me cruzo con la mirada de Hudson que está al otro lado del vestuario y lo veo ladear la cabeza al tiempo que articula «Vete» con los labios, sé dónde tengo que estar.

Dónde *quiero* estar.

Ya me inventaré después una excusa por haberme ido tan pronto.

Me quito el resto de la equipación y me pongo el traje a regañadientes para salir al aparcamiento.

El trayecto hasta su casa se me hace eterno. Cuando por fin aparco y llego a su planta, llamo con suavidad a la puerta.

—¿Piper? —digo, aunque intento no levantar demasiado la voz—. Soy yo. ¿Estás ahí?

¿Y si ha perdido el conocimiento y se ha dado un golpe en la cabeza? ¿Y si se ha vomitado encima? ¿Y si le duele tanto que no puede ni andar?

Se oye el clic de la cerradura y se abre la puerta. Piper aparece delante de mí envuelta en una manta desde la cabeza a los pies, y el corazón casi se me para al verla.

Parece agotada. Físicamente exhausta y falta de sueño.

—Lexi me ha dicho que no te encontrabas bien. Me he pasado para ver cómo te va.

—Estoy bien. —Hace una mueca y retrocede un paso al tiempo que con un pequeño gesto me invita a pasar al recibidor en penumbra—. El dolor de cabeza se convirtió en una migraña y sabía que no podría aguantar el partido con las luces brillantes.

—¿Te has tomado la medicación?

Bosteza y se envuelve más con la manta.

—Todavía no la he comprado este mes. Se me ha olvidado.

—¿De qué sirve este matrimonio si no vas a usarlo para conseguir lo que necesitas?

Se sonroja y se encoge de hombros.

—Iba a hacerlo esta semana. Llevo tanto tiempo sin que me dé una que me he confiado.

—¿Irás mañana y darás mi nombre para que te la den más deprisa?

—Sí. Iré mañana. ¿Has venido directo desde el estadio? ¿Hemos ganado?

—Cuatro a uno. Petersen ha estado bien en la portería.

—¿Mejor que tú?

—Ya sabes la respuesta. —Entro y cierro la puerta a mi espalda sin hacer ruido. Le tomo la cara entre las manos y le acaricio las mejillas con los pulgares. Está ardiendo, siento su piel caliente al tacto—. Me tenías preocupado. ¿Cómo puedo ayudarte?

—No tienes por qué ayudarme. Sé cómo lidiar con esto yo sola. Llevo años haciéndolo.

—Que sepas hacer las cosas tú misma no significa que tengas que hacerlas. ¿Dónde estabas antes de que llegara?

—En mi habitación.

Echa a andar por el pasillo y la sigo. Noto una energía nerviosa en mi interior. Quiero asegurarme de que tiene agua. Quiero asegurarme de que tiene mantas suficientes. Quiero hacer lo que pueda para librarla del dolor, porque no me gusta verla tan pequeña, sufriendo.

Se mete debajo del edredón. Cierra los ojos y arruga la nariz, frunciendo el ceño, y está monísima.

—¿Me has mandado un mensaje? —me pregunta.

—Sí. Como no me has contestado, he venido a ver cómo andabas.

—La luz de la pantalla me hace daño, así que he apagado el móvil.

—Eso suponía, pero también pensé que podrías haberte caído y haberte abierto la cabeza.

—Esta vez no. —Tantea los objetos que tiene en la mesita de noche y suelta un gemido entrecortado—. Mierda.

—¿Qué pasa?

—Me he dejado la cinta para el dolor de cabeza en el congelador. Me ayuda con…

Echo a andar hacia la cocina antes de que pueda terminar la frase. Abro el congelador y en el primer cajón veo una bolsa cerrada con algo negro con velcro dentro. La cojo y suelto un taco por lo fría que está antes de regresar a su dormitorio.

—Esta cosa está helada —digo, y ella suelta una carcajada por lo bajo—. ¿Te lo pones en la cabeza?

—Ayuda con el dolor. El entumecimiento es agradable. —Se pone un paño en la frente y extiende un brazo. Abro la bolsa y le dejo la cinta en la mano, y luego la veo ponérsela en la cabeza hasta que le cubre los ojos—. Ah, mejor así.

—¿Necesitas algo más?

—Dormir. Estoy muerta. Voy a cerrar los ojos un ratito.

—Estaré aquí cuando despiertes.

—Vale —replica con una sonrisa cálida que me deja nervioso, desconcertado y contento a la vez—. Eso me hace muy feliz.

31

Piper

No sé cuánto tiempo paso dormida, pero es el descanso más reparador de mi vida.

Me sumerjo en sueños profundos en los que floto sobre las nubes. Me sepulto debajo del edredón y saboreo el silencio de mi dormitorio. De vez en cuando me despierto, inquieta durante un par de segundos como mucho, antes de volver a quedarme frita.

La presión en las sienes comienza a desaparecer. El dolor retrocede despacio hasta que abro los ojos parpadeando, me siento cálida y descansada, y a punto de volver a ser yo misma. Estiro los brazos por encima de la cabeza y me quito la cinta de frío de la cara.

Parpadeo en la oscuridad para orientarme. Una suave luz se filtra por debajo de la puerta y saco las piernas de la cama. Toco la pantalla del móvil y veo que son poco más de las tres de la madrugada. El resto del mundo duerme mientras yo estoy completamente despierta.

Me levanto, me envuelvo los hombros con una manta, abro la puerta y echo un vistazo al pasillo. El zumbido de la caldera es el único ruido en mi silencioso piso, y me dirijo a la cocina para beber un vaso de agua.

La figura que descubro en el sofá del salón casi me arranca un grito, pero luego me doy cuenta de que es Liam, con la corbata aflojada y la camisa remangada hasta los codos. Tiene el cuello doblado en un ángulo extraño y se ha quitado un zapato, dejando al descubierto el calcetín de lunares del pie izquierdo.

Está guapísimo bajo la tenue luz de la lámpara. Tiene un aspecto muy distinto al de hombre dominante y posesivo que presenta cuando está en la portería o cuando tiene la cabeza entre mis piernas. Este es Liam sin escudos, el que es tierno e increíblemente amable.

Se me atasca el aire en el pecho, formándome un nudo mientras lo miro fijamente.

Se ha quedado aquí todo este tiempo. Se ha tumbado como ha podido en el sofá, vestido con una ropa que no parece nada cómoda, para ver si me recupero.

Sé que le dije que me alegraría si estuviera aquí cuando despertara, pero no estaba preparada para que cumpliera su promesa.

Me acerco hasta que lo tengo al alcance de la mano. Le toco un hombro con suavidad, porque no quiero sobresaltarlo, pero se despierta de un susto de todas formas. Se incorpora de golpe y vuelve la cabeza a izquierda y derecha hasta que por fin posa la mirada en mí.

—¿Qué pasa? —Me pone las manos en los hombros, y me tocacomo si creyera que formo parte de sus sueños—. ¿Estás bien?

—Sí. —Le acaricio con los dedos el mentón y la barba que lleva meses sin afeitarse—. Es que ya no puedo dormir más.

—¿Qué necesitas? ¿Agua? ¿Comida? ¿Una ducha?

—Iba de camino a por agua cuando me he topado con un ogro gigante tumbado en mi salón.

—Ven aquí, anda. —Suelta un hondo suspiro mientras me rodea la cintura con sus fuertes brazos y tira de mí hasta que caigo sobre su regazo. Me acurruco contra su pecho y capto el olor de su colonia, de su detergente y un leve rastro de sudor que le impregna la camisa—. ¿Cómo has dormido?

—Muy bien. No me había dado cuenta de lo agotada que estaba.

—¿Qué tal la cabeza?

—¿Solo te gusta jugar a las veinte preguntas cuando se trata de otra persona?

—Cuando se trata de tu salud, sí.

—Ya estoy mejor. Todavía me molesta un poco la luz, y también los ruidos, pero…

Liam apaga la lámpara que tenemos al lado en la mesita y deja la estancia sumida en la oscuridad sin pensárselo siquiera.

—¿Mejor?

—Perfecto —contesto, porque es verdad.

—Tengo agua para ti. Y también tu medicina, que, según la enfermera que me ha atendido en el número de emergencias, necesitas tomar para evitar futuras migrañas. Solo tiene una eficacia del cincuenta y seis por ciento, pero es muchísimo mejor que no tomar nada, te lo creas o no. Doris me ha echado un sermón increíble por no estar más encima de ti con las pastillas.

—¿Has llamado al número de atención urgente?

—Sí. He preguntado qué se suponía que tenía que hacer y cómo podía cuidarte. He tomado muchas notas. Te las enseñaré cuando la luz no te moleste. Tengo una letra espantosa, pero te harás una

idea. También he pedido que te preparen las recetas y te entreguen la medicación para que estés cubierta durante los próximos meses. No me gustaba la idea de que la necesites y no la tengas a mano.

Tengo la sensación de que alguien me rodea el corazón con una mano y me lo aprieta con muchísima fuerza, negándose a soltarlo. Me alegro de que la luz esté apagada, porque de lo contrario Liam vería las lágrimas que tengo en los ojos y creería que me duele algo cuando en realidad solo estoy contenta.

Nunca me han cuidado de esta manera cuando me he encontrado mal. Siempre ha sido un inconveniente, como si estuviera enferma aposta. He tenido que apañármelas sola, y quedarme tumbada en la cama entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas, no por cabezota o por no tener recursos, sino por estar demasiado agotada como para prepararme algo para comer, sin la energía necesaria para ser una persona funcional.

Sin embargo, Liam está aquí, abrazándome después de venir desde el estadio, y tengo la sensación de que eso significa algo, de que tiene peso e importancia, y voy a analizar lo que significa cuando se vaya.

—Supongo que debería hacerle caso a Doris —digo con voz ronca.

—Mejor. No estaba muy contenta conmigo.

—No me gustaría que volviera a regañarte. ¿Qué te ha dicho que hagas para cuidarme?

—A ver, me ha dado una buena chapa sobre fotofobia. Luego me ha echado la bronca por no estar pendiente de tu medicación, pero cuando le conté que tenías una cinta de frío para el dolor de cabeza, me dijo que eso estaba genial. Me hizo sentir como un superhéroe.

—¿Quién iba a decir que te gustaban tanto los elogios?

—Solo cuando me los hacen las enfermeras de setenta y cinco años y tú, por lo visto. Todos los demás pueden irse a la mierda.

Me echo a reír y entierro la cara en su camisa.

—Creo que necesito una ducha. No me he lavado desde ayer por la mañana y me siento asquerosa.

—¿Y comida? ¿Cuándo fue la última vez que comiste?

—¿Ayer a la hora del desayuno…? Creo. No tengo hambre, pero debería intentar comer algo.

—Muy bien, pequeñaja. —Se levanta y me coge en brazos—. Vamos a ponernos en marcha.

—Liam…, es muy tarde. Mañana tienes entrenamiento y necesitas dormir.

—No hay entrenamiento. El entrenador lo ha cancelado. No tengo que ir a ningún sitio hasta por la tarde al gimnasio.

—Vale, pues olvida el entrenamiento, pero sigue siendo tardísimo y puedo valerme por mí misma. De verdad. No tienes que hacer todo esto.

Veo que le relampaguean los ojos de enfado mientras recorre el pasillo. Ha apretado los dientes y tiene el ceño fruncido, lo que hace que se me encoja el estómago.

—Estás volviéndolo a hacer —murmura, y levanto la cabeza para mirarlo.

—¿El qué?

—Fingir que tus problemas no son tan importantes como los míos. Lo son, Piper, y me cabrea mucho que creas que estoy haciendo esto por cualquier otra razón que no sea porque quiero. Sé que crees que estás siendo una pesada y que me estás pidiendo demasiado, porque es lo que te han hecho creer en el pasado, por favor, acepta

la ayuda de alguien que está aquí solo porque quiere. Si lo haces, te darás cuenta de que hay mucha gente que lo dejaría todo por ti. Incluido yo.

Sus palabras me consumen. Me inundan, como un tsunami al que no sé cómo responder. Ni siquiera estoy segura de poder hablar.

Lo que siento es demasiado descarnado, demasiado real. Está muy lejos de las etiquetas que nos hemos puesto, y pensar en él como algo más que el portero gruñón que es mi amigo y que me ayuda en la cama me asusta muchísimo, porque soy consciente de lo que puedo perder. Sé qué tipo de hombre es Liam y que supera a Steven en todas y cada una de las categorías.

Quiere estar a mi lado. Quiere ayudarme, y todo esto es muy nuevo.

Porque yo también quiero que esté a mi lado.

—Vale —susurro, sintiendo el miedo al rechazo pero desterrándolo porque confío en Liam. Confío tanto en él que me duele—. ¿Te quedas y me ayudas?

—No querría estar en ninguna otra parte. —Sigue andando hasta el cuarto de baño y solo me suelta cuando el agua está corriendo y el vapor sale de la ducha—. Quítate la ropa.

—Quítate tú la tuya primero.

Se deshace con habilidad el nudo de la corbata y la deja caer al suelo de mármol. A continuación se desabrocha los botones de la camisa uno a uno, hasta que tiene el torso desnudo y me está mirando fijamente.

Me tiemblan las manos cuando me quito la sudadera por la cabeza. A estas alturas ya he estado desnuda delante de él un sinfín de veces. He tenido sus dedos en mi interior y su polla en la boca,

pero este momento tiene algo sorprendente que lo hace distinto, casi trascendental.

Me acaba de ver en mi momento más vulnerable y ha elegido quedarse conmigo mientras sufro y me siento débil y pequeña.

Aunque solo estoy quitándome la ropa, siento que también estoy bajando mis barreras, superando el miedo y apoyándome en Liam porque es sólido, fuerte e inquebrantable.

No aparta la mirada de la mía mientras me quito los pantalones de chándal. Me deja los ojos clavados en la cara, con la expresión tierna que me he acostumbrado a ver detrás de ese marrón oscuro cada vez que me mira. Me meto en la ducha, y el agua me corre por el cuerpo. Liam se reúne conmigo un segundo después y lo agradezco.

—Siéntate —murmura, y señala el saliente de la pared. Casi no quepo, mi culo ocupa demasiado espacio, pero le hago caso, me acomodo sobre la baldosa fría y lo miro maravillada—. Quiero lavarte el pelo. —Coge la alcachofa de la ducha y me lo moja. Suspiro por su forma de masajearme el cuero cabelludo, por la presión que añade allí donde queda un poco de dolor residual—. Doris también me dijo que un masaje podría ayudar. —Suelta la alcachofa de la ducha y usa las dos manos para presionarme las sienes. Se me escapa un gemido y se me aflojan y relajan las extremidades—. Si es demasiado, dímelo.

—Perfecto —susurro, y no sé si hablo del majase, de él o de todo —. Es perfecto.

Creo que me quedo dormida mientras me extiende el champú por el pelo. Creo que mi cerebro se vuelve de algodón cuando se arrodilla y me lava los pies y las piernas. Sigue subiendo por el

abdomen y el torso hasta los hombros, dejándome cubierta de espuma. Cuando me besa, se me enciende la bombilla.

Y la revelación, intensa y deslumbrante, es lo único que puedo ver.

Mierda.

Estoy colada por mi marido, y eso no formaba parte del plan.

32

Piper

Liam
Cómo estás, pequeñaja?

Como nueva. Gracias por haberme ayudado!

Liam
Me alegro. Nos vemos mañana temprano

Liam
imagen
A Pico le gustas más que yo

Bueno, obviamente. Estoy buenísima!

Liam
Ah, sí?

Cuidado, Sullivan. Dijiste que era tu mejor amiga

Liam

No me acuerdo

imagen
Ya tienes una foto de mi dedo corazón

Liam
Quieres otra clase esta noche?

He quedado para cenar con las chicas. La semana pasada les fallé y no quiero volver a hacerlo. Lo siento!
Mañana?

Liam
El domingo jugamos temprano. Lo dejamos para otro día?

Por supuesto

Sobre la próxima clase…

Liam
Dime

Estás libre esta tarde?

Liam
No. Tenemos voluntariado en el refugio de animales

Llévate a casa un amigo para Pico!

Liam
Me sacaría los ojos si lo intentara

Liam
No tenemos partido ni esta noche ni mañana. Qué vas a hacer?

Salir de compras con Lexi
necesito ropa para el viaje a España

Por qué cojones acabas de mandarme cinco mil dólares?

Liam
Porque puedo
Para que mi mujer se compre algo bonito

Hola

Liam
Hola, rayo de sol. Qué tal estás?

Es una tontería decir que te echo de menos?
COMO AMIGO

Liam
Sigues garabateando mi nombre en tu diario, a que sí?

Sí. Está rodeado de corazones por todas partes.
A lo mejor me lo tatúo en la muñeca

Liam

Estás obsesionada conmigo. Lo sabía

Espera. Cuál es tu segundo nombre?

Liam
Empieza por f

Follarín?

Liam
Qué original

Fortachón?

Liam
Caliente…

Llevamos varias semanas jugando al pilla-pilla

Liam
Lo sé. Tú la llevas ahora
Ven a mi casa. COMO AMIGA

—Estaba riquísimo. —Paso el tenedor por el plato, porque quiero disfrutar hasta de la última gota de salsa marinara del pollo a la parmesana que ha preparado Liam—. ¿Cómo has aprendido a cocinar tan bien?

—Por mi madre. —Deja una sartén sucia en el fregadero y sonríe —. Siempre está en la cocina. Recuerdo la primera vez que me dejó cortar las zanahorias para la sopa de pollo y fideos. Cocinar me

resulta liberador. Quizá porque es como el hockey: preciso, exacto. No puedes saltarte ningún paso. Así es como ha funcionado siempre mi cerebro.

—Si te obligaran a cocinar solo un plato durante el resto de tu vida, ¿cuál sería?

—Tortitas. Cenar algo que en teoría se come para desayunar está muy infravalorado.

—Me encantan las tortitas.

—La próxima vez que vengas, te las preparo.

—Esto sí que es un servicio de cinco estrellas. Orgasmos. Comida. Fantástica cobertura sanitaria… —Me río y giro en el taburete—. Ya tengo médico nuevo. Por cierto, tenías razón sobre lo de usar tu nombre. Me sentí un poco mal al decir que era la mujer de Liam Sullivan, pero ya es demasiado tarde para retractarme.

—Lo estás usando por una buena causa, no para entrar en un club ni nada por el estilo. —Tira una servilleta sucia a la basura—. También he preparado postre.

—Vaya. Un menú completo. —Salto del taburete de la isla y me acerco a él—. ¿Qué has hecho?

—Galletas con pepitas de chocolate. Siempre te comes un par extra a escondidas en las cenas del equipo… He pensado que deben de ser tus favoritas.

—Lo son. —Lo miro con una sonrisa—. A lo mejor al final eres tú el que está obsesionado conmigo, Sullivan.

—Considera esto una miniclase.

—Uy, cómo me gusta cuando te pones en plan profesor. Deberías comprarte unas gafas.

—¿Interpretar un papel concreto está en tu lista de cosas para explorar?

—¿Quizá? No me opondría.

—En ese caso, cállese, señorita Mitchell, a ver si aprende algo —replica con severidad, y me derrito del todo—. Un hombre debería ser atento contigo tanto dentro como fuera de la cama. Debería fijarse en las cosas que te gustan, en los sitios donde te gusta que te toquen, en la comida que te gusta comer. Son cosas sencillas, la verdad.

—¿Y si no se da cuenta de esas cosas?

—Significa que solo está interesado en el sexo y que no ve suficiente futuro contigo como para querer descubrir lo que te gusta y lo que no.

—Vaya. Vale. Eso es importante. ¿Qué más cosas tienes para enseñarme?

—Ya sabes lo que vamos a hacer esta noche.

El deseo le oscurece los ojos y entrelaza sus dedos con los míos. Me da un suave tirón mientras echa a andar hacia el pasillo, y lo sigo, con la respiración entrecortada y superficial.

Sabía que este momento iba a llegar. Lo he estado esperando.

He estado fantaseando al respecto, contando los segundos hasta que llegara, pero estoy muy nerviosa de todas maneras. Me estremezco cuando abre la puerta de su dormitorio y me conduce al interior.

Tenía razón cuando me dijo que el sexo es algo emocional, y tengo miedo. Miedo de no ser lo bastante buena para él. Miedo de que me compare con las otras mujeres con las que ha estado y de que ya no quiera saber nada de mí.

Miedo de que hagamos esto y luego deje de estar interesado.

Es cierto que se me da bien bromear, que disimulo lo que siento con sarcasmo o ingenio, pero detrás de esa fachada, estoy empezando a pensar que siento algo por él, algo real, y me aterra que este siguiente paso pueda cambiar las cosas entre nosotros.

Todavía estoy trabajando en mí misma.

Liam no busca nada serio.

Soy consciente, pero eso no disminuye la atracción que siento por él.

Al principio pensaba que me atraía porque era el primer hombre en prestarme atención en años, en escucharme e interesarse en lo que yo tenía que decir.

Sin embargo, con el tiempo, me estoy dando cuenta de que lo que me atrae es él.

El tío del supermercado no me dice nada. El del bar country, tampoco.

Liam es el que me hace sentir cosas, y esta noche voy a tenerlo tal y como lo he deseado desde el principio.

—Oye —dice al tiempo que me frota la cara interna de la muñeca. Levanto la mirada hacia él y lo descubro observándome, analizándome, atravesando las capas de protección en busca de mis partes más íntimas, y Dios, me duele el pecho—, ¿qué te pasa?

—Nada. —Sacudo la cabeza y sonrío—. Estoy bien. Hagámoslo.

—Piper, no te escondas de mí.

—Es una tontería. Se supone que debo ponerme de rodillas y chupártela. Y se supone que tú debes follarme. Así es como funciona este acuerdo, ¿no?

—No estamos obligados a hacer nada. Necesito que seas sincera conmigo y, ahora mismo, no lo estás siendo.

¡Joder con su perspicacia y su habilidad para entender a los demás!

Me acerco a su cama. El colchón se hunde bajo mi peso y suspiro.

—Estoy nerviosa. No por el aspecto físico, sino por el emocional. Has sido muy bueno conmigo durante estos últimos meses. Me has enseñado y has tenido mucha paciencia, y quiero que tú también te lo pases bien. Quiero que lo disfrutes hasta el final, no quiero que sea algo unilateral. Siempre me he sentido muy rechazada después del sexo, y eso ha hecho que piense que el problema lo tengo yo. Así que creo que no voy a ser capaz de satisfacerte.

Se acerca a mí y se acuclilla entre mis piernas. Me rodea la cara con las palmas de las manos y me pasa los pulgares por las mejillas.

—Nunca te voy a rechazar —dice con tanta ternura que creo que estoy soñando—. Nunca. Y quiero que sepas que disfruto de todo lo que hago contigo, Piper, ya sea cenar, cogerte de la mano o ver cómo te corres, aunque yo no haga lo mismo. Lo voy a disfrutar, porque somos tú y yo, pero quiero que sepas que me basta con tenerte en mi órbita. No necesito nada más. Olvídate del sexo. De las mamadas. De todas las clases. Aunque nos vayamos a la cama en este instante, mañana seguiré pensando lo mismo de ti.

Sus palabras se abren camino en mi corazón hasta llegar a esa parte solitaria, triste y olvidada que creí que nunca recibiría atención. Se hacen un hueco en él y destierran el pasado, eliminan lo malo y me hacen creer en el mensaje que transmiten.

—Gracias —susurro, pero me parece insuficiente, una palabra poco digna de la mujer que Liam está ayudándome a construir,

ladrillo a ladrillo, cada vez que estamos juntos. Pronto me descubriré en un pedestal muy por encima de mi antiguo yo—. Gracias por ser paciente conmigo. Quiero hacer esto, y quiero hacerlo contigo, Liam.

Se acerca y me quita la coleta con un temblor en las manos que antes no estaba. Me roza la nariz con la suya antes de darme un beso suave y tierno, como si yo fuera lo más valioso del mundo.

Espero que se ponga manos a la obra, pero no lo hace.

Sigue besándome, devorando mis labios, hasta que ya no puedo más.

Le agarro la camiseta y se la quito por la cabeza, tirándola a un lado y animándolo a seguir. Le deslizo las manos por la espalda desnuda y sonrío contra su boca cuando lo oigo sisear al sentir mis uñas a lo largo de la columna vertebral.

Me tumba de espaldas sobre el colchón y me recorre los muslos con las palmas de las manos, subiendo hasta llegar a la cintura de los vaqueros, donde empieza a juguetear con el botón.

—¿Bien? —me pregunta mientras desabrocha el botón plateado y baja la cremallera.

—Estupendamente —murmuro y levanto las caderas para que pueda bajarme los vaqueros.

Una vez que me los quita, me siento y me desprendo de la camiseta para quedarme solo con el conjunto de lencería que compré la otra tarde con Lexi. Fue una adquisición impulsiva, porque quería que esta noche fuera especial, pero cuando Liam me recorre con la mirada desde el hueco de la garganta hasta el pequeño lunar que tengo al lado del ombligo, me doy cuenta de que podría haber aparecido con un saco y que él me habría mirado de la misma manera.

—¿Qué…? —Traga saliva y se le mueve la nuez mientras mira el encaje azul como si lo ofendiera. Como si quisiera hacerlo pedazos —. ¿Qué llevas puesto?

—Quería algo sexy, y…

Liam se arrastra sobre mí y coloca todo el peso de su cuerpo sobre el mío. El chándal que lleva hace bien poco por ocultar que la tiene muy dura.

—Eres la mujer más sexy que he visto en la vida. No necesitas encaje para estar impresionante, pero, Piper, estás irresistible con él. —Desliza los dedos hasta el tirante del sujetador, lo estira y luego lo suelta contra mi piel, tras lo cual lame la marca que ha dejado—. Voy a acabar contigo esta noche, cariño.

Gimo y le rodeo la cintura con las piernas, acercándolo más a mí. Arqueo la espalda para poder alcanzar su boca y lo beso de nuevo mientras él me acaricia el pecho y me pasa un pulgar por el pezón, ya duro.

—No sabía cuál era tu color preferido —digo al tiempo que vuelvo la cabeza para que pueda besarme el cuello, para que pueda bajar por mi cuerpo. Su boca alcanza un pecho y me lo chupa por encima del encaje.

—Mi color preferido es el que lleves puesto. —Baja las dos copas del sujetador, dejándome los pechos al descubierto, y siento el frescor del aire de la habitación—. Negro. Rosa. Rojo. Azul. Cualquiera. —Sus enormes manos juntan mis pechos y gime—. Quiero follarme tus tetas.

—Fóllame a mí primero —lo reto, deslizando un brazo entre nosotros para poder acariciarlo por encima de los pantalones de chándal—. Las tetas después.

Me aparta el brazo para poder tocarme entre los muslos. En cuanto me roza con los nudillos, se le escapa un gemido.

—Joder. Ya estás empapada, ¿verdad?

Le agarro la muñeca y lo guío, ayudándolo a apartar las bragas.

—Desde la cena.

Me toca el clítoris con el pulgar y luego me penetra con un dedo, despacio y con suavidad.

—Debería haberte doblado sobre la encimera de la cocina y haberte follado allí mismo.

Disfruto del cuidado con el que me mete un segundo dedo y luego un tercero. Es más fácil que cuando empezamos con todo esto. Mi cuerpo se adapta a él y lo desea. Me siento al borde del orgasmo. El placer me invade de forma repentina y sigilosa mientras le entierro los dedos en el pelo, sintiendo el éxtasis al alcance de la mano.

—Liam. Por favor. ¿Puedes…?

Curva los dedos en mi interior. Baja la cabeza para morderme un pecho y exploto.

La habitación da vueltas a mi alrededor. Veo estrellitas por todos lados y me froto contra él, deseando un poco más, necesitándolo.

—Puedes darme dos, ¿verdad? —me dice con la boca pegada a mi cuello, pellizcándome un pezón y arrancándome un grito—. Ahí está. Eres una puta preciosidad.

El segundo orgasmo no es tan potente, pero sí igual de maravilloso, y las oleadas me recorren el cuerpo mientras Liam ralentiza el ritmo de sus movimientos.

—Joder —susurro. Una gota de sudor me resbala por la frente y me la limpio con una mano—. Creo que estoy en la cima del mundo.

Engancha los dedos en mis bragas y me las quita para guardárselas en un bolsillo.

—Quítate el sujetador.

—¿Qué vas a hacer con ellas?

—Me las guardo para luego.

Eso hace que mi mente vaya a toda pastilla. Tanteo el cierre del sujetador hasta liberar mis pechos y me quedo desnuda sobre su cama, mirándolo.

—Quítate los pantalones.

Se aparta de mí para ponerse de pie y quitarse los pantalones de chándal y los calzoncillos.

—Qué mandona.

—¿Condones?

—Tengo una caja entera. Y, sí, brillan en la oscuridad.

Me echo a reír.

—¿En serio?

—Sí. —Liam se gira hacia la mesita de noche y abre un cajón—. Has dicho que estás en la cima del mundo. Pues ahora voy a mandarte a las estrellas, Piper.

—Otra novedad: condones especiales. —Lo veo sacar una caja y un tubo de plástico—. ¿Lubricante?

—Sí. Sé que no es tu primera vez, pero quería tenerlo a mano. Por si acaso.

—No sé qué estás diciendo. Soy una profesional. Me he acostado con un montón de gente.

Se pone un condón, y me apoyo en los codos, ansiosa por ver cada paso. Por aprender cómo le gusta hacer las cosas para poder ayudarlo la próxima vez.

Liam vuelve a subirse a la cama. Se abre paso entre mis muslos y me agarra una rodilla.

—¿Qué posiciones has probado?

—La del misionero.

—¿Te gustó?

—No estuvo mal.

—Vale, entonces no te encanta. Tomo nota. Vamos a hacer algo parecido que es más agradable, pero si no te gusta, dímelo y cambiamos. Ponme la pierna en la cadera. Así, muy bien.

Suelto el aire. Cierro los ojos y agarro las sábanas a mi alrededor.

—Estoy preparada.

Sé que no es mi primera vez, pero la expectación hace que me lo parezca, por la espera y la incertidumbre de cómo será y de cuánto me va a gustar con él.

Hago todo lo posible por mantenerme relajada. Por hundirme en la cama mientras me roza con la punta. Siseo cuando empuja para metérmela, porque la sensación es casi dolorosa, pero, al mismo tiempo, perfecta hasta un punto tan increíble que resulta imposible describirlo.

Gemimos a la vez cuando embiste con las caderas un poco y me la mete unos centímetros. Veo estrellitas tras los párpados cerrados, pero solo durante un momento, porque entonces Liam me agarra la barbilla.

—Piper —gruñe—. Abre los ojos y mírame mientras te follo.

33

Liam

Resulta que el paraíso existe, y está dentro de Piper Mitchell.

Joder.

Qué estrecho. Qué caliente. Es tan perfecto que no quiero salir nunca.

Abre los ojos de par en par. Separa los labios y respira hondo, lo que hace que el pecho le suba y le baje.

—Ponme la otra pierna en la cintura —le digo, aunque no sé si mis palabras resultan coherentes. Tengo el cerebro hecho un lío, todo me resulta confuso y me distraigo mientras ella levanta la pierna y yo le meto otro poco más.

—Ah, joder —dice con los ojos clavados en los míos, abiertos de par en par, al tiempo que arquea la espalda—. Eso…

—¿Mejor?

—Mucho. Liam, necesito que…, que me… que te muevas. Por favor.

—Dame un segundo. Si me muevo, me voy a correr.

—Pues córrete.

—Todavía no —le digo entre dientes—. Antes tengo que disfrutar de este coño tan perfecto que tienes. —Le agarro una pierna con

tanta fuerza que estoy seguro de que le voy a dejar la marca. Me cuesta mucho no metérsela hasta el fondo para verla con toda mi polla dentro, para ver cómo se corre a mi alrededor.

Me la sujeto por la base y se la meto más, avanzando muy despacio. Es la única forma de mantenerme bajo control, la única forma de salir de esta con un poco de dignidad, porque me falta poco para suplicarle que se venga a vivir conmigo, para poder cuidarla cada noche y cada puta mañana, porque no puedo pensar en otra cosa que no sea ella.

Le daré de comer. Le daré sexo. Le daré todos los cuidados que necesite. Le daré todo lo que quiera para que le quede claro que no encontrará a nadie mejor que yo.

—Liam —gime, y me encanta cómo dice mi nombre. Cómo sale de su boca como si fuese una puta plegaria—, dame más.

Hostia.

Seguramente eso sea lo peor que podría haberme dicho, porque no me apetece ser cuidadoso. No quiero ir despacio.

Quiero ver mi polla enterrada en ella. Quiero ver hasta dónde puedo llegar. Lo rápido que puedo hacer que se corra, cuánto puede tensarse en torno a mí.

Le permitiría que me asfixiara y se lo agradecería desde el más allá.

—Espera. —Le llevo las rodillas al pecho, utilizándolas como apoyo. Ya casi le he metido la mitad y, joder, es una puta maravilla —. ¿Estás bien?

—Sí. —Me clava las uñas en la espalda. Me araña y luego las baja hasta mis caderas y tira de mí, animándome a moverme—. ¿Ya está entera?

Suelto una carcajada.

—Nos queda bastante, cariño. Respira hondo. Voy a añadir un poco más de presión.

Piper asiente y empujo hacia adelante con tanta delicadeza como puedo. Gimo, porque los años de celibato me están pasando factura. Sé que solo voy a aguantar unos minutos antes de caer de cabeza por el precipicio, porque su coño es demasiado perfecto como para durar más.

Llevo pensando en este momento desde mucho antes de que ella me pidiera que folláramos.

Cuando todavía estaba casada y su alianza me torturaba.

Cuando la alianza desapareció y me enteré de que se había divorciado.

Cuando empecé a hacer todo lo posible por verla en el estadio, por asegurarme de que estaba bien y de que me sonriera, porque eso me alegraba todo el puto día.

Cuando la noche en Canadá.

Cada vez que ha estado en mi cama durante los últimos meses y se ha apoderado de mí el afán posesivo al verla con mi camiseta y un chupetón en el cuello.

Llevo años necesitando a Piper, y ahora que la tengo, me estoy volviendo loco.

—Creo que voy a correrme solo con esto —gime—. Y nunca he…

—Soy un cabrón egoísta, Piper. Sabes que me gusta tener todas tus primeras veces —digo moviendo las caderas al ritmo de sus gemidos—. Ya casi estoy. Dios, no sabes las ganas que tengo de ver a mi mujer con toda mi polla dentro.

Embisto por última vez y se la meto entera, hasta el fondo, lo que me deja sin capacidad mental. Es una sensación vertiginosa, que sé que no experimentaría si se tratara de cualquier otra mujer.

La siento porque es ella.

Pipar apoya la barbilla en el pecho y mira hacia abajo, hacia el lugar donde nuestros cuerpos están unidos.

—Joder.

—Hora de una miniclase. ¿Quieres disfrutar todavía más?

—¿Cómo va a ser posible disfrutar más de esto?

—Tócate. Las tetas. El coño. Donde quieras. Eso te ayudará a correrte. Yo podré mirarte, y sabes que me encanta hacerlo.

Extiende un brazo, se planta los dedos en el clítoris y gime cuando su mano choca con mi polla.

—Pero… Tu… Estoy llena.

Me inclino hacia delante y muevo las caderas. Pongo los ojos en blanco cuando se tensa a mi alrededor, cuando susurra mi nombre y me agarra la mano, entrelazando los dedos con los míos antes de llevárselos al pecho, sobre el corazón.

—Joder, eres perfecta, tu coño, tu boca… Dios, eres increíble.

—¿Te vas a correr? —me pregunta, parpadeando y mirándome con las mejillas sonrosadas y una sonrisilla en esos preciosos labios —. ¿Te vas a correr dentro de mí, Liam?

Nunca he odiado tanto un condón.

Sé que usarlo es lo más inteligente. Sé que me arrepentiría si no lo hiciera, no quiero nada más que llenarla. Quiero ver cómo le gotea por los muslos y luego volver a metérselo para que sepa quién la ha hecho disfrutar tanto.

—¿Dónde me voy a correr si no? Voy a hacerte mía, Piper.

«Mía de momento», me desafía el cerebro, y destierro ese pensamiento.

—¿Puedes…? ¿Un poco más hacia…? Oh. Justo ahí, Liam. En…

Le pellizco un pezón al mismo tiempo que la penetro con fuerza, con decisión, para dejarle claro que le daré todo lo que quiera, y noto el momento en el que empieza a correrse. Grita fuerte y claro, pronunciando mi nombre una y otra vez hasta que se queda ronca, hasta que cierra los ojos y una lágrima le resbala por la sien.

No aguanto ni un segundo más. Se la meto otra vez hasta el fondo, ansioso por reunirme con ella al otro lado y me derrumbo hacia delante. Jadeo, con la respiración entrecortada, y empiezan a temblarme las piernas hasta que derramo todo lo que tengo en el condón, casi muriéndome en el proceso.

—Dios —gimo—. Hostia.

—¿Estás bien? —Piper me toca la frente, y asiento, sin saber cómo me llamo ni dónde estoy, solo que este puto momento es mágico.

—Más que bien —jadeo mientras ella me desliza una mano hacia las caderas para tocarme la base de la polla, arrancándome otro gemido—. Mierda, Piper… Me… Yo…

—Quiero verlo —susurra.

Asiento, controlando de alguna manera mis extremidades lo suficiente como para salir de ella. Tuerzo el gesto por la pérdida del contacto, y ella gime. Levanta las caderas como si quisiera más. Hay sangre en el condón. El látex está manchado de rojo y, al verlo, le froto el abdomen con el pulgar.

—¿Te he hecho daño?

—No. —Niega con la cabeza y se incorpora sobre los codos. Al ver la sangre, mira la cama y ve una manchita en la sábana azul marino

que hace que arrugue la nariz—. Lo siento. No creía que pudiera pasar. Te ayudaré a cambiar las sábanas. Me…

—Ni de coña, vamos. —La beso, porque necesito saborearla, porque necesito dejarle claro que no pasa nada—. ¿Crees que me importa un poco de sangre en las sábanas? Llevas varios años sin follar, y los dos sabemos que la tengo más grande que tu ex.

Piper resopla.

—Eso no ha sido muy sutil.

—No pretendía serlo. Era inevitable que sangraras, y no es para tanto. Si no estuvieras tan agotada, te volvería a follar, ver si te mojo todavía más. A lo mejor con la mano… Piper, escúchame, a los hombres no nos molestan estas cosas. Si algún tío se queja por un poco de sangre, mándalo a la mierda. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué? —pregunta ella, mirándome con los ojos entrecerrados.

—Porque lo has hecho muy bien, corazón. Mira lo que me has hecho a mí. —Me quito el condón con cuidado y lo ato. Se lo enseño para que vea que está lleno de semen, y la veo abrir los ojos de par en par—. Estoy muy orgulloso de ti.

Sé que lo nuestro no es serio, pero no me extrañaría que se emocionara, porque es una mujer a la que nunca le han demostrado ningún tipo de afecto íntimo, cuyo placer nunca ha sido prioritario.

Así que me anticipo. Antes de que pueda reaccionar, antes de que pueda pensar y analizar en exceso lo que ha pasado, tiro el condón a la basura. La abrazo y le desenredo el pelo con los dedos.

—Ha sido muy liberador —susurra—. Ha sido increíble. Dios, cómo me ha gustado verte perder el control. —Me acaricia una clavícula

con un dedo—. Y saber que he sido yo quien te ha hecho perderlo hace que me sienta muy orgullosa.

Me ha dejado hecho polvo. Ha puesto mi mundo al revés y creo que no soy el mismo de antes.

—Me alegro de que estés orgullosa de ti misma. —Le paso una mano por un brazo y apoyo la barbilla en su hombro—. Deberías estarlo.

—Necesito unos minutos, pero pronto estaré lista para la segunda ronda. —Se despereza y bosteza—. Y quizá una ducha.

—Vamos a posponer la segunda ronda. Estarás dolorida y, después de la ducha sé que te vas a quedar dormida. Me apuesto el sueldo del partido del sábado.

—¿Y si me apetece más? —Piper se mueve en mi regazo, se sienta a horcajadas sobre mí y empieza a mecer las caderas, frotándose contra la cara interna de mi muslo.

—He dicho que vamos a posponer la segunda ronda —replico, agarrándola por la cintura—, no que no vaya a ocuparme de ti. Pero empezamos por la ducha.

La levanto y me deslizo hasta los pies de la cama. Me pongo en pie, la llevo al cuarto de baño y enciendo la luz. Pico sale disparado de la cama que se ha hecho debajo del lavabo doble, y Piper se ríe cuando pasa junto a ella.

—¿Eso son toallas?

—Sí. Se niega a dormir en la cama cara que le traje y está contentísimo con las toallas que compré por internet. Es peor que un dolor de muelas —digo mientras la dejo en el suelo—. ¿Baño o ducha?

—Oh, me encanta la idea de un baño, pero solo si me acompañas.

—No estoy seguro de que quepamos los dos. Entra tú. Yo me baño después. —Abro el grifo—. ¿Cómo te gusta el agua?

—Muy caliente, por favor. —Se sienta en el borde de la bañera y me sonríe—. ¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Piper —digo mientras meto la mano en el agua antes de subir unos grados la temperatura—, acabo de meterte la polla. Puedes preguntarme lo que te dé la gana.

—¿Qué significan tus tatuajes? Son todos muy bonitos.

—Ojalá hubiera una buena historia detrás de ellos, pero no la hay. Los gorriones son iguales que los de Alana. —Toco los pájaros que tengo en el torso—. Nos los hicimos cuando cumplió dieciocho años porque siempre ha sido un espíritu libre, ansiosa por echar a volar. Las hojas de helecho representan el crecimiento y la resistencia. Me pasé mi primera temporada como novato en el banquillo, cuando estaba en Minnesota. No jugué ni un solo partido. Sabía que era lo bastante bueno para ser titular, pero todavía no me había llegado el momento. Luego aterricé en Washington D. C. y acabé en un desastre de equipo que consiguió el récord de más derrotas en una sola temporada. Necesitaba algo que me mantuviera en marcha. Es una tontería, pero al mirar los tatuajes recuerdo que lo hago porque me encanta el hockey sobre hielo y porque sé que las cosas siempre van a mejorar.

—Vaya. Eres don optimista. —Me empuja un pie con uno de los suyos—. Y menos mal que no había una historia buena detrás… Me ha resultado muy revelador. Ahora tengo la sensación de que te conozco bien.

—¿Y qué opinas? —le pregunto sin pensar, mientras cierro el grifo y la miro.

No sé por qué estoy tan desesperado por escuchar su respuesta. Es como si mi vida pendiera de un hilo hasta saber lo que piensa de mí.

—Me gusta lo que veo. —Se apoya en mi hombro y se mete en la bañera de porcelana. El agua rebosa por los lados y cae al suelo, pero no me importa. Una vez dentro, apoya la barbilla en las rodillas y me sonríe—. ¿A ti te gusta lo que ves?

—Sí. —Me agacho y le acaricio la mejilla con el pulgar—. Rebosas confianza después de haber echado un buen polvo, y te sienta muy bien. Creo que deberíamos seguir así. Ahora túmbate. Déjame lavarte el pelo.

—Liam, no hace falta que…

—¿Y si quiero hacerlo?

Saca una mano del agua para agarrar una de las mías. Me da un apretón y luego se relaja en el agua humeante mientras su pelo rubio flota en la superficie.

—En ese caso, adelante.

—Gracias.

Le lavo el pelo con mucha tranquilidad y luego le echo acondicionador. Cuando termino, la seco y la llevo de vuelta a la cama.

He estado con algunas mujeres antes. Aunque no soy un mujeriego que se ha acostado con media ciudad, tampoco soy inexperto.

Sin embargo, nunca había sentido esto.

Como si quisiera que el tiempo volara para poder volver a verla y, a la vez, que se ralentizara para así poder saborear cada segundo con ella, alargándolo al máximo.

Mientras se acurruca contra mi pecho vestida con una de mis camisetas, con la cabeza en mi hombro y el corazón latiendo al ritmo del mío, intento averiguar por qué coño es tan distinto esta vez.

34

Liam

LOS REYES DEL DISCO

Grant-ioso
Cuál es el código de vestimenta para esta noche?

Hudson
Traje y corbata. Lo que te pondrías para ir al estadio un día de partido

Grant-ioso
Entonces no puedo ponerme las crocs nuevas que me he comprado?

Riley
Las crocs son lo peor, Grant. Estás tirando el dinero

Grant-ioso
A mí me parecen chulas. Y a Don Facilón también

Hudson
No estoy seguro de que sea bueno que Ethan esté de acuerdo contigo

Maverick

El entrenador me ha dicho que os recuerde a todos que mañana tenemos partido. Esta noche habrá prensa, así que portaos bien
Y no podéis iros antes de que él haga su discurso
Esto va por Papi Portero

Y si consigo escaparme?

Maverick
No voy a quitarte el ojo de encima

Eso no ha sido un no

Piper
Vas al evento para abonados de esta noche?

Por desgracia, sí

Te juro que la temporada pasada no teníamos tantos eventos. Esto es lo que pasa cuando haces una encuesta a los aficionados y quieren que los jugadores sean más «accesibles»

Piper
Venga ya! Va a ser divertido, no?

Tendré que socializar con gente a la que le gusta decirme cómo debo hacer mi trabajo

Piper
Me aseguraré de pasarme a molestar a mi maridito

Me muero por ver cómo lo intentas, mujercita

Piper
A lo mejor te digo de qué manera podrías hacer mejor tu trabajo

Entro en un túnel. Pierdo cobertura

Piper
Qué capullo eres

Soy capaz de quejarme durante horas por tener que relacionarme con las personas como parte de mi trabajo, pero nunca me quejaré por firmarles autógrafos a los niños.

Me encanta escuchar sus historias preferidas y que me cuenten cómo se enamoraron del hockey. Me gusta que me digan que soy su portero favorito de la liga y saber en qué posición les gusta jugar.

Los Blackhawks eran unos matados cuando yo era pequeño. Eran el epítome de la mediocridad, pero eso no me impidió ser su fan. Estaba obsesionado con ellos. Escuchaba los partidos en la radio con mi padre y analizaba cada jugada explicando lo que haría yo si estuviera en la pista.

En aquel entonces no era muy hablador, pero cobraba vida cuando hablaba de hockey sobre hielo.

Cuando tenía ocho años, conocí a algunos de mis ídolos en un evento como este. Mis padres se pasaron todo el año ahorrando, renunciaron a los regalos de Navidad para ahorrar el dinero y comprar las entradas para la gala, y Alana se cabreó por no recibir la mansión Dreamhouse de Barbie que quería.

Todavía conservo las fotos firmadas por Kyle Calder y Jocelyn Thibault guardadas con celo en un armario de la casa de mis padres.

Pasaron diez minutos conmigo y me dejaron contarles que yo también quería llegar a la NHL.

Su interacción conmigo me enseñó cómo deben comportarse los deportistas profesionales con los niños. No hay que meterles prisa. No hay que parecer aburrido. Hay que dejarlos dirigir la conversación, y cuando piden una foto, hay que sonreír como si fueras la persona más feliz del mundo.

Porque nadie sabe hasta dónde pueden llegar esos niños. Podrían ser el próximo Gretzky. Podrían ser el próximo Maverick Miller. Podrían ser yo mismamente, y eso es algo que ayuda a mantener los pies en la tierra.

—Gracias, señor Sullivan —dice un niño pequeño cuando le devuelvo su fotografía—. Espero que gane el Trofeo Vezina.

—No podría hacerlo sin mis compañeros de equipo. —Extiendo un brazo y sonrío cuando choca sus nudillos con los míos—. Pásatelo bien esta noche.

Sale corriendo con la foto apretada contra el pecho, y todavía me deja de piedra que la gente se preocupe por mí como jugador.

—¿Me puedes firmar una foto? —dice una voz detrás de mí, y cuando miro por encima del hombro, Piper me sonríe—. ¿Por favor?

—Ya que lo pides tan amablemente… —Aprieto los labios para evitar sonreír—. ¿Tienes alguna?

—Sí. La llevo conmigo a todas partes porque estoy obsesionada contigo y tal.

—Es normal. —Le doy una palmada al taburete que hay a mi lado —. Ven aquí. Voy a hacerte una firma personalizada.

—Así habla el jugador del año. —Se sube de un salto al taburete —. Parece que te lo estás pasando bien.

—Es por los niños. Por la próxima generación de jugadores y la gente que se gasta la paga para venir y verme jugar. Prefiero hablar con ellos que con los socios minoritarios del club.

—Hay que comerse a los ricos, ¿verdad? —Piper pone una fotografía sobre la barra, y me echo a reír—. ¿Te suena?

—¿Se puede saber de dónde la has sacado? —Es una foto mía en la universidad, alto y desgarbado. Antes de descubrir que comer proteínas me ayudaría a ganar músculo. Parezco una persona totalmente distinta en la portería, y meneo la cabeza por la mala postura de las rodillas—. Es una reliquia.

—He tenido que bucear mucho en internet. La Universidad de Wisconsin tiene unos programas académicos estupendos, pero no conservan muchas fotos de los antiguos equipos de hockey sobre hielo.

—Porque no vale la pena conservarlas.

—Yo diría que las fotos de la victoria en la Frozen Four sí merecen conservarse. Sobre todo cuando sale el gran Liam Sullivan. —Tamborilea con los dedos sobre la imagen en blanco y negro—. Una firma, por favor.

—Lo que sea por una fan. —Le quito el capuchón al rotulador permanente y la miro—. ¿Prefieres que te lo dedique de alguna forma en particular?

—No. Dale rienda suelta a tu imaginación, Sully.

Me lo pienso un segundo y empiezo a escribir, tras lo cual le devuelvo la foto.

—Ahí tienes. Puede que algún día valga algo.

—Podría valer algo ahora mismo. —Piper mira el mensaje y se ríe —. Es perfecto.

Para mi pequeñaja:

Te tolero.

Como amiga.

De Liam Sullivan

—Me alegro de que te guste. ¿Te lo estás pasando bien?

—Sí. —Se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja y echa un vistazo a nuestro alrededor—. Ha venido bastante gente. Se me han acercado cinco personas para decirme que les gusta mucho la energía nueva que le doy al equipo, así que me ha subido el ánimo. ¿Sabes lo más increíble? Tres eran hombres.

—Mírate. Podrías ser la pieza clave para lograr alcanzar la paz mundial.

—A lo mejor. —Me da un golpecito en un costado con el codo y se pone de pie—. Tengo que hablar con más gente. Ha venido alguien del *Washington Post* y quiero presentarme.

—Ve a ser una mariposa social, rayo de sol. Yo seguiré escondiéndome en mi rincón.

—No te diviertas demasiado. —Me toca un hombro. Me mira con una sonrisa dulce, esa clase de sonrisa que siento en todo el cuerpo —. Estás muy guapo, por cierto. Deberías ponerte traje más a menudo.

—Me lo apunto. —Le doy un apretón rápido en el codo—. Pero solo para ti.

Se despide con un gesto y se aleja mientras yo cojo una botella de agua de la cubitera que hay a mi derecha para no quedarme embobado mirándole el culo.

—¿Cómo está Piper? —me pregunta Maverick, que se acerca.

—¿Qué? ¿Cómo voy a saber cómo está Piper?

—Pues… —Me mira parpadeando—. ¿Porque acabas de hablar con ella?

—Ah. —Me ajusto el cuello de la camisa y me encojo de hombros —. Está bien. Va a hacer una entrevista o no sé qué.

—Es buena en su trabajo, ¿verdad? —Se apoya en la barra y bebe un sorbo de agua—. Me alegro de que estés con nosotros esta noche. Sé que estas cosas no te van.

—No tenía alternativa. El entrenador me ha dicho que me dejaba en el banquillo si no aparecía.

—¿Ha recurrido a un ultimátum para que asistas a los eventos? Es un genio. Debería haberlo hecho hace años. Piensa en toda la diversión que te has perdido.

—Tenemos definiciones muy diferentes de la palabra «diversión».

—¡Venga ya! Hay sitios peores en los que podrías estar ahora mismo.

—Y hay sitios mucho mejores en los que podría estar.

—Oye —Maverick entrecierra los ojos y levanta la barbilla—, ¿ese no es Charlie? ¿El tío que antes retransmitía nuestros partidos? Me preguntaba qué habría sido de él.

Sigo su mirada y entrecierro los ojos cuando reconozco a Charlie Woolworth, el capullo integral que era el antiguo jefe de Piper, que viene derecho hacia nosotros.

Antes de que pueda intentar escapar, se pone a mi lado con una sonrisa engreída en esa cara presuntuosa, que tiene todas las papeletas para llevarse un puñetazo.

—Caballeros. —Charlie extiende un brazo y Maverick me mira con extrañeza antes de estrecharle la mano. Yo paso del gesto y bebo un buen sorbo de agua—. ¿Nos lo estamos pasando bien esta noche?

—No me puedo quejar. —Maverick se encoge de hombros—. ¿Dónde has estado, tío? Hace siglos que no te veo por el estadio. ¿Ha pasado algo?

—La verdadera pregunta es qué no ha pasado. —Charlie resopla y saca un billete de veinte de la cartera. Deja caer el billete nuevo en el bote de las propinas y pone los ojos en blanco—. Perdí el trabajo que he tenido durante años por un malentendido. Una putada, si te digo la verdad.

Cierro los dedos alrededor de la botella de agua. El plástico cruje por la presión, y me imagino que es su cuello. La rabia hace que me hierva la sangre, y me pregunto qué pinta tendría con mi puño en la cara. Me pregunto qué pinta tendría con un ojo morado y una mejilla magullada.

—¿Un malentendido? Corre el rumor de que habías encontrado trabajo en otro sitio —replica Maverick.

—No hay trabajo nuevo, y puedes echarle la culpa a Piper Mitchell. Esa zorra presentó una queja contra mí en Recursos Humanos. La…

Doy un puñetazo tan fuerte en la barra que todas las bebidas se sacuden. La gente que nos rodea se vuelve para mirarme, pero me importa una mierda.

Estoy demasiado ocupado fulminando a Charlie con la mirada, mientras sopeso cómo hacer que un asesinato parezca un accidente.

—Yo que tú tendría mucho cuidado con lo que vas a decir a continuación —le digo despacio, para que no quepa la posibilidad de que el imbécil me malinterprete—. Estás hablando de mi mujer.

A Maverick se le cae la botella de agua de las manos y suelta una exclamación.

—¿Tu mujer? —repite Charlie, con voz cargada de veneno—. Pues quizá deberías llevarla con correa, para que aprenda cuál es su sitio, Sullivan. Que haya jodido a alguien con años de experiencia en este mundo porque es incapaz de entender una broma demuestra que no va a durar ni una puta temporada en la liga. Se la van a comer viva. Aunque a lo mejor también le comen algo más y puedo mirar mientras.

La rabia me nubla la vista.

Ya no lo veo a él, sino a Piper.

Vuelvo a aquella noche en Texas cuando la vi llorando en el pasillo, con los hombros temblorosos y la cabeza entre las manos. El aspecto que tenía, como si fuera muy pequeña y estuviera totalmente derrotada.

Piper no sabe que la vi. No sabe que busqué a su compañero de trabajo (el simpático) y le pregunté qué había pasado. No sabe que lo acompañé a Recursos Humanos y que me senté a su lado mientras repetía todas y cada una de las palabras que este pedazo de mierda había dicho sobre ella.

En la vida me había cabreado tanto.

Y verlo delante de mí ahora mismo, escuchar cómo intenta que la culpa parezca de ella…

Sería capaz de quemar el mundo entero en este instante.

Actúo antes de pensar, suelto la botella de agua y agarro a Charlie por el cuello. Es fácil levantarlo, y lo arrastro hasta un pasillo que hay detrás de la barra antes de que la gente se dé cuenta de que nos hemos ido.

—¿Te importaría repetirme eso? —Me acerco a él hasta que pego mi pecho al suyo para poder ver el miedo en sus ojos. Lo miro desde arriba, utilizando mi estatura para elevarme sobre él y asegurarme de que sepa a la perfección con quién se las está viendo—. Y mírame a los ojos cuando lo hagas esta vez.

Charlie traga saliva.

—Pu-pues…

—Repítelo. —Le pongo la mano en la garganta. Nunca he participado en una pelea en la pista, pero eso sería coser y cantar—. Dilo bien alto y pronunciándolo todo bien, que yo te oiga.

—Oye, Liam, tranquilo, colega —dice Maverick a mi espalda—. Vamos a calmarnos un segundo.

—Ese mierda no se merece ni un segundo. —Miro por encima del hombro para fulminar con la mirada a mi capitán—. ¿Sabes lo que dijo de Piper? Le dijo a su colega que podrían follársela entre los dos encima de su mesa. Que solo tenía que desabrocharse la camisa para que le diera más tiempo en directo. Se jactó de que era intocable por todo el poder que tenía. ¿Cuánto poder tienes ahora, gilipollas de los cojones? —Le aprieto con más fuerza la garganta. Podría matarlo si quisiera. No haría falta gran cosa, y me tienta muchísimo la idea de hacerle daño de la misma manera que él se lo hizo a ella.

—Liam. —Maverick me da un tirón del hombro—. Suéltalo. No merece la pena.

«Pero ella sí la merece», pienso.

Sé que Piper no querría que me enfrentara a este capullo. Sé que querría que me alejara. Sé que querría que lo dejase tranquilo y que demostrara ser mejor que él.

Joder.

Me importa de verdad lo que piensa de mí.

—Cabrón. —Suelto a Charlie y retrocedo un paso—. Como vuelvas a dirigirle la palabra, acabo contigo. Y lo haré con una sonrisa en la cara.

Charlie nos mira a uno y a otro. No titubea ni un solo segundo antes de salir corriendo por el pasillo. Casi ha llegado a la esquina cuando Maverick extiende un brazo, mirándolo de reojo.

—Espera un segundo, Charlie —dice mi capitán. Corre hacia él y, cuando ya está cerca, echa el puño hacia atrás. Suelta una carcajada y luego le da un puñetazo tan fuerte en la cara que el otro se tambalea. Le brota sangre de la nariz y suelta un gemido de dolor—. Eso es por hablar mal de mi amiga. Piper forma parte del equipo. Como vuelvas a hacerlo, no seré tan amable.

—Creía que no merecía la pena —mascullo mientras el imbécil se aleja corriendo con las manos en la nariz—. Mírate, llevándote toda la puta gloria.

—No merecía la pena que tú le dieras un puñetazo. Es demasiado personal para ti y lo habrías matado. Para mí solo es un mierda de tío. Y necesito de verdad a mi portero mañana.

—No tenías por qué hacerlo.

—Sí, tenía que hacerlo. Tú me cubriste las espaldas cuando nos enfrentamos al exnovio de Emmy durante el partido que jugamos contra él. Ahora me toca a mí.

—Gracias, tío.

—No me des las gracias todavía. ¿A qué cojones ha venido el comentario ese de «mi mujer»?

Me froto la nuca. Me invade la tensión y no sé qué decir. Hemos mantenido en secreto que nos casamos desde que volvimos de Las Vegas. Por nuestra forma de interactuar en el estadio, nadie diría que estábamos casados.

A menos que me preguntaran dónde guardo mi anillo barato. Cuando no estoy jugando, lo tengo en la cartera, detrás de una foto familiar.

Cuando juego, me lo engancho en los cordones y lo escondo en el patín. Me da la sensación de que Piper está siendo mi amuleto de la suerte esta temporada y quiero llevarla a todas partes conmigo.

—Fue en Las Vegas. Estábamos borrachos. Ella lo aprovecha para poder usar mi seguro médico y tratarse las migrañas —le explico sin entrar en muchos detalles, y Maverick emite un suave murmullo de asentimiento, como si no fuera lo más loco que ha oído en la vida.

—¿Matrimonio de conveniencia? Me encanta ese tropo.

—¿Qué coño es un tropo?

—En serio, tienes que ir al club de lectura algún día. —Me mira con seriedad—. Sientes algo por ella, ¿verdad?

Resoplo y niego con la cabeza.

—Somos amigos.

—Amigos. Claro. Por eso has estado a punto de reventarle la cabeza a un tío por hablar mal de ella.

—He estado a punto de reventarle la cabeza a un tío porque trata a las mujeres como si fueran una mierda y ya es hora de que alguien lo trate así.

—Claro. Seguro. No te creo. —Maverick sonríe y me da una palmada en un hombro—. Pero te guardo el secreto, tío.

35

Liam

Ven a mi casa

Piper
Puedo pasar el rato con Pico?

Me ofende que quieras ver a mi gato más que a mí

Piper
Puedes culparme? Es mono y cariñoso

Y yo qué soy?

Piper
Tú eres tolerable

Bien jugado, Mitchell

—¡Hola! —Piper se quita el abrigo y lo cuelga en el perchero de la entrada—. Siento haber tardado tanto en llegar. Estaba cenando con las chicas. El tráfico era mortal y el conductor de Uber no ha parado de hablar del mercado de valores.

—¿Estás pensando en invertir? —Me apoyo contra la pared y la miro mientras se sacude los copos de nieve del pelo—. No sabía que te interesaran las finanzas, pequeñaja.

—Solo es mi pasatiempo preferido. —Se quita las botas y las deja junto a la pared, al lado de mis zapatillas deportivas. Tiene una deslumbrante sonrisa de oreja a oreja y las mejillas un poco sonrosadas, ya sea por el viento de principios de febrero o por el vino que ha bebido durante la cena—. Te veo bien.

—¿Te gustan mis pantalones de chándal y mi camiseta?

—Ya sabes lo que se dice de los pantalones de chándal. —Pasa junto a mí con sus medias y su falda, de camino al salón. Sus suaves pasos resuenan sobre el suelo de madera, y Pico asoma la cabeza por la puerta de mi dormitorio—. Sobre todo de los grises.

—No sé lo que dicen. —Me siento a su lado en el sofá y veo que Pico da un salto y se acurruca entre sus brazos—. ¿Te importaría ilustrarme?

—Pollas grandes y todo eso —responde, y me echo a reír. En cuanto empieza a acariciar al gato, su sonrisa se suaviza más y se relaja contra los cojines—. ¿Te lo estás pasando bien esta noche?

—Me preparé una infusión después de cenar. Me di una larga ducha. Y ahora estás aquí. Diría que vamos bien hacia una noche normalita.

—¿Has oído eso, Pico? —susurra ella en voz lo bastante alta como para que yo la oiga—. Tu padre cree que soy normalita. Qué encanto, ¿verdad?

—¿Qué tal la cena con las chicas?

—Una pasada. Salir con ellas es lo mejor de mi semana, la verdad. Intentar coordinar cuatro agendas es casi imposible, pero sacrifico

tiempo y energía en otras partes de mi vida para poder verlas.

—Me alegro. —Le apoyo una mano en una pantorrilla y bostezo—. ¿Cuánto has bebido?

—Solo una copa de vino. —Se le oscurecen un poco los ojos y se muerde el labio inferior—. Hace una semana que no me follas y me estoy volviendo loca.

—Una vez y ya es adicta —murmuro al tiempo que le rodeo el tobillo con los dedos y tiro con suavidad de su pierna—. Te veo un poco necesitada…

—Solo he venido por Pico. Y para hablar de nuestro viaje de la semana que viene. No por ti, vamos.

—Mmm. Lo que tú digas.

—¿Estás nervioso por ver a tu familia? —Me apoya la cabeza en el hombro y se lleva las piernas al pecho. Pico cierra los ojos y se acomoda entre sus brazos—. No me puedo creer que no hayan venido a ningún partido esta temporada.

—Normalmente lo hacen, pero la empresa de mi padre anda escasa de personal, así que le cuesta conseguir tiempo libre para venir de visita. Iba a ir a verlos por Navidad, pero el entrenador nos hizo pasar un infierno con los entrenamientos durante las vacaciones, y les dije a mis padres que ya se lo compensaría más tarde.

—Por favor, no te sientas obligado a entretenerme mientras estemos en España. Puedo pasar un par de tardes sola mientras tú estás con ellos. Lo último que quiero es estorbar.

—Nunca serías un estorbo. Les vas a encantar.

—¿Les voy a encantar yo o les va a encantar que sea la persona con la que creen que sales?

—Te querrán, pero también sentirán lástima por ti por tener que aguantar a este gruñón.

—La verdad es que estás muy alto en el ranking de gruñones. ¿Alguna vez les has presentado a una novia?

—Una vez. Una chica con la que salí en la universidad. La llevé a casa durante las vacaciones de Navidad.

—¿En serio? —Hay un brillo travieso en los ojos de Piper—. ¿Y por qué cortasteis?

—No le gustaba lo exigente que era mi calendario de hockey. Decía que necesitaba más atención, cosa que entiendo, pero esta es mi vida. Al final lo dejamos cuando estaba en tercero de carrera.

—Y no has vuelto a salir con nadie desde entonces.

—Con una modelo durante mi temporada de novato. Coincidimos en un avión de camino al evento de selección de la NHL y mi representante hizo las presentaciones. Salimos tres meses y no funcionó. Ahora es la imagen de Calvin Klein, así que no creo que me eche mucho de menos.

—Uf, ¡guau! Vale. Tus padres creerán que la cosa va en serio. —Suelta una carcajada nerviosa y abraza a Pico con fuerza—. Ahí, sin presión ni nada.

—Todo va a ir bien. Dudo que mi madre te pregunte en qué me gradué.

—¿En qué te graduaste?

—Español y Matemáticas.

—Espera. —Piper se incorpora y me mira fijamente—. ¿Te especializaste en Matemáticas?

—Por tu tono, veo que te sorprende, y eso me ofende.

—No lo decía por eso. Me imagino que Matemáticas es una carrera difícil de por sí, pero si le sumas la presión y el tiempo que requiere ser un deportista de la División 1 en la universidad, la carga de trabajo es enorme. Sabes que creo que eres inteligente, claro, pero no sabía que tenías un doble grado.

—Sí. Quería algo a lo que recurrir si lo del hockey no funcionaba, pero no tuve tiempo libre durante el último año.

—¿Me cuentas cosas de Alana? Siempre se te ilumina la cara cuando hablas de ella, así que supongo que es muy especial.

—Lo es —replico—. Nunca quise tener hermanos. Me enfadé cuando mis padres la trajeron a casa del hospital, y mi padre dice que estuve meses sin hacerle ni caso. Un día mientras aprendía a andar, se cayó. Se raspó la rodilla con la moqueta del salón y parece ser que corrí por toda la casa en busca del botiquín de primeros auxilios para curarla. Supongo que me importaba más de lo que pensaba.

—Qué alma tan sensible. —Piper tamborilea con los dedos sobre mi corazón—. ¿Estabais muy unidos de pequeños?

—Éramos inseparables. Me seguía a todas partes: a la pista de hockey, al parque de patinaje el verano que pensé que me gustaba el skate. Sabes que no me caen bien muchas personas, pero quiero a Alana.

—¿Te cae bien el hombre con el que se va a casar?

—No está mal. La trata bien y la hace feliz. Además, lo amenacé con arruinarle la vida si le hacía daño.

Se echa a reír.

—Siempre he querido tener un hermano que me cuidara. Supongo que ahora tengo algo parecido con el equipo. A veces me da la

impresión de que le darían una paliza a cualquiera que me hiciera daño.

Quiero contarle lo que hizo Maverick. Que le dio un puñetazo a Charlie en la cara y luego sonrió. Pero no sé si me apetece que Piper sepa que sé lo que le dijo ese imbécil. Ha pasado página ya, y lo último que necesita es que salgan a relucir mierdas del pasado cuando está teniendo tanto éxito en su puesto durante esta temporada.

—Son buenos chicos, ¿verdad? A ver, la obsesión de Ethan con los perritos calientes no tiene nombre.

—Son los mejores. Salvo por el aquí presente, claro —bromea Piper.

Sonrío con aire burlón.

—Que te den, rayo de sol.

—¿Podemos hablar de las muestras públicas de afecto?

—¿En general? No soy muy fan.

—Me refiero a delante de tu familia. Nuestra relación física se limita al dormitorio, no va más allá. ¿Vamos a ir de la mano en la boda? ¿Nos vamos a besar? Quiero estar preparada para que en el caso de intentar abrazarte, no me mires como si fuera un alienígena con cinco cabezas.

Le doy un golpecito en un brazo con un cojín. Pico me mira con cara de pocos amigos, irritado por haberlo molestado, y pongo los ojos en blanco.

Cabroncete.

—No te miraría como si tuvieras cinco cabezas. Solo tres. En cuanto a las muestras públicas de afecto, podrían ayudarnos a vender esta relación. No me metas la lengua hasta la campanilla

delante de mi abuela de ochenta años, pero puedes cogerme de la mano.

—Vale. Cogernos de la mano va en la lista. Morrearnos, no. Entendido. ¿Y qué hay de los besos?

—Si tú quieres.

—¿Quieres tú? Es tu familia, Liam.

Me parece una especie de prueba, y no estoy seguro de saber la respuesta correcta.

Joder, sí, quiero que me bese.

¿Por qué no iba a quererlo?

Es suave y cálida, y una auténtica delicia, hostia. A lo mejor quiero presumir de ella. A lo mejor quiero que mi familia crea que soy un cabrón con suerte que ha conseguido a una mujer espectacular, aunque todo esto vaya a terminar cuando volvamos a Washington.

—Claro —respondo con voz ronca—. Puedes besarme.

—Entendido. Creo que debo decirte que no me gusta mucho volar. Detesto los aviones. Prometo no montar un numerito, pero seguro que voy a apretarte el brazo durante el despegue y el aterrizaje.

La miro con el ceño fruncido.

—Viajamos en avión todo el tiempo. Nunca te he visto ceder al pánico.

—¿Me observas, Sully?

—Mido metro noventa, pequeñaja. Puedo ver por encima de los asientos y darme cuenta si se te está yendo la pinza.

—Intento concentrarme en lo que pasa delante de mí, no en lo que pasa a mi alrededor. Distraerme me ayuda.

—¿Cómo podrías distraerte?

Se le oscurece la mirada y se inclina hacia delante. Me desliza un dedo por el pecho y sonríe.

—Se me ocurren algunas cosas.

—Cuéntamelas.

—No estoy segura de que unirme al club de los que lo han hecho en un avión con doscientos pasajeros como espectadores sea lo mío, pero quizá podríamos practicar esta noche. —Deja a Pico en el suelo y se concentra por completo en mí—. Se me ha ocurrido una idea y quería comentártela.

Le acaricio una mejilla y recorro su mentón con el pulgar.

—Soy todo oídos.

—Se me ha ocurrido que quizá la mejor manera de aprender en la cama es criticándome a mí misma. Y para eso he pensado que podríamos grabarnos mientras lo hacemos.

—¿Quieres grabarme mientras te follo, Piper? —Me pongo de rodillas y la tumbo de espaldas. Pico sale corriendo, pero ahora mismo no estoy pensando en mi gato. Le pongo las manos en los muslos y le separo las piernas—. ¿Quieres ver cómo te la meto cuando estés sola en casa y eches de menos mi polla?

—Sí —susurra, y me agarra de la camiseta para tirar de mí hasta que nuestras bocas quedan a pocos centímetros de distancia—. Pero no finjas que tú no vas a verlo también.

Lo voy a ver.

Una y otra vez, hasta que se me quede grabado en la memoria.

Lo usaré cuando juguemos fuera y esté en mi habitación del hotel y no pueda disfrutar del momento real, porque ni de coña podría correrme con otra persona.

No he podido en cuatro años.

No desde que la conocí.

Un vídeo que puedo reproducir cada vez que me apetezca ver cómo le rebotan las tetas cuando la inclino y me la follo contra el colchón me parece el mejor regalo del mundo.

—Si lo hacemos, podría acabar en cualquier sitio. —Le pellizco un pezón a través del jersey de lana, y arquea la espalda en el sofá—. Si te robaran el móvil, un vídeo en el que estoy metiendo la polla hasta el fondo podría acabar en internet. ¿No te preocupa eso?

—No. —Cierra los ojos y me rodea las caderas con las piernas. La falda que lleva se le sube hasta la cintura y deja al descubierto las medias hasta los muslos con unos lacitos negros que se le ciñen a la piel. Muevo las caderas hacia delante y le rozo el tanga con la punta de la polla dura. Gime y separa todavía más las piernas—. Que lo vean. Así sabrán que soy tuya.

El afán posesivo me consume.

Experimento una necesidad anhelante de sentirla.

De enterrarme en ella.

De poseerla por completo para que no le quede ni una puta duda de que es mía de verdad.

—Probaremos tu idea —susurro al tiempo que le pego la boca a una oreja. Le recorro el cuello con los dientes, y la siento estremecerse—. Pero solo si me dejas grabarlo todo. Quiero que te veas estallar. Quiero que veas cómo te meto los dedos antes de metértela. Quiero que oigas cómo suplicas y pronuncias mi nombre antes de correrte. Quiero que sepas lo mucho que me gusta estar dentro de ese coño prieto que tienes. Y cuando terminemos, quiero que mires a la cámara y digas «gracias».

36

Piper

Gracias? —repito, y Liam asiente—. ¿Por qué tengo que darte las gracias?

—Por el mejor polvo de tu vida. —Me mete las manos por debajo del jersey y sus cálidas palmas van subiendo por el abdomen hasta mis pechos. Me baja las copas del sujetador y me pellizca los pezones, retorciéndolos como sabe que me gusta. Me mira con una sonrisa que me deja los ojos vueltos—. Quiero que todo el mundo sepa con quién disfrutas. Con quién disfrutas como nunca disfrutaste con él.

Sé exactamente a quién se refiere.

No se molesta en ocultar su desdén, y ese tono cruel tiene algo que me pone. Tal vez sea el trasfondo posesivo de sus palabras o el pellizco que me da en el pezón, más fuerte esta vez, como si intentara atarse a mí.

—No te enfadarías si él viera un vídeo sexual nuestro, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Sería un puto orgullo. —Me sube el jersey hasta la barbilla, dejándome los pechos al aire, y siento el frescor en la piel—. Joder, Piper. Me están entrando más ganas de hacerlo.

Dios, me encanta que me hable así.

Me ayuda a sentirme más deseada que nunca. No me importa si lo hace por venganza o si es una competición para ver quién la tiene más larga. Liam quiere grabarse conmigo.

—¿Dónde lo hacemos? ¿Aquí? —Las palabras se me atascan en la garganta cuando él inclina la cabeza y se mete un pezón en la boca. Lo rodea con la lengua y no me molesto en contener el gemido que se me escapa—. ¿En tu dormitorio?

—En mi dormitorio. Hay mejor iluminación.

—Vaya, esto empieza a parecer muy profesional. Luces. Cámara. Acción.

—Pero nada va a ser falso —me asegura, después de apartar la boca del pecho.

Me retuerzo, frustrada. Llevo toda la noche nerviosa, medio distraída durante la cena porque no hacía más que pensar en verlo.

La expectación por volver a acostarme con él me ha acompañado durante toda la semana y aunque me he masturbado muchas veces, no es lo mismo que estar con él.

—Nunca he fingido nada contigo —le aseguro.

—Lo sé. Eres fácil de interpretar, preciosa. —Se le marca la polla contra los pantalones de chándal cuando se pone en pie, y se me hace la boca agua al ver esa dura longitud—. Cuando haya terminado contigo esta noche, podrás ver lo bonita que estás cuando te corres.

Lo dudo.

Seguro que parezco ridícula. Desesperada y capaz de cualquier cosa con tal de que me satisfagan. Estoy nerviosa por la idea de oírme. De ver las expresiones de mi cara, de ver mi cuerpo delante de la cámara. No sé cómo posar, ni cuáles son los mejores ángulos,

ni la forma correcta de estirar las piernas. Como mucho, pareceré torpe.

Sin embargo, sé que con Liam me lo pasaré bien y quiero inmortalizar el momento para poder verlo cuando nuestro acuerdo termine. Para poder recordar lo que se siente cuando te llevan a las estrellas, aunque me resulta imposible imaginar que el siguiente hombre pueda ser mejor que el que tengo delante.

—Tengo el móvil en el abrigo —digo, sonrojada, y señalo hacia la entrada—. ¿Quieres que vaya a buscarlo?

—Voy yo, tú vete al dormitorio. Ve quitándote la ropa por el camino. Quiero que estés desnuda en mi cama antes de que yo llegue —me dice con una voz grave y ronca que me reverbera por todo el cuerpo. Suelto un suspiro tembloroso mientras me preparo para lo que está por venir—. ¿Seguro que esto te parece bien, Piper?

—Sí —susurro, y no puedo decirlo más en serio—. ¿Y a ti?

—Si quieres un vídeo follando para recordarlo, yo también lo quiero. —Me agarra la barbilla y me besa—. Mi chica siempre consigue lo que quiere.

«Mi chica», repito en mi mente.

Me derrito por la expresión cariñosa y le devuelvo el beso. Le rozo la lengua con la mía antes de que me aparte la mano del pelo, con la polla más dura que hace un minuto. En cuanto sale del salón, echo a andar hacia su dormitorio tan rápido como puedo.

Me quito la ropa por el camino. Las medias acaban en el pasillo. Dejo el jersey en el pomo de la puerta. La falda cae sobre la cómoda y derriba una figurita de Maverick que hicimos para regalársela a los fans hace dos temporadas.

Me quito el sujetador y las bragas más despacio. Me tomo mi tiempo para dejarlos a un lado y luego me acerco a la cama, me tumbo y me relajo contra las almohadas. La tela estampada huele a mí, y sonrío mientras separo las rodillas, esperando a que aparezca Liam.

No tarda mucho en aparecer.

Lo veo en el vano de la puerta al cabo de unos segundos. Esos hombros anchos y ese pelo alborotado alrededor de las orejas. Sus ojos se encuentran con los míos antes de que me recorran el cuerpo con una mirada lenta y decidida que me hace agarrar las sábanas. Curvo los dedos de los pies y respiro hondo porque creo que voy a sufrir una combustión espontánea.

—¿Lo has encontrado? —le pregunto sin aliento, y él levanta mi móvil—. La contraseña es 9367.

—¿Tiene algún significado? —Se la toca por encima de los pantalones de chándal—. ¿O son solo números aleatorios?

—Números aleatorios. —Ladeo la cabeza y lo miro—. ¿Tu contraseña tiene algún significado?

—Sí. —Se acerca a mí y se quita la desgastada camiseta de algodón, que acaba sobre mi ropa interior. En cuanto se queda con el torso desnudo, me deleito con sus pectorales y sus abdominales —. 0807.

—No sé qué significa.

—A lo mejor lo descubres algún día.

Engancha los dedos en la cintura de los pantalones, sosteniendo mi teléfono con la otra mano. Sin perder tiempo, se los baja por los muslos hasta quedarse con unos calzoncillos negros, dejando a la vista su glorioso cuerpo.

Liam es muy guapo. Muy masculino, muy rudo, con su barba, sus moratones y las cicatrices de su profesión, sí. Pero lo que más me atrae son sus partes más suaves y secretas.

Como, por ejemplo, que levanta más el lado derecho de los labios cuando se ríe. O la pequeña cicatriz de su operación de apendicitis. O que le tiemblan los hombros cuando se ríe. Quiero recordarlo todo.

Después de volver de España, ya no tendré excusa para quedarme embobada mirándolo.

No podré enterrarle los dedos en el pelo y agarrárselo con fuerza cuando me acerque al orgasmo.

No podré admirar su culo cuando camine de la cama al cuarto de baño para lavarse.

Él volverá a ser Liam y yo volveré a ser Piper, dos personas cuyos caminos nunca se cruzarán de nuevo de esta manera.

Me encantaría imaginar una realidad donde estuviéramos juntos.

Donde fuéramos novios, una pareja de verdad. Pero queremos cosas diferentes.

Cada vez estoy más segura de mí misma. Tengo una confianza de la que carecía hace seis meses. Sé que quiero encontrar pareja y sé que quiero que me amen por completo. Totalmente. Hasta el punto de la obsesión.

Liam no quiere distracciones. Hasta que se retire, lo único que ama por completo es el hockey sobre hielo, y es una pena.

Creo que podría irnos bien. Somos estupendos amigos. Somos estupendos en la cama. Nos compenetramos en el ámbito doméstico, como preparar la cena y ver la tele, pero no es nuestro destino.

Y, ¡joder!, eso hace que lo desee todavía más esta noche.

—Ven aquí —le digo al tiempo que estiro los brazos hacia él.

Liam acorta la distancia que nos separa con dos largas zancadas. Se sube a la cama, coge el teléfono y se coloca a horcajadas sobre mí, apoyándose en las manos y las rodillas. Lo beso, saboreando la ligera nota a menta que le ha dejado en la lengua la infusión que se prepara todas las noches.

—Voy a grabar —dice contra mi boca, y asiento para darle mi consentimiento.

Se aleja de mis labios antes de que pueda sumergirme en su sabor y baja por mi cuerpo besándome y lamiéndome las curvas de los pechos y la extensión del torso y del abdomen. Sigue bajando, hasta que se queda boca abajo sobre el colchón, con la cabeza entre mis piernas y los ojos rebosantes de deseo.

—Joder —susurro, y todas las demás palabras de mi vocabulario acaban hechas cenizas cuando se acerca el teléfono a una mejilla. Siento que me recorre con uno de sus gruesos dedos y al oír su murmullo sé que ya estoy mojada—. ¡Liam!

—Mírala, diciendo mi nombre para la cámara. —Me mete el dedo índice sin previo aviso y siseo. El dolorcillo inicial se convierte en un placer exquisito—. Lo haces muy bien, Piper.

Tengo que echar mano de toda mi fuerza de voluntad para incorporarme sobre los codos y mirarlo mientras me graba. La cámara está tan cerca de mi coño que resulta escandaloso, y es la experiencia más íntima que he tenido con un hombre. Sin embargo, no estoy nerviosa. Ni dudo ni me preocupo por la posibilidad de no ser lo bastante sexy.

Me dejo llevar por las increíbles oleadas de sensaciones que empiezan en la base de la columna vertebral cuando añade un segundo dedo y, luego, un tercero mientras susurra «Tú puedes, cariño» seguido de «Así, muy bien». Separo más las piernas y levanto las caderas para hacerle más espacio.

Siempre me han motivado los elogios.

Siempre rindo mejor cuando sé que estoy haciendo un buen trabajo, pero la admiración de Liam me eleva a la estratosfera. Me hace sonreír de oreja a oreja. Le clavo las uñas en un hombro y le araño la piel, desesperada por tocarlo, porque se lo pase tan bien como me lo estoy pasando yo con él.

—Siempre he creído que era incapaz de correrme con un hombre. Nunca lo conseguía por más que lo intentara. —Jadeo cuando él curva los dedos y me besa la cara interna de un muslo, tras lo cual me clava los dientes con suavidad en la zona más blanda—. No tengo palabras para expresar lo feliz que estoy de saber que no era yo, que era él.

Al igual que antes, no necesitamos más aclaración porque ambos sabemos muy bien de quién estoy hablando.

—Siempre has sido capaz, Piper. —Me da un lametón en la entrada de la vagina y luego se centra en el clítoris, que acaricia en círculos mientras me mete y me saca los dedos, arrancándome un gemido—. Solo necesitabas a alguien que te ayudara a descubrirlo.

Cierro los ojos con fuerza, porque siento el primer orgasmo ahí mismo.

—¿Cómo estoy? ¿Bien?

—Estás perfecta. Córrete para la cámara y así podrás ver luego lo bien que te entran mis dedos, rayo de sol.

Al cabo de un par de minutos, llego al orgasmo. Grito, arrastrada por el intenso placer. Caigo hacia atrás y mi cabeza aterriza en la nube de almohadas mientras me agarro a las sábanas y disfruto todo el tiempo que puedo.

Levanto las caderas, ávida y desesperada, porque ansío más de él. Su risa me consuela, brillante, audaz y orgullosa, mientras me besa una rodilla y luego una cadera, disminuyendo el ritmo de sus dedos hasta que el placer acaba.

—Joder, eres preciosa —murmura, sentándose y extendiendo el brazo hacia mí—. Abre la boca y chupa, Piper.

Separo los labios, y él me planta dos dedos en la punta de la lengua. Cierro la boca y chupo, identificando mi sabor en ellos, y me doy cuenta de que sigue sosteniendo la cámara, de que sigue grabando, lo que me arranca un suave gemido.

Le rodeo la muñeca con los dedos y aparto su mano de golpe. Me mira con los ojos entrecerrados y nublados por el deseo y la pasión, y me pregunto cómo es posible no estar ardiendo a estas alturas.

—Y ahora ¿qué? —le pregunto, tocándole una mejilla y sonriendo cuando vuelve la cabeza para darme un beso en el centro de la palma de la mano.

—Ya sabes qué. —Se baja de la cama y se acerca a la mesita de noche. Se le tensan los músculos mientras desenchufa la lámpara y aleja la mesita de su sitio original. Coloca el teléfono con la cámara enfocando hacia la cama, y respiro hondo.

—¿Cómo quieres hacerlo esta noche? —le pregunto.

—Esto es para ti, Piper. —Se quita los calzoncillos, dejando su polla a la vista—. ¿Qué quieres?

—Quiero probar a ponerme encima. —Me muerdo el labio inferior y me toco entre las piernas. Estoy mojada y toco la humedad para extenderla—. Creo que va a gustarme.

—Me parece bien. —Liam se la toca y luego se sienta en el borde de la cama. Una vez que se tumba, tira de mí y me atrae hacia él—. Dios. Me parece increíble poder hacer esto contigo.

—Ya te digo. —Le acaricio el torso con las manos y le beso la barba—. No sé cómo he conseguido ligarme a un portero tan buenorro de la NHL, pero no pienso quejarme.

Liam coge un condón de la caja que hay en la otra mesita de noche y rasga el envoltorio.

—¿Crees que estoy buenorro?

—No. Me he expresado mal. Me refería a otro.

—Me lo imaginaba.

Una vez que se coloca el preservativo sobre la polla dura, tira el envoltorio. Se tumba boca arriba y extiende un brazo hacia mí. Entrelazo nuestros dedos mientras me siento a horcajadas sobre sus caderas.

—Hola —susurro.

—Hola —responde al tiempo que me pone la palma de la mano en la nuca—. ¿Estás bien?

—Sí. —Asiento—. Estoy preparada.

—Iremos despacio. Si quieres parar, dímelo.

—Liam, no voy a parar. —Bajo sobre él hasta que noto la punta. Lo veo echar la cabeza hacia atrás y gemir. Me invade la confianza. No tengo miedo. Estoy decidida. Segura de lo que quiero—. No hasta que la tenga entera dentro.

37

Liam

Piper está brutal encima de mí, pero ver cómo crece su confianza me excita muchísimo más.

Hace unas semanas no me habría dicho algo así. Ahora me mira con una expresión salvaje en los ojos. Con el pelo alborotado, los labios hinchados y segurísima de lo que quiere.

Es un honor haber contribuido a este cambio.

—¿Vas a follarme, cariño? —le pregunto y le pongo las manos en la espalda. Le recorro la columna vertebral con las palmas y las detengo en las caderas, que agarro mientras ella se adapta a la invasión—. Asegúrate de ir despacio para que pueda disfrutar de verdad de tu coño antes de morir, por favor.

Suelta una carcajada y luego se le escapa un suspiro cuando se mete otro centímetro más. Se agarra a mí para mantener el equilibrio y me clava las uñas en los bíceps mientras yo la sujeto con la misma fuerza.

—A lo mejor la que se muere soy yo —replica y jadea cuando le toco el coño al tiempo que ella se mueve hacia delante. La mitad de mi polla desaparece en su interior, y desearía tener otro teléfono para poder grabarla desde este ángulo—. Vas a empalarme.

—Qué cosas más bonitas me dices. —Le acaricio el clítoris y casi pierdo el sentido cuando mueve las caderas de una manera nueva—. Y qué buena estás.

Tengo que calmarme como sea, porque como siga moviéndose así y gimiendo mientras se toca las tetas, es imposible que pueda aguantar mucho más.

—¿Te gusta, Liam? —me pregunta, pellizcándose los pezones—. ¿Lo estoy haciendo bien?

—Me gusta mucho. Lo estás haciendo genial.

No recuerdo casi ni cómo me llamo porque estoy perdido en el placer del momento. Ya casi está sentada por completo sobre mí, con toda mi polla dentro mientras sube y baja, torturándome como nadie lo había hecho nunca.

Se me ha nublado la vista y tengo la frente cubierta de sudor. Estoy haciendo todo lo posible por mantener este ritmo lento, por no tumbarla de espaldas y metérsela hasta el fondo mientras se corre a mi alrededor.

—Joder —susurra—. La tienes enorme.

Sé que debería sentirme orgulloso por el cumplido, pero en cambio me incorporo para comprobar que está bien y casi me corro cuando veo que ya se la ha metido entera.

Hasta el fondo.

La noto en torno a mí, estrecha, caliente y perfecta.

Nunca he estado con una mujer que se le acerque. Dudo que exista.

—¿Te gusta así? —le pregunto, acariciándola con el pulgar. Está tan mojada que me está volviendo loco—. ¿Quieres probar otra postura?

—¿Qué otra?

—Espera.

La levanto de encima de mí y ella gime. La beso y luego la pongo boca arriba. Le doblo las piernas hacia el pecho, la agarro con cuidado de un muslo y le acerco la punta.

—¡Sí! —susurra cuando la siente. Le rozo el clítoris con el glande, siguiendo el mismo patrón que antes trazaron mis dedos, y ella asiente—. Me gustaba estar encima, pero esto es mucho mejor. Me follas muy bien, Liam.

—¿Cómo quieres que lo hagamos, Piper? ¿Fuerte? ¿Despacio? Dímelo y haré lo que quieras.

—Quiero probarlo fuerte. Quiero que te dejes llevar. Puedo soportarlo. Quiero hacerlo.

—De acuerdo, mujer. Pues te daré fuerte. —Subo la mano que tenía en el muslo hasta su cuello. Le acaricio la tráquea con el pulgar y se la presiono con suavidad, arrancándole un jadeo—. Agárrate al cabecero y no te sueltes.

Le brillan los ojos por la emoción y la expectación. No me molesto en ir despacio, se la meto directamente porque ya está bien mojada para mí. Le paso el brazo por debajo del muslo izquierdo, colocándola en posición, y sonrío cuando la veo abrir la boca en un gemido silencioso.

—Más —suplica—. Dame más.

—Ya casi —le digo entre dientes, cuando por fin llego al fondo—. Dios, joder.

Empiezo a mover las caderas con fuerza a toda velocidad. Quiero que esto sea perfecto para ella. Quiero que se vaya esta noche

dolorida, satisfecha y feliz. Quiero ser yo quien se lo dé, y haré lo que sea necesario para conseguirlo.

—No estoy segura de poder correrme otra vez si no… Oh. —Arquea la espalda cuando le pellizco un pezón—. Dios, no puedo más.

—¿No puedes más?

—Sí, no. Sigue tocándome, Liam.

—¿Dónde? ¿Aquí? —le pregunto al tiempo que me inclino hacia delante para poder llegar entre sus piernas y tocarla de nuevo—. ¿Te gusta eso?

—Sí. —Cierra los ojos con fuerza y me agarra por los costados, jadeando—. Necesito más.

Le doy todo lo que tengo, metiéndosela como si no hubiera un mañana. Alterno entre tocarle las tetas y el coño, moviendo las caderas hasta que su piel se ruboriza y empieza a respirar de forma entrecortada.

Siento que estoy a punto de correrme, y hago todo lo posible por no hacerlo antes que ella. Es casi imposible pensar con claridad porque me tiene completamente ido.

Noto que se tensa a mi alrededor cuando se acerca al orgasmo. Abre los ojos y me mira a la cara. Me hipnotiza. Me resulta impresionante cuando me agarra el culo y tira de mí hacia delante para que se la meta más hondo, más rápido.

—¿Vas a correrte para mí, rayo de sol?

—Sí. —Gira la cabeza hacia un lado y se le escapa un gemido intenso cuando le doy una suave palmada en el trasero—. Ya casi. Joder. ¿Por qué se te da tan bien esto?

—Tus cumplidos significan mucho para mí. —Le levanto más las piernas, y sigo follándomela hasta que se me empieza a nublar la vista—. Necesito sentirte, Piper.

En ese momento llega al orgasmo, y cualquier cosa que quisiera decir se le queda en la punta de la lengua, porque empieza a estremecerse y casi ni puede respirar mientras la sigo penetrando, al borde del abismo ya.

—Sé que dijiste que teníamos que usar condón, y nunca iría en contra de tus reglas —susurra entre jadeos—. Pero, joder, ojalá pudieras correrte dentro de mí, Liam. Nunca lo he hecho y estoy segura de que me llenarías.

—Dios.

No necesito más para explotar y estallo en mil pedazos, corriéndome en el condón y casi aplastándola al echarme hacia delante. Imagino que me estoy derramando en su coño y casi vuelvo a perder el control y a gritar su nombre mientras ella se corre por segunda vez.

Suelto un suspiro profundo y apoyo una mano en la pared del cabecero de la cama para no caerme. Echo la cabeza hacia atrás y dejo que mi cerebro y mi cuerpo vuelvan a conectar y a sincronizarse.

Unas manos suaves y cálidas me recorren la espalda. Siento la delicadeza de unos dedos acariciándome la punta del pelo y, cuando abro un ojo y miro hacia abajo, veo a Piper sonriéndome.

—Gracias —susurra, moviendo una mano hacia mi abdomen y trazando el contorno de mis músculos—. Vamos a hacerlo otra vez.

—Necesito un minuto. —Le doy un apretón en una rodilla y le estiro las piernas mientras salgo de ella haciendo una mueca. Me

dejo caer a su lado en la cama y gimo—. O a lo mejor veinte. Tu coño me ha matado, Mitchell.

Suelta una risilla monísima y me vuelvo para mirarla.

—Creo que eso es lo que pasa cuando llevas tanto tiempo fuera de juego, Sullivan. —Se tumba de costado y se apoya en el codo—. Te vuelves susceptible a los daños. Por eso tenemos que volver a hacerlo. Para que no se te caiga la polla.

Me río y estiro un brazo hacia la polla en cuestión para quitarme el condón y hacerle un nudo.

—¿Ahora eres médico?

—A lo mejor debería serlo.

La acerco a mi pecho y le entierro la cara en el pelo. Ella se relaja entre mis brazos y la estrecho por la cintura, agotado y feliz.

Supongo que el mejor polvo de tu vida hace que te sientas así.

—Quédate a pasar la noche —le pido con voz pastosa, y tengo la impresión de que estoy borracho o drogado, o una combinación de las dos cosa—. Te prepararé el desayuno por la mañana. Y una infusión. —Con ella siento el impulso de querer saltarme todas mis reglas.

—Vaya. Creo que no puedo negarme a eso. —Sonríe, y siento el gesto de sus labios sobre mi piel. Me hace sonreír también—. ¿Dejamos de grabar ya?

—Se me había olvidado. —Bostezo y me incorporo, estirándome por encima de ella para coger su móvil. Pulso el botón para parar la grabación y se lo devuelvo—. Ya está.

—¿Te apetece que lo veamos? —Se ruboriza y se tapa la cara con los dedos—. ¿O sería raro?

—No me parece que sea raro verlo.

—¿No?

—No.

—Ah. —Me mira de reojo y suelta una carcajada, un poco nerviosa —. En ese caso, ¿hacemos palomitas?

—¿Quieres que lo veamos en la tele grande del salón? —replico con un resoplido burlón—. A lo mejor así te gusta más.

—No. Voy a parecer una idiota. No necesitamos vernos en 4-D.

—No vas a parecer una idiota. Ven aquí. —Me acomodo contra las almohadas y abro los brazos, invitándola a acercarse. Ella intenta no reírse mientras se coloca a mi lado, con el cuerpo húmedo por el sudor—. Lo sufriremos juntos.

—Vale. Pero me reservo el derecho a pararlo en cualquier momento.

—Por supuesto. —Pulso el botón para reproducir el vídeo.

Siento que la ansiedad se apodera de ella, así que le froto los brazos de arriba abajo. Le beso la coronilla y la abrazo con fuerza.

—Oh —susurra cuando ve un primer plano de su coño—. Nunca había… Es la primera vez… —Ladea la cabeza—. No sabía que era así.

—Bonito, ¿verdad? Mira qué húmedo, rosa y perfecto es.

—Es posible que verlo sea más excitante que hacerlo. —Se mete una mano entre los muslos y los separa—. Me apetece volver a tocarme.

—Cariño, puedes hacerlo tantas veces como quieras. —Le apoyo una mano en una rodilla y le doy un apretón con el pulgar—. Pero ahora no sé dónde mirar.

Piper gime y se mete un dedo. Es el mismo sonido del vídeo y a estas alturas ya estoy otra vez empalmado, con el cerebro licuado

por los gemidos.

Mis ojos pasan de la pantalla a sus dedos, porque no quiero perderme ni un solo segundo de sus dos versiones. Cuando cambiamos de posición en el vídeo y ella se coloca encima de mí, la oigo contener la respiración a mi lado.

—Oh.

—Sé que te has metido dos dedos en el coño y no voy a impedir que disfrutes, pero mira la pantalla. ¿Ves lo bien que estamos juntos?

—Estamos perfectos. —Me apoya la cabeza en el hombro y me mira mientras yo rememoro los últimos diez minutos—. Me gustó lo hondo que te sentí al ponerme encima.

—¿Sí? —Siento un ramalazo de deseo en la polla. Habla del tema con facilidad y, aunque me gusta escuchar lo que piensa, quiero esa boca a mi alrededor. Quiero esos labios chupándomela—. ¿Qué te parece si en la segunda ronda vemos lo hondo que te la puedo meter en la boca?

Abre los ojos de par en par y asiente. El tono rosado de su piel se intensifica hasta el carmesí. Está caliente al tacto, y coloco mi mano sobre la suya, deseando ser parte de su próximo orgasmo.

—Quiero… —jadea al tiempo que levanta las caderas y frunce el ceño—. ¿Puedes…?

—Dime lo que necesitas y te lo daré.

—Baja un poco la pantalla. Quiero correrme al mismo tiempo que lo haces tú en el vídeo.

—Qué guarra —le susurro al oído, y su gemido se me clava directamente en la polla—. Y yo pensando que tenía que ser delicado contigo… Ya veo que no, ¿verdad? Quieres ser mala.

—Solo contigo.

Arrastro el cursor por la pantalla, y avanzo rápido hasta el momento de nuestros orgasmos. Subo el volumen para que pueda oír los envites de mis caderas. El sonido de mi polla penetrándola. Cada uno de sus gemidos.

—Muy bien, Piper. Acarícíate hasta correrte mientras te ves follando. Quiero verlo.

No espero que lo haga tan rápido, pero eso es lo que pasa. Llega al orgasmo susurrando mi nombre una y otra vez. La ayudo a recuperarse y, cuando está completamente saciada, lacia por el agotamiento y con los ojos cerrados, la levanto en brazos como si fuera lo más preciado del mundo.

Puede que lo sea.

La llevo al cuarto de baño y la siento en la bañera, dejando que corra el agua hasta que sale vapor. Le beso la frente y sonrío cuando ella tira de mí para meterme dentro con ella.

Me doy cuenta de que esto ya no son clases de sexo, es practicar el sexo con una persona que me importa de verdad.

Ya no le estoy enseñando nada. Piper no está aprendiendo nada que no supiera ya, pero no podemos dejar de follar.

No puedo quitarle las manos de encima y no me ha dado ningún indicio de que quiera parar, aunque mañana podría acostarse con otro.

Quizá por eso el sexo con Piper es tan satisfactorio; porque ella también se preocupa por mí.

38

Piper

No me puedo creer que te vayas de viaje con Liam. —Lexi dobla una de las camisetas que voy a llevarme y la tira a la maleta—. Ojalá supiera cómo es fuera de la pista de hielo.

—Ya lo has visto fuera de la pista de hielo. —Abro la app del tiempo en el móvil y frunzo el ceño al ver las temperaturas—. Creo que eres quien mejor lo conoce.

—Piper, yo le estiro los músculos de las piernas y él gruñe cuando le hago una pregunta. Eso no significa que lo conozca.

—A mí me parece genial. —Maven nos observa desde mi cama, con una mano sobre su creciente barriga y un tarro de pepinillos en la otra—. Os lo estáis pasando bien juntos, ¿verdad?

—Sí —admito, conteniendo una sonrisa—. Fenomenal.

—¿Y cuándo fue la última vez que te divertiste?

—Pues durante mi primer año de matrimonio con Steven, antes de que empezara a trabajar noventa horas a la semana. Cuando celebramos nuestro segundo aniversario, creo que llevaba meses sin sonreír.

—Te prometo que no iré a su casa a montar un escándalo, pero como alguna vez me lo encuentre por ahí, voy a dejarle claro lo que

opino de él. —Lexi cruza los brazos por delante del pecho y frunce el ceño—. No pienso contenerme.

—Llámame para que pueda ayudarte. —Emmy arroja su móvil al colchón y estira los brazos por encima de la cabeza—. Él tuvo la culpa de que Piper y yo nos distanciáramos en la universidad.

—¿En serio? —pregunta Maven.

—Sí —contesto—. Se sentía intimidado por la carrera de Emmy y me dijo que no era una buena influencia. —Resoplo y añado un par de sandalias al equipaje—. Eso lo dijo el tío que se tiraba a su secretaria…

—Los hombres inseguros dan asco. Necesitamos más que no le tengan miedo al éxito de las mujeres. Mira a Maverick. No lo han elegido para el equipo que va a jugar en la Copa de las Cuatro Naciones de hockey sobre hielo, pero a Emmy sí. ¿Está llorando por eso? No. Está haciendo camisetas con la cara de Emmy para llevarlas a los partidos.

—¿Que está haciendo qué? —exclama la aludida—. Dios. No sé si debería sentir vergüenza o emocionarme.

—Las dos cosas a la vez, seguramente. —Sonrío—. ¿Cómo os va después de la boda?

—La verdad es que no hemos cambiado mucho. Creo que la razón por la que funcionamos tan bien es porque estamos separados durante la temporada. Eso hace que el tiempo que pasamos juntos sea todavía más importante, ¿sabes? No quiero discutir con él si voy a estar fuera la noche siguiente.

—¿Y cuando os retiréis?

—Estoy tan enamorada de ese hombre que dará igual. —Se ríe y juguetea con el solitario que lleva fuera de la pista de hielo—. Parece

algo muy tonto, pero antes de conocer a Maverick no quería sentar cabeza. No quería tener hijos ni la familia numerosa que tengo, y estaba convencida de que ningún hombre me haría cambiar de opinión. Ahora solo pienso en niños. Imaginarlo como padre me emociona, y sé que va a ser el mejor. ¿Es horrible tener que renunciar a mi carrera para crear esa vida? Sí, un poco. Pero luego pienso en el futuro dentro de diez años y sé que no me importará. Tendré todo lo que pueda desear. He conseguido lo que me propuse cuando me llamaron para jugar en la NHL: romper el techo de cristal para las mujeres en este deporte. Fui la primera, pero no seré la última. Ya puedo descansar.

—¡Madre mía, Hartwell! ¿O eres Miller ahora? ¿Te has cambiado el apellido? —pregunta Lexi.

—No hasta que me retire. Lo quiero mucho, pero prefiero mi nombre en la espalda de la camiseta. No el suyo.

—Pues él se va a poner el tuyo. —Maven—. Ese hombre quiere que todo el mundo sepa que eres suya.

—No me opondría a eso. —Emmy me mira—. No deja de preguntarme por ti, Piper.

—¿Por qué? ¿Qué pasa conmigo?

—No lo sé. Mencionó algo sobre Liam, un secreto y un tropo literario preferido, creo. Y quiere saber si últimamente llevas puesto algo que no llevabas hace dos meses. No tengo ni idea de qué me habla.

—Dile que lleva una sonrisa porque es verdad. Mírala, está radiante —dice Lexi.

—Vale, ya está bien de halagos. No sé a qué se refiere Mav, Emmy. No llevo nada… —Cierro la boca de golpe al sentir el roce de

la cadena sobre la piel. Toco la alianza escondida debajo de la ropa y me pongo como un tomate—. Ay, madre. —Las chicas me miran y disimulo cerrando la cremallera.

Liam y yo acordamos no decírselo a nadie.

No sé cómo se ha enterado Maverick, pero me sorprende que haya mantenido la boca cerrada delante de Emmy, la mujer a la que se lo cuenta todo.

—¿Qué pasa? —pregunta Maven.

—Nada. —Niego con la cabeza. No voy a traicionar la promesa que le hice a Liam, por más que me apetezca decirles a mis amigas lo que escondo debajo de la ropa—. Me he asustado de repente por el pasaporte, pero ya sé dónde está.

—Pagaría por verte gastarle esa broma a Liam cuando estés en el aeropuerto —replica Lexi con una sonrisa—. Seguro que le daba un ataque.

—Más o menos como a mí ahora mismo —digo, subiéndome al colchón para sentarme entre Emmy y Maven—. Estoy nerviosa porque voy a conocer a su familia y no sé cómo debemos comportarnos cuando estemos con ellos. Estoy nerviosa porque Liam y yo nos hemos acostado, y estoy nerviosa porque él me gusta muchísimo.

—¡Joder! No puedes soltar todo eso veinticuatro horas antes de irte del país. —Maven coge la almohada que tengo detrás de la cabeza y me golpea con ella—. ¿Te has acostado con él y nos lo cuentas ahora?

—¡He estado muy ocupada!

—¡Sí, tirándotelo! —exclama Lexi, y yo escondo la cara entre las manos.

—Sí, nos hemos acostado. Sí, es increíble en la cama. La verdad, no puedo compararlo con Steven. Lo de mi ex fue de risa.

—Detalles —dice Emmy—. Y no te dejes nada atrás.

Les hablo de nuestra primera vez y de la segunda. No les digo nada del vídeo que grabamos, porque no quiero que los cotilleos lleguen a oídos de alguien que pueda burlarse de Liam. Les explico lo bueno que es. Y que también es paciente y considerado, aunque dice unas guarrerías que me tienen loquita.

—Y ahora estamos llegando al final y estoy un poco triste. —Me siento y me acerco las piernas al pecho—. Sé que encontraré a otro hombre. No voy a estar sin pareja para siempre. Pero luego me lo imagino acostándose con otra y… No sé. No me hace gracia. Y es una locura, porque me ha dicho varias veces que no le interesa mantener una relación seria.

—Tampoco le interesaba a Maverick cuando lo conocí. Era un mujeriego de manual, y míralo ahora —replica Emmy—. Se pasa los viernes por la noche mandándome comparativas sobre cunas para recién nacidos, y ni siquiera estoy embarazada.

—Sí, pero Liam lo hace por su trabajo. Sabe lo rápido que cambian las cosas en este deporte y teme perder todo lo que tanto le ha costado conseguir si se distrae y el hockey deja de ser su único objetivo.

Lexi menea la cabeza y se estira a los pies de la cama.

—Pues demuéstrale que puede tener las dos cosas.

—¿Cómo lo hago?

—Bueno, parece que vas por el buen camino. Estáis juntos y él está jugando una temporada increíble. Y no sé lo que estaréis haciendo en la cama, pero como estiramiento le está sirviendo,

porque pasa menos tiempo en la sala de fisioterapia que la temporada pasada.

—Sí, porque me aseguro de darle prioridad a sus isquiotibiales cuando nos acostamos —digo despacio, y todas se ríen—. Respeto lo que quiere y lo que no quiere. No estoy enamorada de él. Me gusta porque me presta atención y me trata bien. Estoy segura de que si fuera al bar de la esquina y empezara a hablar con un tío allí, sentiría lo mismo.

—¿Y si no pasara eso? —pregunta Maven.

No lo sé.

No me he permitido pensar demasiado en el tema, porque ahora mismo estamos muy bien.

Nuestra relación es sencilla y divertida.

Basada en el sexo, sí, pero me he vuelto a enamorar de mí misma.

Soy feliz. Estoy bien de salud. Me acuesto con un hombre que me ayuda a sentirme como una reina, y nunca había tenido la confianza que tengo ahora en mí misma.

Gracias al aprendizaje, la exploración y su orientación, he encontrado mi voz dentro y fuera del dormitorio. He estado callada durante muchos años, pero ya no lo estoy.

Si le hubiera pedido a cualquier otro hombre que asumiera esta tarea, habría fracasado. Y yo habría renunciado debido a mi baja autoestima. Porque me sentiría juzgada o inadecuada.

Sin embargo, con Liam no es así.

Con él puedo volar.

—Supongo que tendré que probar y averiguarlo —contesto, manteniendo un tono de voz neutro—. ¿Qué vestidos me aconsejáis que me lleve? Tengo cuatro entre los que estaba intentando elegir.

—El rosa —responde Emmy. Maven y Lexi asienten, y yo me levanto del colchón—. Te quedará genial con tu pelo.

—Eso es lo que yo pensaba. —Lo añado a mi segunda maleta y señalo las otras opciones—. Necesito uno más. No vamos a estar allí mucho tiempo, pero no me apetece agobiarme porque no tengo nada que ponerme.

Me ayudan a decidir qué ropa llevarme. Después de hacer el equipaje y de asegurarme de que tengo el pasaporte, nos trasladamos al salón con unos cuencos de helado. Escucho las cosas que están pasando en sus vidas y me siento feliz, contenta y satisfecha.

Atravesaría los fuegos del infierno mil veces si eso significara encontrar a mis amigas al otro lado, y da igual con qué hombre termine, él siempre irá por detrás de las tres mujeres que me ayudaron a recomponerme.

39

Piper

Liam
En la puerta dentro de cinco minutos

Vale! Ya estoy abajo!

Liam
Sal a la acera
He alquilado un coche

Vaya. El Papi Portero viaja a lo grande

Liam
Antes me repateaba ese apodo
Ya no estoy tan seguro

Es porque me toleras

—¿Por qué no vamos a la terminal de salidas? —pregunto mientras miro por la ventana y veo que dejamos atrás a toda velocidad el aeropuerto Ronald Reagan de Washington D. C.—. ¡Ay,

no! El chófer es el secuestrador del día aquel, ¿a que sí? Sabía que nuestra amistad era demasiado bonita para ser verdad.

—Vamos en avión privado —contesta Liam, que ni se molesta en levantar la mirada del teléfono. Hace unos minutos estaba mirando la clasificación de la liga y aunque se está tomando un breve descanso, su atención sigue puesta en el hockey—. ¿Para qué vamos a ir a la terminal de salidas?

—Espera. —Lo miro fijamente y toco su pantalla. Me mira—. ¿Un avión privado? Me mandaste tarjetas de embarque para asientos de primera clase en un vuelo de American Airlines.

—Eso fue antes de que me dijeras que no te gusta volar. Se me ocurrió que te tranquilizaría viajar en un avión con una cama donde puedas dormir unas horas.

—¿Te has gastado un montón de pasta en un avión privado para que crucemos el Atlántico porque dije que no me gusta volar? Eso… Eso es obsceno, ¿no?

—Ah, ¿sí? Supuse que estarías más cómoda si había más espacio. —Apaga el teléfono y se lo guarda en el bolsillo de los vaqueros mientras el chófer se detiene delante de una puerta con alambre de púas—. He viajado en aviones privados antes. Es mucho más divertido que cualquier asiento en primera clase.

—¿De verdad? ¿Y se puede saber adónde has ido, trotamundos?

—A casa, a Chicago. Me llevo a Pico conmigo. Se pone como loco en un transportín.

—No me sorprende en absoluto. —El coche gira a la izquierda en la pista y veo un avión a lo lejos. No es tan grande como el jet comercial que alquilamos para los partidos fuera de casa, pero sigue

siendo grande. Me quedo boquiabierta y pego la nariz a la ventana —. Qué pasada.

Nos paramos y bajo del coche. Liam coge mis maletas y sube los pocos escalones con ellas como si no hubiera metido toda mi ropa dentro. Inclina la cabeza al subir a bordo, y lo sigo.

El interior es todo cuero lujoso y luces frías. Hay unos sillones enormes a ambos lados del amplio pasillo y un sofá ocupa casi todo el lado izquierdo. También hay una mesa y un minibar en un rincón.

Es lo más ostentoso que he visto en la vida, y eso que cuando estaba casada vivía en uno de los áticos más bonitos de Washington D. C.

Es elegante y moderno, y todo parece nuevo y de primera calidad. Paso la mano por el respaldo de uno de los asientos y se me escapa una carcajada.

Sé lo que ganan los jugadores de la NHL.

Veo sus coches. Las joyas que compran y las cosas extravagantes que adquieren porque pueden permitírselo.

Sin embargo, Liam no vive de esa manera, y es la primera vez que veo lo rico que es.

Un multimillonario con un contrato estratosférico. Acuerdos de publicidad con marcas y un contrato con Bauer con el que gana anualmente una cantidad con seis ceros.

Seguro que esto no le hará ni cosquillas a su cuenta corriente, pero saber que se gasta dinero en mí me gusta. Me provoca un hormigueo en la piel. Una sensación efervescente y agradable se apodera de mi estómago, y no puedo contener la sonrisa.

—Gracias por hacer esto. De verdad —le digo.

—¿Crees que aquí estarás menos estresada?

—Eso espero, vamos.

—Bien. —Me acaricia la parte posterior del cuello y me da un apretón—. Voy a coger mi equipaje.

Me acomodo en uno de los sillones y me relajo. La tensión por lo que pueda suceder durante los próximos días se desvanece mientras respiro hondo y miro por la ventanilla. Veo a Liam estrecharle la mano al chófer que nos ha traído y darle dinero.

Vuelve unos minutos más tarde, se asoma a la cabina para saludar a los pilotos y luego se sienta en el sillón que tengo enfrente.

—Parece que estemos a punto de celebrar una reunión de la junta directiva. —Cruzo las manos sobre la mesa que nos separa y lo miro fijamente—. ¿Qué temas quieres tratar hoy, Sullivan?

—Las opciones para comer. Te gustó el pollo a la parmesana que comimos en mi casa, así que lo he pedido con antelación para el almuerzo de hoy. Ah, y galletas con pepitas de chocolate. Si quieres algo más, tienen otros platos.

—¿Has pedido uno de mis platos favoritos?

—¿Sí? —Me mira parpadeando y frunce el ceño—. ¿Te parece bien?

—Más que bien. Se me olvida lo observador que eres. No estoy acostumbrada.

—Es mi trabajo, ¿recuerdas? —Se echa hacia atrás sin apartar los ojos de los míos—. Y es divertido observarte.

—Ahora tendré que hacer cosas y ver si me estás observando. ¿Me verás hacerte una peineta durante los partidos?

—Si llevas puesta la chaqueta rosa esa, será imposible que te escondas.

Me echo a reír y saco un libro del bolso.

—No insultes mi chaqueta. Me hace sentir como Superwoman.

—No la he insultado.

—Te voy a comprar una del mismo color para que te la pongas cuando vayas al estadio. Podemos ir vestidos igual.

—Hazlo, Mitchell. No me la quitaré hasta que se caiga a trozos. —Levanta la barbilla hacia mí—. ¿Qué vas a leer hoy?

—Los chicos nos han invitado a unirnos al club de lectura este mes, y Riley eligió uno con un jugador de hockey. Me parece demasiado parecido a la realidad, pero de momento va bien.

—¿De verdad te gusta tanto leer?

—Sí. Me encanta mi trabajo, pero es agradable desconectar el cerebro y sumergirme en un mundo que no es este, ¿me entiendes?

—La verdad es que no. —Se inclina hacia delante y me quita el libro de las manos. Se da unas palmaditas en los muslos y sonríe—. Ven aquí, rayo de sol.

—¿Qué haces? —Intento recuperar el libro, pero él lo sostiene por encima de la cabeza, fuera de mi alcance—. No te interesa mi libro.

—Ahora sí. —Guarda silencio un momento—. ¿Me lo lees?

Se me suaviza la expresión mientras él lanza una mirada esperanzada. Sin pensarlo dos veces, me levanto de mi asiento, rodeo la mesa y me subo a su regazo. Él me rodea la cintura con los brazos y me apoya la barbilla en un hombro.

—¿Quieres ver la página? —le pregunto con delicadeza—. ¿O solo escuchar las palabras?

—Escuchar las palabras, por favor. Soy lento leyendo y no quiero retrasarte.

—No me retrasarías, Liam. —Levanto una mano y le toco la barbilla—. ¿Qué te resulta más cómodo?

—Escucharte. Y usa tu voz de reportera cuando leas. Me pone.

—¿Mi voz de reportera? —Me echo a reír de nuevo—. ¿Tengo una voz distinta?

—Claro que sí. Tu tono se vuelve autoritario. Es muy atractivo.

—Para no gustarte las entrevistas, sabes mucho sobre cómo son las mías.

—Ya te lo dije. —Murmura algo y cierra los ojos—. Soy observador.

Liam entrelaza sus dedos con los míos cuando entramos en el hotel horas más tarde.

Sé que la muestra de afecto es solo para aparentar. El colofón de este plan que hemos puesto en marcha, pero me gusta cuando me toca fuera del dormitorio. Un roce de su hombro en el túnel. El roce de su guante cuando sale de la pista de hielo y se dirige al vestuario. Su meñique enganchado al mío al final de la noche, cuando me despido.

Siempre he ansiado el contacto físico, y una caricia suya me ancla. Me calma de una manera que las palabras no lo consiguen. Me frota la cara interna de la muñeca con el pulgar en mitad del vestíbulo, y eso me hace pensar que tenemos una oportunidad real de lograrlo.

—¡Liam! —grita alguien.

Una mujer corre hacia nosotros y cuanto más se acerca, más me doy cuenta de que es la viva imagen del hombre que tengo al lado.

La misma nariz. El mismo pelo y la misma forma de la cara.

Sin embargo, sonríe más que él, y tiene un brillo travieso en los ojos y un entusiasmo en su forma de moverse que es raro ver en Liam.

—Allá vamos —me dice en voz baja, y le doy un apretón en la mano en señal de solidaridad.

—Me alegro mucho de que hayas venido. —Alana le echa los brazos al cuello, de modo que Liam y yo dejamos de tocarnos, y retrocedo un paso para darles espacio un momento—. No vuelvas a pasar seis meses sin que nos veamos, capullo.

—Lo siento, Lani. —Le acaricia los brazos y le besa la frente—. He estado un poco ocupado.

—Vale, crac que está haciendo una temporada de hockey fantástica —bromea Alana. Le da un codazo en el estómago antes de apartarse y poner distancia entre ellos para que Liam no pueda vengarse. Luego desvía la mirada hacia mí y su sonrisa se ensancha —. Tú debes de ser la mujer misteriosa de la que no me ha hablado nada. Pues le ha salido mal la jugada. Porque sé muy bien quién eres.

—Hola. —Sonrío y le tiendo la mano, pero me llevo una sorpresa cuando me estruja con un abrazo—. ¡Uf! Soy Piper.

—La entrevista que le hiciste a Maverick Miller fue fantástica.

—Muchísimas gracias. Y gracias también por dejarme venir para celebrar tu gran día.

Nos apartamos, y Alana me mira de arriba abajo.

—Me alegro de que estés aquí y de que mi hermano haya sentado cabeza. Durante un tiempo no paraba de hablar de…

—¿Dónde están mamá y papá? —pregunta Liam, interrumpiéndola —. El día ha sido muy largo. Estaría bien subir a nuestra habitación, ducharnos y dormir hasta mañana para poder disfrutar de todas vuestras celebraciones. Ahora mismo estoy en plan zombi.

—Vale. —Alana pone los ojos en blanco, pero sonríe—. Eso sí, en algún momento te voy a robar a Piper. Quiero asegurarme de que la tratas bien.

—En realidad, es de lo peor —le digo en lenguaje de signos, y Alana se queda boquiabierta por la sorpresa—. Pero él no sabe que estoy diciendo eso.

—¿Sabes signar? ¡Ay, me muero por ponerlo a parir! ¿Cuándo aprendiste?

—Mi primo es sordo. Llevo años signando. ¿Y tú?

—Me especialicé en lengua de signos y comunicaciones. He hecho algunos trabajos de interpretación en grandes eventos.

—Estoy acostumbrada a que ella hable y signe a la vez. Esto es nuevo. —Liam mueve la cabeza para mirarnos a la una y a la otra—. Sois muy rápidas las dos.

—Pues ya sabes lo que siento cuando empiezas a divagar en español. —Alana le hace una peineta y luego se centra de nuevo en mí—. ¿Hablamos más mañana?

—Sí, por favor. Quiero que me cuentes todo sobre Liam cuando era un niño gruñón. Estoy segura de que era insufrible.

Alana se ríe y mira a su hermano con una sonrisa.

—Me cae bien, Li.

Liam me rodea los hombros con un brazo y me mira.

—A mí también. Te prometo que seguiremos poniéndonos al día mañana, Lani.

Atravesamos el vestíbulo y yo sonrío.

—Me encanta tu hermana.

—No me sorprende. Le cae bien a la mayoría de la gente. Tiene un algo especial, ¿sabes? —Señala a una pareja en el bar—. Son mis padres. Los saludamos y luego nos escabullimos para subir. ¿Cómo te encuentras?

—No estoy mal. El desfase horario está empezando a pasarme factura después del trayecto desde el aeropuerto, pero voy bien.

Echamos a andar hacia una zona poco iluminada, situada junto al vestíbulo. Liam saluda con la mano, y la pareja que nos observa se levanta con una sonrisa en los labios.

Veo rasgos de Liam en los dos, y se me ablanda el corazón al pensar en él dentro de treinta o cuarenta años. En su aspecto con el pelo canoso y las manos arrugadas. Para entonces habrá disfrutado de una vida plena, y espero que siga encontrando la manera de ser feliz.

—¡Por fin! —Su madre se levanta de un salto y lo abraza con fuerza—. Nos preguntábamos cuándo ibais a llegar. ¿Qué tal el vuelo?

—Más largo de lo esperado debido al mal tiempo, pero no ha ido mal. —Liam le da un beso en la mejilla y luego le estrecha la mano a su padre—. Os presento a mi novia, Piper. Piper, te presento a mis padres, Cliff y Linda.

—¡Ay, pero si eres preciosa! —Linda me abraza de la misma manera que lo ha hecho Alana—. Es un placer conocerte, Piper.

—Encantada de conocerte, Linda. Gracias por dejar que me una a tu familia durante estos días.

—Es un honor tenerte aquí. Liam no nos ha contado mucho, solo que trabajas para los Stars, y estoy deseando conocerte.

—Soy un libro abierto. Te contaré todo lo que quieras saber —le aseguro.

—Qué diferente eres de Li. —Linda menea la cabeza, pero luego sonríe—. Siempre tan reservado.

—Os invitaríamos a tomar una copa con nosotros, pero sabemos que habéis tenido un día largo. Mañana por la mañana a las ocho y media hay un desayuno familiar abajo. Ya nos pondremos al día entonces —dice Cliff.

—Me parece bien. —Liam me coge la mano de nuevo y se despide de sus padres con un gesto—. Hasta mañana temprano.

Tardamos unos minutos más en escaparnos, ya que Liam y su padre se enzarzan en una conversación sobre la Copa de las Cuatro Naciones de Hockey que se celebrará a finales de esta semana y luego hay otra ronda de despedidas.

Media hora más tarde ya estamos en nuestra habitación, y bostezo.

—No recuerdo haber estado nunca tan cansada. —Abro la cremallera de mi maleta y saco el pijama—. Creo que me voy a quedar dormida de pie.

—Por eso no he dejado que Alana nos invitara a salir. Le gusta hacer las cosas a lo grande, y una noche con ella casi siempre se prolonga hasta la mañana siguiente.

—A lo mejor mañana. —Sonrío y echo a andar hacia el cuarto de baño, demasiado cansada incluso para admirar la lujosa habitación y lo que estoy segura de que son vistas al mar—. Creo que ha ido bien con tus padres. Estoy bastante segura de que se lo creen.

—Tienen que creérselo unos días más. —Liam se quita la camiseta y la dobla con cuidado antes de colocarla encima de la maleta—. Por cierto, Alana te quiere.

—¿De verdad? —Nuestras miradas se cruzan en el espejo y poso los ojos en sus músculos. Admiro las marcadas líneas de su cuerpo y el vello que le cubre el pecho y el abdomen—. ¿Cómo lo sabes?

—Por el mensaje que he recibido cuando estábamos en el ascensor. —Resopla y se desabrocha los vaqueros—. Me ha preguntado cuánto te pago por estar aquí.

—Tendré que decirle que lo hago gratis. Se va a llevar una decepción.

—¿Ya has terminado de cosificarme, Mitchell? Te estoy viendo ponerte colorada.

—No te estoy cosificando. Estoy admirando las vistas. Hay una gran diferencia, Sullivan.

Liam echa a andar hacia mí. Cuando llega a mi lado, me gira para que quede de espaldas al lavabo. Me levanta por la parte posterior de los muslos y me sienta en la encimera de mármol.

—No imaginaba que algún día vería a Piper Mitchell contestar a una pulla.

—¿Qué quieres que te diga? Cada día tengo más confianza en mí misma. Muy pronto pensarás que soy una niñata malcriada.

—Esto es nuevo. Me gusta. ¿Puedo dormir sin camiseta? ¿O te va a costar mantener las manos quietecitas?

Le doy unos golpecitos con los dedos en la cinturilla de los calzoncillos.

—Por mí como si duermes desnudo, Sully. Sé comportarme.

Me apoya las palmas en los muslos y empieza a subirlas.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

No estoy segura.

Sobre todo cuando invade mi espacio. Cuando me mira con expresión apasionada y me hace sentir importante, incluso en el cuarto de baño de un hotel.

—No —susurro, y en sus labios aparece una sonrisa—. No estoy segura.

—Primero una ducha. Luego veremos si eres capaz de resistirte a mí. —Agarra el borde de mi camiseta y luego se detiene, retrasando el momento de desnudarme. Carraspea antes de añadir en voz baja —: Me gusta cuando me llamas Sully. Me gusta cuando me lees en el avión. Me gusta que seas paciente. Me gusta que estés aquí conmigo.

—Mucha gente te llama Sully.

—Sí. Pero cuando tú lo dices, es especial.

Le recorro los bíceps con los dedos. Se le tensan los músculos por la caricia, y dejo de mover la mano.

—A mí también me gusta estar aquí contigo y te leeré cuando quieras.

Me quita la camiseta por la cabeza y se queda paralizado al ver el colgante.

—¿Llevas puesta la alianza?

Me detengo al recordar la cadena de plata e intento ocultarla.

—Sí.

—¿Por qué?

—Es una tontería.

—Dímelo de todos modos.

—No me parecía bien tirarla. Tengo la sensación de que… representa esta nueva etapa de mi vida. Una etapa que no sería posible sin ti. Por eso la llevo siempre encima.

Me da vergüenza admitirlo delante de él y su silencio me deja al borde del pánico por la posibilidad de haberme pasado de la raya. Se

aleja y se inclina para buscar algo en su maleta, pero no sé lo que está haciendo.

Un minuto después vuelve con su cartera y me la entrega. Al abrirla veo su alianza guardada a buen recaudo detrás de una fotografía antigua y me quedo sin respiración.

El corazón se me sube a la garganta. Casi se me sale del pecho cuando dice:

—Yo también.

No sé qué significa que los dos hayamos conservado nuestras alianzas. Seguramente algo importante.

Sin embargo, no tengo tiempo para darle vueltas, porque Liam empieza a quitarme el resto de la ropa. Me besa y me lleva a la ducha, donde el agua caliente me moja el pelo y me recorre el cuerpo.

Más tarde, cuando estamos en la cama bajo las estrellas, siento que me rodea el colgante con una mano y la deja ahí, como si tuviera miedo de soltarlo. Mientras escucho su respiración regular y él se deja llevar por el sueño, la idea de que me estoy enamorando locamente de él empieza a ganar terreno.

40

Liam

Estoy completamente despierto a las cuatro de la madrugada.

Y después de un vuelo de nueve horas que ha cruzado demasiados husos horarios como para contarlos, es una puta paliza.

Contengo un gemido y estiro los brazos por encima de la cabeza, consciente de que será imposible volverme a dormir. Bajo la mirada y veo a Piper dormida como un tronco a mi lado, ajena al mundo, y sonrío.

Me ha rodeado la cintura con los brazos. Su cabeza descansa sobre mi pecho y murmura algo sobre mariposas. Se me escapa una risilla y me levanto con mucho cuidado de la cama para no despertarla.

Cojo mi ropa de entrenamiento porque sé que ir al gimnasio es lo único que me calmará. Mis compañeros siguen entrenando mientras yo estoy fuera y no quiero quedarme atrás. No quiero quedarme en el olvido, y me recorre una extraña energía nerviosa.

Cuando me cambio y llego a la planta baja, me dirijo a toda prisa a la cafetería, porque necesito una buena dosis de cafeína para mantener los ojos abiertos. Me vibra el teléfono en el bolsillo antes de que pueda pedir, y sé quién es sin siquiera mirar la pantalla.

Alana
Qué te parece dar un paseo por la playa?

Con cualquier otra persona, lo odiaría.
Contigo, creo que me apunto

Alana
Nos vemos abajo en cinco minutos?

Ya estoy aquí

Añado una bebida extra a mi pedido, cojo los vasos y me voy al vestíbulo. Me apoyo en una columna para esperar a que llegue mi hermana y sonrío cuando la veo salir del ascensor con un vestido blanco de verano y un sombrero en el que se lee NOVIA en letras grandes.

—Por Dios, Lani. ¿Todavía no ha salido el sol y ya andas por ahí con eso en la cabeza? —le digo, y Alana me hace una peineta—. No creo que nadie dude sobre quién es la novia.

—Lo siento, no hablo el idioma listillo. —Sonríe cuando le ofrezco el vaso y bebe un buen sorbo—. ¿No puedes dormir?

—No. Mi cuerpo cree que son las diez de la noche.

—Normalmente a las diez ya estás durmiendo.

—Lo sé, y estoy que no doy pie con bola.

—Te echamos de menos anoche en el cóctel.

—Mejor que no fuese. Habría irritado a todo el mundo.

—Pues sí. Pero te echamos de menos de todas maneras.

—Me da que intentas engatusarme. ¿Quieres preguntarme algo?

—No. —Pone los ojos en blanco—. ¿Es que no puedo ser amable con mi hermano?

—Claro que sí. —Le paso un brazo por los hombros—. Es que ocurre tan de tarde en tarde que no sé cómo reaccionar.

—Joder, te he echado de menos, Li. —Se abalanza sobre mí, y me echo a reír mientras la abrazo con fuerza—. Ojalá pudieras quedarte más tiempo.

—A mí también me gustaría. Pero la NHL no cree en las vacaciones largas, así que tengo que volver al frío antes de lo que me gustaría. Pero a la mierda con eso. Ya nos preocuparemos del tema dentro de unos días. ¿Lista para tomar el aire?

—¿Por qué crees que elegí una boda en el extranjero? —Me coge del brazo y echamos a andar hacia las puertas dobles que dan a un paseo marítimo. La brisa matutina me da en la cara al salir y tomo una honda bocanada de aire salado—. Aquí fuera hace fresco, ¿verdad? Debería haberme traído una chaqueta.

—¿Quieres volver a por una?

—No. Entraré en calor mientras caminamos. Y si no, te obligaré a llevarme de vuelta al hotel. Necesitas ejercitar esos músculos.

Sonrío y la atraigo hacia mí.

—¿Cómo te sientes por tu gran día? ¿Necesitas escapar antes del desayuno familiar? Puedo tener un avión aquí en una hora.

—Shhh. —Me da un golpe en el brazo y pisamos la arena—. No voy a huir de mi boda. Harry y yo somos muy felices juntos. Es un hombre agradable al que no le intimida mi éxito, me quiere incluso en mis peores días y me hace reír. Con la cantidad de tíos horribles que hay por ahí, ¿de verdad quieres que renuncie a eso?

—Nunca. No puedo decir que sea lo bastante bueno para ti, pero me alegro de que seas feliz. Parece que fue ayer cuando eras una niña que hacía ballet y llevaba lazos en el pelo. Mírate ahora.

—Es raro, ¿verdad? Agradezco mucho la vida que tengo, pero me asusta lo deprisa que cambia todo a mi alrededor. Mamá y papá se están haciendo mayores. Mis amigos están teniendo hijos. Tú te acercas a los cuarenta.

—Todavía no he cumplido los treinta, Lani. Vamos a relajarnos un poco.

—Hablando de envejecer y tener hijos, ¿cómo van las cosas con Piper? ¿Ya le has dicho que estás enamorado de ella?

—¿Qué? —Vuelvo la cabeza con brusquedad para mirarla—. ¿Qué dices?

—Ah. —Sonríe—. ¿Fingimos que no sientes nada por la rubia de metro y medio que has traído contigo?

—¿Qué sabes?

—¿Qué crees que sé?

Entrecierro los ojos.

Alana es lista, y nunca he sido capaz de ocultarle nada. Gimo y me paso una mano por la cara, consciente de que no va a ser hoy cuando eso cambie.

—Vale. Estoy colado por Piper. No es nada del otro mundo. Y la cosa no va a ir a ninguna parte, ¿vale? Tampoco es una relación real. Es algo que planeamos para que mamá y papá me dejen tranquilo con lo de sentar cabeza porque me tienen hasta los mismísimos con las chapas que me dan. Los quiero, pero me cago en la puta. ¿Es que no tienen otra cosa de la que preocuparse además de mi vida personal?

—¡Lo sabía! —Casi se le cae el café cuando se pone a dar palmas —. Sabía que no estabais saliendo de verdad y que estabas colado por Piper. Has hablado de ella un montón a lo largo de los años. Viniendo de cualquier otra persona, ni me inmutaría al oír hablar de una mujer con la que trabaja. Pero ¿viniendo de ti? Por favor.

—Nunca la he mencionado —replico.

—Una mierda que no. Me contaste que trabaja para los Stars. Me contaste que la ascendieron. Me contaste que no sabe patinar, una información que no necesitaba, pero que ahora sí me hace falta. ¡Ah! Me contaste lo de su chaqueta rosa y que es rubia. Llevas años contándome cosas. Desde el día que apareció en el estadio por primera vez.

Aprieto los labios y clavo la mirada en el mar.

—Es una estupidez. Estaba casada cuando la conocí. Sabía que estaba fuera de mi alcance, pero otra parte de mí sabía que no se quedaría con ese mojón de tío para siempre. Siempre he albergado la esperanza de que… No sé. ¿De que también le gustase yo? Por eso no he… —Meneo la cabeza—. Da igual.

—Venga ya. ¡No puedes dejarme con la miel en los labios!

—No importa.

—Nunca te habías desahogado hablando de una mujer. Eso significa que es importante.

—Piper es importante, sí, por eso no he dicho nada. Las pasó putas con su exmarido, y no sé si yo soy capaz de darle la atención que se merece. No quiero que se sienta en segundo plano porque estoy muy ocupado dedicándole todo mi tiempo al trabajo, pero así son las cosas. No puedo dejarlo todo para estar con ella.

—¿Quién te pide que lo hagas? Hay montones de jugadores de la liga que están casados. Son padres y tutores y son capaces de dividirse para llegar al trabajo y a sus relaciones personales. ¿Por qué no puedes hacer tú lo mismo?

—Porque… no tengo ni puta idea. ¿Porque soy así? ¿Porque así es como me limito? ¿Porque estoy… obsesionado? No sé explicarlo. Ojalá fuera capaz de mandarlo todo a la mierda de vez en cuando, pero es que no puedo.

—A lo mejor encuentras el equilibrio. Una vida en la que puedas tener a Piper y también tu trabajo. Necesitarás tiempo, pero estoy segura de que es posible.

—Puede. —Suspiro—. Aunque ahora ya da igual. Ella no siente lo mismo por mí. Dentro de unas semanas empezará a salir con otro.

—Yo no lo tendría tan claro.

—¿En serio? ¿Y quién te ha convertido en una sabelotodo?

—Vi cómo te miraba anoche. —Su sonrisa se suaviza y su expresión se torna reverente mientras me apoya la cabeza en un hombro—. Tal y como tú la miras a ella. Como si fuera la única mujer del mundo.

Alana no vuelve a mencionar a Piper mientras contemplamos el amanecer sobre el agua, y yo tampoco.

Damos un rodeo para regresar a la cafetería y comprarle una infusión a Piper. Dejo a Lani en el ascensor y me bajo en la décima planta en vez de subir con ella a la suite nupcial. Todo está en silencio cuando vuelvo sigilosamente a nuestra habitación. Entro con cuidado en el dormitorio y me encuentro a Piper justo donde la dejé.

Tiene las sábanas arrugadas a la altura de la cintura y el pelo extendido por las almohadas. Su brazo izquierdo está estirado en mi

lado de la cama, y sonrío cuando se da media vuelta y pasa la mano por las sábanas. Me siento en el borde del colchón y la observo durante un segundo, permitiéndome imaginar una realidad en la que hacemos esto todos los putos días.

Le prepararía el desayuno. La llevaría al estadio y la besaría antes de ponerme la equipación. Volveríamos a casa juntos y la escucharía mientras me cuenta su día, asintiendo cuando menciona palabras relativas a su trabajo como reportera que no conozco, pero que quiero aprender.

No es muy distinto de lo que hacemos ahora.

Ella se queda a dormir. Nos sentamos en el sofá y hablamos. A veces lo hacemos. A veces no. Ella lee y yo veo vídeos de partidos, echándole un vistazo de vez en cuando, solo para descubrir que también me está mirando a escondidas.

Es que es muy fácil todo, joder.

¿Podría ser así si saliéramos de verdad?

¿Podría darle lo que quiere? ¿Lo que se merece?

Le pongo una mano en la espalda y le froto los omóplatos con suavidad.

—Buenos días —le digo en voz baja.

Piper se mueve. Hace un mohín con la nariz y abre los ojos. Parpadea y mira a su alrededor mientras intenta ubicarse.

—¿Liam? ¿Qué hora es?

—Hora de prepararse para el desayuno. Te he dejado dormir todo lo que he podido.

—¿Cuánto tiempo llevas despierto? —Bosteza y se incorpora—. Estás vestido y bebiendo café, así que supongo que bastante.

—Te he traído una infusión. He elegido una de hibisco. —Le tiendo el vaso, y ella lo coge con entusiasmo—. Alana y yo hemos dado un paseo por la playa. He intentado convencerla de que se salte todo esto de la boda, pero está empecinada en casarse con ese tío.

—Supongo que tendrás que conformarte con que tu hermana sea feliz. Qué pena. —Bebe un sorbo de infusión y se le escapa un gemido silencioso—. Esto me ha espabilado. Sé que he dormido durante horas, pero no creo que haya sido suficiente.

—Y que lo digas. Voy a estar arrastrándome todo el día. Supongo que eso me da una excusa para mostrarme gruñón con alguien.

—A ver, creo que vas a tener que fingir, colega.

—No quiero. Quiero meterme de nuevo en la cama. —Me siento a su lado y le pongo una mano en la cadera—. Estás muy calentita.

—Eso es lo que pasa cuando te quedas en la cama en vez de levantarte antes de que salga el sol. —Mantiene el vaso en posición vertical mientras se acurruca contra mí—. Cinco minutos y nos levantamos.

—Vale. Si no queda más remedio…

—No queda más remedio. No te duermas, Liam.

—No puedo evitarlo. Das mucho gustito —susurro al tiempo que cierro los ojos—. ¡Ah! Que sepas que Alana sabe que no estamos saliendo de verdad.

—¿Le has dicho que estamos fingiendo? Llevamos doce horas aquí.

—Lo ha descubierto ella sola. Nunca he sido capaz de ocultarle nada y cedí enseguida.

—Ahora ya sé cuál es tu debilidad. —Piper me toca una mejilla—. ¿Pasa algo si lo sabe?

—No pasa nada. Esto es más para mis padres, y creo que va a funcionar.

—Me encanta cuando sale tu vena optimista. A ver, Liam, ¿con qué otra cosa te sientes optimista?

—Con quitarte la ropa. Quítate la camiseta, Mitchell.

—Tenemos que estar abajo dentro de veinte minutos.

Entreabro un ojo y le quito la infusión de las manos. La dejo en la mesita que tengo a la derecha, me coloco sobre ella y le dejo la boca justo encima de la suya.

—La clase de hoy va sobre cómo correrse deprisa, porque si no terminas antes de que tengamos que estar abajo, no podrás correrte durante el resto del día.

Piper me sonríe, y siento su sonrisa en todas partes. Detrás de las costillas. En el fondo del corazón. Los otros puntos que nadie ha tocado. De repente recuerdo el comentario de Alana, y también me siento muy optimista con eso, joder.

—Acepto el reto, Sullivan.

Le doy un apretón a Piper en la mano mientras bajamos en el ascensor.

—¿Lista?

—El orgasmo me ha ayudado mucho a relajarme. —Juega con el colgante, con el anillo que cuelga de la fina cadena que lleva escondido debajo del vestido—. No sabía que tus dedos pudieran moverse tan rápido.

—Es un arte. Cuando volvamos a la habitación, te enseñaré cómo hacerlo.

Las puertas se abren y salimos al vestíbulo. Nos dirigimos al restaurante, a la zona privada reservada para la boda.

—Por fin —dice mi madre, que nos saluda con una mimosa en la mano—. ¡Os estábamos esperando!

—Lo siento, mamá. Ha sido culpa mía. —La beso en la mejilla—. No culpes a Piper.

—Yo estaba lista hace diez minutos —añade Piper—. La culpa es de Liam.

—¿Dónde está Lani? —Recorro la estancia con la mirada en busca de mi hermana. La veo al final de la mesa del bufet, con el brazo alrededor de su novio y una deslumbrante sonrisa en la cara—. ¡Vaya! Lleva un vestido muy discretito…

—Espera a ver su vestido de novia. Es precioso. —Mi madre desvía la mirada hacia Piper—. ¿Tú quieres casarte, cariño?

Gimo.

—Por Dios, mamá. Déjala que se coma primero una tortita.

—No pasa nada. —Piper sonríe y acepta una copa de champán de un camarero que pasa por allí—. Sí que quiero casarme. Quizá no a seis mil kilómetros de casa, pero me encantaría celebrar una boda.

—Todo es precioso, ¿verdad? Ven a sentarte, Piper. Liam no nos ha contado nada sobre ti y tengo la esperanza de que puedas remediarlo. —Mi madre me fulmina con la mirada mientras se sienta, y pongo los ojos en blanco—. ¿Cómo os conocisteis?

—Formo parte del equipo que retransmite los partidos de los Stars y nos conocimos en el pasillo del estadio. —Piper se sienta también a la mesa y cruza las piernas—. Seguramente él no se acuerde, pero el primer día yo no iba mirando por dónde iba. Llevaba como ocho cuadernos en las manos y casi me choco con él. Cuando le di las gracias por evitar que me cayera, gruñó y siguió su camino.

Es la historia real de cómo nos conocimos, y me dan ganas de echarme a reír por todos los detalles que ha clavado. Llevaba como ocho cuadernos y casi se chocó conmigo. La agarré en el último momento para evitar que se cayera y me dio las gracias como diez veces antes de que yo me alejara avergonzado, presa de los nervios por culpa de esa chica guapa que me sonreía.

—No tengo claro que gruñera —protesto—. Que sepáis que soy capaz de hablar.

—¿De verdad? —preguntan Piper y mi madre a la vez. Las dos se ríen, y meneo la cabeza.

—Esto me huele a ataque.

—Bueno… pues llevábamos siendo amigos ya un tiempo y un día decidí invitarlo a salir. Era un gran riesgo porque lo último que quería era arruinar nuestra amistad, pero creo que al final ha valido la pena —sigue Piper.

—Ay, qué bonito. Siempre hemos insistido en que Liam sentara cabeza. Dedica mucho tiempo y energía al hockey, seguro que ya lo has notado. Su padre y yo nunca le pediríamos que renunciara a algo que le gusta, pero no queremos que se pierda otras partes de su vida por estar demasiado ocupado en la pista de hielo.

—Lo entiendo. Aunque a veces creo que hay cosas por las que merece la pena esperar. Estoy divorciada —admite Piper, y admiro la facilidad con la que ofrece esa información.

No parece avergonzada, sino orgullosa, como si hubiera completado con éxito una parte de su viaje y hubiera pasado a la siguiente.

—Pobrecilla. —Mi madre le dedica una sonrisa triste y le toca la mano—. ¿Cuánto tiempo hace?

—Un par de años. Fue difícil. Lo peor por lo que he pasado, pero ya lo he superado. Sé que me hizo daño, pero si no me hubiera lanzado a una relación con el primer chico que me prestó atención, estaría en otro lugar en mi vida. Puede que no hubiera acabado en Washington D. C. y puede que no hubiera conocido a Liam. No habríamos terminado juntos, y me entristece pensar en una vida sin él. —Piper me mira mientras lo dice, y no parece que esas palabras formen parte de una actuación. Parece que las siente de verdad, y a mí también me entristece pensar en una vida sin ella.

—Siempre te habría encontrado —le aseguro con voz ronca—. Y si no hubiera podido encontrarte, te habría esperado. Dos años. Tres años o cuatro. Da igual.

Ella me vuelve a sonreír de esa manera.

La que me hace sentir vivo.

Como si hubiera estado durmiendo durante miles de años y ahora que por fin estoy despertando, solo soy capaz de verla a ella.

—Vais a hacerme llorar y es demasiado pronto para las lágrimas. Eres muy fuerte por haber superado eso, Piper. —Mi madre coge una servilleta y se seca los ojos—. Espero que Liam sea atento contigo.

Piper asiente.

—No hay nadie más atento que él. ¿Quién iba a decir que el portero grandote era un cacho de pan? Entre Pico y yo, sé que le gusta fingir que es duro. Pero lo tengo caladísimo.

—Cuidado, rayo de sol. No vayas a revelar demasiados secretos.

—¡Uy! Demasiado tarde.

Mi madre nos mira a los dos y sonríe.

—Liam, sabes que no me importa lo que hagas en tu vida personal. Que no vivas en pareja, que te cases o que salgas quince

años con la misma persona. Me da igual. Solo quiero que seáis felices, y parece que ambos lo sois, y mucho.

Señalo a Piper con la barbilla.

—¿Eres feliz?

Ella me sostiene la mirada, y asiente despacio.

—En la vida lo había sido tanto. ¿Tú eres feliz, Sully?

—Soy muy feliz —contesto, porque es la puta verdad.

41

Piper

Me siento mal porque estás conmigo en vez de acompañar a tu familia, que ha viajado al extranjero para asistir a tu boda —le digo a Alana mientras paseamos por la avenida Fuerzas Armadas—. Soy la persona más aburrida del mundo.

—Eso no es verdad. —Bebe un sorbo de batido y se ajusta el chal alrededor del cuerpo. El sol brilla, pero la temperatura ronda los quince grados. El aire fresco del mar hace que la sensación térmica sea más baja, y estoy tiritando—. Además, necesitaba salir del hotel. Quiero mucho a mi familia, pero tenerlos a todos juntos en el mismo espacio durante un periodo prolongado de tiempo no ha sido mi mejor idea. Esta mañana me he visto envuelta en una conversación de veinte minutos con mi tía Ethel sobre la menopausia. La quiero mucho, pero no necesito que me cuente lo que me espera dentro de treinta años.

Me echo a reír.

—Así que ¿yo soy la segunda opción después de la menopausia? Entendido.

—¡Qué va, me caes muy bien! Soy una cotilla, Piper, y como sales con mi hermano, eso te convierte en la persona más interesante del

mundo.

—¿Qué quieres saber?

—Vale, antes de nada, soy una cotilla, pero sin maldad. Si no quieres compartir algo, no tienes por qué hacerlo. Obviamente siento curiosidad por ti, pero no me debes ninguna explicación sobre tu vida.

—Creo que mi amiga Lexi te caería bien. Sois muy parecidas. —La cojo del brazo y le sonrío—. Te contaré todo lo que quieras saber, pero, en serio, no te hagas ilusiones. No tengo historias increíbles que confesar.

—Ya lo veremos. —Alana se detiene delante de una panadería y mira una bandeja de crujientes cruasanes—. Liam me dijo que estás divorciada. Lo siento.

—Sí. —Me toco el colgante, un gesto reflejo cada vez que oigo su nombre. Un recordatorio de lo distintas que son las cosas esta vez, aunque no se base en el amor—. Nos conocimos en la universidad y nos casamos jóvenes. Desde el principio hubo muchas señales que dejaban claro que no era el hombre adecuado para mí, pero pasé de ellas porque lo quería, ¿sabes? Firmamos el divorcio hace un par de años y estoy muy contenta de haberlo superado.

—¿Es deportista?

—Dios, no. Steven trabaja en el sector tecnológico. Fundó una startup que ganó mucho dinero, trabajaba muchas horas, nunca me prestaba la atención que yo necesitaba y luego se tiró a su secretaria. Parece muy chungo todo así de golpe, pero estoy bien. Un poco menos confiada que cuando era más joven, pero bien.

—Me alegro. Me encantan las mujeres que superan una experiencia horrible en su vida y se vuelven más fuertes. —Alana me

abraza, y sonrío—. Yo también he pasado por eso. Pensaba que el chico con el que salía en la universidad era el hombre de mi vida. Era mayor que yo y me creía capaz de mantener su atención. Cuando cumplí veintiún años, me dejó y empezó a salir con una chica de dieciocho.

—Ay, lo siento mucho. Hay momentos duros, ¿verdad? Te culpas a ti misma. Te preguntas qué podrías haber hecho de otra manera. Y, sin embargo, la culpa nunca fue tuya.

—Exacto. En fin, se acabó hablar de las mierdas del pasado. ¿Qué tal te va trabajando para los Stars? Me pasé tanto tiempo en los partidos de Liam cuando era pequeña que el hockey perdió todo su atractivo.

—No me extraña, la verdad. A mí también me agota la temporada. Pero me encanta trabajar para los Stars. Es divertido formar parte de un club que se preocupa por la diversidad. Sé que es un deporte dominado por los hombres, pero fue el primer equipo en incluir a una mujer en su plantilla para jugar como titular durante la temporada regular. Soy una de las pocas reporteras femeninas de la liga, y Lexi, la amiga que te he mencionado, es la mejor preparadora deportiva de la NHL. El trabajo en sí es increíble, y a veces tengo que pellizcarme para recordar que esta es mi vida.

—Pues me alegra oír eso, me parece estupendo. Necesitamos más mujeres en puestos en los que los hombres piensan que no encajamos. He creado una app de citas que deja el poder en manos de las mujeres. Son ellas las que envían el primer «me gusta». Son ellas las que inician la conversación. Los hombres no pueden hacer nada a menos que la mujer dé el primer paso, y si no le interesa, se fastidia.

—¿Qué haces con las parejas del mismo sexo o con las personas que se identifican como no binarias?

—Veo que te está saliendo el lado de periodista —bromea Alana—. Para las personas que no estén interesadas en un hombre heterosexual, hay un generador aleatorio que determina quién iniciará la conversación. Tenemos un equipo que supervisa los resultados para asegurarse de que los usuarios no sientan que nunca son los primeros en entablar conversación.

—¡Vaya, qué innovador! Después del divorcio me pasé una semana usando varias apps de citas y tuve que borrarlas porque no dejaba de recibir fotopollas. A ver, ¿qué necesidad tengo de ver una foto de tu polla un jueves a mediodía? Tu aplicación me parece mucho más divertida. ¿Cómo se llama? Cuando esté lista para volver al mundo de las citas, me la descargaré.

—¿Planeas cortar con mi hermano? —bromea, y me pongo roja—. ¿Te dijo que sé que estáis fingiendo?

—Sí, y me siento muy mal. El objetivo de nuestro trato era precisamente ese y no hemos tardado ni doce horas en estropearlo todo.

—No has estropeado nada. Conozco a mi hermano y sabía que ocultaba algo.

—Si tú supieras… —digo en voz baja, y ella me mira con timidez —. Lo siento. Voy a respetar su petición y no hablaré del tema.

—Mmm —murmura Alana—. Cuanto más tiempo paso contigo, mejor me caes, Piper. No sé qué os traéis entre manos exactamente mi hermano y tú, pero es la primera vez desde hace años que lo veo tan feliz.

El corazón me late con fuerza en el pecho. Intento no parecer demasiado ansiosa por obtener más información, así que espero un momento antes de preguntar:

—¿De verdad? ¿En qué lo notas?

—Si lo conoces, ya sabes lo importante que es el hockey en su vida. Siempre ha sido así. En el instituto y en la universidad era bueno, pero tenía que esforzarse el doble que sus compañeros. Para ellos era algo innato, y Liam debía intentar ponerse a su nivel. Creo que eso le infundió miedo. No podía relajarse ni un segundo porque eso significaría que no le estaba dando prioridad al deporte. Ahora lo miro y lo veo sonriendo. Se ríe y está más relajado que nunca. Está presente en el momento. No digo que tú seas la causa directa, pero es posible.

—Lo conozco porque pasamos mucho tiempo juntos. —Me encojo de hombros y me ajusto la correa del bolso—. Formo parte de su rutina y él de la mía. No estoy segura de que fuéramos conscientes de que eso era lo que estaba pasando, pero Liam ha sido una constante en mi vida durante los últimos meses. Un pilar que he necesitado para volver a encontrarme a mí misma. Me da miedo lo que puede llegar a pasar entre nosotros porque me importa como persona. Porque es mi amigo y la idea de perderlo me aterroriza.

—Siempre me ha parecido una tontería lo de ponerles etiquetas a las relaciones. ¿Por qué dos personas no pueden estar juntas sin categorizarlo? Eso no desmerece lo que sientes por la otra persona. ¿Voy a querer más a Harry cuando sea mi marido? No. Si Liam y tú disfrutáis de vuestra mutua compañía, seguid disfrutando.

La idea de alejarme de Liam me entristece.

Él ha curado todas mis heridas. Me ha reparado y sanado de una manera con la que antes solo podía soñar. Estoy segura de que otro hombre me tratará bien, pero me cuesta imaginarme deseando a otro hombre cuando solo lo deseo a él.

A mi marido.

Menuda ironía sentirme atraída por el hombre al que estoy unida legalmente cuando la última vez que llevé una alianza en el dedo, él no quería saber nada de mí.

Se me escapa una carcajada y meneo la cabeza por lo absurdo de la situación. Por el rumbo que ha tomado mi vida este año y que me ha traído aquí, a España, con el portero que le frunce el ceño a todo el mundo menos a mí y más feliz de lo que jamás podría imaginar.

—Lo siento —le digo a Alana con expresión avergonzada y agachando la cabeza—. No me estoy riendo de ti. Por cierto, me encanta tu forma de pensar. Es que estoy emocionada.

—¿En el buen sentido?

—Sí. Estoy muy contenta de estar aquí. Gracias por casarte.

—¡Ah, pues de nada! ¿Te ha dicho Liam qué nos va a regalar?

—Un momento. ¿Se supone que teníamos que traer regalos? ¡Mierda! Se me había olvidado por completo. Espero que mi falso novio millonario se haya acordado.

Alana apoya la cabeza en mi hombro.

—Sí. No, te vayas muy lejos, Piper Mitchell.

—Eres muy amable, Alana Sullivan. Un momento. ¿Vas a cambiarte el apellido por el de Harry?

Ella gime.

—Ojalá no tuviera que hacerlo, pero quiero seguir la tradición. ¿Sabes cuál es?

—No, y ahora me da miedo saberlo.

—Clutterbuck. Voy a ser Alana Clutterbuck, ¡no me jodas!

Intento contener la risa, pero es imposible. Me río hasta que me duelen los costados y se me saltan las lágrimas. Cuando consigo controlarme, miro su rostro impasible y vuelvo a partirme de la risa.

—Qué fuerte, de verdad —digo entre jadeos—. Debes de quererlo mucho.

—Sí. Estoy deseando ir a Tráfico y que me llamen Clusterfuck o Flutterfuck.

—¿No te gusta Buttercuck? Es muy mono.

—Me gusta tu optimismo. —Me da una palmadita en la mano y señala hacia la carretera—. ¿Quieres volver? No creo que tarden mucho en echarme de menos.

—Supongo que deberíamos volver. Es tu fiesta y tal —respondo, y empezamos a andar de vuelta al hotel—. ¿Vas mucho a Washington D. C.? La próxima vez que visites la ciudad, tendrás que cenar con mis amigas y conmigo.

—Vamos a abrir una oficina en la costa este a finales de año, así que tenía pensado pasarme por allí para ver a Liam. Pero prefiero salir contigo.

—¡Sí, por favor! Me encantaría. Te daré mi número para que me mandes un mensaje y podamos quedar.

—Hace mucho tiempo que aprendí a no entrometerme en la vida personal de mi hermano, y de verdad que no quiero cabrearlo, pero voy a decirte una cosa. Eres buena para él, Piper. Como amiga. Como novia falsa. Como… lo que sea que estéis haciendo. Porque sé que hay algo más. No renuncies a él, ¿vale?

—Ni loca. —Sonrío al sentir el sol en la cara y el calor en mi corazón—. Él también es bueno para mí.

42

Piper

Alana te ha sustituido como mi Sullivan preferida. —Me apoyo en la barandilla de la terraza de nuestra habitación y contemplo el mar. Hay un ligero aroma a sal en el aire y sonrío al percibirlo—. Ahora estás en segundo lugar.

—Supongo que lo habéis pasado bien juntas, ¿no? —Liam se apoya en la barandilla y me mira—. Has estado fuera toda la mañana.

—¿Me has echado de menos?

—Ni lo más mínimo.

—Voy a fingir que mientes. Lo hemos pasado muy bien. Me recuerda un poco a Lexi, con esa energía ilimitada y lo mucho que pasa de lo que la gente piense de ella.

—Ya lo veo. Me las imagino a las dos juntas en la misma habitación y se me ponen los pelos de punta.

—Y a mí. —Sonrío mientras una suave brisa me agita el pelo y me deja unos cuantos mechones en la cara—. Me da pena que tengamos que irnos pasado mañana. Me lo estoy pasando muy bien. ¿No puedes decirle al entrenador que te has nacionalizado español y

nos quedamos aquí? Técnicamente, como estamos casados, yo tengo que ir donde tú vayas.

—Es tentador, pero piensa en Pico. Te echaría mucho de menos si nos quedamos aquí.

—Podríamos encontrar la manera de traerlo. Al fin y al cabo, hemos venido en un avión privado que has pagado de tu bolsillo. —Le guiño un ojo y él resopla—. ¿Quién lo está cuidando mientras estamos aquí?

—Hudson. Pico odia a las personas, pero le encantan los perros. Encaja muy bien en casa de Hud.

—Menudo caos, ¿no?

—Esta mañana me mandó un mensaje de voz diciendo que seguían vivos, pero que él lleva dos puntos de sutura encima de una ceja por un encontronazo con una garra. Le recordé que había sido idea suya y me respondió con una bonita foto de su dedo corazón.

—Mira, como la que tú me mandaste a mí. —Me vuelvo para que nuestros costados se rocen y levanto la barbilla hacia él—. Por cierto, mmm…, me he quitado la alianza para la cena del ensayo de esta noche. He pensado que se me va a ver con el vestido y quiero evitar preguntas.

Me he tocado el esternón por lo menos diez veces en la última hora mientras me arreglaba y una parte de mí se siente desnuda sin el roce frío del metal descansando sobre la piel.

Es curioso preocuparse por algo tan pequeño e insignificante, sobre todo cuando no representa nada real, pero sin él me siento incompleta.

—¿Esa es tu forma sutil de decirme que quieres el divorcio, Piper? ¿Te vas después de conseguir las medicinas que necesitas? —Liam

sonríe—. Sabía que lo hacías con segundas intenciones.

—Solo intento evitar una conversación con tu madre sobre el motivo por el que llevo una alianza tan cerca del corazón. —Levanto una ceja—. ¿Se supone que debo tener otras razones para prolongar este matrimonio?

—¿Qué pasa? ¿No te convence mi chispeante personalidad? —replica, y me echo a reír—. ¿Quién necesita una alianza cuando llevas un chupetón en el cuello que lo dice todo?

Me froto con el pulgar la marquita morada que he disimulado con maquillaje. Me ha costado mucho ocultarla y no sé si intenta ser gracioso o si está diciendo la verdad.

—¿Y qué es lo que dice? —le pregunto.

—Que mi mujer me la chupó tan bien anoche que tuve que morderle el cuello para no gritar su nombre —contesta, bajando la voz mientras retrocede un paso y me recorre con la mirada, devorándome con los ojos.

El vestido rosa me deja los hombros al aire. Los tirantes finos no son una elección acertada para la temperatura nocturna, pero el vestido es demasiado bonito como para arruinarlo con un abrigo. La seda es fresca sobre mi piel, se adapta a mis curvas y me llega a medio muslo.

Hace unos meses me habría sentido cohibida por su lento e intenso escrutinio. Habría intentado cubrirme o desviar la atención, nerviosa por lo que pudiera pensar.

Pero esta noche no.

Esta noche me siento poderosa.

Guapa.

Como una mujer nueva.

—Estás… —dice, aunque se detiene y menea la cabeza, como si intentara deshacerse de todos los pensamientos que se le han ocurrido. Mira las estrellas y luego me mira de nuevo, con los dientes apretados, y dice con voz ronca—: Increíble.

—Ah, ¿sí?

Se acerca a mí y me acaricia las mejillas con sus cálidas manos.

—El día que te vi por primera vez pensé que eras la mujer más preciosa de la sala. De cualquier sala —me dice, y el mundo deja de girar—. Te he visto darlo todo en la pista de hielo. Te he visto desnuda. Te he visto con chaquetas que me hacían daño a la vista, pantalones de chándal y jerséis del equipo. Te he visto con cientos de conjuntos diferentes, y te quedaban bien todos. Pero esto… Esto… —Suelta un suspiro tembloroso—. Verte vestida así es peligroso, Piper. Me hace desear cosas que creo que no puedo tener.

Siento un nudo en la garganta que me impide tragar. Soy muy consciente del olor de su colonia. De la delicadeza con la que me abraza, como si temiera romperme si me suelta, y de lo tranquilo y silencioso que está todo a nuestro alrededor.

—¿Qué tipo de cosas? —susurro, y la pregunta se la lleva el aire nocturno.

Liam inclina la cabeza para que nuestras frentes se toquen y suelta un suspiro. Se está librando una guerra en su interior. La noto. Una batalla entre el autocontrol y el deseo de compartir conmigo todos los secretos del universo, y me pregunto qué bando ganará.

—Ya sabes qué tipo de cosas —murmura.

Y entonces me doy cuenta, con tanta intensidad, de forma tan abrumadora, que casi me caigo al suelo.

Aquí, bajo las estrellas, entre sus brazos, con un contacto tan firme, tan seguro, nada de esto parece falso.

Me parece real, profundo y muy prometedor.

Hay un futuro, una vida en la que envejeceremos juntos y en la que nunca, jamás de los jamases, dudaré de lo que valgo.

Y la mirada de Liam, que no pestañea y me observa con delicadeza, como si yo fuera lo más importante del mundo, me dice que él también se ha dado cuenta.

Quiero saber todas las cosas que esconde.

Quiero saber por qué sonríe y qué haría falta para que lo hiciera cada minuto de cada día.

Quiero ser yo quien lo haga feliz.

Dios, me gusta muchísimo.

En este momento se cierra el círculo. He pasado de preguntarme si volvería a sentir algo por otro hombre después de que Steven me rompiera el corazón, a enamorarme perdidamente de uno que no podría ser más opuesto a él.

Steven me quitó la confianza y Liam me la ha devuelto.

Steven me empequeñecía y con Liam me siento su igual.

Steven me hacía sentir que ocupaba demasiado espacio, y Liam no deja de hacerme sitio.

Me tiemblan las manos cuando las apoyo en su torso. Le agarro la camisa, temerosa de dejarlo ir, pero necesito un minuto a solas para procesar todo esto. Para procesar las posibilidades que se han abierto de repente.

—¿Te importa si me quedo aquí un momento sola? —le pregunto. Me tiembla la voz cuando le hago la pregunta y sorbo por la nariz—. ¿Antes de bajar?

—Claro que no. —Liam me toca la mejilla y me mira con una expresión intensa y penetrante—. ¿Te traigo algo?

—No. Estoy bien. Solo necesito un minuto.

—Quédate todo el tiempo que necesites. —Sus labios son cálidos cuando me besan en la frente—. ¿Puedo contarte un secreto?

—¿Que parezco un mapache porque se me ha corrido el rímel?

—No. No es eso.

—¿Qué es?

—Esta noche habrá unas cien personas en la cena, pero ninguna es tan afortunada como yo. —Hace una pausa y se aleja hacia las cortinas que se agitan con el viento de febrero, sin apartar los ojos de los míos—. Porque estoy contigo.

El corazón me late con fuerza detrás de las costillas mientras él vuelve a la habitación. Este momento es electrizante y me encantaría poder detener el tiempo.

¿Las cosas pueden ser siempre así con él?

¿O solo es este momento en concreto?

¿Es real?

¿Estoy pensando demasiado y viendo lo que quiero ver porque me trata con un mínimo de decencia?

¿Dentro de cuatro semanas sentiré por Liam lo mismo que siento ahora?

Contemplo el mar, pero las olas que rompen en la orilla no me ofrecen respuestas.

Me acomodo en el respaldo de la silla y coloco la servilleta sobre mi plato vacío.

Tengo el estómago lleno y estoy colorada por el vino español y por haberme reído tanto. No puedo dejar de sonreírles a los Sullivan que me rodean.

—¿Quién ha elegido el menú? —pregunto—. Estaba riquísimo.

—Yo —contesta Alana con orgullo—. En una época quise ser chef, pero nunca llegó a cuajar.

—Pues en tu próxima vida deberías ir a la escuela de cocina. Las tapas eran una fusión muy interesante.

—Quizá lo haga —replica con una sonrisa—, pero por ahora me conformo con preparar un sándwich de queso fundido los miércoles por la noche.

—¿Cómo os conocisteis? —pregunto al tiempo que apoyo un codo en el mantel y aparto mi copa de vino vacía—. Por favor, dime que fue un encuentro bonito.

—Más o menos. —Alana mira a Harry y le da una palmadita en el muslo—. Cuéntaselo tú, cariño.

—Sabes que creó una app de citas, ¿no? —me pregunta Harry, y asiento—. Pues hace años yo trabajaba para una empresa que tiene una aplicación rival y usaba la suya para analizar a la competencia y ver qué características tenía Steady que la nuestra no tenía.

—¿Y qué descubriste? —le pregunta Alana con tono desafiante, y Harry sonríe.

—Menos genitales.

—Eso le quita un poco la diversión a la vida, ¿no? —replica Liam —. ¿A quién no le gusta ver el pene de un tío que no conoces cuando estás en medio de un Starbucks? Si necesitas un café con crema, solo tienes que frotarlo un poco y ya.

—Liam… —lo reprende Linda, y yo me echo a reír—. Que estamos en un resort de cinco estrellas.

—Es una epidemia, mamá. Te lo digo porque lo sufro. Estoy en un equipo con tíos que mandan esas fotos.

Me tapo los oídos y gimo.

—Por favor, para. No necesito saber quién les está mandando fotos de sus partes íntimas a las pobres mujeres de Washington D. C. —Espero un momento y lo miro—. Es Ethan, ¿verdad?

—Obviamente. ¿Sabes cuál debería ser tu próxima actualización, Lani? Poder dejar valoraciones con estrellas después de un cierto número de conversaciones —sigue Liam—. Así te aseguras de que todo el mundo se comporta bien.

—Es un portero estrella y un cerebrito. —Alana le lanza un beso a su hermano y luego mira a su futuro marido—. En fin… Harry y yo coincidimos justo antes de que me fuera a un viaje de dos semanas a Japón. Pensé que ya no estaría interesado a mi vuelta, pero cuando se ofreció para recogerme en el aeropuerto y apareció con un ramo de rosas, supe que lo había conquistado.

—Vale, así que sois almas gemelas. Entendido —digo.

Alana levanta la barbilla. Cuando se besan, la mesa aplaude su demostración de afecto.

—Sé que algunas personas pasan años buscando el amor. Que algunas lo encuentran y lo pierden. Que otras nunca lo encuentran. Así que me considero muy afortunada porque yo no tendré que seguir buscándolo. Ya lo he encontrado.

Me pongo tensa. Se supone que este es un momento alegre. Un motivo de celebración, pero de repente siento el siseo del rencor oculto en las sombras.

Se apodera de mí el desdén por mi pasado y mi futuro. El miedo a estar sola, a no volver a encontrar el amor, asoma su fea cabeza.

¿Agoté todo el amor nada más firmar los papeles del divorcio?

¿O me concederá el universo otra oportunidad?

—¿Estás bien? —me pregunta Liam en voz baja.

—Sí.

—¿Seguro? Se nota que estás preocupada.

—Estoy de luto por mi vida amorosa —respondo en voz baja mientras la conversación se anima a nuestro alrededor. Alguien golpea su copa con un tenedor y los novios se besan de nuevo—. Por lo que tuve. Por lo que quizá nunca vuelva a tener. Estoy bien. De verdad.

—No pasa nada si no estás bien, dada la situación y los recuerdos que te puede traer.

—Ver lo mucho que Harry quiere a tu hermana hace que me preocupe por la posibilidad de no encontrar a alguien que pueda soportarme. A alguien capaz de entender mi pasado y mis dudas a la hora de comenzar una nueva relación. Nadie entenderá lo mucho que valoro mi carrera profesional, ni de dónde viene el deseo desgarrador de trabajar hasta que mi cuerpo esté a punto de caer rendido: porque siento la necesidad de demostrar constantemente mi valía. Recuerdo cuando estuve sentada en una cena muy parecida a esta, pensando que había encontrado mi media naranja antes de que todo se esfumara. ¿Quién dice que no volverá a pasar?

Liam no me responde, y eso reafirma mis miedos.

Me pone nerviosa, como si lo que pasó en la terraza fuera una fantasía. Algo que he soñado y que nunca podrá hacerse realidad.

Aunque quizá eso sea lo mejor.

Ambos tenemos claro lo que piensa Liam sobre las relaciones y las distracciones.

Admitir lo que siento por él motivada por la emoción de estos días de la boda es una distracción en el camino.

Liam se queda callado mientras levanta su copa de champán para brindar por los novios, y el silencio es abrumador. Esbozo una sonrisa y aplaudo mientras la feliz pareja demuestra su amor sin cortarse.

Estoy rodeada de amor, pero nunca me he sentido tan sola.

43

Liam

LOS REYES DEL DISCO

Maverick
Cómo va la boda de tu hermana, Papi Portero?

Grant-ioso
Te echamos de menos, Sully!

Don Facilón
Vuelve pronto a casa, papi!

Hudson
Me encanta tener a Pico aquí, portero. Creo que voy a adoptar a un gato

Grant-ioso
Claro que sí, obseso de los animales

Hudson
Por favor, no me llames así. La gente podría hacerse una idea equivocada

Maverick

A ver, cada cual tiene sus gustos, tío. Aquí no juzgamos a nadie

Grant-ioso
En serio? Pues Ethan subió anoche una foto mía con una polla en la mejilla y todos os reísteis de mí

Don Facilón
Tú te lo buscaste, colega. No te quedes frito en mi casa después de dos cervezas y no te dibujaré pitos en la cara

Has abandonado el chat
Don Facilón te ha añadido al chat

Grant-ioso
Jajaja! Me parto con el Papi Portero y sus intentos de huida
Hoy por los pitos en la cara
Me pregunto por qué intentará irse mañana

A Piper le pasa algo.

Lleva rara desde la cena posterior al ensayo de anoche.

Todas sus sonrisas son forzadas. Sus respuestas a las preguntas son breves. Y cuando me desperté esta mañana, estaba en el otro extremo de la cama.

Averiguar lo que está pasando por su cabeza me tiene desquiciado. Tengo un montón de mensajes sin responder y se me ha olvidado contestarle al entrenador sobre el entrenamiento de este fin de semana, porque estoy demasiado ocupado pensando qué habré hecho para cabrear a Piper.

La falta de respuesta hizo que el entrenador me llamara para echarme un sermón de diez minutos sobre responsabilidades y prioridades. Me dijo que soy un afortunado por tener unos días libres, pero que eso no significa que pueda dejar de lado todo lo que me espera en casa.

La bronca me dejó tocado, como si estuviera descuidando partes importantes de mi vida, y todavía sigo de bajón, aunque estoy en el pasillo, esperando la señal para acompañar a Alana al altar con mi padre.

—Oye —dice mi hermana, que me chasquea los dedos delante de la cara, y parpadeo—, ¿qué te pasa?

—Nada.

—¿Por eso llevas cinco minutos con el ceño fruncido?

—No estoy frunciendo el ceño.

—Estás mirando la pared como si te hubiera insultado.

Me paso la mano por el pelo y miro por encima del hombro. Mi padre está distraído, hablando con una de las damas de honor. Los invitados que han llegado a última hora se van sentando en las sillas dispuestas en varias filas, y sé que tengo unos minutos antes de que comience la ceremonia.

—Estoy frustrado —le digo, bajando la voz—. He cabreado a Piper.

—Vale, pues pídele perdón, mira qué fácil.

—Sería fácil si supiera qué coño he hecho para que se distancie de mí durante las últimas veinticuatro horas. Y mientras intentaba averiguarlo, mi entrenador me ha echado la bronca por no estar pendiente del teléfono, mis compañeros de equipo me han dicho que les gusta más mi sustituto temporal que yo y he recordado que para mantener una relación se necesita mucha energía.

—¡Madre del amor hermoso! —Alana pone los ojos en blanco y se mira en el espejo que hay en el pasillo—. A veces puedes ser muy egoísta, Liam. Es obvio que tus compañeros de equipo te están tomando el pelo porque no sabes aceptar una broma. ¿De verdad crees que quieren deshacerse de un tío que lleva años en el club y que ha llevado al equipo de una racha histórica de derrotas a estar a punto de ganar la Stanley Cup?

—A lo mejor están…

—Y no le cogiste el teléfono a tu entrenador, ¡vaya por Dios! —me desafía, arrollándome como una apisonadora—. Seguramente es la primera vez que ocurre y estás actuando como si fuera el fin del mundo.

—Es mi trabajo, Alana, y por lo que me pagan. No estamos hablando de un partidillo improvisado en el lago de al lado de casa. Estoy cuatro días fuera y parezco un novato incapaz de gestionar mis prioridades.

—Sé muy bien lo que estás haciendo. —Lani me sonríe—. Te estás saboteando a ti mismo.

Me froto la mandíbula. Odio que sus análisis me pongan nervioso.

—¿Qué coño significa eso?

—Es un tema del que hablo mucho con mi psicólogo.

—¿Vas al psicólogo?

Mi hermana levanta una ceja, desafiándome a hacer un comentario, pero mantengo la boca cerrada.

—¿Tú no?

—Muchos de mis compañeros de equipo van, sí. Me alegro de que les funcione y nunca me burlaría de ellos por buscar una válvula de escape para el estrés.

El hockey sobre hielo es un deporte brutal, joder, con tantos partidos fuera de casa y las burlas de los aficionados. Demasiadas noches lejos de tu hogar, solo. Puedes acabar jodido si no tienes cuidado, y a la liga le importa una mierda nuestra salud mental.

A esa gente solo le preocupa el dinero.

Les da exactamente igual que uno de sus jugadores estrella sufra una crisis nerviosa.

A lo mejor yo también debería hacer terapia con algún psicólogo.

—Vale. Explícamelo —le digo.

—Significa que haces cosas para bloquear tu éxito o que te impiden alcanzar tus objetivos.

—Ah, pues sí, lo hago. Por eso no salgo con mujeres. No salgo de marcha. Porque mi objetivo es ganar la Stanley Cup. Ser el mejor portero de la liga.

—No me refiero al hockey, tonto. Vas a cumplir los treinta. Te quedan unos cuantos años más de carrera antes de que llegue alguien más joven y mejor y te quite el puesto. ¿Y entonces qué? Para ese momento, la mujer de tus sueños habrá sentado cabeza con alguien que no la hizo esperar ni la dejó en segundo lugar por detrás del hockey, y ¿dónde estarás tú? Solo.

—¿La mujer de mis sueños? Piper y yo…, lo nuestro es solo sexual. Nada más. No quiero una relación seria y no puedo ser el hombre que Piper necesita. El hombre que se merece. Necesita estabilidad. Un tío tranquilo que vuelva a casa todas las noches y bese el suelo por el que pisa.

—Eres un idiota y, por asqueroso que me parezca hablar de tu vida sexual, los dos sabemos que no es solo sexo. —La música comienza a sonar en el salón de baile y Alana me da un empujón.

Entrelaza un brazo con el mío y el otro con el de mi padre, mientras las damas de honor echan a andar hacia el altar—. Vas a perder a esa mujer y tú serás el único culpable.

El atardecer hace las veces de telón de fondo en el salón de baile, mientras nos acercamos a Harry, caminando entre las hileras de invitados. Recorro la multitud con la mirada, buscando a una rubia de metro sesenta, sin prestarle atención al arco de flores que tengo delante.

Encontrarla me resulta fácil.

Como siempre.

La descubro en la segunda hilera de sillas a la izquierda, con una sonrisa deslumbrante en la cara. Ha juntado las manos delante del pecho, con los dedos entrelazados, e incluso desde aquí capto el brillo de la esperanza en sus ojos. Veo que su mirada se desplaza de Alana a mí, y en ese momento su sonrisa cambia.

Sigue siendo dulce, pero ahora también es insegura, como si no supiera lo que quiere de mí, y eso me deja un regusto amargo en la lengua.

¿Podré soportar saber que sale con otros tíos? ¿Podré soportar verla enamorarse de otro?

Al fin y al cabo, somos amigos, y se supone que apoyo a mis amigos. Se supone que me alegro por ellos y los animo.

Sin embargo, me da por saco la simple idea de que esté con otro.

Alana tiene razón: para mí no es solo sexo.

Hace mucho tiempo que dejó de serlo.

Y como no me deje de gilipolleces y decida lo que quiero, acabaré perdiendo a Piper.

La fiesta posterior a la cena está muy animada.

La música suena a todo volumen desde los altavoces y salgo para descansar del ruido. La terraza está tranquila y vacía, y sonrío cuando oigo que alguien se me acerca por detrás.

—Nunca has sido sigilosa. —Miro por encima del hombro y le sonrío a mi madre—. ¿Se te ha olvidado cuando nos tomábamos un chocolate caliente en la cocina a medianoche después de que me despertaras con tus pasos?

—No tengo ni idea de lo qué hablas. —Mi madre sonríe y se acerca a mí—. ¿Qué haces aquí fuera?

—Necesitaba un minuto para respirar. Ya sabes cómo es Lani.

—El alma de todas las fiestas. Es una pena que tengas que volver a casa mañana. Casi no hemos podido pasar tiempo contigo.

—Ya. Y siento no haber podido ir a casa en Navidad. No debería pasar seis meses sin veros a papá y a ti, y no deberíais ser vosotros los que siempre venís a visitarme. Voy a solucionarlo, te lo prometo. Últimamente tengo muchas cosas entre manos.

—Así es la vida. A veces estás muy ocupado, pero al final todo se calma. —Mi madre me da un codazo y yo resoplo—. Piper es encantadora. ¿Se lo está pasando bien?

—Creo que sí. Mira cómo baila; yo diría que se lo está pasando en grande.

—Me alegra verte sonreír tanto, Li. Trabajas mucho y no descansas hasta que no llegas al final. Sé que estás harto de que tu padre y yo te preguntemos por tu vida personal, pero quiero que sepas que no queremos que acabes en una situación en la que no seas feliz de verdad. Ya sea el hockey, o una mujer, o un hombre, o solo, me da igual. Solo queremos que hagas lo que sea mejor para ti.

—Si te digo la verdad, no sé qué es lo mejor para mí. Si dejo el hockey, ¿quién soy? ¿Un idiota antipático que se molesta con cualquier cosa? Qué horror.

—No. Li, eres un buen hombre con un gran corazón, y vales lo mismo dentro y fuera de la portería. El hockey siempre estará ahí, al contrario que los momentos importantes y las personas importantes. Piensa en todos los recuerdos que tu padre y tú os habéis perdido porque estabas fuera con tu equipo.

—Gracias por la charla. Hacía tiempo que no me hacían examen de conciencia. Me encanta.

—Mira que eres listillo. —Me tira de la oreja y me agacho para que me dé un beso en la mejilla—. Deberías volver dentro. Seguro que hay alguien que quiere verte.

—Yo no estaría tan seguro. Creo que la he cagado de alguna manera.

—Pues échale huevos y soluciónalo.

—Mamá, esa lengua.

Mi madre pone los ojos en blanco y hace todo lo posible por empujarme hacia la puerta. Vuelvo al salón de baile, donde la música sigue sonando a todo trapo y la fiesta está en pleno apogeo. Miro a mi alrededor hasta que localizo a Piper de pie junto a la barra, con una copa en la mano.

Me abro paso entre un grupo de primos lejanos y acabo hablando más de la cuenta con mi tía abuela. Cuando por fin consigo liberarme, mi energía social está agotada y solo quiero irme a la cama.

—Hola —le digo a Piper, y ella me sonríe.

—Hola. Me preguntaba dónde te habías metido. Pensé que te habías ido.

—Alana me sacaría de la habitación de un tirón de orejas si me fuera sin despedirme. —Señalo su copa con la barbilla—. ¿Te gusta lo que estás bebiendo? ¿Quieres otra?

—Tranquilo. Solo es agua con gas y lima.

—¿No te apetece emborracharte, Mitchell?

—No cuando mañana tenemos un vuelo transatlántico. —Disimula un bostezo con la mano y echa los hombros hacia atrás—. Pero creo que no me queda mucha energía.

—A mí tampoco. —La música cambia a una canción lenta, una balada romántica que seguro que Alana tardó horas en elegir—. Aunque parece que el universo nos está diciendo que bailemos.

—¿En serio? —Piper esboza una sonrisa y suelta la copa—. No querría yo decepcionar al universo.

Le ofrezco una mano y ella entrelaza nuestros dedos. Su tacto es cálido y firme mientras la llevo a la pista de baile. Le pongo las manos en la cintura y ella me rodea el cuello con los brazos. Empezamos a movernos con naturalidad al ritmo de la música.

—¿Te lo estás pasando bien? —le pregunto al oído, y ella asiente.

—Sí. Nunca me había planteado casarme en el extranjero, pero es la mejor opción. Quizá la próxima vez.

—Cuéntame cómo te pidió matrimonio don Capullo.

—¿Cómo? —exclama ella riéndose—. ¿Así es como llamas a Steven?

—Mmm… Tengo una agenda llena de apodos y los demás no son tan bonitos, pequeñaja.

—Tendrás que decírmelos todos luego. —Suspira antes de continuar—: Me lo pidió en un evento de trabajo con quinientas personas presentes. Yo no conocía a nadie. Me llevó al escenario, soltó cuatro frases sobre lo mucho que me quería, hincó una rodilla en el suelo y me enseñó el anillo. Yo también lo quería, pero la presión de que tanta gente me estuviera mirando me sentó fatal.

—Te resultó horroroso que lo hiciera así, ¿verdad?

—Sí. Fue una pesadilla. Si alguna vez vuelvo a comprometerme, quiero que sea un momento íntimo. Privado. En uno de mis lugares preferidos, como el estadio o a orillas del Potomac un día de primavera. Me gustaría pensar que el hombre que me pida matrimonio me conoce lo suficiente.

—Siento que no fuese así en Las Vegas. Seguro que te lo pedí a gritos cuando estábamos borrachos.

—Supongo que yo te contesté también a gritos, porque sin duda te lo merecías.

Ahora soy yo quien se ríe mientras le apoyo la barbilla en la cabeza.

—¿Va todo bien?

—¿Esa es otra de tus preguntas existenciales?

—Me refería a nosotros, Piper. ¿He hecho algo que te molestara?

—No. Necesitaba tiempo para reflexionar sobre un par de cosas. Pero estoy bien.

—¿Seguro?

Sonríe contra mi camisa, y la abrazo con más fuerza.

—Seguro.

Sé que no se ha ido a ningún sitio, pero echaba de menos tenerla entre mis brazos, la forma en la que me rodea con los suyos y me

acaricia la espalda con las manos.

Echaba de menos su risa, sus sonrisas, sus sonrojos cuando bromeo con ella.

Dios.

La echaba de menos a ella.

No me gusta el mundo sin Piper Mitchell.

La canción termina y ponen un temazo pop del que no me sé la letra. Nos separamos y carraspeo.

—¿Quieres subir a la habitación? —le pregunto—. Seguro que podemos irnos ya porque han cortado la tarta y todo eso.

—Solo si nos despedimos de Alana primero. A tu hermana le caigo bien y no quiero que se enfade conmigo porque pretendes escabullirte sin que nadie se dé cuenta.

—Joder. Intentaba evitar las despedidas, que van a durar una hora. Esto va a ser difícil. ¿Seguro que no te importa?

—Pues claro que no. Es lo que tienes que hacer. —Me coge de la mano y atravesamos la pista de baile.

Varios miembros de mi familia nos detienen para hablar, así que tardamos un rato en llegar hasta los novios.

—Piper —dice Alana con voz de borracha, soltando la cintura de Harry para poder abrazarla—, eres guapísima.

—Vaya. —Piper se ríe y le da una palmada en el hombro a mi hermana antes de apartarse—. Alguien ha bebido mucho esta noche.

—Estoy intentando que se vaya a la cama, pero dice que no puede ser la primera en abandonar la fiesta. —Harry menea la cabeza y suspira—. Vamos a estar aquí toda la noche.

—Voy a echarte un cable, tío. Lani, Piper y yo nos vamos. Ya no serás la primera en irte.

—¿Os vais? —pregunta Alana con un puchero y mirándome enfadada—. Pero es que nunca nos vemos.

—Lo sé. Pero nuestro avión sale temprano porque tengo que estar en el estadio pasado mañana. No es culpa mía, sino de la NHL.

—¡Que le den a la NHL! —exclama mi hermana, y Piper entierra la cara en mi camisa para disimular la carcajada—. ¿Ya habéis hablado?

—No —respondo con sequedad—. Porque todo está bien.

—Oooh. —Se lleva las manos al pecho—. Eres feliz. Yo soy feliz. Todos somos felices. ¿Verdad que sí, Harry? Los Clutterbuck son muy felices.

—Te ha tocado el gordo con ese apellido… —le digo a mi cuñado.

—Es un puto horror, ¿verdad? Oye, espero que sigas haciendo una buena temporada. Lani y yo intentaremos ir a algún partido en abril.

—Avísame. Os conseguiré entradas. —Miro a mi hermana y le tiendo los brazos—. Ven aquí, borracha.

—Te quiero, Li —dice ella—. No te olvides de lo que hemos hablado, o te doy una paliza.

—No se me olvidará. Pero mejor nos callamos antes de que se te escape algo que no debes decir. —Le doy un beso en la cabeza y se la entrego a su marido—. Tus amenazas significan mucho para mí.

Después de que Alana se eche a llorar, escapamos y salimos al silencioso vestíbulo, de camino a los ascensores.

—¿Así estaba yo cuando me emborraché aquella noche hace un par de años en Canadá? ¿Cuando me metiste en la cama?

—Ajá.

—¿Y no acabaste desquiciado?

—No.

—¿En serio? —Piper me mira—. Supongo que ibas en serio cuando me dijiste que me tolerabas.

—Sí. —Nuestras miradas se cruzan y siento como si me hubieran metido la mano en el pecho y me hubieran arrancado el corazón—. Iba en serio con todo.

44

Piper

Podemos volver a España?
Aquí hace demasiado frío

Liam
No tengo más hermanas que se vayan a casar
A lo mejor puedo buscar una

Nadie podría sustituir a Alana, pero cuanto antes mejor

Liam
Sé que dije que me encanta mi trabajo, pero es un puto alivio tener unos días libres

Pues sí, verdad?
Ya estás cogiendo el ritmo de nuevo?

Liam
Llevo tres días y parece que hayan pasado semanas
Qué vas a hacer esta noche?

Voy a salir con las chicas!

Liam
Código de chicas. De qué habláis cuando quedáis?

Me estás preguntando si hablamos de ti?

Liam
No
Sí

Alguien es un poco cotilla

Liam
Yo me considero curioso

Sí que hablamos de ti. Pero nada malo
Casi siempre en una discusión académica sobre la validez de los condones que brillan en la oscuridad

Liam
Grant acaba de preguntarme por qué me río

Le has dicho que es porque estás enfermo y se te está yendo la cabeza?

Liam
Ahora se lo digo

Puedo contarte un secreto?

Liam
Que parezco un mapache porque se me ha corrido el rímel?

Caliente

Liam
Odias los condones que brillan en la oscuridad?

Te estás quemando!
Te echo de menos
Y siento haberme comportado de forma tan rara en la cena del ensayo

Liam
Estuviste rara?

Podemos fingir que no

Liam
No me gusta que estemos hablando de esto por mensaje, pero a la mierda
Nunca me he casado. No sé cómo te sentías, pero nunca te disculpes por lo que te esté pasando
Y si dije o hice algo que empeoró la situación, lo siento
No lo hiciste. Es solo que tengo muchas cosas en las que pensar

Liam
Vas a ir a la cena del equipo pasado mañana?

Sí. Y tú?

Liam
Sí

Has estado yendo más esta temporada. Estoy orgullosa de ti

Liam
Voy porque estás tú, Piper
Quieres que hablemos en persona allí?

Si te apetece contarme lo que te preocupa, soy todo oídos
Si prefieres hablar de condones, también podemos hacerlo

Me gustaría
Lo de contarte lo que pienso
Y supongo que también la parte de los condones

—No me puedo creer lo avanzado que está tu embarazo. —Sonrío al ver la barriga de Maven—. Estás radiante, Mae.

—Las que dicen que estar embarazada es divertido están locas. —Se pone una mano en la barriga y coloca las piernas sobre mi mesa de centro—. Estoy agotada todo el tiempo. Tengo los pies hinchados. Tengo hambre, pero la mitad de la comida que quiero comer me da náuseas.

—Poco a poco —dice Emmy, y Maven la mira enfadada.

—No veo la hora de tenerlo ya en el mundo. Pero no me hables del parto, porque me da pánico. Que otra elija el tema de conversación.

—¿Qué tal la boda, Piper? —pregunta Lexi—. Sigo enfadada porque no nos mandaste ni una sola foto mientras estuviste allí.

—La boda fue increíble. La familia de Liam es maravillosa. A todas os encantaría su hermana, y estoy muy contenta de haber podido ir. —Hago una pausa y remuevo el vino que tengo en la copa—. Aunque creo que la lie un poco.

—¿Con algo como hacerse un tatuaje? ¿O casarse estando borrachos? —pregunta Emmy, y me atraganto con la bebida.

—¿Cómo? ¿Por qué dices eso?

—No lo sé. Estoy pensando en cosas que hace la gente y de las que luego se arrepiente, y se me ha ocurrido eso. —Entrecierra los ojos y se inclina hacia delante—. ¿Qué estás ocultando, Piper Mitchell?

La única forma de seguir su consejo sobre todo lo que tengo en la cabeza es contarles la historia completa de lo que está pasando entre nosotros.

Si Maverick puede saberlo, mis amigas también.

—Vale. —Suelto la copa en la mesa y me froto los muslos con las manos—. No he sido del todo sincera con vosotras. Os he contado que a lo mejor siento algo por Liam, pero creo que… ¿me he callado la parte en la que es mi marido…? —Me sale más como una pregunta, como un chillido avergonzado que hace que me ardan las mejillas. Me toco el colgante y sigo hablando con una carcajada incrédula mientras meneo la cabeza—. Así que… en fin. Eso es lo que ha estado pasando.

—¡Hostia puta! Pero qué callado te lo tenías, cabrona. —Lexi me mira boquiabierta—. ¿Lo dices en serio?

—¿Desde cuándo? —pregunta Maven con sequedad—. Porque te juro por lo más sagrado que como digas que fue hace meses, me voy a cabrear y mucho.

—En mi defensa puedo decir que no quería eclipsar la boda de Emmy, pero… —Dejo la frase en el aire y carraspeo—. ¿Nochevieja en Las Vegas?

—¿En Las Vegas? ¡De eso hace semanas! —Emmy se levanta y pone los brazos en jarras—. Ya puedes empezar a hablar, Mitchell.

Y lo hago.

Se lo cuento todo, desde lo del seguro médico hasta el día que Liam vino a casa para ayudarme con la migraña. Les hablo del momento de la terraza en España, y cuando me callo para tomar aire, la cabeza me está matando.

—A eso me refiero con lo de meter la pata. Durante la cena del ensayo, le dije a Liam que la última vez que tuve una relación, la última vez que pensé que había encontrado a mi media naranja, todo se esfumó. Él no calmó mis dudas. No me tranquilizó, y eso me provocó pánico. Me lo tomé como una señal de que él nunca iba a querer eso conmigo, y me cerré en banda. No sabía que quería eso con él, pero ahora sí.

Maven me echa un brazo sobre los hombros, y me muerdo el labio para no llorar.

—Ay, cariño.

—Es todo ridículo. Se supone que solo es algo físico, y yo voy y me enamoro. ¿Siento algo por Liam? ¿Siento algo por cualquier hombre que me trate mejor que Steven? Tenemos muy buena comunicación en todo lo demás, pero no tengo ni idea de cómo sincerarme sobre mis emociones.

—Vale. No soy una experta en relaciones, así que coge con pinzas lo que te voy a decir —replica Lexi—. ¿En qué se diferencia una relación de lo que estáis haciendo ahora mismo? Pasáis tiempo juntos. Dormís juntos. No salís con terceras personas. Es imposible que él no sienta algún tipo de apego.

—Puede que lo sienta. No lo sé. Eso exigiría hablar de todo, y desde que volvimos del viaje, los dos hemos estado desbordados por el trabajo.

—Pues buscad tiempo para hablar —dice Maven—. Contaros el uno al otro lo que sentís y decidid cómo seguir a partir de ahí.

—Vamos a vernos en la cena del equipo esta semana. Lo echo de menos. —Suelto una carcajada y me toco de nuevo el colgante; noto la cadena fría—. Y no me refiero desde un plano romántico. Lo echo de menos como amigo, y acabo de verlo.

—Pero eso es bueno. Echar de menos a la gente es una emoción normal, Piper.

—Lo sé. Me repatea seguir sacando a relucir a Steven, pero es difícil no comparar lo que estoy pasando ahora con lo que pasé entonces. No pueden ser más distintos. Sin embargo, sí que se parecen en cuanto a las prioridades. Ambos anteponen el trabajo a todo lo demás. Liam está tan entregado a su carrera deportiva que deja otras partes de su vida en un segundo plano. ¿Haría eso conmigo? ¿Sería capaz de buscar un hueco para mí y mantener un equilibrio con todo lo demás?

—Antes de empezar a elucubrar sobre esto, tienes que averiguar qué siente Liam —dice Maven con delicadeza—. Una conversación te ayudará, y sincerarte en esa conversación es importante.

—Dios. Estas cosas son un coñazo, ¿verdad?

—Sí. Pero la otra cara de la moneda es divertida. —Emmy sonríe —. Es bonito que te quieran y te cuiden.

—¿Tienes alianza? —me pregunta Lexi mirándome la mano—. No te he visto con ningún anillo.

—¡Ah! La tengo aquí mismo. —Me saco la cadena de debajo de la camiseta y levanto el anillo de plata—. Estoy bastante segura de que es de metal barato porque ya está asqueroso.

—Ahora todo tiene mucho más sentido. Después del evento para los abonados que celebró el club, Maverick no paraba de hablar de un tío al que Liam estuvo a punto de arrancarle la cabeza. —Emmy se sienta en el sofá, sobre los pies—. Dijo que lo estampó contra una pared y que casi lo mató.

—¿Qué? ¿Qué tío?

—¿Un tal Charlie? La cosa es que el nombre me suena de algo.

Se me revuelve el estómago. Se me seca la boca y empiezan a temblarme las manos.

—¿Qué más dijo Maverick?

—La verdad es que no me acuerdo. Solo que nunca había visto a Liam tan enfadado. Hizo un comentario sobre su mujer y todo se fue a la mierda.

—Madre mía. —Lexi silba—. Vuelve a casarte con ese hombre.

—Para ya. —Le doy un manotazo, pero siento que me pongo colorada. Me encanta cuando me llama así. Cuando me lo susurra al oído justo antes de correrme. Es como nuestro secretillo, una burla al otro hombre que nunca me trató como debería hacerlo un marido —. El matrimonio no influye en lo que siento por él.

—Sí, pero reconoce que no hay nada tan excitante como que un hombre te llame así cuando te defiende. —Maven sonríe—. Una vez un tío intentó ligar conmigo en un bar y Dallas se puso muy posesivo. Le dijo que estaba demasiado cerca de su mujer y que se apartara antes de que hubiera problemas.

—Joder. Parece que ahora necesito un marido —dice Lexi—. ¿Quién tiene una lista de deportistas disponibles en el área de Washington D. C.?

—¿Qué pasó con ese jugador de béisbol de las ligas menores con el que saliste? —pregunto, agradecida porque la atención se desvíe de mí aunque sea un momento—. ¿Era guapo?

—¿Te refieres al que se pasó media hora diciéndome que mi trabajo se quedará obsoleto en diez años, cuando los robots tomen el control y puedan curar a la gente en la mitad de tiempo que yo? Sí. Salí corriendo bastante rápido después de eso.

—¿Y alguno de los chicos del equipo?

—Ni muerta. Paso demasiado tiempo cerca de ellos y les he visto el culo demasiadas veces como para sentirme atraída por alguno. No tocaría a un jugador de hockey sobre hielo ni con un palo de tres metros. —Lexi mira a Emmy—. A menos que alguno de los chicos de tu equipo sea guapo.

—Va a ser que no.

—¡Ah! La hermana de Liam ha diseñado una app de citas en la que las mujeres controlan las conversaciones. Se llama Steady.

—¡Venga ya! Esa me encanta. —Lexi saca el teléfono y nos enseña su perfil—. Es la única que uso. Qué pequeño es el mundo.

—Oye. —Maven me da un golpecito en la rodilla—. Todo va a salir bien.

—Ya lo sé. —Miro a mis amigas con una sonrisa, animada por primera vez en todo el día—. Gracias por dejar que me desahogara.

Hablamos sobre el resto de la temporada y sobre cómo va la tabla de clasificación para los dos últimos meses de partidos antes de los playoffs. Abril está a la vuelta de la esquina, y pronto estaremos inmersos en la lucha por la Stanley Cup.

Siento la vibración de mi móvil debajo del cojín que tengo al lado y al cogerlo tengo que disimular una sonrisa al ver el nombre de

Liam en la pantalla.

Liam
imagen
Pico te echa de menos
No te lo dije antes, pero yo también te echo de menos

Nos vemos pronto, Sully

Liam
Me muero de ganas, pequeñaja

45

Liam

La semana se me ha hecho eterna desde que volvimos de España.

Tengo la sensación de ir a doscientos por hora.

Todo ha sido un no parar. Un caos continuo. Con la última parte de la temporada en marcha, los entrenamientos se están intensificando. El entrenador nos está exigiendo más que nunca, y todas las noches me quedo dormido en cuanto mi cabeza toca la almohada.

La única razón por la que voy a la cena del equipo es porque Piper estará allí, y la echo mucho de menos.

Casi no la he visto desde que aterrizamos en suelo estadounidense. Nos cruzamos en el estadio, pero no tenemos tiempo para hablar. Mi rutina está patas arriba y espero que pasar unos minutos con ella me ayude a centrarme. A ponerme en el buen camino, porque no puedo permitirme bajar el ritmo durante las próximas semanas.

No llamo a la puerta de la casa de Maverick y Emmy. Entro sin más, me quito el abrigo y lo cuelgo en el perchero de la entrada.

—¡Guardameta! —exclama Riley, y levanto la cabeza en su dirección—. Ya era hora de que aparecieras.

—Lo siento. —Entro en la cocina arrasada y dejo sobre la isla la tarta de chocolate que he comprado en la pastelería de la esquina—. He tenido una reunión con el entrenador esta tarde.

—¿Cómo te ha ido? —Me da un plato y los cubiertos—. ¿Ha pasado algo?

—Qué va. Lo de siempre. —Me sirvo un plato con pasta y ensalada, y añado una rebanada de pan—. ¿Tú estás bien?

—No me puedo quejar. Todavía tengo el hombro destrozado por el entrenamiento de ayer, así que he tenido que pasar la mañana en la cámara de tortura de Lexi.

—Parece horrible.

—Podría haber sido peor.

No se me escapa la sonrisa de Riley cuando pronuncia el nombre de Lexi. Es graciosísimo que crea que nos oculta que está coladito por ella, y todavía más gracioso que crea que alguno de nosotros se atrevería a intentar ligar con ella. Salta a la vista que le gusta, y todos sabemos que eso significa que es intocable.

—Por fin llegas —dice Hudson cuando entro en el salón abarrotado.

Hay una ronda de saludos y hago un gesto con la mano antes de sentarme en el borde del sofá al otro lado de la estancia. Me apoyo en el respaldo y empiezo a dar buena cuenta de la ensalada César, porque tengo un hambre canina.

—Hola. —Piper se sienta a mi lado en el sofá y sonríe—. Empezaba a pensar que habías desaparecido de la faz de la tierra.

—Siento desilusionarte. Estoy vivito y coleando.

—Mecachis. Supongo que no puedo deshacerme de ti. —Se apoya en los cojines y se sienta sobre las piernas. Las medias que lleva a

medio muslo me atormentan, porque el borde de la falda le llega justo al encaje. Atisbo un par de centímetros de piel suave que desearía poder acariciar ahora mismo, y clavo la mirada en el videojuego al que están jugando Maverick y Grant en vez de pensar en las cosas que quiero hacerle—. ¿Cómo te ha ido el día?

—Ha sido tolerable. —Enrollo unos espaguetis y me los como a toda prisa—. He visto pollo en la cocina. ¿Lo has preparado tú? ¿Es comestible?

—No, no lo he preparado yo. —Pone los ojos en blanco y me saca la lengua—. Ha sido Hudson. Te has perdido una discusión de diez minutos sobre las especias que ha usado y el marinado al que lo ha sometido durante una hora.

—Creo que a ese tío le gusta más la comida que el hockey. —Meneo la cabeza y me meto más comida en la boca—. ¿Cómo te ha ido a ti?

—Ha sido un día largo, pero bueno. Estoy intentando coordinar una serie de vídeos sobre los jugadores con el equipo de redes sociales, y en esas he estado liada casi toda la tarde. Antes de que intentes soltarme una chapa, no te tengo en la lista.

Esbozo una sonrisa ladina.

—Me conoces demasiado bien. ¿Qué enfoque tenía el reportaje?

—Una especie de entrevista para conocerlos mejor. Hago una batería de preguntas rápidas y quien sea tiene que contestarme en cuestión de segundos. Queremos hacer varios mientras ponemos rumbo a los playoffs.

—Eso podría resultar peligroso. No le preguntes a Ethan nada sobre los perritos calientes.

—Gracias por el consejo. —Piper apoya un codo en una rodilla y sonríe—. ¿Seguro que no quieres participar?

—Segurísimo. Estoy muy bien así. ¿Quieres salir para hablar cuando termine esto?

—¿Cómo puedes comer tan deprisa? Ya casi te lo has terminado, y solo han pasado tres minutos.

—Magia.

—Sí, quiero salir a hablar cuando termines. Seguramente debería ponerme ya en marcha, porque vas a estar listo para cuando me ponga el abrigo.

Me llevo el último bocado de pasta a la boca y sonrío.

—Ya vas tarde, pequeñaja.

Diez minutos después salgo y tomo una honda bocanada de aire fresco. La temperatura es soportable, así que me siento en una de las sillas de la terraza.

—Joder. —Piper cierra la puerta cuando sale y frunce el ceño—. ¿Cómo es posible que me hayas ganado?

—Sin duda por la ventaja de la altura. Ayuda. Además tampoco me puse a hablar con Grant sobre la última tendencia de TikTok. Ahí es donde metiste la pata.

—¿Te importa si me siento?

—Ven aquí. —Le doy una palmada a la silla que tengo al lado y ella se acerca, se sienta y se abrocha la chaqueta—. ¿Estás lo bastante abrigada?

—Creo que sí. A menos que tengas una chimenea en el bolsillo, sobreviviré.

—Se me han acabado. —La miro y le doy un golpecito en la rodilla con la mía—. ¿En qué piensas?

—Voy a ir al grano y me gustaría que no me interrumpieras, ¿vale? Llevo todo el día ensayándolo y quiero hacerlo bien.

—Vale —accedo—. Tienes la palabra.

—Sé que cuando te hablé por primera vez de este plan nuestro, la idea era lo de las clases y fingir que salíamos juntos hasta la boda de tu hermana. También acordamos que sería algo sin ataduras que no iría más allá del dormitorio, pero… No quiero mentirte, Liam. He… He empezado a… En fin, que me gustas. No solo me gusta acostarme contigo, sino también estar contigo haciendo cosas normales. Y sé que eso va en contra de tu regla de nada de distracciones, y siento habérmela saltado, pero no quiero volver a acostarme contigo sin que sepas cómo me siento y lo que siento por ti. Que me gustas, vamos. Más que como amigo. Sé que es culpa mía por enamorarme del lado emocional del sexo, pero… ¿por qué me miras así?

Me tiemblan los labios por la risa.

—Así ¿cómo?

—Como si se te hubiera roto la boca.

—Creo que se llama «sonrisa».

—No. Pareces un payaso que da muy mal rollo.

—Tus cumplidos solo mejoran con el tiempo.

—Me está acojonando y se me está olvidando todo lo que quiero decir.

—¿Qué más quieres decir?

—Pues… no sé qué más quiero decir.

—¿Puedo decir algo yo?

—Solo si dejas de poner esa sonrisa tan rara.

Suelto una carcajada y le pongo una mano en el muslo, que le aprieto una sola vez.

—Tengo la sensación de que estoy de vuelta en el instituto por decir esto, pero tú también me gustas, Piper. Desde hace tiempo. Alana me soltó un sermón cinco minutos antes de que la llevara al altar, y no he dejado de darle vueltas desde entonces.

Piper me mira parpadeando.

—¿En serio? ¿Qué te dijo?

—Que me deje de gilipolleces, y es verdad. A ver, estamos en una situación rara. Nos hemos acostado, nos hemos casado y ahora nos damos cuenta de que nos gustamos. Lo estamos haciendo todo al revés, y la verdad es que me está costando la misma vida seguir el ritmo.

—El hockey es tu prioridad. Me has dicho cientos de veces que el hockey es lo más importante de tu vida. Cualquier cosa que trascienda una relación sin ataduras interferirá con eso, y nunca podría hacerte algo así. No cuando sé lo mucho que te esfuerzas por ser tan bueno.

He estado pensando mucho en este tema desde que volví a casa.

El equilibrio en mi vida y lo que de verdad me importa.

Si no vuelvo a jugar otro partido, ¿me llevaría una decepción? Sí. Me cabrearía. Agacharía la cabeza. Pero lo superaría, aunque tardara bastante. Pasaría página y encontraría otra cosa que me gustase.

Pero si no volviera a ver a Piper, me quedaría destrozado.

Es la conclusión a la que he llegado esta semana.

Cuando no estoy en la pista de hielo, pienso en ella. Me pregunto si ha tenido un buen día. Me pregunto qué está haciendo.

Me pregunto si también estará pensando en mí.

—Lo que hemos estado haciendo parece que funciona —digo, y Piper me mira parpadeando—. Te quedas a dormir en mi casa. Yo me paso por la tuya. Mi juego no se ha resentido por eso. A lo mejor… —Dejo la frase en el aire—. A lo mejor podemos seguir así: viéndonos, quedando para hacer cosas. No vamos a irnos a vivir juntos ni nada de eso, pero creo que te has convertido en parte de mi rutina.

—¿De verdad?

—Ayer me dieron una paliza en el partido de entrenamiento. No había jugado tan mal en todo el año, y lo único distinto es que llevo seis putos días sin verte.

—Yo me bloqueé en la cena del ensayo porque buscaba algún tipo de validación por tu parte cuando te confesé mis miedos. No me debes ninguna validación. Tú no eres el responsable de mis miedos, y siento haberte alejado.

—¿Qué quieres que haga, Piper? —Le acaricio las mejillas y noto que contiene la respiración—. ¿Gritar que puedo contigo? Porque puedo. ¿Decirte que no importa si crees que eres un desastre o demasiado difícil o demasiado callada o no lo bastante buena porque yo creo que lo eres todo en el mundo y más? Pues no importa, porque es lo que yo creo. Te deseo como nunca he deseado a nadie, y eso me está volviendo loco.

—¡Oh! —susurra—. Yo ta-también te deseo de esa manera, pero vas a tener que ir despacio conmigo, Liam. Estoy aterrorizada. Todavía estoy trabajando para confiar en los demás y sentir que… que se me permite tener esto.

—Ya sabes lo que pienso sobre lo de ir despacio. —Apoyo la frente en la suya—. Vamos a intentarlo. Vamos a ver cómo se desarrolla la

cosa cuando dejemos de fingir que es algo que no es. Para mí hace tiempo que esto no son clases ni enseñanzas ni nada por el estilo, Piper. Me acuesto contigo porque quiero acostarme contigo, no porque sea parte de algún tipo de acuerdo o una obligación. Por eso estoy aquí esta noche. Porque me gusta estar contigo y porque eres mi mejor amiga.

—Tú también eres mi mejor amigo. —Se le escapa una risa entrecortada—. Vale. Entonces no somos follamigos. No somos novios. ¿Qué somos? ¿Qué estamos haciendo?

—No lo sé. ¿Vivir el momento? Es algo que nunca hago, joder, así que tendrás que ser delicada, pequeñaja. Esto es territorio nuevo para mí.

—Les he contado a las chicas lo de Las Vegas —suelta de repente.

—Me sorprende que hayas aguantado tanto sin irte de la lengua. Más les vale que nos envíen un regalo.

—¿Cuándo ibas a contarme tú que te enfrentaste a Charlie en el evento para abonados?

—Pensaba que no te gustaría saber que intentó meter mierda. —Me encojo de hombros—. El tema se zanjó y no volverá a meterse contigo.

—¿Vas a lanzarte a por todos los que me insulten?

—¿Qué pasa si lo hago? ¿Te parecería bien?

—Sí. —Piper me acaricia el mentón con los dedos, y me deleito con su caricia. La ansío, quiero más—. Creo que sí.

No sé a quién coño estoy engañando.

No podría mantenerme alejado de ella aunque lo intentara.

No tengo ni idea de cómo hacer esto bien…, sea lo que sea esto. No lo tengo claro, solo sé que quiero hacerlo con ella.

Soy el primero en irse de la cena, y Piper me sigue. La espero abajo, en el aparcamiento, y volvemos a mi casa en coche cogidos de la mano como si fuera la cosa más fácil del mundo. Hablamos de la semana que hemos tenido. Me río con uno de sus chistes malísimo, pero es tan mona que ni me importa.

46

Piper

Hola!

Liam
Por fin
Qué tal el día?

Bien. Qué tal el entrenamiento?

Liam
Llevo dos horas con calambres en la pierna

Parece divertidísimo

Liam
Quieres venir para que me sienta mejor?

Eso no ha sonado muy bien. Inténtalo de nuevo

Liam
Que vengas, mujer

Sí. Así vale

Número desconocido
Piper, soy Steven
Has bloqueado mi número?
Cuántos años tienes? Cinco?
Llámame

Liam abre la puerta de su casa antes de que yo baje la mano después de llamar.

Sonrío al verlo. Se apoya en el marco de la puerta y solo lleva puestos unos pantalones de chándal. Está sin camiseta, y sus tatuajes casi brillan a la luz del pasillo.

—Hola —dice despacio—. Estás muy guapa. ¿Vienes del estadio?

—Sí. Me duelen mucho los pies.

—¿Has cenado?

—No. No he tenido ni un segundo para sentarme en todo el día. Por fin hemos contratado a una segunda comentarista, así que le he estado enseñando el estadio y ayudándola con los trámites de Recursos Humanos.

Liam me invita a pasar, y gimo de alivio al quitarme los zapatos de tacón. No avanzo más de un metro antes de que él me coloque un montón de ropa en los brazos.

—Ponte cómoda —me dice.

—¿Tenías preparado esto para mí?

—Sí. He pensado que habrías tenido un día largo y que querrías cambiarte.

Me pongo de puntillas y le doy un beso en la cara.

—Gracias.

—Vente a la cocina cuando hayas terminado. —Liam me da un apretón en el culo—. Y no tengas prisa.

Voy al cuarto de baño del pasillo y me cambio la falda y la blusa por una camiseta holgada que es suelta y suave. Es de Liam, y sé que le encanta porque se la ha puesto muchas veces. Sonrío al captar el olor de su detergente en el cuello.

Después de ponerme los calcetines, voy a la cocina y me encuentro a Liam de pie, atento a lo que está preparando, con un paño de cocina al hombro.

—¿Qué estás haciendo? ¿Puedo ayudar?

—Pollo a la parmesana de nuevo. Lo devoraste la otra vez, y he pensado que podía preparar salsa de tomate frito.

—Preparar salsa de tomate frito —repito al tiempo que me coloco a su lado—. Así como si tal cosa.

—Venga ya, Piper. No voy a comprar un bote de tomate frito. Es una puta locura.

—Pues claro que sí. —Sonrío cuando levanta la cuchara de madera. La rodeo con los labios y gimo al probar la salsa—. Hostia. Está mejor que la primera vez que la preparaste.

—Lo sé. La primera vez intenté ser creativo, pero esta es la receta de mi madre con un ingrediente secreto.

—¿Y a cuántas mujeres le has preparado este plato? —Me apoyo en la encimera y cruzo las piernas a la altura de los tobillos—. ¿A treinta?

—Solo a ti. Solo mi mujer disfruta de la experiencia de la salsa Sullivan.

—Que sepas que eso podría tener un doble sentido si lo piensas bien.

Liam enrolla el paño de cocina y amaga con lanzármelo. Mi grito se convierte en una carcajada cuando me agarra y me abraza contra su pecho, evitando con facilidad el movimientos de mis piernas y mis brazos.

—Te he echado de menos —me dice al oído.

—Yo también te he echado de menos —replico y lo digo en serio.

Me deja en el suelo y me sirve un plato grande de pasta. Nos sentamos a la isla el uno al lado del otro y hablamos de cómo nos ha ido el día. Sonríe cuando se me queda pegada una gota de salsa de tomate en una de las comisuras de los labios. Le doy un toquecito en el pie y engancho el tobillo en su pantorrilla.

Esto es justo lo que llevamos tantos meses haciendo, pero me parece distinto.

No me cabe la menor duda de que quiere estar aquí conmigo, y en el ambiente flota una sensación muy ligera. Una sensación relajada que no había antes, y me gusta lo natural que parece todo. Lo relajado que está Liam y su insistencia en tocarme, como si llevara meses esperando para tenerme de esta manera.

—Ha llegado tu medicina para la migraña. —Le da unos golpecitos a la caja que hay en la isla y me la acerca—. Que no se te olvide llevártela cuando te vayas.

—Gracias. Siento que sigan entregándola aquí. Tienen tu dirección guardada, así que no dije de cambiarla.

—No pasa nada. Mientras te la tomes. —Liam me mira con seriedad—. ¿Te la estás tomando, Piper?

—Que sí… y también estoy recibiendo masajes mensuales. Llevo semanas sin que me duela.

—Es curioso que tener acceso a ciertas cosas pueda ayudarte a mejorar.

—Eso es lo que se llama «privilegio», colega. —Veo un ramalazo naranja con el rabillo del ojo y cojo a Pico del suelo para acariciarlo detrás de las orejas—. Hola, Pico. ¿Has tenido un buen día?

—¿Se puede saber cuándo cojones has empezado a hablar español? —Liam acerca su taburete hasta que nuestras rodillas se tocan—. ¿Eres una espía infiltrada, Mitchell?

—Me descargué la app de Duolingo el mes pasado. Pero no te hagas ilusiones. Solo me sé unas cinco frases, y la mitad son para preguntar dónde está el baño.

—Dado que estás ampliando horizontes, supongo que tengo que decirte cómo estoy ampliándolos yo.

—¡No me digas! —Le doy un beso a Pico en la cabeza y miro a Liam—. ¿Por fin estás interactuando con las personas usando frases completas?

—Qué tocapelotas eres.

—Has puesto otra vez esa sonrisa tan aterradora. Eso tiene que ser porque te gusta.

—Es discutible. Les pregunté a los chicos si podía unirme al club de lectura el mes pasado. —Se pasa una mano por el pelo y aparta la mirada—. Hudson me mandó un código para audiolibros y me dijo el libro que van a leer el mes que viene para que pueda empezar antes.

—Liam. Eso es increíble. Estoy muy orgullosa de ti.

—¿Crees que podrías leerme algunos capítulos cuando estemos juntos? Me gusta escucharte. Me ayuda a procesar las palabras.

—Oye —digo, y me pongo de pie. Me mira de repente a los ojos, y sonrío—, te leeré lo que quieras. Porno de monstruos. Libros de seres feéricos. Un thriller que incluya detalles macabros sobre asesinatos brutales.

—¿Porno de monstruos? Para el carro, pequeñaja.

Me echo a reír y lo beso en la frente.

—Perdona. Te iré introduciendo en eso poco a poco.

Liam ladea la cabeza y se apodera de mis labios. Me quita a Pico y lo deja en el suelo para que pueda rodearle el cuello con los brazos y acercarme a él.

—¿Te quedas esta noche? —Se aparta para deslizarme la boca por la garganta y el cuello, y echo la cabeza hacia atrás para que pueda besarme ese punto debajo de la oreja que me encanta—. Di que sí, por favor.

—El único sitio al que me voy a ir es tu dormitorio.

Arrastra el taburete por el suelo cuando se levanta, un sonido molesto que bloqueo mientras me rodea la cintura con el brazo. Me echa sobre su hombro y se dirige al pasillo.

—¿Este es mi nuevo medio de transporte? —le pregunto.

—Es más fácil llegar a tu culo así. —Me apoya una mano en el trasero y me da una palmadita—. Y es una de las partes que más me gustan de ti.

Abre la puerta de una patada y me deja caer en la cama. Reboto dos veces y subo hasta las almohadas como puedo. Liam da un paso hacia mí, ya empalmado. Se mete una mano en los pantalones de chándal para acariciársela, moviéndola arriba y abajo.

—¿Debería quitarme esto? —Me doy un tironcito de la camiseta y me la subo despacio por el abdomen. Liam sigue mis movimientos y empieza a acariciarse más deprisa cuando separo las piernas y levanto las caderas—. ¿Y esto?

—Por favor —responde con una especie de jadeo ronco que me resulta muy placentero—. Quiero verte.

—Hemos hablado mucho de lo de ser bueno. ¿Has sido bueno, Liam?

—Creo que sí, pero me pondré de rodillas y te suplicaré si quieres que lo haga.

Me quito primero las bragas y las tiro contra la pared. A continuación me quito la camiseta, que acaba en alguna parte de la habitación.

—¿Qué te parece si te pones entre mis piernas?

—Joder, Piper. —Me mira boquiabierto. Con las mejillas sonrojadas. Y una gota de sudor justo por debajo del nacimiento del pelo—. Mi mujer es una puta preciosidad.

Seguro que sabe el efecto que me provocan esas palabras.

Seguro que sabe que me licúa el cerebro.

—Si tan guapa soy, ven y ocúpate de mí. —Levanto la barbilla y sonrío—. ¿Por favor?

Se sube a la cama y se coloca entre mis piernas. Me separa las rodillas y me pasa el dedo justo por el centro. No me avisa antes de metérmelo, y jadeo al sentir la invasión, ese ramalazo de dolor que desaparece bajo el éxtasis que siempre me provoca.

—Mojadísima. Y solo para mí.

—Pues claro que es para ti. ¿Para quién si no?

—No lo sé, pero me gusta que sea para mí. —Me presiona el clítoris con el pulgar y jadeo de nuevo, sumergiéndome en una sensación de placer increíble—. Para nadie más.

Añade la lengua y otro dedo, estimulándome hasta que no me queda ninguna duda de que él es el único capaz de ocuparse de mí así, que es él único que sabe perfectamente cómo mover la muñeca o curvar los dedos.

He intentado imaginarme a otros hombres tocándome de esta forma, estando en la cama conmigo y hablándome así.

¿Mi cuerpo reaccionaría de la misma manera? ¿Me gustaría tanto?

Descubro que la respuesta es un no rotundo cuando me separa con los dedos, me mete la lengua y me sacude una onda expansiva.

Me tiemblan las piernas, y me tranquiliza mientras va tocándome con más delicadeza a medida que la cresta de la ola se convierte en una suave onda. Gimo cuando se aparta, con los nervios a flor de piel y el corazón desbocado en el pecho.

—Ha estado bien. —Sonrío mirando al techo—. Dame un segundo antes de volver a empezar. Necesito recuperar el aliento.

—Tómate todo el tiempo que necesites, preciosa. —Liam me besa la frente y se levanta de la cama. Lo miro y lo veo bajándose los pantalones de chándal. Se los quita y se rodea la polla con los dedos —. ¿Ves algo que te gusta?

—Me gusta que vayas sin ropa interior.

—¿De verdad? Pues entonces lo repetiré.

—¿Cómo te…?

El momento se rompe porque me llaman por teléfono y el tono de llamada resuena con fuerza por el pasillo, de tal manera que hasta doy un respingo.

—¿Quién no silencia el móvil? —me pregunta Liam—. ¿Y con ese volumen?

—Lo siento. Me gusta tenerlo activado por si hay una emergencia. Con lo de Maven y el bebé y con Emmy subida a un avión todo el tiempo, quiero saber si pasa algo.

—¿Quieres que lo coja?

Me muerdo el labio inferior. La ansiedad me retuerce las tripas, y asiento.

—¿Te importa? Lo siento. No seré capaz de concentrarme en otra cosa hasta estar segura de que no pasa nada grave.

Se da media vuelta sin pensarlo siquiera y vuelve al cabo de unos segundos.

—Dice número desconocido.

—¡Mierda! Seguro que es Steven. Bloqueé su número hace unos meses porque no paraba de mandarme mensajes. Hace poco empezó a escribirme desde un número nuevo y no he tenido oportunidad de volver a bloquearlo. No quiero que creas que estoy hablando con él ni nada por el estilo.

—Lo único que creo es que es un puto gilipollas —replica, tirando el móvil al colchón—. Y que lo odio con todas mis putas fuerzas.

—Yo también. —Estiro los brazos hacia él, porque deseo sentirlo sobre mí. Deseo desterrar los viejos recuerdos y sustituirlos por otros nuevos y mejores—. Te necesito, Liam. Tanto que me duele.

Coge un condón de la mesita de noche, abre el envoltorio y se lo pone.

—¿Cómo quieres que lo hagamos esta noche, corazón? —Liam mueve las caderas y me mete los primeros centímetros. Gimo y lo agarro del brazo—. ¿Rápido? ¿Lento?

—Rápido. —Lo agarro del culo con la mano libre, animándolo a que me penetre más, y entonces es él quien gime—. Fuerte.

—¿Vas a dejar que te folle como si fueras mía, Piper?

—Sí —le contesto al tiempo que cierro los ojos—. Porque soy tuya.

Me deleito con los movimientos erráticos y posesivos de Liam. Me dejo llevar por su invasión, que me dilata hasta casi resultar molesto, por esa sensación de plenitud, de perfección, y me pierdo.

El camino hacia otro orgasmo se interrumpe cuando vuelve a sonar el móvil, y se me empieza a agotar la paciencia.

—Lo siento —jadeo, y Liam me penetra con una intensidad amenazadora—. Debería haberlo silenciado.

—Y él debería haberte dejado tranquila hace años. Contesta, Piper.

Pongo los ojos como platos y lo miro fijamente.

—¿Qué? Te tengo dentro.

—Exacto. —Mueve las caderas, torturándome y penetrándome todavía más, acercándome más al precipicio. Gimo y me agarro a las sábanas en un intento por disfrutarlo un poco más sin dejarme llevar y explotar tan pronto—. Si va a molestarte, que se entere de lo que se está perdiendo. Que escuche lo bien que te satisfago, algo que él no consiguió hacer. Que se entere de lo bien que le entra mi polla a mi mujer.

Joder.

Esas dos palabras casi me hacen estallar. Siento los primeros indicios del orgasmo en el abdomen. Se me nubla la vista. Se me abre la boca y empiezo a jadear en busca de aire, ardiendo.

Todo a mi alrededor arde, la habitación es un infierno, y en la vida he estado tan excitada.

Tanteo a mi espalda. Rodeo el teléfono con los dedos y paso el pulgar por la pantalla.

—¿Diga? —contesto.

—¡Por fin, joder! —exclama Steven—. ¿Se puede saber qué cojones estás haciendo?

—Nada —respondo con un hilo de voz. A Liam no le gusta demasiado la respuesta, porque me empieza a acariciar el clítoris con el pulgar. Me lo frota despacio, trazando círculos, y se inclina hacia delante hasta que me puede besar el cuello—. Estoy ocupada ahora mismo. ¿Qué pasa?

—Lo que pasa es que llevo semanas intentando hablar contigo. Tenemos que discutir algunas cosas. Dinero. Bienes comunes. Cosas importantes que estoy esperando que repases para que firmes.

—No es una buena idea. —Gimo cuando Liam sigue embistiéndome y me tapo la boca con una mano—. Puedes repasar todo eso con mi abogada.

—¿Estás…? Hostia, Piper. ¿Estás en la cama con alguien? Puta de mierda.

Me quedo paralizada y se me hiela la sangre en las venas. Una expresión furiosa asoma a la cara de Liam, que me quita el móvil de la mano con delicadeza.

—¿Qué le has dicho? —pregunta en voz baja y letal.

No oigo la respuesta de Steven, solo sé que Liam me sujeta de la cintura y no me suelta.

—Liam Sullivan. Ah, y me tienes en tu equipo de la fantasy league, ¿sabes? La próxima vez que veas mi nombre, quiero que recuerdes que soy yo quien se la folla como tú nunca lo hiciste. Es mi nombre el que grita, y dudo mucho que llegara siquiera a fingir

que gemía el tuyo. No cuelgues si quieres averiguarlo por ti mismo, pero como me entere de que vuelves a insultarla, las consecuencias no van a gustarte mucho.

Tira el teléfono sobre las almohadas, sin molestarse en colgar, y me dobla las rodillas para llevarme las piernas al pecho. Se me escapa una especie de carcajada que acaba en gemido, porque los últimos minutos me parecen más un sueño febril que otra cosa.

—Mírame, Piper —me dice, y la ternura reemplaza la rabia de su mirada—. Yo nunca te hablaré así. Nunca te trataré como él. Conmigo estás a salvo. ¿Entendido?

—Entendido —susurro, y nunca una palabra significó tanto. Extiendo un brazo y le toco el pecho, con la mano justo sobre su corazón—. Soy tuya.

Me penetra hasta el fondo de nuevo y todo se ralentiza. No sé durante cuánto tiempo follamos ni cuánto se queda dentro de mí, solo que es el lugar más perfecto del mundo.

Estallamos juntos en una vorágine de jadeos mientras me besa de nuevo, con el móvil y mi pasado más que olvidados.

47

Liam

Estás haciendo un partidazo esta noche, Papi Portero! —Maverick golpea mi palo con el suyo en el vestuario—. Menudo paradón el de justo antes del descanso.

—Gracias. —Me quito los guantes y me agacho para volver a atarme los patines, agradecido por poder sentarme unos minutos—. Y gracias por mantener el ataque en el otro extremo de la pista. El partido es mucho más divertido cuando tengo un segundo para respirar.

Maverick suelta una carcajada y coge su botella de agua.

—Solo me limito a hacer mi trabajo, tío.

Me desato los cordones del otro patín y me lo aflojo un poco. Compruebo si la alianza está en el mismo sitio donde la he llevado durante los últimos veintitantos partidos y me quedo paralizado al no encontrarla.

—Mierda. —Me quito el patín, lo pongo boca abajo y lo sacudo, esperando a que el anillo caiga al suelo del vestuario. No sale nada —. ¡Mierda!

—¿Estás bien? —me pregunta Hudson.

—No, no estoy bien. —Me levanto y meto la cabeza en mi taquilla. Aparto la equipación y muevo los palos—. ¿Dónde coño está mi anillo?

—¿Qué anillo? Tú nunca llevas anillos —replica Riley.

—Mi alianza de boda —contesto cabreado, agachándome para buscar en la bolsa—. Joder.

—Necesito que alguien me ponga al corriente, porque por un segundo he pensado que el portero acaba de anunciar que se ha casado —dice Grant—. ¿Cuándo cojones ha pasado eso?

—Yo lo sabía. Lo sabía y no os he dicho ni pío, cabrones —anuncia Maverick—. Lo sabía desde hace semanas y qué putísima alegría que esto haya salido a la luz y ya no sea un secreto.

—Yo fui el testigo —anuncia Hudson, y Maverick gruñe.

—¡Coño! ¿Es que no puedo llevarme ningún mérito?

Los ignoro porque estoy demasiado ocupado sacando todas mis pertenencias como para preocuparme por quién sabe qué. No paro hasta dejarlo todo tirado a mis pies. Hasta que se me agita el pecho a lo bestia porque no encuentro nada.

Aprieto los ojos con fuerza y me obligo a respirar hondo. A calmarme e intentar pensar con tranquilidad.

Hice una parada espectacular en el segundo periodo. Seguramente la alianza se me salió del patín y acabó en la parte trasera de la portería entre un montón de trozos de hielo.

—Piper y yo nos casamos en Las Vegas —le digo a mi equipo. Se oye un grito ahogado. A alguien se le cae el palo, y todos me miran sin pestañear—. Fue un accidente. Una borrachera que no recordamos ninguno de los dos, pero decidimos seguir casados por lo menos hasta el final de la temporada. He llevado la puta alianza

conmigo en todos los partidos, pero la he perdido y necesito recuperarla.

—Anda —susurra Ethan—. El Papi Portero está enamorado.

—Chicos —dice Maverick, y levanto la barbilla para mirarlo. Todos lo observan—. A veces llega un momento en el que debemos tomar una decisión personal que está por encima del bien común del equipo. Yo tuve el mío cuando jugamos contra el ex de Emmy y le di unas cuantas hostias. Hudson tuvo el suyo cuando se marchó a mitad del partido para estar al lado de su madre durante sus últimas horas. Seymour también lo vivió cuando lo sacaron la temporada pasada porque su mujer ingresó en el hospital para dar a luz. Nos pagan por ser deportistas profesionales, pero ante todo somos humanos. Y los humanos tenemos emociones. Unos sentimientos que son un coñazo y que tenemos derecho a expresar, digan lo que digan los medios de comunicación. —Recorre con la mirada a todos los presentes y se detiene en mí para asegurarse de que he oído sus últimas palabras—. Así que esto es lo que vamos a hacer: vamos a salir ahí fuera, vamos a sacrificar el calentamiento y vamos a encontrar la alianza de Liam, aunque tengamos que gatear por la pista.

—Miller… —digo—, no hace falta que…

Maverick levanta una mano para que me calle.

—Tú me ayudas a mí. Yo te ayudo a ti. Fin de la discusión. Las órdenes del capitán son encontrar ese puto anillo.

Cruzamos la mirada. Asiento una sola vez, con la esperanza de poder transmitirle toda mi gratitud con el gesto.

—Quien lo encuentre se lleva mil dólares —añado—. Y una noche en el bar conmigo.

—Mierda —dice Grant, que prácticamente sale corriendo del vestuario con Ethan pisándole los talones—. ¡Es una oportunidad única en la vida! —grita mientras desaparece.

El vestuario se va vaciando hasta que solo quedamos Maverick, Hudson y yo. Me vuelvo a poner los patines y miro a mis compañeros.

—Vaya discursito has soltado —le digo a Maverick.

—¿Te ha gustado? —me pregunta con una sonrisa—. Desde que me casé soy un blandengue. Supongo que se puede decir lo mismo de ti.

Le doy un empujón en el hombro y él se ríe.

—Que te den.

—Ay, ese es mi gruñón.

—Me gustaría darte un consejo, Sully —dice Hudson, y lo miro—. Como alguien que siempre deseó tener más tiempo. Decirle a una persona lo que sientes por ella es lo más importante en la vida. Porque algún día ya no podrás hacerlo y te arrepentirás de cada vez que te callaste.

Le pongo una mano en un hombro.

—Tu madre estaría orgullosa de ti, tío.

—Sí. —Sonríe, siempre optimista, aunque esté pasando por un infierno—. Lo estaría.

—¿Por qué no compraste una puta alianza de color amarillo? —grita Riley mientras rodea una zona por cuarta vez—. Sería mucho más fácil localizarla, no como una plateada.

—Me aseguraré de decirle a la tienda de regalos donde la compré que se abastezca de diferentes colores. Les encantará recibir comentarios —respondo—. Me cago en todo. ¿Dónde cojones está?

—¿Habéis tenido suerte? —pregunta Hudson.

—No encuentro nada.

—Aguanta, portero —dice Riley, sin dejar de mover su palo sobre el hielo—. La esperanza es lo último que se pierde.

—Pues a mí me mata —refunfuño entre dientes.

Me levanto y patino hasta un rincón, justo al lado de la mampara protectora. Los aficionados golpean el cristal y gritan mi nombre, pero mantengo la cabeza gacha. Mantengo la mirada fija en el hielo y la esperanza se va desvaneciendo poco a poco.

—¡Oye! —grita Maverick, y levanto la cabeza de golpe. Miro por encima del hombro y lo veo agitando una mano en la otra punta de la pista. Salgo disparado, pasando como una exhalación por delante del equipo rival, y todos me miran como si estuviera loco. Probablemente lo esté—. ¿Es este? —me pregunta, levantando un anillo.

Me invade una sensación de alivio y me río mientras lo cojo y me lo llevo al pecho, sujetándolo con fuerza.

—Es este —digo, y mis compañeros de equipo se agrupan a mi alrededor.

Por lo entusiasmados que están, cualquiera diría que acabamos de ganar la Stanley Cup. Suelto un suspiro que libera lo que parece un peso de mil kilos que me estaba aplastando el pecho.

—¡Creo en los milagros! —grita Grant, abrazándome por la cintura —. ¡Vamos, joder!

—¿Ves? —Riley me da un golpecito en las rodillas con su palo—. Mira lo que se consigue con esperanza.

—Puede que tengas razón. —Me agacho y paso el cordón por el anillo, tras lo cual hago tres nudos y me lo meto por el calcetín, por

si acaso—. Gracias, cabrones. Vamos a ganar este puto partido.

—No me pondría a cuatro patas por nadie más. —Maverick me da un beso en el casco—. Bueno, sin contar a Emmy.

—Dios, Miller, cállate. —Lo empujo, pero estoy sonriendo de oreja a oreja—. A nadie le interesan tus cosas.

—No vuelvas a perder ese chisme —me dice con tono severo, y asiento.

—No pienso hacerlo. Esta vez lo mantendré a salvo.

Ganamos por un gol.

Un tiro de Hudson que supera la línea de la portería sella el resultado y provoca el caos en las gradas. La victoria nos consolida en el primer puesto de la Conferencia Este y tenemos el mejor récord de la liga, muy lejos de la pésima temporada de hace cuatro años.

Recorro la fila del equipo rival, estrechando la mano de los jugadores mientras me quito la máscara protectora. Luego choco los cinco con Hudson antes de que lo llamen para una entrevista con la ESPN, la cadena nacional, que quiere conocer su opinión sobre el tiro que nos ha dado la victoria.

Tardo un buen rato en abandonar la pista porque quiero celebrar el cambio de suerte que hemos tenido. Ganar sienta bien, y es agradable disfrutarlo con los aficionados en vez de escuchar abucheos después de otra derrota.

En el otro extremo de la pista de hielo veo a Piper preparándose para su entrevista posterior al partido. El cámara levanta dos dedos y ella asiente, ajustándose el auricular en la oreja para poder oír por encima del ruido de la multitud. Mira a izquierda y luego a derecha,

y frunce el ceño cuando se da cuenta de que no tiene a ningún jugador cerca.

Siempre hay alguien esperando para acercarse y hablar sin parar, pero esta noche no hay nadie.

Hudson sigue hablando con los de la ESPN. Maverick está firmando autógrafos, de espaldas a ella. Ethan y Grant están posando para hacerse fotos con un grupo de niños en las gradas, y Riley va de camino al vestuario con Lexi, despacio y con una bolsa de hielo en la nuca después de una caída chunga en los últimos segundos del partido.

El ceño fruncido de Piper se convierte en una mueca de pánico cuando el cámara levanta un cartel enorme y empieza a hacerle gestos. Ella gesticula a su vez y está a punto de que se le caiga el micrófono al hielo, cuando siempre lo tiene bien agarrado.

Aprieto los dientes y tomo una decisión en una fracción de segundo. Echo a patinar y me acerco a ella cuando le dicen que quedan treinta segundos.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta, y noto la ansiedad en su voz. En su forma de pronunciar las palabras—. Salgo en directo en…

—Treinta segundos. ¿Necesitas a alguien con quien hablar?

—Sí, pero no contigo.

—¡Vaya! —exclamo y me río—. Eso me ofende un poco.

—Ya sabes a lo que me refiero. Tú no concedes entrevistas. Nunca hablas con los medios de comunicación.

—Creo que me gustarían si tú estuvieras al otro lado.

Piper parpadea y el alivio le inunda la cara. Se muerde el labio inferior y clava la mirada en la mía.

—¿Estás seguro?

—Vamos, mujer —susurro, bajando la voz—. Hazme una pregunta.

Se pone roja como un tomate. Retrocede un paso y está a punto de caerse, pero la agarro del brazo para sujetarla. Traga saliva y sigo el movimiento de su garganta justo cuando se enciende la luz roja de la cámara y ella esboza una sonrisa deslumbrante.

—Gracias, Bradley. Estoy aquí con Liam Sullivan, que ha conseguido hacer veintiocho paradas esta noche delante del público local. Liam, esta victoria os convierte en el número uno no solo de la Conferencia Este, sino de toda la liga. Es la octava victoria consecutiva, la racha más larga conseguida por un equipo esta temporada. ¿A qué atribuyes el reciente éxito de los D. C. Stars?

—A la química —respondo al tiempo que me apoyo en el palo, mirándola—. Estamos en un momento en el que todo encaja a la perfección. Llevamos tanto tiempo jugando juntos que conocemos los puntos fuertes y débiles de cada uno. Somos capaces de compensar si alguien no está en su mejor momento, y todos queremos ganar, hostia.

—Eh, un pequeño recordatorio: estamos en directo —dice Piper, levantando las cejas.

—Lo siento. No quería meterte en problemas, pequeñaja. Pagaré la multa, no te preocupes. ¿Qué más preguntas tienes para mí?

Sus mejillas pasan de rosas a rojo carmesí. Me gusta provocarla. Si las entrevistas fueran todas tan divertidas, no me importaría hacerlas después de cada partido.

—Has tenido otra actuación fantástica esta noche, lo que te lleva a doce partidos sin encajar tantos en lo que va de año. —Me enderezo un poco más. Esbozo una sonrisa y la miro, impresionado. Nadie ha sido tan amable conmigo en una entrevista antes, ni siquiera cuando

jugaba en la universidad, y me emociona su atención al detalle—. También lideras el ranking de paradas de la liga. ¿En qué piensas cuando sales a la pista noche tras noche y lo das todo? ¿No acaba agotándote?

—Sí que siento fatiga física y mental. Es parte del juego. Lo más importante es cómo reaccionas ante ella —contesto cuando me acerca el micrófono y asiente—. ¿Acabo agotado? Todas las noches. ¿Sé que tengo un equipo en el que puedo confiar cuando no estoy en mi mejor momento? Sí, claro que sí, joder. Perdón. Sé que esta noche no he fallado ninguna parada, pero tampoco tengo en la cabeza que haya conseguido dejar el marcador a cero para el equipo contrario, ¿sabes? Me limito a estar a tope hasta que suena la bocina y, al final de la noche, solo quiero que mi equipo tenga el máximo de puntos.

—La última pregunta, Liam, y te dejaremos para que sigas celebrándolo con tus compañeros.

—¿Tantas ganas tienes de deshacerte de mí?

Piper pone los ojos en blanco, pero sonríe.

—La verdad es que sí. Antes del tercer periodo, el equipo salió y realizó un calentamiento inusual. Hubo menos estiramientos y mucho más… gateo. ¿Algún comentario sobre este nuevo ritual previo al partido?

Me echo a reír.

—Lo va a petar en internet, ¿no?

—Ya sois tendencia en las redes.

—Genial. En cuanto al gateo, era porque estábamos buscando una cosa.

—¿Y la habéis encontrado?

—Sí.

—Debía de ser bastante importante.

—Sí. —Mis ojos se clavan en los suyos y sonrío—. Lo más importante del mundo para mí.

—Le devuelvo la conexión a Bradley y Clarissa, que analizarán todos los momentos destacados de esta noche. Gracias por quedaros con nosotros. Cuidaos mucho, sed buenos y nos vemos aquí pasado mañana para el enfrentamiento de los D. C. Stars contra los Cleveland Vipers.

El cámara nos da el visto bueno y Piper echa los hombros hacia atrás.

—Eres buena en tu trabajo —le digo.

—¿Pensabas que no lo sería?

—Sabía que lo eras, pero es que lo haces genial.

—Y por tu culpa me va a echar la bronca mi jefe porque has dicho unos cuantos tacos. —Me saca la lengua—. ¿Cómo se te ocurre soltar dos palabrotas en la televisión nacional, Sullivan?

—Lo siento. Se me han escapado. Te diría que no volverá a pasar, pero no habrá otra entrevista, así que estoy a salvo.

—¿No te plantearías hacer otra? No he sido demasiado invasiva, ¿verdad?

—Has estado perfecta. Es que esto no es lo mío.

—Gracias por salir a la palestra. Te lo agradezco mucho. Me has salvado de tener que hablar sola durante cinco minutos.

—Me alegro de haberte ayudado.

—¿Me puedes decir ahora lo que habías perdido? ¿En vez de hacerte el misterioso delante de miles de personas?

—No. —Le sonrío—. Así es mucho más divertido.

48

Piper

No esperaba entrar en la vida de Liam tan fácilmente, pero lo he hecho.

Febrero da paso a marzo.

La nieve se derrite y seguimos viéndonos. Algunas noches, después de una derrota, él quiere estar solo. Otras veces me lleva en coche a su piso, callado, pero cariñoso, con la mano en mi muslo y el peso de la derrota sobre sus hombros.

Vamos juntos a la cena del equipo. Entro unos minutos después que él. Él se va con disimulo unos minutos antes que yo. Estoy bastante segura de que el equipo se está dando cuenta, pero nadie dice nada.

Como esta noche. Grant me guiñó un ojo cuando me puse la chaqueta y, antes, vi que le daba veinte dólares a Ethan cuando me senté al lado de Liam en el sofá.

—Estás muy pensativa —dice Liam mientras caminamos por la acera de camino a su casa—. ¿Qué te preocupa, pequeñaja?

—Mi mente es un lugar traicionero. —Le apoyo la cabeza en el torso cuando él me rodea con el brazo—. Creo que los chicos han hecho una apuesta sobre nosotros.

—¿Por qué lo crees?

—He visto un intercambio de billetes basado en nuestra elección de asientos.

—¿En serio? Pues tendremos que fastidiarlos. —Me acaricia la punta del pelo con los dedos y luego me da unos tironcitos—. La semana que viene te sentarás al lado de Hudson.

—Me gusta cuando eres malo.

Llegamos a su piso y abre la puerta. Sonrío al ver los zapatos que tengo en la entrada y la rebeca que me he dejado en la mesa.

Anoche me di cuenta de que Liam había vaciado un cajón de su cómoda para mí, y eso me demuestra que lo está intentando. Está intentando hacerme un hueco entre los entrenamientos, los partidos y los mensajes de sus padres sobre el viaje que están planeando a Washington D. C. Está intentando mantener el equilibrio entre las cosas que le importan sin descuidar otras partes de sí mismo, y eso significa mucho para mí.

Yo también lo estoy intentando.

Intento confiar. Intento no compararlo con mi pasado. Intento no anticipar lo peor y limitarme a estar presente en el momento.

—¿Quieres postre? —me pregunta Liam, y lo sigo a la cocina.

—Depende. —Me siento de un salto en la isla y balanceo las piernas—. ¿Qué tienes?

—Bizcocho de zanahoria. Y, oye, antes de que pongas cara de asco, no lleva pasas. Detesto las pasas, joder.

—Yo también.

—Fíjate. Somos una pareja casada con gustos similares. Vamos a conquistar el mundo. —Coloca un plato entre nosotros y corta un trozo—. Abre la boca, por favor.

Sonrío y abro la boca. El bizcocho es dulce y gimo al probar la cobertura de queso crema.

—Creo que me gusta más que el sexo.

—Debería sentirme ofendido, pero creo que estoy de acuerdo. —Liam corta un trozo para él y se lo come—. Riquísimo, ¿verdad?

—No quiero comer otra cosa en lo que queda de noche. Solo esto.

Me agarra la barbilla y me echa la cabeza hacia atrás. Su beso es suave, sabroso, con el regusto de las nueces en su lengua. Me pasa una mano por el pelo y me suelta la coleta antes de detenerse en la parte posterior de mi cuello. Suspiro y me relajo contra él mientras se coloca entre mis piernas y ocupa el espacio donde más me gusta que esté.

—¿Al dormitorio? —me pregunta sin separarse de mi boca y asiento, porque lo necesito. Lo deseo.

Le rodeo la cintura con las piernas y sonrío cuando me levanta de la encimera y echa a andar por el pasillo. Me sienta en su cama y le desabrocho el botón de los vaqueros con torpeza por las prisas, con el corazón acelerado.

Le bajo la cremallera y empiezo a darle tirones a los vaqueros, dejando claras mis intenciones, de manera que se los quita y los aparta de una patada. Los calzoncillos hacen bien poco por ocultar esa parte de su anatomía, y se los bajo mientras se quita la camiseta, ambos colaborando para dejarlo desnudo por completo.

—Te quiero en mi boca, Liam. —Le doy un lametón de arriba abajo. Extiendo con el pulgar la humedad que se le ha acumulado en la punta con movimientos más seguros y confiados que hace una semana. Ya sé cómo hacerlo. Ya sé cómo provocarle placer, y joder, lo deseo mucho—. ¿Te parece bien?

—¿Confías en mí? —me pregunta, y asiento. Confío en él como no confío en nadie más—. Túmbate boca arriba y deja que te cuelgue la cabeza por el borde del colchón.

Le hago caso y me coloco arrastrándome sobre el edredón.

—¿Así?

—Perfecto —contesta a la vez que se la agarra y empieza a acariciársela. Con la otra mano me toca la barbilla y me tira del labio inferior para abrirme la boca—. Respira por la nariz.

Tomo aire, expectante, mientras él se inclina sobre mí y me sujeta la cabeza por la nuca. Me mete despacio la mitad en la boca y se me saltan las lágrimas. Relajo la mandíbula para ofrecerle más espacio y lo oigo murmurar en señal de aprobación.

—Joder, no puedes estar más buena —murmura, bajándome la parte delantera de la camiseta y las copas del sujetador—. Me encanta verte mientras me la comes, Piper.

La posición no me da mucho espacio para moverme, así que confío en él para que haga el trabajo. Gimo a su alrededor cuando me pellizca un pezón y separo las piernas mientras acerco las manos al bajo de mi falda.

—Voy a meterla un poco más, cariño. Quiero que te atragantes con ella. —Y, efectivamente, me atraganto en cuanto mueve las caderas, porque la tiene tan larga que casi es demasiado—. Perfecto.

Aunque diga guarradas, siempre es considerado, como cuando me limpia las lágrimas o me la saca despacio de la boca. Está empapada con mi saliva.

—Siéntate —me dice.

—Necesito quitarme la ropa.

—No puedo esperar tanto.

Me siento y me vuelvo, dejando las piernas colgando del borde. Me recorre una oleada de calor. Liam me da un tirón de una pantorrilla y se ríe porque estoy a punto de caerme al suelo. Me besa cuando por fin me acomodo.

Me sube la falda hasta la cintura y sonrío, provocándolo al levantar las caderas para quitarme las bragas. Me muestro atrevida y codiciosa mientras me toco el clítoris, susurrando su nombre.

Me recorre un muslo con una mano y cuando toca la mía, pienso que todo esto es muy guarrillo. Pecaminoso, pero no me arrepiento de nada. Me importa una mierda acabar en el infierno o donde sea que se acabe, porque cuando me aparta la mano y me mete tres dedos, llego a la conclusión de que nunca he querido ser un ángel.

—Piper —dice con voz ronca. Y a lo mejor es por la lujuria. O porque está achispado por la cerveza que se bebió durante la cena. Sea lo que sea lo que lo tiene así, me encanta. Quiero más—, ¿puedo…?

—Por favor —susurro, ansiosa por dejarle claro que yo también lo deseo muchísimo.

Esto es diferente de lo que hemos hecho antes.

Esto es una necesidad. Un anhelo. Una agonía maravillosa, y creo que voy a morirme si no me la mete.

Me apoyo en un codo, porque quiero grabarme esta noche en la memoria, a sabiendas de que es un momento crucial en el gran esquema de nuestra relación. Un momento especial, valioso, y me sorprende la admiración que veo en sus ojos. Las caricias de sus manos en mis costados antes de bajarlas para darme un apretón en las caderas.

Nunca lo había visto así, con la respiración entrecortada. A punto de ceder. De perder el control por algo más profundo que el sexo. Parece incapaz de decidirse por un lugar de mi cuerpo en el que concentrarse, así que lo ayudo. Me separo con los dedos y dejo que me vea por completo.

—Eres… —dice y se detiene mientras menea la cabeza—. Eres la mujer más magnífica con la que he estado en la vida.

Me encantaría decirle muchas cosas.

Cosas absurdas como «gracias».

Por sacarme de la oscuridad.

Por hacerme sentir hermosa.

—Demuéstramelo —susurro—. Tócame, Liam.

Sus caricias son trémulas, como si la habitación se estuviera sacudiendo. Como si esto fuera real, algo vivo que respira fuera de estas paredes y cuyo nombre ambos conocemos muy bien. Me presiona el clítoris con un pulgar. Me pega la boca al cuello y siento el cálido roce de su lengua en la garganta, que me deja justo en el borde del abismo.

—Hostia —dice, pero no en plan cabreo. Lo dice más bien a modo de súplica. Se apoya en el colchón, que se hunde bajo su peso. Se tumba sobre mí, internándose en mi órbita—. Podría follarte toda la noche. Podría tocarte toda la noche. Podría… Joder. Podría pasarme toda la noche contigo. Y la siguiente, y la siguiente.

—Pues quédate conmigo —replico, y su mirada se torna ardiente.

Me saca los dedos y busca un condón. Le toco la muñeca para detenerlo y él me mira.

—¿Estás bien? —me pregunta, y no sé si lo estoy.

—¿Pasa algo si…? —Respiro hondo—. ¿Podemos probar a hacerlo sin condón?

Su mirada es penetrante, un rayo que me atraviesa el corazón. Echa la cabeza hacia atrás y suelta el aire con los ojos clavados en el techo. A lo mejor he dicho algo inapropiado, pero antes de que pueda preguntarle, me besa. Me roza la nariz con la suya y me entierra la boca en el hueco de la garganta, donde suelta una carcajada.

—¿Quieres que lo hagamos a pelo?

—Solo contigo —respondo—. Nunca lo he hecho con otro y quiero que seas el primero.

—Yo tampoco lo he hecho así con nadie —replica, y la habitación se convierte en un torbellino de colores. De formas, sonidos y sensaciones—. Y he querido hacerlo contigo desde la primera vez. Pero, Piper, te advierto de que si lo hacemos sin condón, me va a resultar muy difícil alejarme de ti, porque en cuanto te sienta sin barreras entre nosotros, ya no desearé otra cosa durante el resto de mi vida. Solo querré pasarme el día entero follando contigo.

—Tomo anticonceptivos —le digo mientras le paso los dedos por el torso, porque sus palabras me parecen mágicas, magníficas y son justo lo que quiero.

—Bien. —Asiente y se aparta—. Eso significa que puedo correrme dentro de ti, ¿no? —Se tumba boca arriba y me hace un gesto para que me siente a horcajadas sobre él. Le paso una pierna por encima de las caderas y lo miro.

—Sé que acordamos no salir con nadie más, pero quiero asegurarte que no he estado con otro, Liam. Solo contigo. Quiero que lo sepas.

—Solo has sido tú desde el principio. Nadie más, Piper.

Metérmela sin la sensación del condón me provoca algo vertiginoso. Trasciendo el tiempo y floto sobre mi cuerpo mientras me meto la punta, y luego me relajo lo suficiente como para aceptar el resto.

Me dejo llevar, mi cuerpo conoce el suyo y las cosas que más le gustan.

Él me acaricia una mejilla despacio, demorándose, y me doy cuenta de que esto no es follar. Es algo mucho más sustancial, algo mucho más importante que cualquier cosa que hayamos hecho antes.

Cuando está a punto, me mira, con expresión interrogante.

—¿Puedo…?

—Sí —susurro—. Ya te he dicho que soy tuya, Liam.

—Lo eres. Y quiero que todo el mundo lo sepa.

Disfruto de cómo se corre, de su semen en mi interior y de la sensación de satisfacción por haber visto todas sus facetas.

Cuando acaba, me limpia y me abraza con fuerza. Pico se acomoda entre nosotros, y nuestras respiraciones se acompasan mientras nos sumergimos en una realidad en la que esto existe para siempre.

49

Liam

Me despierto y bostezo.

Cuando me vuelvo, veo el teléfono de Piper en su lado de la cama y me pregunto si estará otra vez en la terraza porque no puede dormir.

Sonrío y aparto el nórdico, siguiendo los ruidos que oigo y que me llevan hasta la cocina. Aunque sea de noche, la luz es deslumbrante. Doblo la esquina y la encuentro con una de mis camisetas, que le queda enorme. Se ha puesto unos calcetines que le llegan hasta la mitad de las pantorrillas y se ha recogido el pelo en un moño despeinado que hace que sus mechones rubios parezcan rayos de sol. Enciende un quemador y pone la tetera encima. Hay una taza en la encimera y Pico está frotándose contra sus tobillos.

Me gusta verla en mi espacio. Encajando en mi vida y girando a mi alrededor como si lleváramos años haciéndolo. No es una distracción. No es una tarea ni una carga, y en las semanas que llevamos juntos no he sentido ni una sola vez que tuviera que sacrificar el hockey por ella.

Carraspeo, porque quiero que se dé cuenta de que estoy aquí, y ella da un respingo de un metro. Suelta un grito y Pico sale

disparado hacia el pasillo.

—Liam, por Dios. —Se da media vuelta para mirarme con el ceño fruncido, y no puedo contener la sonrisa al ver la expresión asesina de sus ojos—. ¿Cómo se te ocurre?

—¿Qué he hecho? —Me acerco a ella y saco una taza para mí—. ¿O es que estás nerviosa?

—Capullo. —Piper resopla y comprueba el quemador—. ¿Te he despertado?

—No. Me he despertado solo. Te echaba de menos y por eso he venido a buscarte.

—Bueno, aquí estoy. Preparándome una de tus infusiones. Tienes de todo aquí, Sullivan.

—Lo compré cuando empezaste a quedarte a dormir. —Me encojo de hombros y le doy un golpecito a la caja de las infusiones—. Quería que estuvieras cómoda.

Su expresión se suaviza y me tira de la cinturilla de los pantalones del pijama.

—Eres demasiado bueno conmigo.

Me cabrea que considere que esto es un trato especial, cuando debería ser lo mínimo. No quiero saber todos los detalles sobre cómo la trataba su ex, ya he oído suficiente, porque sé que me darán ganas de comprarle cualquier cosa que pueda desear. Es ahora mismo y ya quiero mimarla a tope, así que no me imagino cómo sería si me entero de todas las cosas que le han negado.

—Tengo una sorpresa para ti —le digo.

—¿Un amigo para Pico?

—Echa el freno, pequeñaja. —Acerco la mano al cajón situado a la izquierda de la cocina y lo abro—. Extiende el brazo y cierra los ojos.

—Vas a cortarme la mano, ¿verdad?

—Las extremidades amputadas no son lo mío, pero casi. —Corto un trozo de papel de cocina y lo humedezco debajo del grifo. Acto seguido, le agarro la muñeca y le giro el brazo. Despego el plástico del tatuaje temporal que compré el otro día y poso los dedos un instante sobre su piel para sentir su pulso—. Cuando estuvimos en Edmonton me dijiste una cosa.

—En Edmonton te dije muchas cosas —replica y resopla. Aunque guarda silencio cuando presiono el tatuaje sobre la piel—. ¿Cuál te gustó más? ¿Mi propuesta de que folláramos?

—¿Me has oído quejarme en algún momento? —Cubro el tatuaje con el papel húmedo y lo presiono—. Abre los ojos.

Piper me observa mientras retiro el papel y se ríe, levantando la muñeca.

—¿Un tatuaje? ¿Qué es?

—Una flor de loto. Representa la fuerza y la resistencia.

—¿Y por qué me has hecho un tatuaje?

—Porque es una de las cosas que dijiste que querías, y yo también las quiero. Contigo. Bailar una lenta en la cocina. Besarnos bajo la lluvia. Hacernos tatuajes a juego y comportarnos como un par de idiotas. Haz el idiota conmigo, Piper. Te lo suplico, porque estoy enamorado hasta las trancas de ti. —Hago una pausa. Le tiemblan los dedos mientras recorre con ellos el contorno de la flor—. Nunca había querido comportarme como un idiota, pero contigo me dan ganas de hacer el tonto. Me dan ganas de casarme en Las Vegas y de reír hasta que me duela la cara. Creía que sabía lo que era ser feliz, pero luego te conocí y todo cambió. Lo de antes no era ser feliz. Esto es ser feliz y lo siento porque estoy contigo.

Quiero decirle muchísimas cosas más.

Cosas importantes.

Cosas ridículas.

Esa declaración de dos palabras que lleva rondándome la cabeza toda la semana. Dos palabras que oigo cuando me sonríe desde el otro lado de la pista de hielo. Cuando me saluda con la mano y se pone colorada. Y ahora mismo, porque me está mirando como si confiara en mí para mantenerla a salvo. Como a alguien a quien quiere tener cerca. Y, de repente, en este preciso momento, esto significa más para mí que cualquier logro que haya conseguido en mi carrera deportiva.

A la mierda los elogios.

A la mierda las victorias.

A la mierda el récord de derrotas, la Stanley Cup o que me elijan para jugar en el equipo de los All-Star.

Esas cosas no significan nada si no tengo a Piper a mi lado.

—Creo que… —Guardo silencio y le acaricio la mandíbula con los dedos. Le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja y sonrío—. Creo que llevo toda la vida esperándote, Piper Mitchell.

—Yo también creo que llevo toda la vida esperándote, Liam Sullivan. —Me sonríe y luego mira el cajón que sigue abierto—. ¿Has comprado otro tatuaje para que yo te lo ponga?

—Sí, pero no es nada especial.

—Vale, ahora tienes que enseñármelo.

Saco el trébol de cuatro hojas y me encojo de hombros.

—Tenían una oferta de dos por uno.

—Mira qué ahorrador es. —Me quita el tatuaje y me pide que extienda el brazo—. Ahora soy yo quien va a marcarte, Sullivan.

Sigue las instrucciones al pie de la letra, leyéndolas con atención. Me río porque le cuesta quitar el plástico protector y la mirada que me echa es lo más bonito que he visto en la vida.

Nunca me había imaginado en la cocina, poniéndome tatuajes temporales con una mujer a las tres de la madrugada.

Nunca me había imaginado tener a una mujer en la cocina a las tres de la madrugada, punto. Pero me gusta haber llegado hasta aquí. Me gusta que lleve mi camiseta y me sople en la piel, que parpadee con rapidez mientras esboza una sonrisa, satisfecha con el resultado.

—Ya está. —Desliza el pulgar por el tatuaje y se demora un poco sobre él. Estoy a punto de suplicarle que siga tocándome. Que me haga otros cien tatuajes donde quiera si eso significa que sigue tocándome—. Ya tienes la suerte de tu parte.

—¿Qué tal estoy?

—No tan bien como yo, pero no está mal. Me gustan más los auténticos.

—Supongo que tendré que hacerme otro de verdad. ¿Lista para lo siguiente que te tengo preparado?

—¿Es tu polla?

Me echo a reír y meneo la cabeza, orgulloso de su descaro.

Orgulloso de su confianza. Orgulloso del camino que ha recorrido para llegar hasta aquí.

—No. Por desgracia, no es mi polla.

—Pues que sepas que cualquier otra cosa sería muy decepcionante.

Le cojo una mano y le pongo la otra en la parte baja de la espalda. Contiene la respiración cuando se da cuenta de lo que

estamos haciendo, y veo que la esperanza le ilumina los ojos. Tarareo una melodía que he oído en la radio, y empezamos a movernos al compás hasta que la tetera silba y ambos nos olvidamos de todo excepto el uno del otro.

50

Piper

Liam
Tienes planes esta noche?

Depende de quién lo pregunte

Liam
Te lo pregunto yo

Mmm? Estoy libre como un pájaro. Qué hay en la agenda?
Una discoteca ruidosa?
Algún sitio con mucha gente?
Una discoteca ruidosa con mucha gente?

Liam
Muy graciosa
Vamos a salir los dos
En plan pareja, fuera de casa

En serio?

Liam
Ajá

A las siete. Puedes llevar vaqueros

Me vas a decir adónde vamos?

Liam
No. Es un secreto

LAS CHICAS SOLO QUIEREN (DERECHOS FUNDAMENTALES) PASARLO BIEN Y SEXO DEL BUENO

EMERGENCIA. Voy a salir con Liam esta noche y me ha dicho que puedo ponerme vaqueros. Qué más me pongo?

Lexi
Un jersey será perfecto!

Emmy
Y calcetines. No te olvides de los calcetines

Sabéis algo?

Lexi
Nada

Maven
Nada

Emmy
Algo. Pero porque estoy casada con un tío que sería incapaz de guardar un secreto ni aunque le fuera la vida en ello

Mentira. Se calló lo de que Liam y yo estábamos casados. Por cierto, eso me sorprendió

Emmy
Ya somos dos

Maven
Informal va bien, Piper!

Estoy nerviosa. Por qué estoy nerviosa? He visto a ese hombre desnudo un montón de veces, y en cuanto me dice que vamos a salir, siento mariposas en el estómago?

Lexi
Porque estás enamoradaaaaaaa!

Ya vale. Eso es muy gordo

Lexi
Casi tanto como su polla?

No te vuelvo a hablar

—¿De verdad es necesaria la venda en los ojos? —Cruzo los brazos por encima del pecho en el asiento delantero del Range Rover de Liam y vuelvo la cabeza en su dirección—. A mi modo de verlo es un poco exagerado.

—Lo siento. Mi secuestrador ha insistido —replica, y contengo la carcajada por la broma—. No quería discutir con él.

—Vale. Pero como llegue a conocer a este secuestrador, le voy a decir unas cuantas cosillas. —Me relajo contra el frío cuero del interior y resoplo—. No me gustan mucho las sorpresas.

—¿En serio?

—Pues no. Creo que pillar a mi exmarido en su despacho con la cabeza entre las piernas de su secretaria me traumatizó de por vida.

—Te llevo al estadio —se apresura a decir Liam.

—¿De verdad? ¿Hay algún evento esta noche? No se me ocurrió que pudiera haber algo en la agenda con los playoffs a la vuelta de la esquina.

—No. Nada en la agenda. Solo estaremos nosotros.

—¿Y qué vamos a hacer en el estadio?

—Ya lo verás —responde, y capto la sonrisa en sus palabras—. Pero te prometo que no me vas a ver con la cabeza entre las piernas de nadie.

—Eso me tranquiliza mucho. —Extiendo un brazo en busca del suyo o de su mano, de algo que pueda tocar. Para sentir su calidez —. ¿Qué tal el entrenamiento de hoy?

—Bien. No estuvimos muy finos durante el partido de anoche, el entrenador nos ha pasado la factura esta mañana. Hicimos ronda de penaltis, y tengo las piernas destrozadas.

—¿Por eso vamos al estadio? ¿Porque eres incapaz de mantenerte alejado?

—Algo así.

Liam apaga el motor y se desabrocha el cinturón de seguridad. Lo oigo abrir su puerta y luego la mía antes de ayudarme a salir. Me rodea los hombros con un brazo mientras me guía por el conocido camino que he recorrido cientos de veces.

Se oye el pitido al pasar sus credenciales y luego nos recibe el aire frío. Sonrío cuando me conduce por un largo pasillo, cogido de mi mano, mientras me acaricia la cara interna de la muñeca con el pulgar.

Ahora hace más frío, así que supongo que estamos cerca de la pista de hielo. Al final del túnel donde suelo estar durante los partidos. Aunque no oigo nada. No hay música. No hay ruido. No hay conversaciones.

Estoy en el estadio todos los días, pero siempre hay un montón de personas alrededor. Estoy acostumbrada a los silbidos y a las jugadas que anuncian a gritos, no al silencio absoluto.

—Vale. —Liam me quita la venda, y parpadeo bajo los focos. Hay una alfombra extendida hasta el centro de la pista, y veo una mesa justo sobre el logo del club—. Hemos llegado.

—¿Qué pasa? —Me echo a reír cuando veo platos y copas, y me da un tironcito de la mano—. ¿Vamos a probar un juego para que participen los aficionados durante el descanso?

—Vamos a cenar. Me dijiste que el estadio es uno de los sitios que más te gustan. ¿Por qué llevarte a otro que no te gusta tanto?

Lo miro y lo descubro observándome, a la espera de mi aprobación, y no sé qué decir.

¿Cómo le digo lo considerado que es esto?

¿Cómo le digo que no estoy acostumbrada a que me escuchen?

¿Cómo le digo que cenar en la pista de hielo me va a hacer llorar porque significa que estoy aquí con él, cerca del lugar donde nos conocimos, preguntándome cómo ha acabado mi vida de esta manera?

¿Cómo le digo que no hay nada más perfecto en el mundo?

—Liam —susurro, pronunciando su nombre como dos sílabas reverentes—, ¿has hecho esto por mí?

—Haría cualquier cosa por ti.

Es sencillo. Breve y dulce, cinco palabras que nunca había oído, pero que se me quedan grabadas en el corazón. Barren las telarañas y despejan los rescoldos de miedo que me quedaban por empezar algo nuevo. Por empezar de cero con alguien por quien siento algo muy fuerte.

—Esto es… —Dejo la frase en el aire mientras las emociones amenazan con abrumarme. Mientras amenazan con sofocarme, porque este hombre es el epítome de todo lo bueno, de todo lo maravilloso y de todo lo perfecto—. Gracias.

—Vamos. —Me sujeta de la mano mientras recorremos la alfombra y me aparta la silla para que me siente—. Espero que tengas hambre.

Oigo un ruido a mi izquierda, aumentado por el estadio vacío, y cuando me vuelvo, veo a Maverick que se acerca patinando despacio con una bandeja de camarero.

—Buenas noches, chicos —nos saluda cuando se detiene junto a la mesa—. Gracias por venir a cenar con nosotros esta noche. Veréis el menú en el plato. ¿Os apetece empezar con una copa de vino? Recomiendo el tinto de la casa, pero el sauvignon blanc también es una buena elección.

Miro boquiabierta a Maverick y el esmoquin que lleva. Se ha remangado los pantalones por encima de los patines y tiene una pinta muy ridícula.

—¿Qué te apetece? —me pregunta Liam, y meneo la cabeza.

—Perdona. Sigo asimilando el modelito de Maverick. Llevas un esmoquin…

—Tú crees que es un esmoquin. En realidad, es un disfraz de Halloween de la tienda de segunda mano.

—Vaya. —Me echo a reír y miro a Liam—. El tinto me parece bien.

—Pues el tinto —dice Maverick antes de alejarse patinando.

—¿Vamos a tener más visitas? —le pregunto a Liam, que se encoge de hombros.

—Supongo que tendrás que quedarte para averiguarlo.

Hudson es el siguiente en salir y nos deja pan y palitos de mozzarella como aperitivo. Habla durante diez minutos del pan que cubre el queso y solo se va cuando Liam lo fulmina con una mirada que me deja al borde de las carcajadas.

Grant aparece a continuación y nos pone por delante un par de ensaladas antes de guiñarme un ojo. Ethan saca un plato de perritos calientes y cuencos con aliños, y nos dice que le ha pedido un favor a Dave y ha hecho que lleven la comida.

Riley también está y nos sirve los platos principales y ayuda a Maverick a rellenarnos las copas de vino. Cuando me acabo el plato de pasta que tengo delante, me repantingo en la silla y sonrío.

—Anda, te han ayudado todos. ¿Cómo lo has logrado?

—Les dije que estaba atacado por la idea de salir contigo y se ofrecieron a ayudarme. Saben que eres mi persona preferida y también que quería hacerlo bien. Yo habría hecho lo mismo por cualquiera de ellos.

—¿De verdad?

—Sí. Me habría tirado horas refunfuñando, pero lo habría hecho. —Me mira fijamente desde el otro lado de la mesa y ladea la cabeza

—. ¿Lista para la siguiente parte de la noche?

—¿Qué más escondes debajo de la manga, Sully?

Se inclina hacia delante y saca un par de patines.

—¿Quieres hacer el idiota conmigo, pequeñaja?

—Ay, madre mía. ¿Qué se dice sobre lo de volver al escenario del crimen?

—La primera vez fue una tragedia, ¿no?

—¿Estás seguro de que es una buena idea? Tienes una serie de partidos muy importantes por delante y no quiero ser el blanco de la ira de Brody Saunders si te lesionas en tu tiempo libre.

Liam echa la silla hacia atrás y se levanta.

—Quiero que aprendas.

—¿Saber patinar es un requisito para estar contigo?

—No. Quiero que aprendas por ti. Piper, te he enseñado muchas cosas durante los últimos meses, y me molesta no haberte enseñado a patinar desde el principio. Tómatelo como la manera de darle portazo al pasado. Después de esta noche estaré a tu lado en todo lo que quieras aprender. Animándote. Motivándote y apoyándote. Nunca más volverás a sentir vergüenza ni miedo de nada.

Quiero echarme a llorar.

Quiero reír y gritar y abrazarlo con fuerza.

Quiero contarle todos los motivos por los que nunca será como mi ex, empezando por esa forma tan tierna de preocuparse por mí.

Por su forma de quererme y por mi forma de quererlo.

Creo.

Eso me da pavor. Me da un miedo terrible, porque sé lo que pasa cuando se abusa. Cuando se convierte en algo triste, roto y desfigurado.

He visto la peor cara del amor, pero aquí estoy, mirando a Liam con la certeza en lo más profundo de los fragmentos rotos de mi alma de que estoy enamorada de él por completo y de forma irrevocable.

—Oye —dice mientras rodea la mesa y se agacha delante de mí—, ¿qué pasa?

—Nada de nada. Es el detalle más bonito que han tenido conmigo en la vida, y me cuesta asimilarlo.

Liam esboza una sonrisa. Le brillan los ojos y casi irradia felicidad.

—¿Quieres dar una vuelta, rayo de sol?

Asiento, sin atreverme a decir nada más. Podría escapárseme lo que siento por él. Podría pedirle que se quedara conmigo para siempre porque me aterra la vida sin él.

Me ayuda a cambiarme las zapatillas deportivas por los patines, me los ata y me da un golpecito en la punta cuando estoy lista para ponerme en marcha. Espero a que se ponga los suyos, sin perderme la facilidad de sus movimientos y lo natural que parece cerca del hielo.

—Muy bien. —Me tiende la mano, y cuando me levanto, entrelazo nuestros dedos—. Recuerda: no puede ser peor que la última vez.

—Eso es discutible. Esta noche podrías golpearte la cabeza.

—¡A lo mejor así consigue tener sentido común! —grita Ethan desde las gradas, y Liam le hace una peineta.

—No sabía que teníamos público —digo, y suspira.

—Era parte del acuerdo. Nos ayudarían, pero solo si podían vernos comportarnos, y cito textualmente, «en plan tierno y tal».

—Mírate. —Levanto una mano para pellizcarle una mejilla—. Eres como una comedia romántica andante. Supongo que será mejor que

les demos un espectáculo.

Damos la primera vuelta despacio. En la tercera vuelta ya me siento más cómoda. Voy derecha, tengo la vista clavada a lo lejos en vez de en los pies y he dejado de aplastarle la mano por lo fuerte que se la estaba apretando.

—Por fin siento los dedos —dice cuando me aparto. Le doy un empujón, a sabiendas de que no lo notará demasiado, y me agarra la muñeca—. Mala idea, pequeñaja.

Antes de que pueda prepararme para su venganza, me levanta por encima de su cabeza como si fuéramos patinadores artísticos. Chillo al ver lo alta que estoy y le doy un manotazo sin fuerzas en la espalda.

—¡Madre mía! Bájame, ogro insufrible.

—¡Ah, se siente! He oído que los chicos tienen una apuesta sobre esta noche y la verdad es que quiero que Hudson gane.

—Se merece una victoria, ¿no? —Cierro los ojos, porque no quiero mirar el hielo—. Vale. Pero no me dejes aquí arriba mucho tiempo. Estoy viendo pasar la vida por delante de mis ojos.

Su carcajada es fuerte y sonora, y se me cuela dentro.

—Tú ganas. Ya te bajo.

Espero que me baje deprisa, pero lo hace despacio. Me desliza por la parte delantera de su cuerpo y me sujeta, así que le rodeo la cintura con las piernas.

—¿Qué más incluye la apuesta?

—He oído algo sobre ángeles de hielo y asquerosas muestras de afecto en público.

—Creía que las muestras de afecto en público te repateaban.

—No me importarían contigo. Sobre todo si eso significa que Ethan pierde cien pavos.

Sonrío y le toco una mejilla, esa piel cálida y suave.

—Parece que no te importan muchas cosas conmigo. Las entrevistas. Las muestras de afecto en público. Las fiestas de pijamas. Quedar todos los días. Eres tú quien escribe mi nombre en su diario, ¿verdad?

—Culpable —contesta, y me roza la nariz con la suya—. ¿Me vas a hacer una encuesta de satisfacción sobre nuestra primera cita, pequeñaja? ¿Las cosas en las que puedo mejorar?

—Sí. Pierdes un punto por no besarme.

—Será mejor que lo solucione. —Acerca la boca a la mía. Me besa en una de las comisuras de los labios y sonríe—. Los dos sabemos que me encanta ser el mejor.

51

Liam

Piper
Feliz final de la temporada!
Cómo vamos a celebrar el mejor récord de la liga?

Contigo
Ven, cariño

Piper
Estoy de camino

—Si haces algo espantoso como romperte el ligamento cruzado anterior la próxima temporada y no puedes jugar, creo que tienes futuro en la cocina. —Piper termina de cenar y aparta el plato—. ¿Cómo es posible que se te den tan bien tantas cosas?

—También hay muchas cosas que no se me dan tan bien, como seguir instrucciones. Maverick me ha gritado porque voy leyendo por delante del club de lectura, pero no pienso ir más despacio.

—¿Ahora te gusta el porno de monstruos?

—Creo que me he convertido. —Me pongo en pie y cojo su plato sucio para llevarlo al fregadero junto al mío—. ¿Qué más cosas raras puedes lanzarme, Mitchell?

—Te daré una lista. —Cruza las piernas y bebe un sorbo de vino—. ¿Quieres que te ayude a recoger?

—No, tranquila. He visto los tacones que llevabas hoy en el estadio. Seguro que tienes los pies como dos botas.

—Los tengo más hinchados que Maven, y eso que ella tiene una criatura en el horno. Anda, deja que te ayude. Sé que has tenido un día muy largo con los preparativos de los playoffs. No deberías tener que limpiar tú solo.

—Vale. Vente, pequeñaja. Tú friegas y yo seco.

Piper se baja del taburete y se acerca.

—Me gusta hacer esto contigo. Lavar platos. Ver programas cutres en la tele. Protestar por las cortinas que tienes que poner en tu dormitorio.

—¿Hemos llegado a la fase de nuestro matrimonio en la que esto se considera dar la tabarra? —Me echo a reír cuando coge la alcachofa del fregadero y me rocía con agua caliente, empapándome el pelo y la camiseta—. No ha sido muy inteligente por tu parte, mujer.

—Uy… —Me mira con expresión inocente—. Será mejor que te quites esa ropa mojada y te seques, marido.

—Piper, si querías que me desnudara… —Me seco los ojos con el dorso de la mano y me toco el bajo de la camiseta—, podrías habérmelo pedido sin más.

—Así es mucho más divertido. No puedes…

Entro en acción antes de que ella pueda reaccionar, le quito el grifo de las manos y le echo agua en represalia. Grita y se apresura a rodear la isla mientras se protege la cara con el plato que usamos para las ensaladas.

—Te he pagado con la misma moneda —digo.

—Pero ¿cómo puedes ser tan rápido? Ni que fueras un ninja, vamos. —Se mira la camiseta mojada que se le pega al pecho. Le veo el contorno de los pezones a través del tejido translúcido y cierro el grifo con un nuevo plan en mente—. Es una faceta nueva de Liam Sullivan, y me gusta.

—Soy portero, ¿recuerdas? —La cojo en brazos y la llevo por el pasillo hasta mi dormitorio—. Así soy ahora. La vida es un carnaval y yo soy la alegría de la huerta.

—¿Quién iba a decir que lo único que necesitabas para animarte un poco era acostarte con tu perfecta mujer?

—Alguien se lo tiene muy creído. Tienes razón, pero a ti también se te ha subido a la cabeza.

—Es una pena que llevaras años sin acostarte con nadie. Piensa en toda la diversión que te has perdido por no tirarte a quien quisieras.

Cuando llegamos a mi dormitorio, la siento en la cama. Retrocedo un paso y la miro fijamente, pero sin rastro de humor.

—Nunca he querido a nadie —digo.

Piper frunce el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Pregúntame por qué no me he acostado con nadie en cuatro años, Piper —digo, y parece una súplica. Parece que estoy desesperado por que ella se entere.

—¿Po-por qué no te has acostado con nadie en cuatro años, Liam? —susurra.

—Por la misma razón por la que en cuatro años no he mirado a otra mujer. Por la misma razón por la que no me habría importado quién ganara pasar la noche conmigo en la subasta benéfica o quién intentara llamar mi atención. Pregúntame por qué guardo la alianza en el cordón del patín —le suelto de repente. Pone los ojos como platos y coge aire con brusquedad—. Pregúntame por qué no me he quitado el tatuaje temporal que me hiciste hace días. Pregúntamelo, Piper —le suplico—. Por favor.

—¿Por qué? —susurra de nuevo, pero sé que ya conoce la respuesta. Lo sé por la ternura con la que me toca la nuca con los dedos y por la rapidez con la que se desliza hasta el borde de la cama—. ¿Por qué, Liam?

—Podría decir que es por el hockey. Podría decir que es porque no quería distraerme. Podría decir que es porque me importa mi posición, pero todo eso son chorradas. El día que entraste por primera vez en el United Airlines Arena fue el mejor día de mi vida. Era miércoles. Estaba medio nublado. Hacía veinticinco grados y era la primera semana de agosto. El 7 de agosto, para ser exactos —le digo con voz ronca, y se le llenan los ojos de lágrimas mientras mira mi teléfono, que está en la mesita de noche—. Te chocaste conmigo. Después te presentaste. Me tendiste la mano como si fueras la persona más importante que había allí. Vi la alianza en tu dedo y supe que no podría acercarme a ti, que no podría conocerte, no de la forma que yo quería. Ese puto diamante se estuvo burlando de mí durante meses hasta que un día apareciste y ya no lo llevabas. Y por primera vez desde que te vi, sentí una pizca de esperanza. —Me

echo a reír, sin estar del todo convencido de que está pasando de verdad. Sin estar del todo convencido de que ella está aquí conmigo —. Nunca he sido optimista, cariño, pero el día que descubrí que ya no estabas casada fue el día que empecé a creer. Empezamos a hablar de vez en cuando. Luego, aquella noche en Canadá me puse muy nervioso, no quise meter la pata y me dieron ganas de gritar. Después me propusiste que follara contigo, y lo hice. Pero la cagué, porque me enamoré de tu risa. De tus sonrisas. De tu valentía, de tu atrevimiento y de tu belleza. —Hago una pausa para tomar aire. Le seco las lágrimas de las mejillas y le levanto la barbilla porque quiero que me mire, que no se pierda ni una sola palabra, antes de empezar a hablar de nuevo—. Me enamoré de tu determinación y de tu espíritu. De tu forma de hablar por el micrófono y de lo mucho que te esfuerzas. Me enamoré de tu bondad y desde entonces, cuando el optimismo me vence, a veces me permito creer que algún día tú también te enamorarás de mí, cuando estés preparada. Pero puedes tomarte todo el tiempo que necesites, cariño, porque yo no me voy a ir a ninguna parte.

—Liam —dice, pero quiero continuar. Quiero que lo escuche todo antes de que tome una decisión, así que le tapo la boca con delicadeza.

—Sabes que soy hombre de pocas palabras, pero contigo tengo muchas cosas que decir. No he terminado —le explico, y veo que sonríe y que me mira con los ojos entrecerrados—. Sé que te han hecho daño. Sé que te cuesta confiar en los demás. Sé que te resulta difícil creer que lo que te pasó una vez no se repetirá jamás. Y sé que ahora mismo puedo prometerte el mundo entero: dinero, seguridad y cualquier cosa que se te antoje. Pero nada de eso

importa a menos que diga esto: Piper Mitchell, voy a quererte hasta el día que me muera. Cuando truene. Cuando haga sol. Siempre tendrás toda mi atención. La has tenido durante años y ni siquiera eras mía. No bromeaba cuando dije que eres mi persona favorita del mundo. Nadie se te acercará jamás.

Masculla algo contra mi palma, y el pánico me asalta durante un momento. Una vida en la que ella no siente lo mismo y que tendré que soportar después de recibir ese puñetazo en el estómago mientras la veo con otro.

—Tú también eres mi persona favorita —replica Piper. Me toca una mejilla y, joder, se me estremece todo el cuerpo por el anhelo. Una caricia de sus dedos basta para que sienta que soy el rey del mundo, que me crea capaz incluso de volar—. Durante los últimos meses me has tratado con paciencia, con respeto, con cuidado… —Sacude la cabeza y se echa a reír—. Darte las gracias se queda muy corto. Me has cambiado. No sería la mujer que soy hoy sin ti.

—Eso no es verdad. Habrías llegado a este punto tú sola. Eres fuerte. Competente. No necesitabas a ningún hombre, solo necesitabas que alguien creyera en ti.

—Y tú crees en mí. Te dije que tengo miedo, y lo tengo, pero sé que nunca me harás daño. Creo que eso es algo que he sabido siempre y por eso te busqué. Por eso me siento segura y a salvo cuando estás cerca. Yo también te quiero, Liam. Tanto que es inabarcable. Lo que siento por ti… No creo que haya palabras para describirlo. Para definir cómo… tú… —Deja la frase en el aire. Más lágrimas resbalan por sus mejillas, así que la estrecho entre mis brazos—. Me has recompuesto, Liam.

—Nunca estuviste rota, Piper.

—Te quiero —repite, pronunciando esas dos palabras contra mi pecho. Se me graban en el alma y casi me traspasan el corazón—. Eres lo mejor que me ha pasado después de que me partieran el corazón, y aunque me dolió mucho, pasaría por todo de nuevo si fuera necesario con tal de encontrarte.

Hay mil cosas que quiero decirle. Mil cosas que quiero hacer, pero de momento me limito a tumbarla en la cama. Me acuesto a su lado y la beso, primero despacio y luego con más pasión, como si se me pudiera escapar de entre los dedos en cualquier momento.

Sé que no es así. Es mía y yo soy suyo mientras me quiera. Ya sea un día, una semana, un mes. Me da igual, y no voy a dar por sentado ni un puto segundo de su tiempo.

Le demuestro lo que siento con las manos. Después con la lengua, los dientes y la boca. Con la delicadeza con la que la desnudo y con la que beso cada centímetro de ese cuerpo que he llegado a venerar. Follamos con ternura, con amor, y sé que no hay prisa.

Un millón de vidas con ella no serán suficientes.

Nunca serán suficientes.

Pero, joder, voy a esforzarme al máximo para asegurarme de que cada día sea el mejor de su vida.

52

Piper

Por qué estoy tan nerviosa por ver a tus padres y a tu hermana? —Me miro en el espejo del vestíbulo y me arreglo el pelo—. Ya los conozco.

—¿A lo mejor porque esta noche les vamos a decir que estamos saliendo? —Liam se acerca por detrás y me rodea la cintura con los brazos. Me besa en la coronilla y me sonríe—. Y todo lo de la boda.

—¿Tenemos que hacerlo? ¿No podemos ocultar que estamos legalmente casados? Me gusta creer que le caigo bien a tu madre. No quiero que piense que estoy intentando robarte el dinero o algo así.

—¿Por qué iba a pensar eso?

—No lo sé. Solo quiero que esta noche vaya genial. A los padres de Steven nunca les caí bien.

—Porque son gilipollas. Supongo que de tal palo tal astilla. —Liam me pega los labios a la frente y me besa de nuevo—. Todo va a salir bien, Piper. En serio. Vamos a cenar. Ellos volverán a su hotel. Mañana verán el partido y luego regresarán a Chicago hasta que los visite este verano. Sé tú misma. Ya les gustas como eres.

—Vale. —Suspiro y me aparto un poco, lo justo para darme media vuelta entre sus brazos, ponerme de puntillas y besarle la mandíbula —. ¿Vas a dejarte la barba para siempre?

—No lo he pensado. ¿Por qué?

—Me gusta. —Le deslizo los dedos por la barba y sonrío—. Te queda bien.

—¿Eso quiere decir que no estoy bien sin ella?

—No.

—No voy a afeitarme en la vida. Gracias por decidirlo por mí, pequeñaja.

Me río y busco los zapatos de tacón para ponérmelos.

—¿Dónde vamos a cenar esta noche?

—En un asador del centro que Alana quería probar. Por cierto, he pensado que es mejor encontrarnos con ellos allí. He supuesto que vas a ponerte nerviosa durante el trayecto y querrías estar sola.

—Me conoces de maravilla. —Me cuelgo el bolso al hombro, pongo los brazos en jarras y lo miro—. ¿Listo para irnos?

—Sí. —Liam me recorre el cuerpo con la mirada. Examina mi vestido, la raja que llega hasta la rodilla, y deja un ardiente rastro de deseo cuando llega a mis caderas—. Joder, cariño. Estás increíble.

Se me pone el vello de punta como si su atención fuera algo nuevo, pero lleva semanas colmándome de cumplidos. Diciéndome lo mucho que le gusta mi pelo. El esmalte de uñas que llevo. El traje nuevo que me compré para las noches que hay partido y la ropa interior que me he puesto al salir de la ducha hace un rato.

No tengo la menor duda de lo que siente por mí, y cada vez que me mira así (con pasión en la mirada y una expresión ávida), me siento la mujer más afortunada del mundo.

—Gracias. —Doy una vuelta para que pueda verme la espalda del vestido, y se acerca a mí y me coloca las manos en la cintura, clavándome los dedos—. Cuidado. No me arrugues el vestido.

—Lo siento —susurra contra mi cuello—. No quiero estropearte el conjunto. Solo quiero tocar.

—Pues tenemos que irnos antes de que hagas algo como romperme el vestido por la mitad. No tienes control.

—No me des ideas, pequeñaja. —Se aparta después de darme un último beso, coge las llaves de la pared y empieza a darles vueltas en las manos—. ¿Lista?

—Si no queda más remedio…

—Pues no, y no te va a pasar nada.

Bajamos en el ascensor cogidos de la mano, mientras me frota la muñeca con el pulgar y el corazón me martillea en el pecho.

No sé a qué viene el pánico que siento.

Alana y yo nos mensajeamos todas las semanas. Anoche mismo nos hicimos una videollamada por FaceTime mientras sostenía en alto diferentes vestidos y revisaba un montón de ropa para que yo la ayudara a elegir algo para esta noche.

Creo que esta vez es porque quiero a Liam.

Lo quiero muchísimo y me muero por hacer que su familia lo vea. Deseo que comprendan que es mi media naranja, y que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para protegerlo. Para proteger su corazón y tratarlo como se merece. Lo único que pido a cambio es que me corresponda, y lo hace de maravilla.

Liam me abre la puerta del Range Rover y me da un apretón en el culo mientas me subo. Se me escapa una carcajada, salvaje y libre,

y miro la sonrisa que tiene en la cara con un orgullo inmenso y gran alegría.

Yo soy la responsable.

Yo lo hago feliz y, joder, él también me hace muy feliz.

—¿Qué vamos a escuchar esta noche? —le pregunto cuando salimos del garaje—. ¿Quieres que probemos con el sonido del gong que te mandé ayer?

—Joder, Mitchell, ni hablar. Y lo mismo digo de las canciones country que me has metido en la lista de reproducción prepartido. Menuda sorpresa pasar de Beethoven a oír una canción sobre tractores.

—No te he metido nada sobre tractores en esa lista. —Pongo los ojos en blanco y extiendo el brazo para darle un manotazo. Me rodea la muñeca con los dedos y me besa los nudillos—. Qué exagerado eres.

—Es divertido pincharte. —Esboza una sonrisilla ufana y me deja la mano en el muslo—. Ya casi hemos llegado.

El trayecto hasta el restaurante dura un cuarto de hora con el tráfico que hay a esta hora y cuando nos detenemos en la puerta, Liam le entrega las llaves a un aparcacoches ojiplático, junto con un fajo de billetes. Me rodea los hombros con el brazo mientras entramos, y me relajo contra él. Me siento cómoda entre sus brazos y feliz de estar en ellos.

—¡Piper! —grita Alana, y la saludo con un gesto efusivo de la mano mientras me acerco a la mesa.

—¡Hola! —exclamo al tiempo que la abrazo y me echo a reír cuando se pasa tres minutos admirando mi vestido—. Hola, Linda. Hola, Cliff.

—Nos alegra mucho que hayáis podido venir. —Linda también me abraza y me estrecha con fuerza—. Sé que Liam ha estado muy ocupado con el comienzo de los playoffs, así que te agradecemos mucho que nos hayas hecho un huequecito.

—Siempre tendré tiempo para vosotros. —Liam besa a su madre y luego se acerca a su padre para darle un firme apretón de manos—. Pero esta noche no voy a beber. Ni lo intentes, Lani.

—¿Es que no te diviertes nunca? —Alana pone los ojos en blanco y saca la lengua, pero percibo el tono burlón detrás de su pregunta —. ¡Sentaos, sentaos!

Liam aleja mi silla y espera a que me ponga cómoda antes de acercarme a la mesa. Rememoro nuestra cita en el estadio, lo bien que lo pasamos y su risa, que reverberó por la pista mientras patinábamos durante una hora entera.

Hemos salido varias veces desde entonces, una noche al cine y un crucero por el Potomac, pero ahora que entramos en la postemporada, tiene menos tiempo libre. Los entrenamientos son más largos. Duerme más, y lo último que quiero es alterar su agenda, que tiene organizada al milímetro.

Estoy muy feliz de acompañarlo esta noche, sobre todo porque estamos rodeados de las personas a las que quiere.

—¿Cómo te sientes respecto al partido de mañana, hijo? —le pregunta Cliff, y Liam se coloca la servilleta en el regazo al tiempo que se encoge de hombros.

—Bien. Los Atlanta son buenos. No puedo creer que hayan bajado tanto en la clasificación en las últimas semanas de la temporada, y van a jugar al despiste.

—Estás preparado. —Le doy una palmadita en el muslo, y entrelaza nuestros dedos—. Estoy deseando veros darlo todo.

—Hace años que no voy a un partido —confiesa Alana—. La idea me tiene de los nervios.

—Si alguno de mis compañeros de equipo tontea contigo, dímelo —replica Liam—. Y le doy una paliza.

—¡Venga ya! Me va a gustar la atención. —Se ríe y bebe un sorbo de vino, mirándome a los ojos—. ¿Y tú, Piper? ¿Tienes algo emocionante en tu vida?

Sé que está bromeando, pero Liam y yo nos miramos. Mataría por tener una copa de vino y carraspeo.

—Pues la verdad es que sí. Liam y yo queríamos contaros unas cosillas.

—Piper y yo nos casamos en Las Vegas hace un par de meses —dice Liam, que toma la iniciativa, y su madre se queda boquiabierta por la sorpresa—. El culpable fue el alcohol, pero decidimos no anularlo porque su seguro médico es pésimo. Cuando fuimos a España, en realidad tampoco estábamos saliendo, pero ahora sí.

—Es culpa mía —confieso sin pensar—. Le pedí ayuda a Liam con algo y soy la responsable de fingir que teníamos una relación. Espero que podáis perdonarme por haberos mentido.

Cliff y Linda se miran y se echan a reír. Me tenso, con la espalda recta, y empiezo a golpear el suelo con el pie. Liam me acaricia el brazo con una mano en un intento por tranquilizarme, pero no tengo ni idea de lo que está pasando.

—¡Ay, cariño! Sabíamos que no estabais juntos durante la boda. Teníamos claro que sentíais algo el uno por el otro, pero éramos

conscientes de que solo estabas interpretando el papel de su novia —dice Linda.

—¿Qué? —exclama Liam—. ¿Cómo cojones lo descubristeis?

—Llevamos mucho tiempo casados, hijo. Sabemos reconocer estas cosas. Me alegro de que lo hayáis solucionado todo —dice Cliff, y me tapo la cara con las manos.

—Qué vergüenza —gimo y meneo la cabeza—. Y yo aquí muerta de miedo sin motivo.

—Lo de la boda sí nos ha pillado de sorpresa —añade Linda—. ¿Cómo fue la cosa?

—Fue el tequila —decimos Liam y yo a la par, y él resopla.

—Le dije que deberíamos casarnos, así que lo hicimos. Decidimos no anular el matrimonio por lo del seguro médico, pero ahora… —Deja la frase en el aire y me da un tironcito del pelo. Abro los ojos y lo miro—. Ahora creo que vamos a disfrutarlo una temporada.

—Me decepciona un poco que no hayas tenido una boda de verdad para poder verte borracho en el banquete —protesta Alana con una sonrisa burlona—. Pero pensar en ti tan borracho como para casarte me vale.

—Me pregunto si habrá fotos de aquella noche —digo, y Liam se lleva una mano al bolsillo. Saca el móvil y me enseña una foto mía intentando levantarlo del suelo como fondo de pantalla—. Ay, madre mía. Parecemos dos idiotas, ¿no?

—Debería haberlo sabido en aquel entonces. —Liam me da un beso en la frente y un ligero codazo—. Que me gusta hacer el idiota contigo.

Sus palabras me calientan desde dentro. Inundan cada rincón, cada trocito roto de mi corazón, y me inclino hacia él, disfrutando de

lo mucho que me he curado gracias a él.

—Pues sí. También parecemos muy felices —añado, y me mira con una sonrisa tranquilizadora. Una sonrisa que me afianza más de lo que me he sentido en años. Y deseo poder acordarme de todos los detalles del tiempo que pasamos juntos en Las Vegas. A lo mejor hay un vídeo por ahí en el que nos estamos descojonando, abrazados el uno al otro, sin preocuparnos por nada—. Volvería a hacerlo.

—Yo también —me asegura, y sé que lo dice en serio.

—Me alegro muchísimo de que formes parte de la familia, Piper —me dice Linda, y pongo de nuevo los pies en la tierra—. Haces a Liam muy feliz, y me encanta verlo vivir un poquito. Queremos que gane mañana y el resto de la temporada, claro. Sabemos lo mucho que significaría para él ganar la Stanley Cup, pero me gusta todavía más verlo así.

—Es por ti —me susurra al oído, en voz baja y ronca, para que solo yo pueda oírlo—. Nadie más podría conseguir que me comportara así.

—¿Estás enamorado hasta las trancas de mí, Sullivan? —le pregunto mientras le doy unos golpecitos en una mejilla.

Su sonrisa se ensancha todavía más, y lo miro con la misma expresión.

—Si yo te contara, Mitchell…

53

Liam

Los últimos segundos del quinto partido de la final de la Conferencia Este se agotan y la furia se apodera de mí.

Esta noche hemos jugado fatal.

Por nuestro rendimiento, nadie diría que hemos sido los mejores de la liga. He encajado tres putos goles y hemos sido incapaces de marcar uno solo.

Esta noche deberíamos haber eliminado a Boston definitivamente y seguir con la ventaja que llevamos, pero ahora tendremos que volver al Garden para disputar el sexto partido delante de una afición ruidosa y despiadada.

Suena la bocina, marcando el final del tiempo reglamentario, y agradezco mucho poder escapar de los abucheos y de las burlas de los aficionados. Esta noche se han agotado las entradas, y la pasión en sus gritos es evidente. También lo es la furia, porque alguien lanza un vaso de cerveza a la pista y los de seguridad se lo llevan de la grada.

Quieren ver la Stanley Cup a toda costa este año en Washington D. C., igual que lo queremos nosotros, y ver que nos derrumbamos bajo la presión en el momento más importante, cuando deberían

estar celebrando otro pase a la final, les provoca una decepción de dos pares.

—Oye —Hudson golpea mi palo con el suyo—, ánimo, portero.

—No merezco levantar la cabeza —refunfuño mientras me quito el casco y me froto la cara con la mano, irritado. Enfadado. Hecho una mierda y sin energía—. Esta derrota es culpa mía.

—Déjate de chorradas. Los demás tampoco hemos hecho lo que debíamos hacer —me desafía, y retrocedo, sorprendido. Es raro que haya tanta ferocidad en su voz, que esté tan enfadado, y no sé qué pensar—. He fallado dos tiros claros en el segundo periodo. Maverick no ha sido capaz de acercarse a la puta portería y Ethan perdió el último cara a cara que podría habernos dado un poco de impulso. Ganamos como equipo y perdemos como equipo. Tú no tienes la culpa de todo esto.

—Podría haber jugado mejor. Podría haber hecho mejor mi trabajo. —Camino con pesadez hacia el vestuario con él patinando a mi lado, sin hacerles ni caso a los aficionados que se quedan para seguir abucheándonos—. Tres putos goles. ¡No me jodas!

—Has tenido una mala noche. No pasa nada. Mañana nos recuperaremos y ganaremos fuera de casa. Así es más divertido. A la mierda Boston.

Resoplo por su optimismo y recorro el túnel con la mirada, en busca de Piper.

Siempre la busco a ella, con sus chaquetas coloridas y sus pantalones holgados.

La veo al lado de Lexi, con los brazos cruzados por delante del pecho y el micrófono metido en el bolsillo trasero. No va a pedirnos ninguna entrevista, y seguramente sea lo mejor. Me da miedo lo que

los chicos podrían decir si hablaran en directo en televisión después de una noche tan espantosa.

Sus ojos se encuentran con los míos cuando paso por delante y esboza una sonrisilla que me llega al pecho. Su mirada hace que me dé un vuelco el corazón. Parte de la frustración con la que cargo se desvanece en cuanto me roza el guante un segundo.

No sabía cuánto necesitaba verla hasta este momento, y no sé si quiero estar solo o si quiero que me abrace. No sé si quiero dar un largo paseo y despejarme la cabeza o correr a casa para poder acurrucarme en la cama con ella.

El instinto me dice que mantenga las distancias. Que siga pensando en lo mío y no deje entrar ningún ruido exterior. Tengo un trabajo en el que concentrarme. Un partido asqueroso que superar y un control de daños del que ocuparme, pero todo eso me importa una mierda porque la quiero a mi lado.

Sin embargo, tendré que esperar, porque cuando me siento delante de mi taquilla, el entrenador entra en el vestuario y está claro que está muy serio.

—Esta no ha sido nuestra noche —dice con voz ronca. Se pasa la mano por el pelo y luego la cierra en un puño cuando la baja—. Tenemos dos oportunidades más para conseguir esto. Soy vuestro entrenador en la pista de hielo, no en la vida, pero voy a daros un consejo a todos: no os regodeéis en la miseria. Reconoced lo que ha pasado. Asumidlo. Pero después de esta noche, se acabó. No podemos hacer nada al respecto. Tenemos que trabajar, y no lograremos nada si vamos a Boston arrastrando los pies porque nos compadecemos de nosotros mismos. Tenemos claro lo que debemos solucionar: la agresividad. La defensa. Apoyarnos unos a otros.

—Lo siento —les digo a los chicos, y todos me miran. Detesto ser el centro de atención, pero es lo que toca—. Esta noche no estaba en mi mejor momento. Dejé que me colaran tres tiros que normalmente habría parado. No volverá a pasar. Enfadaos conmigo, no con vosotros mismos.

—¡Vete a la mierda! —exclama Maverick, de pie en el centro del vestuario—. Estoy enfadado con el equipo. Estoy enfadado conmigo. Estoy enfadado con Hudson. Estoy enfadado con Ethan. Estoy enfadado con Finn. ¡Joder! Estoy enfadado con el utillero por joderme las cuchillas y no asegurarse de que estuvieran lo bastante afiladas, y estoy enfadado conmigo mismo otra vez por no haberme dado cuenta durante el calentamiento. Pero no nos servirá de nada quedarnos aquí sentados, enfadados por esta derrota. —Se quita los guantes de un tirón y los lanza a su taquilla, volcando una botella de agua—. Sabemos que somos mejores. Que cada uno haga lo que tenga que hacer esta noche y mañana volveremos listos para zanjar esto en Boston.

El equipo murmura en señal de acuerdo. Todos reaccionan a su manera. Hudson llama a su padre. Maverick se lleva las manos a la cabeza y empieza a mascullar consigo mismo. Grant se disculpa y sale al pasillo para saludar a su hermana pequeña.

Saco el móvil de la bolsa de deporte y me sorprende ver que Piper me ha escrito.

Piper
Lexi me va a llevar a casa. Estoy segura de que quieres estar solo esta noche.
Me llamas mañana?

Ven. Por favor. Usa la llave de repuesto. Voy a dar una vuelta en coche, pero llegaré pronto

Piper
Estás seguro?

Quiero tenerte en casa. Eres lo único bueno de hoy

Piper
Pues allí estaré. Tómate todo el tiempo que necesites <3

Hace un año, me habría reído de mis compañeros de equipo si me hubieran dicho que se iban corriendo a casa para ver a una mujer. Les habría preguntado si es que les daba igual la derrota. Si les interesaba incluso presentarse al sexto partido o si preferían quedarse en casa.

Antes quería estar solo. Antes no quería ver a nadie ni en pintura después de una derrota, pero ya no. Ahora la quiero a ella. La necesito. Es la única que podrá calmarme, y estoy contando los segundos que faltan para tenerla entre mis brazos.

Me froto el pecho, que me duele cuando pienso en lo afortunado que soy por tenerla. En lo contento que estoy de tenerla en mi vida y de que sea el consuelo que necesito en un momento como este. En lo mucho que la quiero y en que voy a dejarme los cuernos para no alejarla, para no encerrarme en mí mismo, porque quiero que sepa que su lugar está a mi lado, incluso cuando yo esté más cabreado que una mona.

—¿Estás bien, portero? —me pregunta Riley, y le respondo con un brusco gesto de cabeza.

—Sí —añado entre dientes mientras dejo la equipación y me pongo traje y corbata para poder salir pitando de aquí—. Nos vemos mañana.

Tomo el camino más largo a casa, conduciendo a lo largo del río y dejando que el aire de mayo me azote el pelo mientras respiro hondo. En mi mente rondan los pensamientos que acompañan habitualmente a las derrotas: «No soy lo bastante bueno. Soy una mierda. Soy demasiado lento. Me estoy haciendo mayor».

Sigo con ellos un rato, les permito que se apoderen de mí y aprieto los dientes mientras aferro con fuerza el volante. Mi ira se convierte en decepción. En autodestrucción y en autodesprecio. Me concedo una hora antes de respirar hondo, apartar esos pensamientos y poner rumbo a casa.

Cuanto más me acerco, más tranquilo me siento. Como si la furia se fuera disipando poco a poco. Es como si un imán me estuviera atrayendo, llamándome por mi nombre y acercándome cada vez más.

Ella.

Aparco, subo en el ascensor, entro en mi piso y cierro la puerta detrás de mí.

—¿Piper? —la llamo, pero no obtengo respuesta.

Quizá se ha ido. He llegado más tarde de lo que dije y no parece muy divertido quedarse esperando a un gruñón como yo.

—¡Estoy en el salón! —exclama al cabo de un momento, y frunzo el ceño al captar su voz apagada.

Me quito la chaqueta y la tiro sobre la mesa de la entrada antes de echar a andar hacia el pasillo. El pánico se apodera de mí porque no oigo ningún otro ruido y estoy a punto de caerme de bruces

sobre la moqueta. Al doblar la esquina hacia el salón, me detengo en seco por la imagen que tengo delante.

Piper, vestida con toda mi equipación.

El casco. Las protecciones. El jersey y los patines.

Parece diminuta porque la ropa le queda enorme.

Tiene en los brazos a Pico, que también lleva un casco en miniatura en la cabeza.

La miro parpadeando, y ella se levanta la máscara protectora.

—¿Se puede saber qué haces? —le pregunto.

—Sé que seguramente estés enfadado por lo de esta noche y se me ha ocurrido que podía hacer algo para animarte. —Se encoge de hombros, aunque casi ni puede levantarlos por el peso, y golpea el suelo con la cuchilla de un patín—. Es una tontería, pero quería hacerte reír.

La miro fijamente y me doy cuenta de que está a punto de irse al suelo porque casi pierde el equilibrio. Pico parece aterrorizado, porque tiene los ojos muy abiertos y las garras clavadas en su pecho, y ver eso me hace perder el control.

Me echo a reír.

Las lágrimas me corren por la cara y me río tanto que creo que me estarán oyendo quince pisos más abajo.

—¿Qué coño es eso? —Jadeo para llenarme los pulmones de aire —. ¿Qué lleva puesto Pico?

—¡Le he comprado un casco! —Piper levanta al gato, que me mira furioso, enfadado por todas las decisiones que ha tomado en la vida, y yo vuelvo a reírme a carcajadas.

—¿Cuánto tiempo has tardado? —le pregunto a duras penas, apoyando una mano en la pared para mantenerme en pie. Me

duelen mucho las piernas y creo que estoy alucinando. Se me está yendo la pinza porque ella está monísima que te mueres y al mismo tiempo es para descojonarse—. ¿Y cuánto tiempo llevas ahí de pie?

—Me he levantado cuando te he oído abrir la puerta. He tardado tres cuartos de hora en ponérmelo todo. —Levanta un brazo—. No puedo creer que te pongas esto todas las noches. No me extraña que tengas el físico de un dios griego.

—Tus elogios me encantan, pequeñaja. —Me acerco a ella, que deja a Pico en el suelo. Le levanto la barbilla y le quito el caso con cuidado para librarla de su peso—. Dios, cómo te quiero —le digo con una sonrisa.

—¿Ha funcionado? —susurra con los ojos muy abiertos y agarrándome la camisa con los guantes. Como no lo consigue del todo, acabo otra vez partiéndome el culo—. ¿O quieres echarme?

—Es lo mejor que he visto en la vida. Por favor, no te lo quites nunca. Lleva siempre mi camiseta. Y los patines también. Cariño, no tenías por qué hacer esto. Debes de estar muy incómoda.

—Mucho —me asegura, pero sonríe de oreja a oreja—. Solo quería hacerte feliz, porque yo también te quiero.

—Soy feliz.

—Me refería a después del partido. Sé que seguramente te estés machacando, y se me ocurrió que si conseguía distraerte de la derrota, estarías de mejor humor.

—Pues lo has conseguido, no lo dudes. ¿He jugado algún partido hoy? No sabría decirlo porque ahora mismo estás buenísima.

—¡Ah! Te gustan las jugadoras de hockey, ¿no?

—No. Me gustas tú, pequeñaja. De jugadora de hockey. De periodista. Me da igual.

Su sonrisa se suaviza y me toca una mejilla.

—Siento la derrota —dice—. Por favor, no te martirices. Eres un jugador magnífico que no ha tenido su mejor noche. Dentro de unos días volverás a estar donde debes estar.

—Lo sé —replico y, de alguna manera, esas palabras significan mucho más porque vienen de ella—. Soy muy afortunado por tenerte.

—Puedo irme. Si quieres espacio. Sé que prefieres la tranquilidad después de una derrota y…

—No. —Niego con la cabeza y la atraigo hacia mi pecho. La sostengo por la nuca y, por primera vez en toda la noche, me relajo al sentirla pegada a mí—. Prefiero estar contigo. Ven, siéntate conmigo. Quédate conmigo.

Y eso hace.

Necesito ducharme. Necesito hacer estiramientos. Necesito beberme un Gatorade y dormir un poco, pero en cambio le apoyo la cabeza en el regazo. La miro y le cuento el partido con todo lujo de detalles hasta que puedo pasar página, hasta que puedo olvidarme de la derrota, y luego cierro los ojos. Me tranquilizo cuando me pone una mano sobre el corazón, una caricia cálida que me permite recuperar el equilibrio, y es lo único que necesito.

54

Piper

Hudson, nos acercamos al último periodo del séptimo partido de la final de la Stanley Cup. El equipo ha trabajado toda la temporada para llegar a este momento. ¿Cómo te sientes ahora mismo? —le pregunto al defensa, acercándole el micrófono.

—No te voy a mentir, estoy muy nervioso —contesta con una carcajada—. Obviamente, tenemos mucha presión, sobre todo porque hemos conseguido el mejor resultado de la liga esta temporada. Jugar en casa ayuda, aquí se siente el apoyo de los aficionados, ¿sabes? Eso nos dará el empujón que necesitamos para estos últimos veinte minutos.

—¿Qué vas a priorizar durante el tercer periodo?

—La constancia. Nos desconcentramos si nos emocionamos con un contragolpe y no logramos traducirlo en gol. Tenemos que llegar hasta el final.

—Gracias, Hudson. Disfruta del resto del partido.

—Esta es la noche más estresante de mi vida.

Después de una emocionante serie con los San Diego Bearcats, estamos de vuelta en Washington D. C. para el séptimo partido, tal y como todo el mundo esperaba. Los equipos se han repartido las

victorias hasta ahora y, basándonos en los resultados, los Stars deberían ganar esta noche.

Claro que esa es la agonía del deporte.

No hay nada garantizado, sobre todo en el séptimo partido.

La tensión en el estadio es palpable. Los aficionados locales han estado de pie durante todo el partido, y el ruido es ensordecedor. Me da miedo respirar demasiado fuerte, por si una exhalación brusca le acerca más de lacuenta el disco a Liam y se le escapa.

Está preparado en la portería, murmurando entre dientes y moviéndose de un lado a otro para mantenerse flexible. Esta noche ha estado increíble, solo ha encajado un gol y ha hecho casi veinticinco paradas.

Sigue con una precisión milimétrica los movimientos de los jugadores, de los palos, de los patines. Creo que no lo he visto ni parpadear, y cuando regresaron a la pista después del último descanso, su cara demostraba una concentración que no le he visto en toda la temporada.

Miro el reloj. Los dos minutos que quedan del tiempo reglamentario pasan demasiado despacio. Ambos equipos han marcado un gol, y un empate significaría ir a la prórroga. Con lo cansados que parecen los chicos, lo último que necesitamos es hockey libre, por muy emocionante que pueda ser.

Todo el mundo (jugadores, aficionados y hasta Bernie, mi cámara) sabe que no se va a decidir con una tanda de penaltis; ambas defensas son demasiado buenas.

El equipo que marque el primero será el ganador.

El árbitro pita, señalando el final del tiempo muerto, y la adrenalina resuena en mis oídos.

—¡Joder! —exclama Emmy, que golpea la mampara con un puño —. ¡Vamos, Miller, hostia!

Maverick pasa como una exhalación por delante de nosotras con su camiseta blanca y una sonrisa arrogante, y le lanza un beso antes de alejarse en busca del disco. Me río y rodeo con el brazo a mi mejor amiga.

—Es el único jugador de la liga que se alejaría a propósito del juego para poder tontear con su mujer —le digo—. Tienes mucha suerte, Emerson Hartwell.

—Me apetece más que ganen ellos que mi propio equipo. No sé si eso me convierte en una jugadora terrible, me da igual. Se sacrifica mucho por este deporte y quiero que tenga algo tangible que mostrar a cambio.

Esta tarde le dije lo mismo a Liam en el salón de su casa cuando él preparaba la bolsa de deporte para el partido. Nos mantuvimos en silencio mientras él seguía con su rutina: un almuerzo tardío. Una barrita energética. Música clásica a todo volumen en sus auriculares a la vez que hacía estiramientos antes de ponerse el traje y la corbata.

Sin embargo, luego se acercó a mí. Entrelazó nuestras manos y me acarició los nudillos con el pulgar cuando le besé la palma. Le susurré lo orgullosa que estaba de él. Lo agradecida que me sentía por ver lo bien que había jugado esta temporada y que, pasara lo que pasase esta noche, estaría esperándolo cuando acabara.

No obstante, deseo con todas mis fuerzas que gane, y sé que él también desea ganar con todas sus fuerzas. He visto la determinación, el coraje y la desesperación en sus ojos durante los calentamientos, y sigo viéndolos ahora, a esta distancia.

—Si a los chicos se les da algo bien, es jugar bajo presión. Creo que… —Me interrumpe un griterío súbito desde el otro extremo del estadio. Estiro el cuello y me pongo de puntillas. Hemos lanzado a la portería de los Bearcats. Jadeo cuando el tiro se queda corto por unos cuantos centímetros y nuestro rival se hace con el rebote.

—Mierda —masculla Emmy mientras los Bearcats despliegan la ofensiva. Su destino es obvio, y el estadio contiene la respiración mientras los ve acercarse a Liam.

—Vamos. —Aprieto el micrófono con fuerza entre los dedos. Me tiemblan las manos—. Vamos, cariño. Tú puedes.

Liam se agacha. Coloca los pies hacia delante y extiende el brazo izquierdo, listo para cualquier disparo que le lancen. Se mueve unos centímetros a la izquierda y luego otros tantos a la derecha, agachándose todavía más mientras el número cuarenta y siete se prepara.

El defensa retrocede como si fuera a disparar entre las rodillas de Liam, pero cambia de dirección en el último segundo. Apunta más alto, a la esquina superior izquierda de la portería, y el cuerpo de Liam se estira, echándose hacia atrás con el brazo levantado.

Atrapa el disco con el guante. Los aficionados estallan en vítores y, ni siquiera me da tiempo de recuperar el aliento y celebrar la parada, porque le pasa el disco a Maverick, que sale disparado en la otra dirección y recorre la pista con ocho zancadas.

Miro el reloj y quedan diez segundos. Nueve, ocho…

—¡Dispara, Miller! —grita Emmy, y juro por Dios que él vuelve la cabeza hacia nosotras y le sonríe.

Echa el palo hacia atrás y lanza un tiro que se eleva hacia la red mientras suenan al mismo tiempo la bocina final y la bocina de gol.

Todos gritan a mi alrededor. Emmy no para de dar saltos y yo me saco la libretita del bolsillo trasero, lista para entrevistar a alguien. El confeti cae del techo y cubre el hielo y a la multitud. La música suena a todo volumen y no puedo oír ni mis propios pensamientos.

Veo a Liam patinar sobre la línea roja. Sus compañeros de equipo los rodean a Maverick y a él, pero se zafa de ellos. Se quita los guantes y deja caer el palo sobre el hielo. Corre hacia mí, con las cuchillas cortando el logotipo de los D. C. Stars y los ojos clavados en los míos. No tengo ni un segundo para respirar antes de que me saque del túnel. Me levanta en volandas y me abraza contra su pecho.

—¡Joder! —me grita al oído—. ¡Joder!

—Dios mío. —Empiezo a llorar. Se me escapa un sollozo y lo abrazo con fuerza, temerosa de soltarlo—. Lo has conseguido. Lo has conseguido, cariño.

—¿Lo has visto?

Le rodeo la cintura con las piernas y me echo hacia atrás para mirarlo. Le desabrocho el casco, se lo quito de golpe y lo tiro a un lado. Le toco las mejillas empapadas de sudor y le aparto el pelo de los ojos.

—Cada segundo. Nunca había visto a nadie jugar con tanta intensidad. Esa parada ha sido alucinante. Algo de lo que se hablará durante años.

El resto del equipo está celebrando la victoria detrás de nosotros. Maverick está a caballito sobre la espalda de Hudson, con los brazos en alto. Grant está tumbado boca arriba, haciendo ángeles en el hielo con el confeti. Ethan da una vuelta a la pista con el trofeo

sobre la cabeza y Riley le pone una gorra de los campeones de la Stanley Cup.

—Deberías estar allí —le digo—. Con ellos. Con tus hermanos. No conmigo.

—No. —Niega con la cabeza y me acaricia las mejillas—. La única persona con la que quiero celebrarlo es contigo.

Pierde pie porque se le escurre un patín y acabamos tumbados en el hielo. Lo único que oigo es su risa. Lo único que siento son sus fuertes brazos a mi alrededor. Lo único que veo es su cara sudorosa y sonriente, y todo es perfecto.

—Estoy muy orgullosa de ti —susurro, un momento que quiero solo para nosotros—. Haces cosas increíbles.

—No podría haberlo hecho sin ti.

—¿Sin mí? —me río—. ¡Yo no he hecho nada!

—¡Pues claro que sí! Me has animado. Me has apoyado. Has creído en mí. Haces que la vida sea divertida, joder. Eres lo que me mantiene a flote. Siempre me las he arreglado para ser feliz hasta cierto punto, pero no sabía lo que era la felicidad hasta que te conocí. No de verdad. Ahora cada día es el mejor de mi puta vida. Gracias a ti.

Me tiemblan los hombros y las lágrimas me caen por las mejillas. Sé que se me está corriendo el maquillaje. Sé que tengo la nariz llena de mocos, pero no me importa. No cuando él me mira como si fuera lo más importante. Como si fuera lo único que le importa en la vida.

—Te quiero —susurro—. Te quiero mucho y… —Un sollozo me sacude el pecho—. Estoy muy orgullosa de ser un capítulo en tu libro, Liam.

—¿Un capítulo? —replica él, apoyándose en los codos, con la boca a pocos centímetros de la mía. Veo un rasguño en su mejilla. Las motitas doradas de sus iris marrones oscuros y la sal en su frente, resto del sudor seco—. Tú eres mi puta historia entera, Piper. Antes de conocerte era una versión borrosa de mí mismo, y luego llegó todo lo demás. Te quiero como nunca he querido a nadie, y nunca querré a nadie más como te quiero a ti.

Siento un nudo en la boca del estómago. No sé si quiero reír o llorar más fuerte. Una mezcla de las dos cosas, quizá. ¿Cómo no reaccionar así cuando acaba de llegar a lo más alto de su carrera deportiva y está celebrándolo conmigo? ¿Cuando me está diciendo cosas que me hacen creer en un para siempre en el que no voy a sufrir? En una vida llena de alegría en vez de tristeza. Llena de risas en vez de sentir que no soy lo bastante buena.

Ahora mismo podría romperme en mil pedazos.

—Hola, tortolitos. —Ethan me levanta de encima de Liam metiéndome los brazos por debajo de las axilas—. Dejad ya las muestras públicas de afecto. Hay niños cerca.

Grant ocupa mi lugar, saltando sobre el pecho de Liam, y Maverick y Hudson lo siguen. Me río cuando Ethan empieza a patinar conmigo por el hielo, levantándome los brazos.

—Dime que nunca te irás, Pip —bromea.

—Nunca me iré, Don Facilón.

—¿Ni cuando el portero te cabree?

—Ni cuando el portero me cabree.

—Vale, bien. ¿Y si te vuelves a casar sin querer en Las Vegas? Por cierto, todavía no me creo que nos lo ocultarais, sois muy ladinos.

—En ese caso, tampoco me iré. —Sonrío y cierro los ojos—. Vais a tener que aguantarme a largo plazo, Richardson. Todos vais a tener que aguantarme.

—Genial. Contigo esto es más divertido.

Damos una vuelta completa al estadio y disfruto de la celebración. Los aficionados siguen en sus asientos, aplaudiendo y chocando los cinco. El personal del estadio extiende una alfombra para que el comisionado de la liga pueda acceder al hielo. Bernie está agitando una mano frenéticamente, y sé que tengo que coger el micrófono y ponerme delante de la cámara.

—Bájame, Ethan. Tengo que terminar mi trabajo como vosotros habéis terminado el vuestro —le digo, y él me deja junto a los integrantes del equipo que se han agrupado cerca del centro de la pista—. Gracias por el paseo.

—Cuando quieras divertirte de verdad, ya sabes mi número. —Ethan me guiña un ojo y se aleja persiguiendo a Riley, detrás del trofeo.

—Como te vuelva a poner un dedo encima, lo mato —dice Liam con severidad. Me entrega el micrófono y mira a Ethan con el ceño fruncido—. Alguien tiene que ponerle una correa.

—No sé yo si llegará ese día. ¡Maverick! —exclamo, buscando al capitán—. Ven a hablar conmigo, por favor.

—Está hablando para la ESPN —dice Hudson, que señala los grandes auriculares que lleva Maverick—. ¿A quién quieres en su lugar?

—Apártate, Hayes —dice Liam, que le da un empujón—. Quiero hablar con mi mujer delante de las cámaras.

—¿Quieres que te entreviste?

—¿Por qué no? La última vez salió bien. Puedo fingir que me lo estoy pasando de maravilla durante dos minutos.

—¿Seguro? Hudson estará encantado.

—Me quedaré aquí al lado de apoyo por si se mete en problemas con la Comisión Federal de Comunicaciones —bromea Hudson, y Bernie me avisa de que queda un minuto.

—No digas palabrotas —le advierto a Liam con severidad, y él pone los ojos en blanco.

—Fue solo una vez, se me escapó —me asegura—. ¿Tendré que seguir pagando mucho tiempo más por mis delitos, pequeñaja?

—Mucho. —Le tiro del cuello y acerco su boca a la mía—. Quizá para siempre.

—Parece que tendré que volver a delinquir. Solo para asegurarme de que puedo tenerte cerca.

—Te juro que como…

—Cinco segundos —dice Bernie, y sonrío a la cámara.

—Seguimos en el United Airlines Arena y estoy aquí con Liam Sullivan, que tal vez haya protagonizado la jugada del año en los últimos segundos del encuentro de esta noche con una parada que le ha dado la victoria a su equipo. Liam, ¿qué pasó por tu mente en ese momento?

—No podía dejar que Miller me hiciera sombra —contesta, agachándose para hablar por el micrófono. Me rodea la cintura con el brazo y me acerca a él—. Gibbons hizo un tiro increíble y yo estaba en el lugar adecuado en el momento adecuado.

—¿Qué es lo primero que vas a hacer para celebrarlo?

—No lo sé. ¿Tú qué crees? —Me mira—. ¿Nos comemos unas hamburguesas con patatas fritas? ¿Nos vamos de viaje a Europa el

resto del verano? ¿Vamos a Disney World como hacen los chicos de la NBA y la NFL? O nos quedamos en el sofá con Pico. Estoy seguro de que me van a doler los isquiotibiales durante mucho tiempo después de esta noche.

Me pongo roja cuando me incluye. Aunque nuestros amigos sepan lo de nuestra relación, el mundo exterior no lo sabe.

Supongo que ahora sí.

—Creo que a Pico le gustaría mucho —logro decir—. ¿Algún comentario sobre el gol de Maverick que nos ha dado la victoria?

—Ese tío es un pu… chulo insoportable. —Liam sonríe, y lo miro con los ojos entrecerrados—. Pero se lo merecía. Ya era hora de que el trofeo volviera a Washington D. C.

—Gracias, Liam, y enhorabuena por la victoria. —Miro a la cámara, pero noto que él me está observando—. Le devuelvo la conexión a Bradley, que analizará todas las estadísticas del partido de esta noche. No os vayáis.

Bernie me da el visto bueno y me guardo el micrófono en el bolsillo trasero.

—Casi te la cuelo, ¿verdad? —dice Liam, besándome en la cabeza —. Quería ver si estabas atenta.

—No volverás a ponerte en la vida delante de una cámara.

—Vaya por Dios, ¿cómo voy a sobrevivir?

Le doy un empujón en un brazo, y él me levanta y me lleva patinando hacia el banquillo de castigo.

—Bájame —le digo entre risas—. ¿Qué vas a hacerme?

—Castigarte por ese golpe tan fuerte. Eso significa que tengo superioridad numérica, pequeñaja.

—¿Y se puede saber cómo vas a aprovecharla?

—No lo sé. A lo mejor te pido que te cases conmigo de verdad. O que te mudes a vivir conmigo para poder verte cada mañana. O te quiero hasta que te hartes de mí y me supliques que te deje en paz. Y sabes que me gusta mucho que me supliques. —Abre la caja de penalización y me sienta dentro. Se agacha delante de mí y sonríe—. ¿Quieres quedarte conmigo para averiguarlo?

—Sí —susurro mientras la opresión que siento en el pecho aumenta cuando nuestras miradas se encuentran. Cuando me coge la mano y me besa la palma antes de colocársela en la mejilla—. Creo que me gustaría mucho.

—Vale. —Me da una palmada en una rodilla—. Esto solo acaba de empezar, rayo de sol.

Epílogo

Piper

Un año después

—¡Buenos días, Piper! —me dice CJ, el guardia de seguridad que está en la entrada del estadio.

Lo saludo con la mano y sigo andando hacia la sala de prensa porque voy un poco tarde, pero no quiero ser maleducada.

—Buenos días, GJ. ¿Cómo están las nietas?

—No paran de hablar de la visita guiada que les hiciste la semana pasada. Sarah ahora quiere ser jugadora de hockey. Ya no le basta con ver los partidos desde la grada.

—Pues claro que sí. Necesitamos más jugadoras de hockey, y Emmy estará encantada. Diles que son bienvenidas siempre que quieran visitarnos.

Voy tarareando mientras recorro el conocido túnel, con el buen humor que parece acompañarme a todas partes últimamente.

Ha sido un año frenético desde que los Stars ganaron la Stanley Cup.

Conseguí que me ampliaran el contrato, me nombraron comentarista principal en cabina, convirtiéndome en la primera

mujer en la historia de la NHL en ocupar ese puesto, y me sumergí de lleno en el trabajo.

Después de un agresivo periodo en el que los jugadores podían negociar con libertad y durante el cual montones de equipos compitieron por fichar a nuestros chicos con incentivos y sueldos astronómicos, nuestro grupo principal de jugadores regresó con la intención de ganar de nuevo el campeonato.

Hasta ahora todo va tal como como esperábamos. Están inmersos en los duelos de la Conferencia Este, con una ventaja de tres partidos a uno contra Nueva York, y esperan cerrar la serie esta noche en casa.

Se mueren por lograr que la copa siga en Washington D. C.

Mis amigas están más felices que nunca, Maverick y Emmy ya se han instalado en una urbanización cerca de la ciudad, y Maven y Dallas dándole la bienvenida a un niño sano y precioso. Ya empieza a ponerse de pie, y creo que tienen a un futuro jugador de fútbol americano entre manos.

Mi querida Lexi sigue soltera y sin pareja, y bien orgullosa que está. Prefiere no hacer algo antes que pedirle ayuda a un hombre. Es cabezota y perspicaz, y admiro su capacidad para pasar de todo.

—¡Pip! ¡Aquí está mi reportera preferida! —exclama Ethan con una sonrisa.

Alcanzo a ver su ojo morado desde aquí. La marca y el moratón que tiene en una mejilla son secuelas de un accidente de moto que lo tuvo en el hospital durante dos semanas y que le valió muchísimos mensajes de texto llenos de tacos en los que el equipo le reprochaba su temeridad en cuanto se supo que estaba bien.

—Soy la única que hay, Ethan. —Me echo a reír cuando me abraza y me hace girar—. ¡Me alegro muchísimo de verte! Tienes mucho mejor aspecto que en el hospital.

—Eso es porque los camisones esos no resaltan mis mejores cualidades.

—Me alegro de que tu humildad no haya sufrido daños cuando te chocaste con el guardarraíl.

—Soy invencible, Pip, y me siento como el puto amo. La cosa ha estado chunga una temporadita, pero ya me voy recuperando. Me fastidia no poder jugar si llegamos a las semifinales la semana que viene, pero volveré más fuerte la próxima temporada y listo para dar guerra.

—No debes de ser muy bueno si a los chicos les va bien sin ti.

—Te has vuelto más sarcástica desde que empezaste a salir con Sullivan. Me gusta. —Me deja de nuevo en el suelo y me sonríe otra vez—. ¿Qué haces aquí tan temprano?

—Esta noche tenemos uno de los partidos más importantes de la temporada y no puedo quedarme en casa. Allí me comen los nervios. —Me aliso la falda y le doy un empujoncito en un hombro—. Y deja de hacer actividades extenuantes. Se te podrían saltar los puntos al levantarme.

—Qué poca vergüenza al suponer que estoy tan débil como para no poder levantarte. Pesas menos que una mosca. —Echa a andar hacia el vestuario—. Voy a aterrorizar un poco a Maverick y a Hudson. No trabajes demasiado. También necesitas un poco de diversión en la vida.

—Lo dice el tío que está lidiando con una conmoción cerebral. —Suelto una carcajada y me voy en la dirección contraria antes de que

otro jugador me pille desprevenida.

—¿Vas a alguna parte? —me pregunta una voz ronca a la espalda, y no puedo contener la sonrisa al reconocer el tono familiar.

Es la misma voz que me susurró «Buenos días» al oído justo antes del amanecer hoy mismo. La que me preguntó si lo quería «tierno o a lo bruto» anoche con una mano metida en mis vaqueros y su boca en mi cuello. La que me ha dicho «Te quiero» de un millón de formas distintas a lo largo del último año, aunque mi preferida es cuando forma un corazón con las manos mientras patina en la pista y me encuentra siempre entre la multitud a la primera.

—Pues sí. Me alejo de vosotros. —Miro por encima del hombro. Liam está apoyado en la pared, vestido con vaqueros y una camiseta de manga corta, observándome. Me recorre el cuerpo con cara de deseo, reparando en mi ropa, y le relucen los ojos—. Sois unos plastas.

—Por lo menos, somos consistentes. —Echa a andar hacia mí. Esboza una sonrisilla, y el chupetón que le dejé en el cuello hace dos días asoma por debajo de la camiseta. Cuando está lo bastante cerca como para tocarme, me tira de la falda hasta tenerme entre sus brazos y me rodea la cintura—. Hola, rayo de sol.

—Hola, Sully.

Me coge la barbilla con sus cálidos dedos y me levanta la cabeza para besarme en los labios. Me derrito entre sus brazos, sumergiéndome en la sensación de estar en casa, de que me amen, de ser tan feliz que a veces creo que todo esto es un sueño porque no me lo creo.

Río todos los días. Sonrío todos los días. Oigo lo increíble que soy, lo maravillosa que soy, lo orgulloso que está de mí todos los días sin

falta. Podría estallar por lo maravilloso que es todo, pero he aprendido a disfrutarlo a tope. A reconocer que esto es lo que me merezco. Lo que estaba esperando, y lo he recibido con los brazos abiertos.

Liam y yo hicimos las cosas al revés con todo eso de emborracharnos y casarnos en Las Vegas, así que hemos pasado el último año yendo hacia atrás. Hemos estado saliendo juntos. Nos hemos estado conociendo hasta tal punto que ya puedo contarte sus metas, sus mayores sueños y sus miedos más aterradores.

Ninguno de los dos ha planteado el divorcio, y cuanto más nos alejamos de la ceremonia ebria, más me enamoro de él.

Lo que es una locura, teniendo en cuenta que estoy obsesionada con él. Llevo su camiseta al estadio. Me he tatuado una pequeña ele en la parte posterior del antebrazo derecho.

Liam se ha hecho un tatuaje igual en el brazo izquierdo, así que también debe de estar obsesionado conmigo.

—¿Estás ocupada? —Liam acerca la boca a ese punto debajo de mi oreja, me besa en él y me acaricia la mejilla con la nariz—. ¿O puedo robarte un rato?

—Depende. ¿Es para besarnos en el almacén?

—Algo mucho más serio que eso. Estamos en el trabajo, Mitchell. Un poco de decoro, por favor.

Me aparto un poco y lo miro. Me deleito con la sonrisa que veo en su cara y con las arruguitas alrededor de sus ojos. La marca de la nariz y las líneas de expresión que se han profundizado a lo largo de los últimos doce meses porque ha aprendido a no tomarse la vida tan en serio.

—¿Son los isquios? ¿Te has hecho daño? Ya sabía yo que no deberíamos haber jugado al paintball con los chicos el fin de semana pasado. Como se entere el entrenador de que te…

Liam me interrumpe con otro beso. Más voraz en esta ocasión, como si llevara años sin comer y por fin tuviera la oportunidad de hacerlo.

—En realidad, tiene que ver contigo.

—¿Qué he hecho?

—Se trata más bien de lo que vas a hacer. El equipo está preparando un montaje sobre las mujeres en el deporte para publicarlo en las redes sociales el mes que viene, y quieren que salgas tú.

—¿Qué tiene de especial una persona tan insignificante como yo?

—Debe de ser por el logro de convertirte en la primera mujer reportera a pie de pista. Ah, o por el hecho de que te hayan nominado para entrar en el Salón de la Fama del Periodismo Audiovisual Deportivo después de solo un año en el puesto. ¿A lo mejor les llamó la atención la organización sin ánimo de lucro que Emmy y tú habéis creado para concederles becas a mujeres con carreras profesionales centradas en el deporte?

—Es mucha atención. No voy a ser solo yo, ¿verdad?

—No. Aparecerán mujeres de diferentes divisiones. Tú saldrás como mucho dos minutos.

—Vale. —Asiento, agradecida por tener una plataforma en la que expresar mi amor por las deportistas. Mi adoración por las mujeres en el deporte y todos los roles que abarcan esos trabajos—. Lo haré.

Liam me tiende la mano. Entrelazo nuestros dedos, y me lleva a la sala de prensa. Espero encontrarme con todo un equipo de

producción. Grandes focos y un montón de cámaras para captar todos los ángulos de esta entrevista, pero cuando entramos, solo hay dos taburetes colocados frente a una única cámara.

—Elige un asiento —dice.

—Esto es raro —replico mientras elijo el de la izquierda—. Se parece un poco a un interrogatorio.

—Has entrevistado a montones de personas a lo largo de los años. —Liam se sienta a mi lado. Casi no cabe en el taburete con sus largas piernas y sus anchos hombros. Cuando se acomoda lo mejor que puede, agarra el borde del mío y tira hasta que nuestras rodillas chocan entre sí—. Ahora te toca a ti estar en el punto de mira.

—Ah, ¿y tú vas a hacer la entrevista? Creía que no te gustaba nada estar delante de la cámara. Las felicitaciones de Navidad que enviamos el año pasado mostraban jerséis horribles y tu ceño fruncido.

—Piper Mitchell, ¿cuándo te diste cuenta de que te gustaban los deportes? —me pregunta, pasando de mí.

—Era timonel en el equipo de remo de mi instituto, y esa fue mi primera toma de contacto con el deporte. Mientras estudiaba en la universidad, estuve trabajando en la taquilla del estadio vendiendo entradas. Estaba allí para el baloncesto, el voleibol y el hockey. Me encantaba la energía que aportaban los estudiantes y los aficionados, así que uno de mis días libres decidí ir a ver un partido de hockey. Estoy enganchada desde entonces.

—¿Siempre quisiste trabajar en el mundo del deporte?

—Pues la verdad es que no. Siempre me ha gustado hablar con la gente. Conocer sus historias y llegar al fondo de por qué actúan como lo hacen. Cuando era más joven, quería ser profesora. En mi

adolescencia quería dedicarme a algo relacionado con la psicología. Cuando llegué a la universidad, descubrí que podía tener una carrera que fusionara los deportes y hablar con la gente sin parar. Empecé en el departamento de retransmisiones deportivas y nunca miré atrás.

—Solo puedes elegir un mejor recuerdo de los D. C. Stars. ¿Cuál es?

—Tienes que mejorar tus preguntas, Sullivan. Esa es fácil: veros ganar la Stanley Cup. Esa parada al final del tiempo reglamentario fue increíble.

—Cualquier otra cosa que consiga en mi carrera será una mierda —coincide Liam, y me echo a reír—. Hablando de objetivos: ¿dónde te ves dentro de cinco años?

—Vaya. Qué manera de enlazar temas. —Cruzo las piernas y me doy unos golpecitos en una mejilla—. Me gustaría seguir en los Stars. Me encanta nuestro equipo de retransmisión y creo que estamos haciendo un buen trabajo. Me encantaría que nuestra organización sin ánimo de lucro se expandiera por todo el país y no se limitara solo al área de Washington D. C. y de Maryland. Espero seguir inspirando a las chicas a las que les da miedo no tener cabida en un mundo dominado por hombres. Tenemos que hacernos un hueco, y lo estamos consiguiendo.

—Hablemos de tu vida personal. He oído que te has casado.

—Sí, con un hombre con el que me emborraché en Las Vegas. Pero no deja que me divorcie. Se ve que no puedo librarme de él.

—Parece horrible.

—Es lo peor de lo peor, la verdad.

—Avísame si alguna vez te causa problemas. Lo pondré en su sitio.

—Da la sensación de que estás tonteando conmigo. —Me inclino hacia delante, invadiendo su espacio—. No estoy segura de que a mi marido le guste mucho eso.

—Seguramente pueda con él. —Liam me besa en la frente, y sonrío—. ¿Quién decidió que emborracharse y luego casarse era una buena idea?

—El tequila, según que parece.

—Qué cabrón es. —Me levanta la mano y me examina los dedos —. Veo que llevas una alianza.

—No es nada del otro mundo, pero me gusta.

—Cuéntame cómo fue la proposición. ¿Fue bonita?

—¿Te has perdido la parte del tequila? —Vuelvo a reírme—. Estoy bastante segura de que fue la botella de licor la que me pidió matrimonio.

—No parece muy romántico.

—Puede que en aquel momento no lo fuera, pero me gusta lo que tenemos ahora; una vida juntos. Un amigo para Pico. Ir en coche al estadio y pasar el rato con todas las personas que tanto queremos. Sabes que no necesito toda la parafernalia.

—Espera un momento. —Se levanta y se saca un trozo de papel arrugado del bolsillo. Está desgastado y tiene que haberlo leído cientos de veces.

—¿Qué es eso?

—¿Esto? —Despliega las esquinas con delicadeza—. Una lista de todas las cosas que más te gustan. Una lista de todas las cosas que

odias. Fechas importantes y la proposición que te hubiera gustado recibir.

El corazón empieza a latirme con fuerza en el pecho.

—¿Anotaste todo eso?

—Cada palabra. Empecé a anotarlo cuando teníamos una relación sin ataduras, pero luego me guardé la lista. Fui añadiendo cosas aquí y allá a lo largo de las semanas. Algunas son más importantes que otras, pero todas son relevantes.

Miro la letra tan horrorosa que tiene con los ojos entrecerrados, intentando descifrarla. Veo la palabra «Perros» rodeada por un círculo y subrayada tres veces. «Espinacas» está en la lista de cosas que odio. Una notita en la esquina superior izquierda dice que prefiero dormir en el lado derecho de la cama y que tengo que hacerlo con calcetines. Es detallada. Concienzuda. Toda la hoja, por delante y por detrás, está llena, y casi me quedo sin respiración.

—Ya no necesitas todo esto. No hay nada que estudiar ni que aprender.

—¿Crees que no tenía un plan, Piper?

—Siempre tienes un plan —susurro.

Liam se acerca. Huelo su colonia; huele a madera con un toque especiado. Veo las motitas doradas de sus ojos y la piel bronceada de su cuello por haber pasado demasiado tiempo en la terraza hace dos semanas, acurrucados en una tumbona para disfrutar del aire estival.

—Quería asegurarme de no meter la pata cuando llegara a esta parte. No iba a darte rosas cuando es evidente que te gustan las… —Estira un brazo por encima de mi hombro y coge un ramo envuelto

en papel marrón. Los tallos están atados con un lazo, y sonrío al ver la explosión de color— peonías.

—Son preciosas. Pero ¿por qué estás…?

—Quería asegurarme de hacerlo bien si alguna vez tenía la oportunidad de hacer esto de verdad. Me dijiste que querías algo pequeño. Íntimo. Un lugar que te encanta rodeada de personas a las que quieres. Nada elegante ni lujoso. Un restaurante quedaba descartado y en plena retransmisión durante un partido era la crónica de una muerte anunciada. —Me quita las flores y las deja en su taburete. Me ayuda a ponerme en pie y me frota los brazos. Le tiemblan un poco las manos, un nerviosismo que pocas veces le he visto.

Liam Sullivan es la personificación de la calma, la tranquilidad y la contención. El maestro que opera bajo presión, pero ahora mismo parece aterrado.

—Piper Mitchell, te quiero mucho. Me duele cuando no te tengo cerca. Te echo de menos cuando te vas y cuento los minutos hasta que vuelves a casa. Nunca he querido a nadie como te quiero a ti. Nunca he tenido la sensación de que puedo ser yo mismo con alguien como la tengo contigo. Y lo más increíble de todo este puto asunto es que tú también me quieres. Me quieres cuando me pongo gruñón. Me quieres cuando estoy cabreado con el mundo. Me abrazas con fuerza cuando no quiero hablar con nadie más. —Sacude la cabeza como si no creyera lo que está diciendo, aunque todo es verdad—. Tu primera boda fue una mierda. La segunda no fue mucho mejor. Creo que a la tercera irá la vencida, y seré el hombre más afortunado del mundo si te casas conmigo de nuevo. Pero esta vez de verdad.

—Madre mía. —Le echo los brazos al cuello. Siento el escozor de las lágrimas en los ojos y se me nubla la vista. Tengo la sensación de que me falta el aire. De que he cruzado la línea de meta de una carrera en la que llevo participando desde hace años—. Sí. Sí. Pues claro que sí, Liam. Claro que me casaré contigo de nuevo.

—Esta vez sin tequila. Solos tú y yo, y un centenar de nuestros amigos más cercanos.

—Puede que sea lo más romántico que me has dicho nunca. —Sonríe y se mete la mano en un bolsillo para sacar una cajita de terciopelo. La abre y el brillo de un diamante me saluda, reluciente y parpadeante, y demasiado grande—. No puedo llevar eso. Me van a robar.

—Por lo menos podrás cortarles la mejilla si lo intentan. —Liam me desliza el anillo en el dedo y me besa los nudillos—. Sé que te gusta la vieja alianza, y a mí también. No necesito una nueva, pero te compraré una si quieres que haga juego con el conjunto.

—No. —Niego con la cabeza y le tomo la cara entre las manos, con el pesado anillo en el dedo—. Quiero la plata de la tienda de regalos cutre para el resto de mi vida. No me importa si no combinan. No puedes mimarme demasiado.

—Te voy a mimar muchísimo desde ahora hasta la eternidad.

—¿Podemos entrar ya? —grita alguien desde el otro lado de la puerta, y entierro la cara en la camiseta de Liam—. Que no aguantamos más, tío.

—Entrad, cabrones —contesta Liam, y la puerta se abre de golpe.

Hay tanto ruido que me duelen los oídos. Los chicos le dan palmadas a Liam en el hombro para felicitarlo. Se turnan para besarme la cabeza y subirme a sus espaldas a modo de celebración.

Maven, Emmy y Lexi también están aquí y se ponen a dar saltos de alegría cuando les enseño el anillo.

Es un momento ruidoso, cálido y perfecto. Justo lo que me perdí en mis dos primeras proposiciones de matrimonio y justo lo que siempre he querido. No sé cómo he acabado aquí, con un hombre que me mira como si fuera la mujer más maravillosa del mundo y con un grupo de amigos que no me habría imaginado ni en sueños, pero ha merecido la pena pasar por todo lo malo para acabar aquí.

Han valido la pena las noches que pasé llorando y los días que me sentí sola, porque ahora mismo, rodeada de las personas más importantes de mi vida y en el lugar que más me gusta del mundo, sé que nunca volveré a estar sola.

—Perdona por todo el caos. —Liam me besa en la mejilla y empieza a juguetear con mi manga—. Creía que la cosa sería un poco más organizada que este espectáculo y tampoco es precisamente íntimo.

Me seco los ojos.

—Es perfecto. No lo cambiaría por nada.

—Hace un tiempo dijiste que no volverías a adoptar el apellido de un hombre. —Me desliza la mano por el pelo y me acaricia la parte posterior de la cabeza—. Y quiero que sepas que nunca te obligaría a adoptar el mío. De hecho, he estado pensando en adoptar yo el tuyo.

—¿Ah? —Levanto una ceja—. ¿Qué clase de ventaja obtendrías con eso?

—Ninguna, solo que eres una mujer de armas tomar, joder, y que sería un honor compartir tu nombre, Piper Mitchell.

—A lo mejor podemos hacer que eso suceda. —Le doy un golpecito en el abdomen con el codo, y me levanta en el aire para cargarme a un hombro—. ¡Oye! ¿Qué haces?

—Llevarme a mi mujer lejos de todos estos cafres. Soy egoísta, Piper, y te quiero solo para mí.

—Repite «mi mujer».

—Lo repetiré todas las veces que quieras. —Liam se despide de sus compañeros con un gesto de la mano y pasa de sus silbidos. Nos lleva hasta el vestuario, y siento un escalofrío en la espalda—. Tanto que te vas a hartar de mí.

—Nunca voy a hartarme de ti.

—Ya veremos. —Me coge el culo con una mano y me da un apretón—. ¿Lista para tu siguiente clase, mujer?

—¿Qué vas a enseñarme hoy, Papi Portero?

—Es un proyecto de matemáticas. Vamos a medir la distancia entre tu culo en el banco del vestuario y mi boca entre tus piernas cuando estoy de rodillas en el suelo.

—Vaya. Espero ser capaz de aguantarlo. ¿Vas a ir despacio conmigo? Es mi primera vez, y quiero hacerlo bien.

Las caricias de Liam se vuelven tiernas, y las siento detrás de las costillas. En el punto excavado en mi corazón donde reside su amor por mí y hasta en las puntas de los pies.

—Te esperaré el resto de mi vida, rayo de sol —dice, y capto el deje risueño que destilan sus palabras—. Tómate todo el tiempo que necesites.

Agradecimientos

Este ha sido el libro más difícil que he escrito nunca.

Después del éxito de *Cara a cara*, me aterraba sacar otro libro al mercado. Tenía miedo de que no fuera lo bastante bueno. De que lo odiara todo el mundo. De que no estuviera a la altura del primero.

Espero haberle hecho justicia a la historia de Piper y Liam.

¡Muchas gracias por leerlo! Ojalá que hayas disfrutado de *Bajo control*. Si es así, te agradecería que dejaras una reseña en Amazon o en Goodreads. Las reseñas positivas hacen maravillas para los autores independientes como yo.

Gracias a mis lectores beta, que me ofrecieron su opinión sincera y que ayudaron a que este libro sea lo que es hoy.

Gracias a Britt y a Hannah por vuestra magia con la edición. Sois increíbles en lo vuestro.

¡Gracias, Kim, por otra preciosa portada! ¡Estoy deseando continuar con la serie!

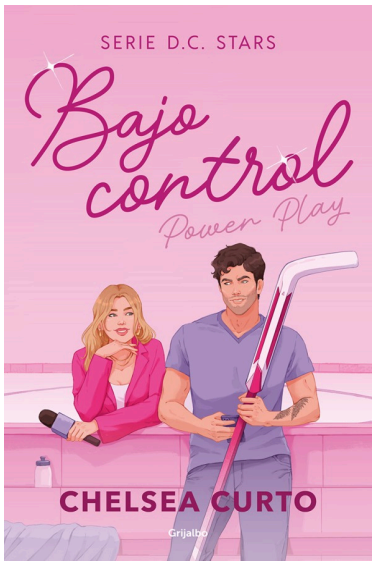
Gracias, Ellie (@lovenotespr), por encargarte de las inscripciones para los ejemplares de promoción, las revelaciones de la portada y todo lo demás. ¡Tienes superpoderes!

A Mikey y a Riley: os quiero mucho.

Por último, a la comunidad literaria. A todos los booktokers, los bookstagrammers, los lectores, los críticos y los amigos entusiastas

que han alabado mi trabajo. Nada de esto sería posible sin vosotros. Gracias por dar a conocer nuestras historias. Gracias por vuestro apoyo. Estáis cambiando vidas y os estoy muy agradecida a todos <3.

Piper solo necesita un poco de práctica para encontrar el amor. Y ahí es donde entra Liam.



Piper Mitchell está lista para retomar el control de su vida. Tras su divorcio, le aterra volver a aventurarse en el mundo de las citas, así que decide trabajar en algo que sí puede controlar: aprender a pasárselo bien en la cama.

Es posible que Liam Sullivan sea el portero más intimidante de la liga nacional de hockey, pero fuera de la pista es justo el experto que Piper necesita. Callado, reservado y sorprendentemente paciente, Liam acepta darle a Piper algunas clases privadas, sin compromiso.

Cuando, después de una noche loca en Las Vegas, despiertan con anillos a juego, Piper y Liam deciden intentar que su relación funcione «solo por esta temporada». Al fin y al cabo, lo que sienten

el uno por el otro «no significa nada». Pero ¿serán capaces de enfrentarse a la realidad? ¿O será lo suyo una jugada destinada al desastre?

Una historia romántica y llena de humor en la que dos opuestos deberán fingir estar juntos, con sentimientos difíciles de aceptar de por medio.

Chelsea Curto es una autora superventas de novelas románticas llenas de ingenio y en las que destacan personajes femeninos fuertes y hombres obsesionados con ellas. Cuando no está escribiendo, le encanta pasar el tiempo entre el noreste de Estados Unidos y Florida, mientras sueña despierta con cuál ser el próximo libro que leerá.



Título original: *Power Play*

Primera edición: julio de 2026

© 2024, Chelsea Curto
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Ana Isabel Domínguez Palomo y Mª del Mar Rodríguez Barrena, por la traducción

Diseño de portada: adaptación de la cubierta de © Chloe Friedlein / Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Chloe Friedlein

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-253-7385-5

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

Bajo control
Nota de la autora
Advertencias sobre el contenido
Plantilla de los D. C. Stars
Personajes
1. Piper
2. Liam
3. Piper
4. Liam
5. Piper
6. Piper
7. Piper
8. Liam
9. Piper
10. Liam
11. Liam
12. Piper
13. Liam
14. Piper
15. Piper
16. Piper
17. Liam
18. Piper
19. Piper
20. Piper
21. Liam
22. Liam
23. Piper
24. Liam
25. Liam

26. Piper
27. Liam
28. Liam
29. Piper
30. Liam
31. Piper
32. Piper
33. Liam
34. Liam
35. Liam
36. Piper
37. Liam
38. Piper
39. Piper
40. Liam
41. Piper
42. Piper
43. Liam
44. Piper
45. Liam
46. Piper
47. Liam
48. Piper
49. Liam
50. Piper
51. Liam
52. Piper
53. Liam
54. Piper
Epílogo. Piper
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Chelsea Curto

Créditos